



UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

el
caso
del
falso
enamorado



ERLE STANLEY GARDNER

se

Cuando Perry Mason recibe dos cheques misteriosos de Lola Allred, una mujer de la que nunca ha oído hablar, se huele problemas. El misterio aumenta cuando el banco decide que uno de los cheques ha sido falsificado. Una visita del marido de Lola revela que ella se ha escapado con el novio de su hija, un testigo clave en un juicio en curso.



Erle Stanley Gardner

El caso del falso enamorado

Perry Mason - 30

ePub r1.2

Titivillus 30.12.2014

Título original: *The Case of the Lazy Lover*

Erle Stanley Gardner, 1947

Traducción: María Teresa Domínguez de Garza

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Capítulo 1

Era costumbre que los lunes se acumulase un montón de correspondencia sobre el escritorio. Della Street —la secretaria particular de Perry Mason— había llegado con más de media hora de anticipación de la establecida para comenzar el trabajo en las oficinas y se puso a abrir los sobres de las cartas acabadas de recibir, valiéndose para ello de un cortapapeles. A medida que hacía esta operación, iba leyendo las cartas y colocándolas en tres grupos diferentes.

El primero dedicado a las cartas que Perry Mason tenía que leer y contestar personalmente. El segundo a aquellas otras que no requerían una inmediata respuesta pero que era preciso que Mason se enterase de ellas. Y el tercer grupo, se componía de cartas de cuyo contenido Della informaría a Mason, pero que ella misma contestaría por cuenta propia.

Y el último sobre que abrió, era precisamente el que encerraba la sorpresa. Era un sobre delgado y que muy bien pudiera contener una sencilla relación vulgar sobre las cuentas de algunas compras hechas por Mason. Sin embargo, en su interior había un papel de color, alargado y con los bordes dentados. Y ese papel estaba escrito a máquina y llevaba una firma en gruesa tinta.

Della vio que se trataba de un cheque expedido por el Banco de Agricultores, Negociantes y Obreros, por valor de dos mil quinientos dólares, pagadero a Perry Mason y firmado por Lola Faxon Allred.

Della sacudió el sobre para comprobar que no contenía nada más. Después, para asegurarse de que no había ninguna falla en su memoria, consultó el fichero conteniendo la lista por orden alfabético de los clientes de Mason. No había uno sólo con el nombre de Allred.

Podía muy bien tratarse de algún dinero devuelto por motivos de conciencia. Así, Della fue a consultar el fichero superior.

En éste había una lista en la que figuraban, una por una, las personas con quienes Mason había tenido relaciones de negocio: testigos en casos judiciales; personas que habían servido como miembros del jurado en juicios en que Mason había intervenido como abogado; otras que habían experimentado quiebras en los negocios; otras demandadas en acciones civiles; otras que fueron parte en incumplimientos de contratos; y finalmente, aquellas que actuaron de testigos de la parte contraria en juicios y procesos en que Mason intervino como defensor o acusador privado.

Pero tampoco en este fichero había nadie con el nombre de Allred.

Della estaba precisamente cerrando el cajón del fichero, cuando Mason entró en la oficina.

—Hola, Della. ¿Qué hay de nuevo? Ya veo que tenemos la acostumbrada provisión de correo. ¡Caramba! ¡Cómo me gusta recibir correspondencia! ¡Y cómo odio el tener que contestarla!

Della preguntó:

—¿Quién es Lola Faxon Allred?

Mason meditó por unos instantes y replicó:

—Me pone usted en un aprieto. ¿La buscó usted en los ficheros?

—Sí, ya la busqué.

—¿Y no encontró ningún dato?

—No encontré nada.

—¿Qué interés hay en ella?

Della Street contestó:

—Es que envió un cheque a nombre de usted por valor de dos mil quinientos dólares.

—¿Por qué razón?

—No lo explica.

—¿No escribió?

—No mandó carta alguna.

—¿Y nosotros no tenemos ninguna referencia sobre ella en nuestros archivos?

—No.

Entonces Mason añadió:

—Vamos a echarle un vistazo a ese cheque.

Mason lo examinó por unos momentos, lo colocó en forma que la luz de la ventana cayese diagonalmente sobre el cheque y luego dijo:

—¿Está usted segura de que no venía ninguna carta con el cheque en el sobre?

—Absolutamente segura. Aquí está el sobre, Jefe. Así fue como vino.

Mason dijo:

—No hay duda de que al despachar este cheque había una carta con él.

—¿Por qué lo sabe usted?

Mason replicó:

—En primer lugar, por la forma en que está doblado. En segundo lugar, por el hecho de que aquí está la huella de una presilla en la parte superior del cheque. Sosténgalo usted así, desde este ángulo, Della. No... un poco más allá. Eso es. Y ahora vea usted cómo se comprueba la débil huella dejada por la presilla.

—Pues es verdad —dijo Della—. En efecto, había una presilla. ¿Y de qué deduce usted que había una carta unida a él?

—Por la forma en que el cheque está doblado. Cuando se mete un cheque en un sobre, se dobla sólo una vez. Pero cuando se hace esto con un cheque unido a una carta, se sujetan ambos con una presilla colocada en la parte superior, luego se dobla la carta empezando por el fondo de ésta y seguidamente se vuelve a doblar dos veces por los lados. Es decir, se dobla una vez de cada lado. Y ahora, observe usted la forma en que este cheque está doblado. Una vez a la derecha y otra a la izquierda.

—Entonces, ¿qué cree usted que pasó con la carta?

Mason contestó:

—Ésa es la cuestión, Della. Vea usted en la guía de teléfonos.

Della recorrió con el dedo índice las páginas correspondientes a la letra «A» en la guía y luego dijo:

—No encuentro ninguna Lola Faxon Allred. Solamente hay un Beltran C. Allred.

—¡Beltran C.! —exclamó Mason.

—Sí. ¿Por qué? ¿Acaso lo conoce usted?

—Pues sí. Conozco algo de él.

—¿Y qué me dice usted de él, Jefe?

—Es un personaje en las esferas mineras. Es a la vez fomentador como capitalista de la minería y explotador directo de ella. Tiene fama de ser muy agudo y trapacero. Hace aproximadamente un año, puso en marcha una mina. Después, vendió todas las acciones y entonces, se descubrió que la mina contenía grandes yacimientos de mineral. Y Allred apeló a un mañoso procedimiento legal para recuperar las acciones y se ganó un millón.

—Los procedimientos mañosos me interesan —comentó Della—. ¿Cuál fue ése?

—Entre los accionistas había uno que era amigo suyo, el cual en realidad no figuraba como accionista sino en forma de pantalla. Entonces, puestos ambos secretamente de acuerdo, ese accionista demandó a Allred por estafa, alegando que las acciones carecían de valor y reclamándole la devolución del dinero. Al propio tiempo, este sujeto que actuaba de pantalla, envió cartas a todos los demás accionistas, anunciándoles que había entablado tal demanda, que Allred había puesto en marcha la mina por medios fraudulentos y que si los demás accionistas querían sumarse a él en la demanda, el demandante creía que era posible salvar así la totalidad del dinero de todos, pero advirtiéndoles al propio tiempo que Allred procuraría ganar tiempo con dilaciones, en forma que dilapidaría los fondos de la compañía. Dos días después, Allred, por su parte, les escribió también a todos los accionistas diciéndoles que en su opinión la mina era extraordinariamente rica en mineral; que nuevos descubrimientos realizados en ella habían aumentado grandemente el valor de las acciones; que cada acción que había sido vendida no pertenecía al fondo de la empresa sino que eran valores privados de Allred; que él quería que los accionistas ganasen mucho dinero y que su consejo era que esperasen con firmeza y no tratasen de obligarle a devolverles el dinero; que en su opinión la mina era ahora más valiosa que cuando él les había vendido las acciones.

»Ya puede usted imaginarse el efecto que esta carta produjo en los accionistas. Éstos comprendieron que podían recuperar su dinero si emprendían una acción judicial conjunta contra Allred. Cuando usted le vende a una persona acciones de una compañía minera y luego trata de volvérselas a comprar, le pedirá diez veces el precio que pagó por ellas. Y si usted le ofrece lo que le costaron,

se reirá de usted. Pero en cambio, si usted le dice que hay una posibilidad de que procediendo con prontitud él puede *recuperar su dinero*, estas palabras le suenan a música en los oídos y entonces lo que querrá ya solo, será en efecto recuperar su dinero.

»En suma: que Allred compró de nuevo toda la cartera de valores de la mina, exactamente al mismo precio que los había vendido. Más tarde, cuando algunos de los accionistas alegaban que habían sido engañados, Allred se limitó simplemente a exhibirles la carta que les había escrito diciéndoles que en su opinión la mina era fabulosamente rica en yacimientos y que se habían descubierto nuevas venas de mineral que estimulaban su fe en la empresa. En otras palabras, les había escrito diciéndoles la pura verdad y pidiéndoles, más aún implorándoles, que no le reclamasen la devolución del dinero. Claro es que el efecto moral de esa carta fue que los accionistas cayesen en la mayor desconfianza y corriesen, hasta perder el aliento, para recobrar su dinero. Y en el aspecto legal, Allred demostró que con esa carta a los accionistas, les había expuesto todos los hechos tal cual eran.

—Debe ser muy agudo ese hombre —comentó Della.

—Sí, es muy mañoso —replicó Mason—. ¿Y no hay en la guía más que ese Allred?

—Ninguno que tenga su dirección en la misma calle que corresponde al envío de este cheque de dos mil quinientos dólares.

Mason dijo:

—Sólo para ver si por casualidad conseguimos averiguar algo, Della, llame usted por teléfono a la residencia de Allred.

—¿Y por quién pregunto?

Mason dudó por un momento y luego dijo:

—Yo hablaré. Usted, Della, me marca el número y luego hablaré yo.

Los experimentados dedos de Della Street en todas las minucias burocráticas, marcaron el número con rápida precisión y luego le hizo una seña con la cabeza a Mason, diciéndole:

—Ya está marcado.

Mason cogió el auricular de su teléfono personal de extensión y esperó.

Unos instantes después, una voz femenina llegó por el hilo, diciendo:

—¡Hola! Aquí la residencia del señor Allred.

—¿Está la señora Allred? —preguntó Mason.

—¿Quién pregunta por ella, por favor?

—El señor Perry Mason, el abogado.

—¿Acaso ella espera que usted le hable, señor Mason?

Mason rió y dijo:

—Eso depende. Dígame usted: ¿es su nombre completo Lola Faxon Allred?

—Exactamente —contestó la voz al otro extremo del hilo.

—Entonces —dijo Mason— cabe decir que efectivamente ella espera que yo la llame.

—Espere un momento, por favor.

Mason quedóse esperando durante unos diez segundos y después una voz masculina surgió en el teléfono, diciendo:

—Hola, señor Mason.

—Sí, dígame.

—Aquí habla Beltran C. Allred. ¿Desea usted hablar con mi esposa?

—Sí.

—Pues en este momento no está en casa.

—¡Ah! Bien.

—Podría usted decirme de lo que se trata... Es decir, en términos generales, ¿qué es lo que quiere usted tratar con ella? Quizás yo pueda hablar con ella más tarde.

—Nada importante —replicó Mason—. Por favor, si a usted le place, dígame solamente que yo la llamé.

—Así lo haré. Pero quizás usted podría decirme...

—Es que estoy simplemente tratando de averiguar y comprobar algo —dijo Mason—. Eso es todo. Puede usted comunicarle este mensaje a su esposa, si así gusta: que estoy averiguando... simplemente *comprobando* algo y que me agradaría que ella me llamase en relación con ello. ¿Comprende usted? Muchísimas gracias.

Allred preguntó:

—¿Y qué es lo que usted está comprobando?

—Un asunto corriente —replicó Mason—. Y muy, muy agradecido, de todas formas, señor Allred. Adiós.

Mason colgó el auricular y miró a Della Street, diciéndole:

—Quizás ya puse el dedo en la llaga. El marido acudió al teléfono. Es extraño. Quisiera saber yo qué es lo que decía la carta que en principio fue unida con una presilla a ese cheque.

—¿Mostró él mucho interés? —preguntó Della.

—Sí. Y ahora vamos a jugar a la espera un poco de tiempo.

—¿Y el cheque?

—Simplemente lo retendremos esperando a ver qué pasa.

—¿Y el correo?

Mason, con un acento de resignación en la voz dijo:

—¡Oh! Muy bien, Creo que no tendré más remedio que bucear un poco en él. Coja su libreta, Della, y vamos a empezar.

A las nueve y cuarenta de la mañana, llegó una carta express, urgente y con entrega inmediata, que a través de Gertie, la empleada de recepción, en el despacho contiguo, fue a parar sobre la mesa de Della. Ésta abrió el sobre encontrando que en su interior había sólo una hoja de papel alargado y de color.

Y este nuevo cheque estaba doblado por el medio, exactamente en la forma en que Mason había dicho debía ser doblado un cheque cuando no va acompañado de una carta. El cheque era contra el Banco First National, de Las Olitas, pagadero a Perry Mason, por la suma de dos mil quinientos dólares y estaba firmado por *Lola Faxon Allred*.

Esta carta había sido echada al correo temprano esa misma mañana, conforme se veía y comprobaba en el matasellos.

Della Street dijo:

—Su amiguita tiene una caprichosa idea del dinero. Y ahora me pregunto, ¿cuánto tiempo va a durar esto?

—¿Los dos cheques tienen fecha del sábado último? —preguntó Mason.

—Exactamente.

—¿Tenemos nosotros cuenta corriente en el Banco de Agricultores, Negociantes y Obreros? —inquirió Mason.

—Ciertamente.

Mason dijo:

—Entonces, vaya usted abajo al Banco y deposite allí los dos cheques. Ruéguele al cajero que ponga especial atención en ellos y que cuando remita el cheque del Banco First National, de las Olitas, para su cobranza, que le pida a éste que lo examinen con especial

cuidado.

—¿Quedaría usted obligado en alguna forma en relación a la señora Allred si usted acepta estos cheques sin saber por qué o para qué son?

—Siempre me queda el recurso de devolverle el dinero, si decido no representarla como abogado, cualquiera que sea el caso que ella pretenda que yo tome a mi cargo. Vaya usted personalmente al Banco, Della, y deposite los cheques. Hay algo en todo esto que no me gusta en absoluto.

—Pues a mí sí me gusta —comentó sonriendo Della—. Y como yo soy la que manejo las finanzas en esta oficina, me encantará extraordinariamente que la señora Allred nos riegue con cheques como éstos en cada correo. ¿Y por qué no le *gusta* a usted, Jefe?

—No lo sé exactamente. Llámeme usted un presentimiento, si usted quiere, pero tengo la sensación de que una vez que usted deposite esos cheques... van a comenzar a ocurrir cosas... y de que ésa es la razón de que hayan enviado esos cheques. Vamos a cooperar con quien los manda, de momento... y luego veremos lo que pasa.

Capítulo 2

A las diez y veinte de la mañana, ya Della Street tenía un informe para transmitírselo a Mason:

—Le dimos un susto al cajero del Banco de Agricultores, Negociantes y Obreros —dijo.

—¿Cómo fue eso?

—Pues que no podía comprender por qué le entregábamos un cheque para cobrar y al propio tiempo le pedíamos que lo examinase meticulosamente.

—¿Y lo examinó meticulosamente?

—Sí.

—¿Y lo dio por bueno?

—Dijo que incuestionablemente el cheque era legítimo, que en efecto estaba firmado por la señora Allred y que esta dama tiene depositados en este Banco fondos suficientes para satisfacerlo. Tanto que el cajero ni siquiera se molestó en comprobar el balance de su cuenta. Únicamente comprobó la legitimidad de las firmas. La señora Allred debe tener una substanciosa cuenta en este Banco.

Mason dijo:

—Este asunto me interesa. La señora Allred indudablemente se pondrá en contacto conmigo... a menos que los cheques hayan sido falsificados.

—Probablemente —comentó Della Street— ella dobló el primer cheque con una carta explicando lo que deseaba de usted, pero luego recordó alguna cosa más que quería añadir a esa carta, la sacó del sobre para ponerle una posdata, y después se olvidó de volver a meterla en el sobre. Mas el cheque quedó dentro de aquél y así lo echó al correo y llegó sin novedad.

—Yo también me imagino eso —concordó Mason—. Pero no obstante, esa maldita cosa me irrita. Yo...

El teléfono encima de la mesa de Della sonó con un timbrazo simple y rápido, indicando que la señorita encargada de recepción en el despacho exterior, tenía un asunto que quería comunicar y tratar directamente con la secretaria de Mason.

Della Street cogió el auricular y dijo:

—Hola, Gertie. ¿Qué ocurre...? ...Ah, sí, ya comprendo... Sí, creo eso. Ruégale que se siente y espere unos instantes.

Della tapó con la mano la bocina del receptor y le dijo a Mason:

—El señor Beltran C. Allred está en el antedespacho. Parece muy preocupado e impaciente. Desea verle a usted, pero no dice para qué.

Mason hizo un gesto y dijo:

—Ahora ya empezamos a saber algo. Dígale a Gertie que lo mande pasar.

Beltran C. Allred era un hombre de unos cincuenta años, bajo y robusto, vestía un traje gris con la chaqueta cruzada, muy bien cortado, en forma que realzaba ventajosamente su apariencia. El cabello, ya no muy fuerte ni abundante, lo llevaba peinado con raya al medio y aplastado sobre un cuero cabelludo que asomaba entre los pequeños mechones rojizos oscuros. Usaba bigote cortado en cepillo que ensombrecía un poco el labio superior, pero no llegaba a los ángulos de la boca, donde se convertía apenas en media pulgada de pelo cuidadosamente recortado.

En apariencia daba la impresión de ser un hombre que, apoyándose en el poder de la personalidad para limpiar de obstáculos su camino, se hubiese encumbrado en la vida lo mismo que un joven jugador de rugby lleva la pelota ovalada hasta la valla contraria penetrando violentamente entre sus adversarios.

Las piernas cortas de Allred le condujeron a través de las oficinas de Mason. La furia que se reflejaba en su rostro dejó paso a una expresión cordial y sonriente al tenderle su mano al abogado, cuando todavía se encontraba a dos metros de él. Y con voz entusiasta exclamó:

—¡Perry Mason! ¡Perry Mason en persona! Esto es una grata sorpresa... Señor Mason: he oído hablar mucho de usted y tengo una gran satisfacción en conocerlo.

—Gracias —replicó Mason estrechándole la mano—. Siéntese usted.

Allred miró significativamente hacia Della Street.

Entonces, Mason dijo, presentándola:

—La señorita Street, mi secretaria. Puede usted confiar absolutamente en su discreción. Esta señorita toma apuntes de conversaciones, cuidada de mantener todo en orden para mí y complementa mi memoria cuando ésta me falla en cualquier detalle.

—Creo que eso no le ocurrirá a usted con mucha frecuencia —dijo Allred halagador.

—Algunas veces tropiezo con algunos detalles —confesó Mason.

Allred se sentó en la gran butaca de cuero destinada a los clientes, carraspeó y dijo:

—¿Me permitiría usted fumar?

—Sin duda alguna —replicó Mason—. ¿Quiere usted uno de éstos?

Y el abogado le presentó un estuche de cigarrillos.

—No, gracias. Los cigarrillos me producen dentera. Prefiero fumar puros, ¿no le molesta a usted?

—En absoluto.

Allred cruzó las piernas. Las uñas de sus manos, acabadas de pulir en la manicura, despedían destellos bajo la luz de la ventana, al propio tiempo que extraía un puro de una cigarrera de piel que sacó del bolsillo.

—Se trata de mi mujer, señor Mason.

—¿Qué ocurre con ella? —preguntó el abogado.

—Difícilmente puedo explicarme su conducta.

Mason interpuso rápidamente:

—No nos creemos malentendidos entre usted y yo, señor Allred. ¿Acaso ha venido usted aquí porque le telefoneé pidiéndole hablar con su esposa?

—Hasta cierto punto y solamente en un sentido, así es.

Mason le advirtió:

—Debe usted tener siempre en cuenta que cuando habla con un abogado es posible que usted presente hechos en relación a los cuales el abogado no tiene libertad de proceder.

—¿Quiere usted decir que está usted representando como abogado a mi mujer?

—Quiero decir que a lo mejor puedo no estar en libertad para

actuar como abogado de usted, si eso es lo que estaba pensando usted. Por lo tanto, sería mejor que me dijese exactamente lo que desea, antes de que me exponga cualquier clase de información que después hubiera deseado usted que tuviese sólo carácter confidencial.

—Está muy bien. Está muy bien —dijo Allred rascando un fósforo contra la suela de su ancho zapato y aplicando después la llama a la punta posterior del puro, y aspirando éste nerviosamente hasta lograr que el cigarro ardiera a plena satisfacción propia.

Después, Allred apagó el fósforo y lo arrojó en el cenicero, diciéndole a Mason:

—¿Acaso es usted el abogado de mi esposa?

—No estoy presto a contestar a esa pregunta por el momento.

—Bien, pues si lo es usted —y efectivamente parece serlo— ¿cómo es posible que usted esperase encontrarla en mi casa?

—¿Acaso no es lógico buscar a una esposa en casa de su marido?

Allred contempló a Mason a través del humo azulado de su puro, estudiando sus facciones y luego admitió un tanto contrariado:

—Maldito si no es usted demasiado reservado... A menos que usted...

—¿A menos qué? —preguntó Mason al mismo tiempo que Allred callaba.

—Pues a menos que por alguna razón no sepa usted... pero si en efecto está representando como abogado a Lola... tiene usted que saberlo.

Mason se limitó a sonreír.

—Bueno, ¿pero de qué sirve el estar forcejeando con palabras en esta forma, Mason? Vayamos al grano.

—Prosiga usted, pues.

—Mi mujer —añadió Allred con acritud— se ha marchado con mi mejor amigo.

—Muy lamentable —dijo Mason vagamente—. ¿Y cuándo se marchó?

—¡Como si usted no supiera ya todo sobre esto!

—A fin de cuentas es usted, señor Allred, quien pidió esta entrevista.

—Se marchó el sábado por la noche —dijo Allred—. Maldita sea,

pero con la sorpresa me quedé tan bamboleante que hubieran podido dejarme sin sentido golpeándome con una pluma de ave.

—¿Y cómo se llama el hombre?

—Roberto Gregg Fleetwood. Es uno de mis asociados en los negocios; un empleado, contador, auxiliar y en suma un hombre para todo.

—¿Y se propone usted pedir el divorcio?

—No sé qué hacer.

—¿Me supongo que los periódicos no saben nada sobre esto?

—No, desde luego. He evitado hasta ahora que se enterasen. Pero no puedo permanecer por mucho más tiempo sin actuar. Somos demasiado conocidos socialmente y en todos sentidos.

Mason se limitó a hacer un movimiento de cabeza por toda respuesta.

—Lo que no puedo explicarme —dijo Allred con tono explosivo— es cómo una mujer de su edad pudo haber hecho eso.

—¿Qué edad tiene ella?

—Cuarenta y dos años.

—Yo creo —dijo Mason— que los psicólogos están de acuerdo en que ésa es una de las edades más peligrosas para la mujer.

—Usted habla en términos generales —replicó Allred.

—¿Y por qué no?

—Muy bien, si usted lo quiere así. Pero escuche, Mason. Lola tenía grandes bienes; por lo tanto podía hacer lo que quisiera. Es una mujer madura. Y si se sentía cansada de mí, ¿por qué simplemente no se fue a Reno, no anunció discretamente que nos habíamos separado, consiguió el divorcio y se casó con Roberto Fleetwood? Pero no; tenía que hacer algo espectacular, algo que es casi propio sólo de una adolescente, algo que nos acarree una gran publicidad desfavorable.

—¿Podría usted decirme algo sobre Fleetwood?

—Puedo decírselo todo sobre él.

—¿Y bien?

—Roberto Fleetwood es quince años más joven que mi mujer. Lo tomé como empleado siendo un muchacho, para hacer de él un hombre. Lo impulsé y ayudé a subir hasta donde él era capaz de llegar. Tenía confianza en él. Gran parte del tiempo estuvo en mi hogar. Que me lleve el diablo si jamás se me ocurrió que él y Lola

podiesen ver algo atrayente el uno en el otro. En apariencia, Roberto estaba cortejando a Patricia.

—¿Y quién es Patricia?

—Patricia Faxon; una hija de Lola de su matrimonio anterior.

—¡Oh! Ya veo.

—Y luego, repentinamente, se escapa con mi mujer.

—¿Y qué dice Patricia de todo esto?

—Se está quemando los ojos de tanto llorar, aunque trata de disimularlo. Se presenta a la mesa a la hora de las comidas, come sólo lo imprescindible para no morir de hambre, adopta una apariencia indiferente, finge reír y ser feliz... y se está royendo el corazón en su intimidad.

—¿Lo amaba?

—Creo que se siente humillada más que otra cosa. Una cosa así, pone a una muchacha en una difícil situación... Eso de que su propia madre se le fugue con el novio...

—¿Y Fleetwood era efectivamente el novio de Patricia?

—Bueno, miremos las cosas en este aspecto... Él era... Él... Bien, él estaba siempre cerca de Patricia y durante ese tiempo nunca pareció tener el más mínimo interés hacia Lola. Los dos deben de haber sido endiabladamente agudos para disimularlo... A menos que sea una cosa que se produjo repentinamente.

»Desde luego, Patricia es una muchacha moderna ¿no? Ha tenido pretendientes por docenas. Infinidad de «cisnes» han estado locos por ella. Pero últimamente, el campo de pretendientes se redujo hasta quedar solo dos: Roberto Fleetwood y un sujeto llamado Juan Bagley. Yo creo que Roberto era el que llevaba la de ganar, pero no obstante eso, Juan continuaba tratando de conquistarla... No juzgue usted erróneamente en esto, Mason.

El abogado asintió con la cabeza.

—Yo creo —prosiguió Allred— que Patricia, a la que llamamos familiarmente Pat, se puso a enfrentar a uno con el otro, en la forma que las mujeres acostumbran... pero fue demasiado lejos en ese juego. Quizás en realidad escogió a Juan y le dio a Roberto en las narices. Nadie lo sabe.

—¿Y no podría usted preguntárselo a Pat? —inquirió Mason.

—A Pat no se le pueden preguntar cosas así. Sus pensamientos están cerrados a cal y canto. Ella cree que yo trataba de dominarla y

se ofendió y lo tomó a mal. Todo ha sido un mal entendido, puedo asegurárselo a usted, Mason, pero eso es lo que ella cree. Bien, de todas formas, si le dio la preferencia a Juan sobre Roberto, con eso lo que logró fue acarrearle una mala situación a mí.

»Porque yo creo que Roberto se decidió a demostrarle a Pat, que ella no era la única muchacha que había en el mundo y quiso humillarla, para lo cual se fugó con la propia madre de ella. ¡Y eso, claro es, me pone en la peor situación! Ahora, lo que no me cabe en la cabeza, es que Lola hiciese semejante cosa.

Mason se limitó a hacer un movimiento de cabeza.

—¡Que me lleve el diablo! —exclamó Allred—. Pero aún en el caso de que yo no le importase ni un bledo a Lola y que ésta quisiese hacer cuanto pudiese para herirme o ponerme en ridículo, a pesar de todo eso, no es posible imaginar que hiciese lo que hizo.

—¿Acaso hizo ella todo eso únicamente para herirle a usted o para ponerle en ridículo? —preguntó Mason.

—Tal parece ser así. ¿No lo cree usted también?

Mason guardó silencio.

—Yo creo que la única explicación —prosiguió Allred— es que Lola estuvo secretamente en amores con Roberto durante algún tiempo. Es posible que, ella creyó que Pat no lo amaba en realidad. Creo también que ella tenía miedo de decirme que quería divorciarse de mí y esperar a que las cosas se resolviesen de una manera decente, porque si lo hubiera hecho así, temía que Roberto la hubiese dejado. Después de todo, sin perjuicio de lo muy atractiva y bella que una mujer pueda ser, cuando se ata a un hombre quince años más joven que ella... pues bien, es sólo cuestión de tiempo el que él la abandone, Mason. Sí, sólo una cuestión de tiempo.

—Y ahora, exactamente, ¿qué es lo que quiere usted que haga yo? —preguntó Mason—. ¿Que haga comentarios sobre su problema doméstico o que le dé informaciones?

—En verdad, lo que quiero es que me dé informaciones, Mason.

—Es lo que me supongo.

—Pero sólo como principio para otra cosa.

—Me temo no haberlo comprendido.

—Lo que deseo saber es si usted está representando a mi mujer como abogado. Necesito una respuesta concluyente sobre ello.

—Pues... no puedo dársela.

—Si usted la está representando, quiero establecer comunicación con ella.

—Se pondrá en comunicación con usted si ella así lo desea, creo yo —dijo Mason.

—¡Diablo! Pero no se trata de que ella lo desee. Soy yo quien así lo quiere.

—¿Sí?

—Sí. Quiero agarrar a Roberto Fleetwood.

—Y Fleetwood —contestó Mason— a sabiendas de los riesgos que naturalmente se corren en encontrarse con un marido iracundo, está igualmente ansioso por mantenerse alejado del camino de usted.

—Ésa es precisamente la cuestión —comentó Allred con ansiedad—. Pero él no tiene por qué tener miedo de mí.

—Quizás no sea miedo. Acaso sea únicamente prudencia.

—Bueno, sea lo que quiera, preciso que él se ponga en comunicación conmigo.

—Un deseo por parte de usted que quizás él decida ignorar.

—Escuche —dijo Allred—. Voy a poner sobre la mesa algunos naipes más, todavía.

—Adelante, hágalo usted.

—¿Sabe usted algo acerca de mis negocios, Mason?

—En términos generales sé que se dedica usted a negocios de minas.

Allred continuó:

—El negocio de minas es el juego de azar más grande del mundo. Usted compra una posible mina. Parece buena. Usted derrama su dinero a manos llenas en desarrollar el trabajo de explotación. Usted cree que le va a producir un millón de dólares. Y luego de repente, resulta no ser más que un limón seco y sin jugo. Usted enterró allí más dinero del que podía. Y naturalmente usted trata de sacarse de encima esa carga y de recuperar siquiera parte de su dinero.

Mason asintió con la cabeza.

—Por otra parte —añadió Allred—, usted hace un pequeño agujero en la tierra y empieza a agrandarlo, decidido a no gastar mucho dinero en él, y de pronto se encuentra con que ha

descubierto un enorme filón de mineral. ¿Conoce usted a Jorge Jerome?

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Es mi socio en bastantes negocios mineros míos. Es una excelente persona y posee muchos conocimientos técnicos en esta cuestión. Y es un hombre bastante difícil de engañar, este Jorge Jerome.

—¿Y qué tiene que ver con todo lo demás Jorge Jerome? —preguntó Mason.

—Nosotros éramos los dueños de la mina de Caballo Blanco. Se la cambiamos a Dixon Keith por una mina que éste poseía y le dimos además algún dinero fue una buena operación. Lo que yo llamaría un trueque justo.

Mason miró a su reloj de pulsera.

Al verlo, Allred dijo:

—Voy a retenerle sólo un minuto más. Solamente un minuto. Es que todo esto está enlazado con el problema de mi mujer. Keith cambió con nosotros su propiedad con los ojos muy abiertos. Creyó que nos estaba colocando un limón seco con su mina. Yo ya sabía que él pensaba que su propiedad no valía un centavo. Y en eso fue donde lo envolvimos, gracias a los conocimientos técnicos de mi socio.

»Pues bien, la mina que recibimos de Keith resultó ser de gran valor. El hecho es que la vena de mineral, estaba agotándose y que Keith decidió deshacerse de ella a tiempo. Pero Jorge, mi socio, pensó que había habido un error en la explotación de la mina y que no habían descubierto la vena principal. Entonces, Jorge abrió el túnel en diferente dirección y al cabo de tres semanas que habíamos tomado posesión de ella, descubrimos el rico yacimiento... Muy rico...

»Tratamos de guardar esto secreto, pero no sé cómo, el caso es que trascendió a otras gentes. Keith se enteró de ello y naturalmente se puso furioso. Lo más que podía hacer era tratar de rescindir el contrato de venta, de volver el trueque atrás. Y entonces alegó que nosotros habíamos falseado el valor de nuestra propiedad ante él y dijo que quería la rescisión del contrato. Claro es que nosotros le contestamos que se fuese al infierno.

—¿Y qué hizo él? —preguntó Mason.

—Pues se buscó un abogado y planteó una demanda alegando que nosotros éramos culpables de manifestaciones falsas y fraudulentas y que no le habíamos dicho al hacer el cambio de las minas respectivas, esto, aquello y lo demás allá; que él se había fiado de nuestra palabra tanto, que ni siquiera, había hecho una inspección personal de nuestra mina que le dimos en trueque. Y eso es una mentira, Mason. Dixon Keith fue a ver nuestra mina, la examinó ampliamente, la estudió con detenimiento y aunque nosotros le hubiéramos dado alguna información, lo cual no hicimos, él no se hubiera fiado de ella.

»Las leyes sobre fraude, según yo las interpreto, se refieren a un hombre que se fía de manifestaciones falsas, lo cual es una cosa; pero si ese hombre hace una investigación independiente de cuanto le hayan dicho y compra una propiedad como consecuencia de esa investigación, sus manos quedan ya atadas.

—En efecto, en términos generales, así es la ley —dijo Mason—. Claro que hay también ciertas excepciones...

—Lo sé, lo sé, pero no estoy hablando ahora de las excepciones, Estoy hablando de la ley. Porque éste es un caso concreto de un hombre intentando echarse atrás en un contrato que hizo y firmó.

—¿Y puede usted probar que Keith fue a inspeccionar la propiedad que ustedes le ofrecían en trueque? —preguntó Mason.

—¡Vamos! Ahí está el nudo de la cuestión —admitió Allred—. Hay sólo una persona que puede testificar y probar eso.

—¿Quién?

—Roberto Gregg Fleetwood —dijo Allred con acritud—. El hombre que se ha fugado con mi mujer.

—La situación —dijo Mason sonriendo débilmente— parece pues ser muy complicada.

—Es complicada... es fastidiosa... es apurada. Yo tomé a Fleetwood e hice de él un hombre, aunque se trata de un individuo perezoso y que no sirve para nada. Y ahora se ha escapado con mi mujer y además está entorpeciendo una acción judicial, porque nadie sabe cómo ponerse en comunicación con él. Dixon Keith, evidentemente, sabe lo que está ocurriendo. Y está intentando apurar la tramitación del caso en el juzgado para que se celebre el juicio inmediatamente. Quiere que me tomen declaración a mí y también a Jorge Jerome. Estamos en un mal paso, Mason. Pero

nosotros no queremos apoyar nuestra defensa en el alegato de que Keith hizo independientemente uso de su propio criterio y realizó un viaje para inspeccionar la mina del Caballo Blanco, a menos que podamos probarlo. En un juicio usted puede tratar de afianzarse sobre un hecho y luego resulta que se da de bruces contra la prueba testifical... Bueno, usted es abogado y sabe bien lo que ocurre.

Mason preguntó:

—Y exactamente ¿qué es lo que quiere usted que haga yo? Porque yo no estoy en condiciones de poderle representar a usted en su pleito minero.

—Lo comprendo todo. Nosotros ya tenemos abogado para eso.

—Entonces ¿qué es lo que usted quiere que haga yo?

—Escuche —dijo Allred—. Usted es el abogado de mi mujer. Usted puede defenderla cuanto quiera. Yo sé que usted es su abogado. Y lo que yo quiero es que usted se ponga en comunicación con ella.

—¿Y cómo sabe usted que yo puedo ponerme en comunicación con ella?

—Tengo la seguridad de que es así. Y yo quiero que usted le diga que tenga sentido común y proceda conforme a la edad que ya tiene. Que le diga usted que vaya a Reno y obtenga un divorcio, lo cual, en lo que a mí se refiere, me parecerá muy bien. Y también quiero que usted se ponga en comunicación con Fleetwood por medio de ella y que le diga a aquél que vuelva a aquí, que se porte como un hombre y haga frente a sus responsabilidades. Si Lola lo quiere puede quedarse con él y él con ella. Yo voy a proceder generosa y justamente con él. No creo que fuese culpa suya enteramente. Y yo quiero ganar este pleito. Quiero que Roberto venga aquí y quiero disponer de él como testigo. ¿Está claro?

—Parece estar bastante claro.

Allred se levantó de su butaca y dijo:

—Eso es todo cuanto tengo que decirles a ellos.

—¿Y supóngase usted que yo no fuese el abogado de su mujer?

—Usted lo es.

—Pero supóngase que no lo soy.

—Pues bien, no veo la diferencia en uno u otro sentido. Le he dicho u usted todo cuanto tenía que decirle. Espero que podré ponerme en comunicación con mi mujer. Usted ya sabe mi actitud y

por consiguiente sabe también lo que tiene que hacer sobre esto.

—Me temo —dijo Mason— que no hay gran cosa que yo pueda hacer sobre esto.

—Pues transmitirle este mensaje a su clienta. Es ventajoso para ella el que lo reciba. Estoy seguro de que usted lo hará. Buenos días, señor Mason.

Allred se encaminó hacia la puerta por la cual había entrado; luego al llegar al pasillo dio bruscamente media vuelta abrió la puerta exterior y salió sin siquiera mirar atrás.

Mason miró a Della Street.

—Bien —dijo ella—; esto lo explica todo. La señora Allred quiere que usted la represente como abogado. Evidentemente ella le escribió a usted una carta comunicándole lo que proyectaba hacer y lo que quería que usted hiciese y luego... —la voz de Della quedó cortada.

—¿Y luego? —preguntó Mason.

—Quizá ella decidió más bien esperar y telefonearle más tarde —acabó diciendo débilmente Della.

—Tiene usted que ser más suspicaz que todo eso, Della —dijo Mason haciendo una mueca irónica.

Capítulo 3

Diez minutos después que Allred se había marchado, Gertie la empleada de recepción de Mason, entró de puntillas en el despacho de aquél para anunciar con voz susurrante:

—¡Atiza, señor Mason! El presidente del Banco está aquí.

—¿Quién? —preguntó Mason.

—El señor Mervin Canby, Presidente del Banco de Agricultores, Negociantes y Obreros. Quiere verle a usted en relación con un asunto que dice ser confidencial.

—Muy bien, hágalo entrar —dijo Mason.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Muy bien, señor Mason. Yo... bien, me pareció mejor venir a decírselo a usted en lugar de telefonearle.

—Magnífico, Gertie. Hágalo pasar.

Mason y Della Street cambiaron una mirada en el momento en que Gertie se desvanecía a través de la puerta del antedespacho.

Mervin Canby era un hombre frío y de cabellos grises, cejas grises, bigote gris y ojos grises, componiendo una personalidad también enteramente gris. Al entrar dirigió una sonrisa cordial a Della Street y otra idéntica a Mason. Pero en esa sonrisa no había calor alguno y sus maneras indicaban bastante claramente que el objeto de su visita era una seria cuestión de negocios.

—Siéntese usted —le dijo Mason.

Canby se acomodó en la butaca y dijo:

—Seré breve y empezaré hablando ya directamente de la cuestión, señor Mason. Yo soy un hombre muy ocupado y sé que usted también es un hombre ocupado.

Mason asintió con la cabeza.

—Usted depositó dos cheques en nuestro Banco, señor Mason.

Uno de ellos es contra nuestro Banco, a favor de usted y por el importe de dos mil quinientos dólares, y está firmado por Lola Faxon Allred.

Mason permaneció callado esperando a que el banquero prosiguiese.

—El otro cheque —continuó Canby— era contra el Banco First National, de Las Olitas. Y éste también era a favor de usted e igualmente era por el importe de dos mil quinientos dólares. Y cuando usted depositó ambos cheques le pidió al cajero que los examinase con gran cuidado.

—La señorita Street hizo eso —dijo Mason.

—¿Puedo preguntarle a usted, señor Mason, si ella lo hizo por indicación de usted?

—En efecto, así fue.

—¿Y por qué?

—Porque yo quería tener la seguridad de que los cheques eran legítimos.

—Pues ésa no es una costumbre muy corriente.

—Quizá no lo sea.

—¿Tiene usted alguna razón para creer que esos cheques no eran legítimos?

—Ésa es una pregunta difícil de contestar. Supongamos que usted me dice antes de nada el por qué está usted aquí.

Canby replicó:

—Es que el cajero quedó meditando sobre esa cuestión. Después que la señorita Street se marchó, el cajero vino a mí para pedirme consejo. Yo examiné los cheques y luego mandé a buscar a nuestro perito calígrafo.

—¿Y acaso no es eso un poco fuera de lo corriente? —preguntó Mason.

—Es que yo encontré en uno de los cheques algo que me sorprendió —replicó Canby—. Pero quise que mi sospecha fuese controlada por un profesional. Desde luego su opinión hasta ahora es todavía más o menos insegura... es decir, en lo que afecta a un cheque. En cuanto al otro la situación es diferente.

—¿En qué sentido?

—El cheque expedido contra nosotros parece estar firmado efectivamente por Lola Faxon Allred. Pero el cheque expedido

contra el Banco First National, de Las Olitas, posiblemente está falsificado.

—¡Diantre, con eso! —exclamó Mason.

—Pues es así. La falsificación puede ser demostrada.

—¿Y cómo?

—Con ayuda de un microscopio. Alguien trazó la firma en el cheque calcándola con papel carbón. Ésta es una de las formas más antiguas de falsificación conocidas. Una persona, por ejemplo, consigue un papel que tenga la firma genuina de aquél cuyo nombre pretende falsificar. Entonces coloca un pedazo de papel carbón por debajo de esa firma y debajo del papel carbón el documento que quiere falsificar. Después, muy suavemente, el falsificador va calcando con un palillo de dientes u otro objeto puntiagudo similar, encima de las líneas de la firma legítima. La presión es lo bastante ligera para que deje apenas perceptible la huella del papel carbón en la firma del documento que está debajo.

—¿Y después, qué? —preguntó Mason.

—Pues después el falsificador coge una pluma, generalmente una pluma con tinte gruesa cual la utilizada para dibujo, o cualquier tinta china.

—Continúe.

—Y traza rasgo por rasgo y línea por línea encima de la firma de papel carbón. Francamente, señor Mason, esto produce una excelente falsificación que cuando está hábilmente realizada solo puede ser descubierta por un técnico... dependiendo en cierta forma la perfección de la imitación, de la edad, la mentalidad y las reacciones emotivas de la persona que falsifica la firma. Claro es, la pluma se mueve siempre más lentamente que en el caso de la firma genuina. Por consiguiente si el falsificador es una persona nerviosa, entonces hay mayores posibilidades de que se produzcan irregularidades en las líneas de la firma, que el microscopio puede descubrir, debidas aquéllas al temblor de la mano del falsificador. Pero si éste tiene una mano firme y no está sujeto a excitaciones mentales, la falsificación puede resultar casi perfecta.

Mason se limitó a asentir con la cabeza.

—En este caso el cheque falsificado —continuó Canby— fue escrito por la mano de alguien que ya pasó de media edad o por alguien que se hallaba bajo una tensión emotiva. Aunque a simple

vista no se descubre nada anormal, con el microscopio se revelan temblores irregulares en las líneas, muy claramente.

—No hay duda —dijo Mason.

—Así —prosiguió Canby— he querido ponerme en contacto con usted para averiguar exactamente lo que usted sepa sobre este cheque.

—¿Y por qué no se pone usted mejor en comunicación con la señora Allred?

—Ya lo hemos intentado. Pero parece que por el momento no es posible hablar con ella.

—¿Sabe usted acaso dónde se encuentra?

—Al parecer se marchó con unos amigos para un viaje en automóvil. Su marido parece no darle mucha importancia a su ausencia y dice que no tiene ni la más remota idea de donde podría encontrarla ni lo sabrá hasta que ella se lo comunique desde donde sea. Él dice que ella se marchó con unos amigos que están interesados en cuestiones de fotografías de paisaje y se encuentran errando por diversos lugares.

—¿Y el marido no se muestra ni siquiera un poco desconcertado por su ausencia?

Canby miró a Mason escrutadoramente y dijo:

—¿Existe alguna razón para que él lo esté?

Mason replicó irritado:

—No me haga usted preguntas de esa clase, Canby. Las mías no tienen más objeto que el tratar de ayudarlo a usted. Pero si usted va a adoptar conmigo esa actitud, entonces yo simplemente me lavaré las manos por completo en este cuestión.

—Pero desde luego usted depositó ese cheque —señaló Canby.

—Ciertamente que lo hice —dijo Mason—, y le diré a usted en qué forma lo recibí. Lo recibí por correo, en un sobre, y eso es todo lo que puedo decirle.

—Pero eso pone al Banco en una ingrata posición —contestó Canby—. Desde luego, Mason, siempre hay una posibilidad de que el cheque expedido contra nosotros sea también falsificado.

—Pero creo que usted dijo que su perito calígrafo dictaminó que la firma era legítima.

—El perito realizó un examen preliminar, después del cual dijo que hay indicaciones de que la firma es legítima. En otras palabras,

no hay señales definidas de falsificación que él haya podido descubrir en el cheque por ahora.

—Y bien —preguntó Mason—: ¿qué es lo que van ustedes a hacer? ¿Vino usted a comunicarme que no van a hacer efectivo ese cheque?

—No, no; no, en absoluto.

—Entonces ¿qué?

—Sin embargo —dijo Canby— bajo estas circunstancias yo pensé que quizá debiera usted saberlo y que entonces usted pudiera no querer hacer efectivo ese cheque hasta que quedase completamente satisfecho sobre su legitimidad.

—Yo ya estoy satisfecho ahora —contestó Mason—. El cajero dice que el cheque es bueno. Y su perito calígrafo también dice que el cheque es bueno.

—Sí, pero el otro cheque que fue depositado con ése, es evidentemente falsificado; una muy hábil falsificación.

—¿Y bien?

—Eso, desde luego, dará lugar a que el otro cheque expedido contra nosotros quede sujeto a un examen muy minucioso.

—¡Diablos! —exclamó Mason—. Pues examínenlo cuanto quieran. Precisamente eso era todo lo que yo quería. Eso fue lo que yo les pedí a ustedes que hiciesen.

—Me gustaría saber algo más sobre las circunstancias en que usted recibió esos cheques, señor Mason. Yo espero que usted estará de acuerdo conmigo que en estas circunstancias la forma más segura de proceder es retener el pago hasta que podamos ponernos en contacto con la señora Allred.

—¿Pero es que el cheque no es bueno?

—No lo sé.

—¿Por qué entonces no lo denuncian a la policía?

—Eso, ciertamente, puede resultar muy complicado —contestó el banquero Canby cambiando intranquilo de postura—. Esa familia es muy rica, señor Mason.

Mason dijo:

—Escuche: ustedes tienen un abogado. Y yo no soy el abogado de ustedes. Por consiguiente ¿por qué no le preguntan a él lo que han de hacer? Ustedes están reteniendo un cheque que puede resultar ser falsificado. Y si es falsificado, ustedes querrán

aprehender al falsificador.

—Desde luego —murmuró Canby— nuestro perito calígrafo no ha podido descubrir hasta ahora nada anormal. Puede llevarle varios días el llegar a una conclusión. E incluso entonces puede incurrir en alguna circunstancia complicada. Por lo general, señor Mason, el Banco es responsable por el pago de un cheque con la firma falsificada, mientras que el pago de un cheque en el que sólo ha sido alterada la cifra aumentándole, constituye sólo una cuestión de negligencia.

Mason hizo una mueca a su interlocutor y le dijo:

—Usted me perdonará, Canby pero esta *criatura* es de ustedes.

—Sí, pero el cheque es de usted... El que está falsificado.

—En efecto lo es —contestó Mason.

—Y nosotros no podemos enviarlo al otro banco para solicitar su pago.

—Ese problema es de ustedes, Canby.

Gertie, la muchacha de recepción, apareció en la puerta del despacho con un telegrama.

Mason hizo seña a Della Street y le dijo:

—Léalo a ver que es.

Della abrió el telegrama, miró a Mason con cierta sorpresa y luego a Canby.

—Continúe —le dijo Mason—. Léalo.

Della después de leerlo para sí, entregó el telegrama al abogado.

Mason lo miró, lanzó una exclamación y luego leyó texto voz alta.

Por correo envíele a usted dos mil quinientos dólares con objeto proteja mi hija Patricia en caso esta necesite ayuda pero no le haga preguntas sobre ningún asunto.

LOLA FAXON ALLRED

—Este telegrama —dijo Mason— ha sido enviado desde Springfield, —y le tendió el mensaje al banquero.

Canby lo examinó y después dijo:

—Es una carta telegráfica diurna, enviada esta mañana a las nueve desde Springfield. Ella se refiere a un envío de dos mil quinientos dólares, pero según tengo entendido, usted recibió dos

cheques de dos mil quinientos dólares.

—Exactamente —dijo Mason—. Y al parecer uno de ellos es falsificado.

—Sí, sí; lo es.

—Pero en cambio el otro, al parecer, es legítimo. La señora Allred quiere que yo ayude a su hija. Y sí ustedes retienen el pago de ese cheque, entonces la responsabilidad será de ustedes.

—Bien —dijo Canby—, este telegrama es todo lo que nuestro Banco necesita. El cheque de dos mil quinientos dólares expedido contra nosotros será satisfecho y abonado en la cuenta de usted, señor Mason.

—Tengo entendido —dijo Mason con aire de naturalidad— de que hay fondos suficientes en la cuenta de la señora Allred para cubrir el importe de ese cheque.

El banquero sonrió y dijo:

—Su cuenta es muy substanciosa, señor Mason.

—¿Se trata sólo de dinero dormido en la cuenta?

—A ella le gusta tener balances de cuenta en caja muy amplios, creo yo.

—¿Y sabe usted algo sobre su cuenta en Las Olitas?

—No, no sé nada.

—Bien, muchas gracias por su visita —dijo Mason un tanto bruscamente, y Canby dándose cuenta de que la entrevista había terminado le estrechó la mano, partiendo como una sombra humana, obviamente nada satisfecha con la entrevista.

Tan pronto como la puerta se cerró, Mason le dijo a Della Street:

—Ahí tiene un típico banquero para usted, Della. Su perito calígrafo no puede encontrar nada ilegítimo en el primer cheque, pero el Banco es tan cauto que no lo pagaría. Pero luego viene un telegrama que no tiene más que una firma mecanografiada, pero cómo está en una hoja de papel perfectamente genuina de la compañía telegráfica Western Union, entonces el Banco, adopta una actitud en extremo conciliadora.

»Cualquiera puede enviar el telegrama que le plazca y firmarlo con el nombre que le parezca... Pero los banqueros se tragan siempre todo lo que parezca hecho en debida forma. En cambio se atragantan hasta morir con una cosa que no sea corriente. La forma ideal de acercarse a un banquero es llevando un sello de

goma, de estampillar.

»Vaya usted abajo al vestíbulo y hable con Paul Drake, de la Agencia de Detectives Drake y dígame que venga a aquí. Quiero averiguar quien en realidad envió este telegrama.

Capítulo 4

Paul Drake arrellanó toda su humanidad física en la butaca para clientes revolviéndose en ésta hasta que consiguió acomodarse con una postura confortable. Después de lograr esto, volvió a moverse hasta colocar sus piernas colgando del mullido brazo de la butaca, con el torso materialmente hundido en ésta.

Paul Drake cultivaba cuidadosamente una indescriptible apariencia y una expresión lúgubre. Para él no había nada de romántico en el manejo de una agencia detectivesca. Contemplaba su profesión con un aire de desprendimiento pesimista, aunque realizaba su trabajo en forma competente e implorante.

—¿Sabe usted algo acerca de Beltran C. Allred, Paul? —preguntóle Mason.

—Muy poco. Es un alto personaje en el negocio de minas. Espere un momento: sé algo más. Precisamente el otro día oí algo referente a él. Está mezclado en una demanda por fraude.

—Y su mujer se ha fugado —dijo Mason.

—Muy bien. ¿En qué tengo que intervenir?

Mason le tendió a Paul el telegrama que había recibido y dijo:

—Quiero hablar con la señora Allred. Y aquí está este telegrama que fue enviado temprano esta mañana desde Springfield. Quiero que usted la busque y la encuentre.

—¿Tiene usted algunos datos sobre sus señas personales? —preguntó Drake.

Mason movió la cabeza negativamente y dijo:

—Ésa es una cuestión que le compete a usted, Paul. Tendrá usted que trabajar con rapidez. Ella tiene una hija, Patricia Faxon, la misma que menciona en el telegrama. La señora Allred, parece ser que se ha fugado con un individuo llamado Roberto Fleetwood. Esto es en extremo confidencial. La familia no quiere que

trascienda.

—¿Cuándo se fugó?

—El sábado por la noche, según creo. Me envió un cheque contra un banco local por valor de dos mil quinientos dólares. Y ese cheque parece, con toda seguridad, firmado por ella. Ese cheque fue echado al correo el sábado por la noche. Esta mañana recibí un nuevo cheque contra el Banco First National de Las Olitas, también por dos mil quinientos dólares, que igualmente, al parecer, estaba firmado por ella.

—Pero en el telegrama —señaló Drake— ella sólo habla de un cheque.

—Exactamente. Un cheque por dos mil quinientos dólares. Y ése es el único que el Banco dice que es legítimo.

—¿Y qué ocurre con el otro cheque?

—Los peritos calígrafos dicen que está falsificado. La firma fue calcada.

—¿Y qué otra cosa hay respecto a los cheques, aparte la cuestión de la firma?

—Que están escritos a máquina —dijo Mason—. En ese aspecto, los dos cheques son iguales, y lo más interesante, en lo que yo he podido averiguar mediante examen de los sobres, es que tanto uno como otro de éstos, fueron escritos en la misma máquina.

—Muy bien —dijo Drake—. Démelos usted.

Mason le entregó los dos sobres en que los cheques habían sido enviados.

—¿Dónde están los cheques?

—Uno de ellos ya recibió el visto bueno —replicó Mason con una mueca significativa—. Y el otro está en poder del Banco. Quizás el Banco esté pensando en entregárselo a la policía.

—¿Y el Banco no le ha pedido los sobres en que fueron enviados los cheques?

—Todavía no. Pero los pedirá. Por consiguiente, haga usted que le saquen copias fotográficas ampliadas de ellos, en forma que podamos comprobar la escritura a máquina que contienen. Consiga usted un perito que pueda decirle la marca y modelo de máquina en que fueron escritos.

—¿Eso es todo?

—Todo cuanto puedo decirle a usted. Probablemente se le

ocurrirán a usted otras cosas conforme vaya trabajando en este caso.

Drake se levantó de la butaca y dijo:

—¿Y qué me dice usted de la hija, Patricia? ¿Puedo decirle a ella lo del telegrama?

—No veo razón alguna para que no pueda hacerlo.

—¿Y puedo decirle que voy de parte de usted?

Mason meditó unos instantes y luego dijo:

—Dígale primero que es usted un reportero de prensa. A ver qué historia le cuenta ella para su publicación. Y después le dice usted quien es en realidad y que está trabajando para mí. Y así comprobará si ella cambia de versión.

—¿Nada más? —preguntó Drake.

Mason dijo:

—Creo que no preciso trazarle a usted un diagrama, Paul. Los archivos de la policía están repletos de casos de esposas ricas que desaparecen, y de maridos que cuentan primero una historia y luego otra. Todo sigue siempre ese mismo modelo.

—¿Quiere usted decir que el marido le rompe la cabeza a la mujer, esconde el cadáver en el sótano, lo entierra allí cubriendo el agujero con un poco de cemento, y luego le cuenta a los vecinos que su esposa se ha ausentado para ir a visitar a la «Tía María»?

—Eso es lo que ocurre con frecuencia.

—Sí, pero en este caso hay una segunda persona; Fleetwood.

—Pero también puede ocurrir que ese sótano sea muy grande.

—Supongo que no le habrá dicho usted nada a nadie de lo que está ocurriendo...

—Así es.

—¿Debo hacerle saber a Patricia la razón de por qué usted está buscando a su mamá?

—No. Déjela a ella que hable... y que actúe.

—Muy bien —dijo Drake—. ¿Cuándo quiere usted este asunto?

—Lo más pronto posible —replicó Mason.

—Siempre es lo mismo con usted —comentó Drake al mismo tiempo que se marchaba.

Entonces, Mason le dijo a Della Street:

—Se queda usted al mando de esta fortaleza. Yo me voy a hacer un viajecito a Las Olitas. Si tengo suerte, alcanzaré a ver al

presidente del Banco antes de que se marche para almorzar.

Capítulo 5

La pequeña ciudad suburbana de Las Olitas parecía estar alegremente colgada de unas colinas cubiertas de jardines domésticos.

Era aquí donde estaban los hogares de los ricos rancheros, gozando de una buena vida a costa de la tierra. Y aquí también estaban las casas de los ricachones que se habían desprendido de las preocupaciones, las prisas y el tumulto de la ciudad, retirándose a disfrutar de la tranquilidad de este pequeño y rico suburbio.

Situada a más de mil pies de altitud sobre la planicie que se extendía abajo, con un fondo de montañas agrestes resguardándola detrás, Las Olitas estaba bañada de sol. Desde sus zonas residenciales, se extendía la vista por encima de una bruma de impurezas atmosféricas hasta el punto donde la gran ciudad lanzaba al espacio, llenando con día el aire, la nauseante impureza de gases.

El centro de Las Olitas estaba a no más de cuarenta minutos de automóvil de la oficina de Mason, y éste al llegar, se detuvo unos momentos para admirar el cielo claro y azul y las cumbres de las montañas en el fondo del paisaje. Después llevó el coche a un parque de estacionamiento para automóviles y se dirigió andando al Banco First National que se hallaba a corta distancia.

La institución bancaria parecía reflejar el propio temperamento de aquélla comunidad. El Banco, grande, espacioso y cuidadosamente diseñado por hábiles arquitectos, estaba permeado con una atmósfera de plácida estabilidad. Mason, después de echar un vistazo a las filas de oficinas abiertas detrás de unas divisiones de mármol, descubrió una placa de metal que tenía inscritas estas palabras: «C. E. Pawling – Presidente». Igualmente Mason notó que el señor Pawling estaba en estos instantes sin visitas y por lo tanto libre. El abogado se acercó a la división de mármol y examinó al

presidente. Éste era un hombre de unos sesenta años, vestido con un costoso traje, de aire distinguido y cuyos ojos agudos y directos irradiaban una sonriente bienvenida para el mundo en torno. Y sin embargo esos ojos estaban constantemente, realizando un cálculo de cuanto veían, mediante su aguda observación.

Mason hizo una inclinación saludando al hombre que estaba detrás de la mesa y éste inmediatamente se levantó y acudió al mostrador de mármol.

—Mi nombre es Mason —dijo el abogado.

Pawling le tendió la mano.

—Soy abogado.

—Muy bien, señor... ¿no será Perry Mason?

—Sí, lo soy.

—Muy bien, muy bien, señor Mason. Es sin duda un placer el conocerle. ¿Quiere usted pasar? He leído mucho sobre usted. ¿Viene usted para abrir una cuenta, señor Mason?

—No —dijo Mason al propio tiempo que penetraba por la cancilla de caoba que el presidente del Banco había abierto—. He venido a verle a usted por un asunto que, francamente, me ha sorprendido... Un asunto relacionado con los intereses y el bienestar de uno de sus cuentacorrentistas.

—Muy bien, señor Mason. Siéntese usted. Y ahora dígame de lo que se trata.

Mason dijo:

—Esta mañana recibí por correo un cheque, expedido contra este Banco, por el importe de dos mil quinientos dólares.

—Ah ¿sí? —replicó Pawling con un tono que indicaba que cheques de dos mil quinientos dólares podían ser pagados por la mayoría de los depositantes de su Banco.

—Y yo entregué ese cheque para que lo tramitase e hiciese efectivo con ustedes, a mi propio banco en la ciudad, el de Agricultores, Negociantes y Obreros.

Pawling asintió con la cabeza.

—¿Acaso está usted ya enterado de esto? —preguntó Mason.

Pawling dijo suavemente:

—Tengo que conocer todavía más detalles, señor Mason.

—La persona que firmó ese cheque —prosiguió Mason— fue Lola Faxon Allred. Ella tiene también cuenta en el mismo banco

donde yo tengo la mía. Pero al examinar la firma del cheque, los funcionarios del banco tuvieron sospechas, llamaron a un perito calígrafo y éste dictaminó, que el cheque estaba falsificado.

—Sin duda.

—Yo me supuse que se lo habían comunicado a usted.

—¿Y qué es lo que desea usted, señor Mason?

Mason añadió:

—Yo también recibí otro cheque de Lola Faxon Allred, por la suma de dos mil quinientos dólares.

Pawling estaba ahora sentado rígido en su butaca, con la cabeza ligeramente inclinada a un lado en forma de estar seguro de oír cada palabra del abogado.

—Ese cheque —prosiguió Mason— era tan bueno como oro. Me fue enviado como garantía para que representase como abogado a la señora Allred en ciertos asuntos que le atañen. Por consiguiente, mi situación es la de un hombre que ha recibido un cheque falso y a la vez que ha sido pagado en la misma cuantía con un cheque legítimo. Y al mismo tiempo resulta ser el propio abogado de la señora Allred.

—Ah, sí... —exclamó Pawling.

Mason dijo:

—Y mi clienta, no se encuentra disponible por el momento para hablar con ella.

—Muy bien.

—Y entonces se me ocurre pensar que el cheque contra este Banco, puede no ser la única falsificación perpetrada. La señora Allred, creo que acostumbra a escribir sus cheques a máquina, ¿no es así?

—Así lo creo. Sí.

—¿Y escribe sólo la firma de su puño y letra?

Pawling afirmó con un movimiento de cabeza.

Mason añadió:

—Por ciertos detalles de que me enteré, he llegado a la conclusión de que su cuenta en este Banco de ustedes no tiene mucho movimiento. Claro es que cuando un banco paga un cheque falso, la responsabilidad es del banco. Pero estoy completamente seguro de que mi clienta hubiera deseado tomar medidas inmediatamente para evitar que se realizasen en relación con ella

nuevas falsificaciones.

Pawling apretó el botón del timbre encima de su mesa.

De la oficina adjunta surgió una secretaria que instantáneamente se aprestó a escuchar al jefe.

Pawling dijo:

—Por favor tráigame el balance de la cuenta de Lola Faxon Allred y vaya a todas las ventanillas de pago a recoger todos los cheques que en su nombre se hayan presentado hoy.

La secretaria se retiró.

Mason dijo:

—¿Estoy en lo cierto al suponer que su cuenta no tiene mucho movimiento?

—Creo que a la señora Allred le gusta tener grandes sumas de dinero siempre a mano en los bancos. Le gusta tener sus intereses más bien en dinero líquido. Yo me supongo que como abogado de la señora Allred, usted no nos pedirá informaciones que ella misma no desearía comunicarle a usted...

—Tenga la seguridad de que yo no le haré tales demandas.

La secretaria volvió trayendo una carta y un cheque pagado y cancelado.

—El cajero pensaba llamar la atención de usted sobre este asunto en la reunión de mañana de la dirección. Creyó que quizá usted debía enterarse de ello, aun cuando parece ser que es una cuestión completamente regular en la forma. Como usted verá, la carta está dirigida a él.

Pawling cogió la carta y el cheque cancelado y examinó ambos documentos reservadamente y poniéndolos en forma que Mason no pudiera leerlos. Analizó la carta y el cheque durante unos instantes y luego, guardando silencio, tamborileó con las puntas de los dedos en el borde de la mesa.

Al cabo de un rato alzó la mirada y haciéndole un gesto a su secretaria le dijo:

—Eso es todo.

La muchacha se retiró y Pawling se volvió hacia Mason. Ahora sus ojos ya no tenían la habitual expresión sonriente. Por el contrario eran duros y estaban fijos Como inquiriendo.

—¿Tiene usted alguna razón especial para plantearme esta cuestión a mí, señor Mason?

—Bien, sí.

—¿Puedo preguntarle a usted qué razón es ésta?

Mason dijo:

—Mi clienta apeló a mí para que tomase a mi cuidado ciertos intereses suyos. Y luego, de pronto, no pude ponerme en comunicación con ella. Las circunstancias que rodean su partida no son enteramente corrientes. Se me ha ocurrido pensar que quizás alguien que tenía noticia de su proyectada marcha, se aprovechó deliberadamente de ello para empezar a hacer retiradas de fondos de su cuenta.

—¿Y la falsificación fue hecha con habilidad?

—Así lo creo. La hicieron con papel carbón y calcándola, pero fue descubierta por mi Banco después que yo mismo solicité de los funcionarios de aquél qué examinasen el cheque con la máxima atención.

—En otras palabras ¿tenía usted alguna razón para creer que el cheque había sido falsificado?

—Yo tenía cómo razón él creer que en interés de mi clienta el cheque fuese examinado con la máxima atención.

—Pero según tengo entendido; señor Mason, este cheque fue expedido con el propósito de contratarle a usted para representar a la señora Allred.

—El cheque que tenía ese objeto era el otro.

—¿Pero por qué había de falsificar nadie un cheque a favor de usted, señor Mason?

El abogado sonrió:

—Ésa es una de las cosas que yo quisiera saber.

Pawling examinó de nuevo por unos momentos el cheque y la carta y después, bruscamente, como si hubiese tomado una decisión, le entregó ambos a Mason.

El abogado leyó la carta que estaba dirigida al cajero del Banco First National, de Las Olitas. Era una carta enteramente escrita a máquina excepto la firma; y decía:

La presente tiene por objeto presentarle a usted a la señorita Maurine Milford cuya firma aparece inmediatamente encima de la mía al lado izquierdo de esta carta.

Hago entrega hoy a Maurine Milford de un cheque mío por

valor de cinco mil dólares y quiero que este cheque sea pagado a su presentación sin exigirle a Maurine Milford más documentos de identificación que el contenido de esta carta.

Como usted verá, este cheque es pagadero a la señorita Milford, el referido cheque está endosado por ella y yo a mi vez lo he firmado bajo su endoso, garantizando su firma.

Al propio tiempo le envió a usted esta carta en forma que no pueda haber duda sobre la identidad de la señorita Milford. Le ruego su cooperación en forma que este cheque sea satisfecho prontamente.

Muy atentamente,

LOLA FAXON ALLRED.

En el ángulo superior izquierdo de la carta, figuraba la firma de Maurine Milford y otra firma de Lola Faxon Allred.

El cheque por cinco mil dólares había sido firmado por *Lola Faxon Allred* y luego endosado por *Maurine Milford* y debajo del endoso aparecían una vez más y por el mismo orden las firmas de ambas.

—¿Qué le parece a usted todo esto? —preguntó Pawling.

Mason arrugó el entrecejo y examinó largamente la carta. Luego preguntó:

—¿Tiene usted una lente de aumento?

—Sí, tengo una muy fuerte —replicó Pawling a la vez que abría el cajón de su mesa.

Valiéndose de la lente, Mason examinó las firmas y dijo:

—Yo no soy perito calígrafo pero, aseguraría que estas firmas no fueron hechas por el mismo procedimiento que las firmas falsificadas en el cheque de dos mil quinientos dólares.

Pawling hizo un gesto de asentimiento.

Mason prosiguió:

—El hecho de que la señora Allred se diese tantas molestias para que Maurine Milford tuviese un medio de identificación, indica hasta cierto punto que podría ser difícil para la señorita Milford el procurarse otro medio de identificar su personalidad. En otras palabras, la señorita Milford debe ser evidentemente desconocida por completo aquí.

De nuevo el banquero se limitó a asentir con un ademán de

cabeza.

—Y al parecer —añadió Mason— había una cierta urgencia en relación con esta transacción. Veo además, que lo mismo la carta que el cheque están fechados el sábado último y que ambos documentos fueron presentados esta mañana.

Mason miró al dorso de la carta y vio que tenía un sello estampado del Banco registrado la hora en que había sido recibida por aquél, y dijo:

—Al parecer fue presentado pocos minutos después de las diez de la mañana. Quizás sería conveniente saber si el cajero conoce a Maurine Milford.

Pawling hizo un movimiento para tocar el timbre pero luego se detuvo, cogió la carta y el cheque y dijo:

—Perdóneme un momento, señor Mason. —Y quedamente abrió la cancilla de su oficina y con pasos rápidos se encaminó por el pasillo hasta llegar ante la ventanilla del cajero.

Cuando volvió traía en la mano una hoja de papel en la cual, al parecer, había anotado la descripción que el cajero le había dado.

—Maurine Milford —dijo el banquero— parece que es una mujer sumamente joven, de unos veinte y pico de años, morena, de ojos negros y largas pestañas. Vestía un traje azul y guantes de piel azul oscuro. Llevaba también un bolso de piel azul y un sombrero extravagante con una cinta encarnada que colgaba a un lado de su cabeza. Se quitó los guantes cuando presentó el cheque. El cajero, como medida de precaución, hizo que ella firmase un nuevo endoso en el cheque para probar que había recibido el dinero y luego le pagó éste en billetes de cien dólares. El cajero recuerda que era una mujer bien formada, de estrecha cintura y de aspecto atlético. Parecía completamente tranquila y con un perfecto dominio de sí misma y de la situación. Contestó sonriendo a todas las preguntas que el cajero le hizo veladamente sobre lo que pensaba hacer con tanto dinero. Pero como desde luego esto no era de la incumbencia del cajero, éste procedió con el mayor tacto. Le preguntó simplemente si pensaba residenciarse aquí, así como si le gustaría abrir una cuenta en nuestro Banco, de qué cantidad quería los billetes y cosas análogas.

»La única cosa que advirtió el cajero y que le pareció algo sospechosa sobre ella, aparte el hecho de que era muy hermosa, fue

que su maquillaje era muy recargado, especialmente la pintura de los labios. Ésta parecía demasiado fuerte y la forma natural de la boca había quedado radicalmente alterada y agrandada. Tan pronto como le fue pagado el cheque, guardó el dinero en su bolso y se marchó.

»Y esto, señor Mason, es todo cuanto sabemos referente a esa transacción. Desde luego voy a hacer que este cheque y esta carta sean examinados por un perito calígrafo, pero como usted observará hay tres firmas: una en la carta, una en la cara anterior del cheque y otra al respaldo del cheque, bajo el endoso de Maurine Milford. Y cada una de esas firmas parece ser enteramente genuina.

El banquero hizo una pausa como invitando a Mason a que se expusiera.

El abogado acercó su butaca y preguntó:

—¿Querría usted hacer el favor de telefonarme en seguida en el caso de que hubiese algún resultado del examen del perito calígrafo?

Pawling asintió con la cabeza.

Mason dijo:

—Me supongo que el perito hará un examen preliminar y luego seguramente otro más detallado. Y me gustaría estar al corriente de los resultados.

—En mi concepto creo que tiene usted todo el derecho a esa atención.

Mason volviendo la carta que tenía en la mano, dijo con naturalidad:

—No estoy seguro si usted me dijo si había habido recientemente otra operación fuera de lo corriente relativa a la cuenta de la señora Allred.

Pawling replicó:

—Ésta es la única retirada de fondos realizada desde hace... bien, desde hace algún tiempo, señor Mason.

Bruscamente Mason colocó la carta inclinada hacia un lado de manera que la luz caía sobre ella en ángulo. Después pasó la punta de los dedos por encima de la firma.

—¿Descubrió usted algo? —preguntó el banquero.

Mason dijo:

—Yo diría que con toda seguridad podemos ahora atar cabos.

Observe usted que hay una ligera hendidura a lo largo de las líneas de esta firma. Evidentemente fue esta firma la que sirvió para falsificar, calcándola sobre ella, la firma falsa del cheque.

—¡Caramba, caramba! —exclamó Pawling cual si hubiera sufrido una contrariedad de menor cuantía como, por ejemplo, que se le hubiese roto la punta de un lápiz.

Mason lo miró con cierta sorpresa y le dijo:

—Se trata de una cuestión de dos mil quinientos dólares.

Y Pawling replicó:

—Los cuales, desde luego, el Banco no ha pagado.

—Pero eso no cambia la importancia del delito —dijo Mason.

—No, supongo que no.

—Ni tampoco el hecho de que en mi opinión debe hacerse algo con relación a esto.

—¿Y qué debemos hacer, Consejero?

—Tomar medidas para que ningún otro cheque falso sea pagado.

—Desde luego, eso se hará aunque sólo sea como cosa de rutina... Pero resulta extraordinario que alguien haya utilizado un cheque falso para contratar a un abogado con el fin de que proteja su cuenta contra posteriores falsificaciones... Casi se le ocurriría a uno pensar que...

—Sí, prosiga usted —interpuso Mason al ver que el banquero titubeaba.

—Pues casi se diría que fue planeado así.

—Pues bien, no lo fue —replicó prontamente Mason.

—No, no, claro que no lo fue. Yo simplemente dije que casi se diría.

—Gracias —dijo el abogado— por haber detenido sus suspicacias en el caso. —Y abandonó el despacho del banquero.

En el lugar de estacionamiento donde había dejado su auto Mason, entregó el boleto al encargado de aquél y le dijo:

—¿Estaba usted aquí de servicio hoy a las diez de la mañana?

El encargado asintió con un movimiento de cabeza y dijo cauteloso:

—¿Hay alguna dificultad?

—Ninguna dificultad —contestó Mason—. Es que quería obtener algunos detalles acerca de una persona que estacionó aquí un automóvil durante unos pocos minutos.

El hombre se rió y dijo:

—Escuche, amigo: para que este estacionamiento funcione y compense, tenemos que entendérnoslas con centenares de automóviles cada día y...

—Esta mujer era joven —interrumpió Mason—. Estoy seguro que usted se fijó en ella. Tenía muy buen tipo, llevaba un vestido azul ceñido, un bolso de piel azul y un sombrero con una cinta encarnada que le colgaba de un lado de la cabeza, largas pestañas negras...

—¡Qué si yo me hubiera fijado en una cosa como ésa! —dijo el hombre entusiasmado—. Sólo con oírse la describir a usted de esa manera se me hace la boca agua. ¿Y qué pasó con ella?

—Pues nada si usted no se fijó en ella.

—No creo que estacionase su auto aquí. ¿Dijo usted que había sido esta mañana?

—Casi exactamente a las diez de esta mañana.

—No lo creo. A las diez de la mañana todavía no estamos muy ocupados. Solamente cuando las calles comienzan a llenarse de automóviles es cuando empiezan a llegarnos clientes aquí.

Mason le dio las gracias, pagó el coste del estacionamiento y salió con su auto. Dio la vuelta alrededor de la manzana y fue al parque de estacionamiento situado al otro lado de la calle donde se hallaba el Banco.

—¿Estaba usted de servicio aquí a las diez de la mañana? —preguntó al encargado.

El hombre dudó antes de contestar.

Mason le dijo:

—Es usted candidato a un premio de cinco dólares si estaba usted aquí a esa hora.

—¡A, eso es diferente! ¿Y por qué es el premio?

—Es que estoy tratando de encontrar datos sobre una muchacha de unos veintiún años, con un vestido azul, una bonita figura, morena, con un bolso de piel azul, guantes azules y un sombrero con una cinta colgando a un lado de la cabeza, quien...

—¿Qué quiere usted saber sobre ella?

—Todo lo que sea posible. ¿La recuerda usted?

—Creo que sí. ¿Y qué hay de los cinco dólares?

—Pues se los ganará si me proporciona una pequeña

información sobre la marca y modelo que ella guiaba, o algo por el estilo.

El hombre hizo una mueca y dijo:

—Deme los cinco dólares señor.

Mason le entregó un billete de a cinco.

—Es un Chrysler convertible propiedad de una agencia que alquila coches para guiarlos los clientes aquí en la ciudad. Yo no sé el nombre de esa agencia pero sí me consta que el automóvil era de una empresa de esas. Recuerdo a la muchacha porque era un *bomboncito* y la atendí con especial cuidado. A veces esto nos da buenos resultados, y uno saca algo...

—¿Y qué sacó usted esta vez? —preguntó Mason.

—Una sonrisa.

—¿Y eso fue todo?

—Y fue bastante.

—¿Y no procuró usted averiguar algo sobre ella o...?

—Nones. Ella no era de esa clase...

—¿Eso es todo lo que usted sabe?

—Eso es todo.

Entonces Mason le dijo:

—Juéguese los cinco dólares a los caballos. Quizá tenga suerte.

—Puede que me los juegue. Gracias.

Desde un teléfono público, Mason llamó a la oficina de Drake y cuando tuvo al detective al habla, le dijo:

—Paul: quiero que usted investigue en todas las agencias que alquilan automóviles para guiar uno mismo. Preciso que averigüe cuanto pueda respecto a una mujer entre veintiuno y veintitrés años de edad que alquiló uno de esos automóviles esta mañana. —Rápidamente el abogado se la describió en su aspecto físico, añadiendo—: Puede que sí o puede que no haya dado en esa agencia donde alquiló el coche, el nombre de Milford. El coche que llevó es un Chrysler convertible y quiero que usted visite todas las agencias de la ciudad y que lo haga rápidamente.

—Muy bien —contestó Drake—. ¿Algo más?

—Eso es todo. ¿Tiene usted algo nuevo por su parte?

Drake contestó:

—No he adelantado todavía mucho camino, Perry. No me ha sido posible todavía obtener un retrato de la señora Allred. Patricia

Faxon salió de casa poco después de las nueve esta mañana y aún no ha regresado. Parece ser que nadie sabe con exactitud en dónde se encuentra Patricia. He encontrado el lugar en que la pareja fugitiva se hospedó en Springfield. Y esto a condición de que sea efectivamente la verdadera pareja fugitiva y no una pareja de picaros campaneros cómplices que estén actuando con maniobras de diversión para despistar atrayendo sobre sí la atención.

—¿Qué significa eso? —preguntó Mason.

—Esta pareja —dijo Drake— se presentó en una hospedería para automovilistas en Springfield un poco después de media noche del sábado. Pidieron un alojamiento doble. La hospedería tenía sólo uno y lo tomaron. La mujer era la que conducía el auto y fue la que llevó a cabo todos los trámites en la hospedería e hizo la inscripción en ésta. Mientras tanto el hombre permanecía sentado en el automóvil cruzado de brazos, demasiado perezoso al parecer para moverse, además de lo cual no mostró ni el más insignificante interés en lo que estaba ocurriendo. La mujer los inscribió a todos como «R. G. Fleetwood y hermana». Y dijo al encargado de la hospedería que ocuparían el alojamiento por dos noches.

»El domingo por la mañana la mujer acudió a las oficinas de la auto hospedería y solicitó detalles para alquilar loza y demás utensilios de cocina, así como la dirección de alguna tienda de comestibles que estuviese abierta en domingo.

Mason preguntó:

—¿Había cocina, entonces, en el doble alojamiento que ocuparon?

—Exactamente. La auto-hospedería le alquiló un servicio de loza y le indicó dónde podía comprar comestibles. La mujer se fue con su automóvil y regresó después con una gran cesta de comestibles puesta a su lado en el auto.

—¿Fue el hombre con ella?

—No. Ella dijo que él estaba durmiendo y que le gustaba dormir hasta tarde los domingos por la mañana. Evidentemente, la mujer cocinó las comidas durante el domingo y también esta mañana. Hoy a eso de las nueve y media de la mañana, volvió a presentarse en las oficinas de la auto-hospedería devolviendo la loza y todos los demás objetos muy limpios y brillantes, y comunicó que se marchaban, lo cual en efecto hicieron poco después. Pero nadie

sabe en qué dirección se fueron.

—¿Y dice usted, que llegaron a eso de media noche el sábado?
—preguntó Mason.

—Así fue. Puede que fuese media hora después de las doce de la noche y como yo creo que se tardan un par de horas en automóvil desde aquí a Springfield, entonces calculo que deben haberse marchado de aquí a eso... ¡Oh!... digamos a las diez de la noche, y que llegaron a Springfield a las doce y media aproximadamente. Por consiguiente debieron de haberse marchado de aquí lo más tardar a las diez y media.

—¿Y la mujer pidió un alojamiento *doble*?

—Exactamente e insistió que tenía que tener tres camas individuales.

—¿Y para qué quería tres camas separadas si sólo eran ella y su hermano?

—No lo explicó. Solamente dijo que quería un alojamiento doble. Y que prefería una cama doble y dos camas individuales. Claro es que en esos momentos los encargados de la autohospedería no le preguntaron de cuántos huéspedes se trataba. Por ello procedieron en la creencia de que eran por lo menos tres personas y le aplicaron el precio de acuerdo con esto.

—¿Y qué me dice usted sobre la descripción de esas personas?
—preguntó Mason.

—Los datos referentes a ellos se ajustan bastante —contestó Drake—. Desde luego, la mujer podía ser muy bien una campanera y todo esto constituir una excelente trama para despistar. También he averiguado algo sobre el telegrama. El telegrama fue enviado desde Springfield por una mujer que telefoneó el texto a la oficina telegráfica desde una cabina telefónica de pago automático. De la oficina telegráfica le comunicaron que el costo del telegrama eran cuarenta centavos y ella depositó éstos en monedas en la máquina colectora de la cabina telefónica. Y eso es todo lo que sobre este asunto saben en la oficina de telégrafos.

Mason rió y dijo:

—Y el Banco sin siquiera dudarlo, aceptó ese telegrama como una confirmación del cheque, cuando ahora aparece que ese telegrama no era más auténtico que la voz que lo dictó, diciéndose ser la de Lola Faxon Allred.

—Así es —comentó Drake—. No pude averiguar nada más. Nada más sobre el hombre que la acompañaba. La única vez que alguien lo vio fue mientras él estaba sentado en el automóvil cuando llegaron.

—Pues es una endiablada manera de proceder en un hombre que se está fugando con una mujer casada —dijo Mason—. ¿No mostró él ningún interés por el alojamiento?

—No; mientras la mujer resolvía todo, él se limitó a estarse sentado en el coche, tumbado en el asiento.

Mason dijo:

—Muy bien. Continúe averiguando sobre ese automóvil alquilado. Quiero localizar a esa muchacha. Tengo como el presentimiento de que ese automóvil fue alquilado esta mañana, probablemente a eso de las nueve, y hay una posibilidad de que todavía no ha sido devuelto. Esparza usted bastantes ayudantes suyos por toda la ciudad en forma que cuando la muchacha devuelva el coche pueda tener ya a alguien vigilándola.

—Muy bien, Perry. Voy a poner a varios hombres en acción.

—Y empiece a situar agentes en los hoteles, campos de turistas, auto-hospederías y demás para procurar obtener la pista de esa pareja —dijo Mason.

Drake replicó irritado:

—¿Pero qué demonios cree usted que estamos haciendo, Perry?

—Probablemente lo que usted está haciendo es meditando sobre alguna nueva forma de aumentar la cuenta de gastos —contestó Mason colgando el auricular.

Capítulo 6

Eran las tres y media de la tarde cuando el teléfono secreto de Mason sonó agudamente. Este teléfono que estaba sobre la mesa de Mason, no figuraba en la guía y solamente tenía su número Della Street y Paul Drake. El abogado, tomando el auricular, dijo ya de cara:

—Dime, Paul. ¿Qué ocurre?

La voz de Drake, aguda de urgencia, replicó:

—Hemos localizado a la muchacha que alquiló el auto en la agencia de coches para guiar los propios clientes, Perry.

—¡Magnífica faena! —exclamó Mason—. ¿Y qué me dice de ella?

—Lo alquiló a las nueve de la mañana de hoy, dando el nombre de Juana Smith y una falsa dirección en la ciudad de Denver —dijo Drake—. Dejó como depósito una importante cantidad en dinero y dijo que devolvería el coche a eso de las dos de la tarde de hoy. Habíamos logrado averiguar eso una hora después que mis hombres comenzaron a trabajar. No se lo notifiqué a usted inmediatamente, porque no había nada especial para proseguir la investigación a esa hora. Me limité a poner ayudantes míos convenientemente situados para vigilar a la muchacha cuando regresase con el auto.

—Prosiga —dijo Mason.

—La muchacha, regresó hace poco más de una hora —continuó Drake—, e intentó realizar un acuerdo con la agencia para que le alquilaran el coche por semana. Dijo que pensaba quedarse a vivir en uno de los suburbios y que por consiguiente no iba a gastar mucho el coche recorriendo largas distancias, y que necesitaba esto sólo para ir y volver, desde donde residiese, a la ciudad. La agencia hizo trato con ella y claro es mis hombres le siguieron la pista inmediatamente que ella se marchó.

—¿Y no habrá sospechado ella que la siguen?

—No lo creo.

—¿Y a dónde fue ella?

—No lo sé, Perry. Mis agentes la están siguiendo como sombras. Tengo un par de hombres estupendos en esa misión, y la cazarán con toda seguridad. Yo sólo quería estar seguro de que estaba usted alerta.

—¿Y será la misma muchacha del Banco?

—No hay duda alguna. La descripción se ajusta enteramente a ella.

Y además es el único automóvil Chrysler que ha sido alquilado a una mujer cuyas señas corresponden a la descripción que usted me dio. Así, habiendo sido tan fácil, casi me parece que le estoy robando a usted el dinero del trabajo.

—Y a mí también, —replicó prontamente Mason.

—Muy bien. Ya le comunicaré algo más, dentro de un rato.

El abogado colgó el auricular y Della Street le dijo:

—Gertie dice que Jorge Jerome está en el antedespacho esperando.

—¿Jerome? —replicó Mason frunciendo el ceño.

—Sí, es el socio del señor Allred en algunos negocios de minas. Desea verle a usted, pero no dijo de qué asunto se trataba. Dice que es algo en extremo confidencial.

Mason dijo:

—Muy bien. Tenga la línea telefónica a punto, en espera de esa llamada que hará Paul Drake. Tan pronto como consigamos localizar a esa mujer del Chrysler, quiero ponerme en comunicación con ella. Haga que entre Jerome.

Della Street salió al antedespacho para llamar a Jerome y acompañarlo al despacho privado de Mason.

Jerome estaba completamente impaciente, pues era hombre que no acostumbraba a esperar por nadie ni por nada en ninguna parte. Era alto, con un fuerte tórax, huesudo, con los pómulos salientes y unos ojos que, bajo unas espesas cejas, miraban al mundo con frialdad y cálculo extremos.

Tendría unos cincuenta y cinco o sesenta años y toda su personalidad irradiaba fuerza y audacia, al tiempo que caminaba a través del despacho de Mason para estrecharle la mano.

—Siéntese —le invitó el abogado—. Ya esperaba recibir su visita en cualquier momento.

—¿Por qué?

Mason sonrió:

—Por el asunto, que le traje a visitarme...

Jerome se sonrió por la agudeza de expresión del abogado y dijo:

—Si es usted adivino y puede leer el pensamiento, entonces ya no vale la pena ni tiene objeto que yo diga nada.

Jerome se sentó en la gran butaca destinada a los clientes y la corpulencia humana de aquél hizo que la butaca se hundiese hasta el extremo de perder toda su forma y apariencia de comodidad.

—¿Qué es lo que pasa con Allred? —preguntó el minero.

—Lamento decirle que no puedo comunicarle ni ayudarle en nada en ese sentido —replicó Mason.

—¿Es usted el abogado de Allred?

—No.

—¿Entonces, de quién es abogado?

Mason contestó:

—A estas alturas creo que ya no hay necesidad de que yo siga ocultando el nombre de mi cliente. Soy el abogado de la señora de Allred.

—¿Ha visto usted ahora a Lola Allred?

—¿Por qué?

—Únicamente deseo saberlo.

—¿Ha hablado usted con Allred?

—No le he hablado pero le he escuchado.

—¿Es usted su socio?

—En cierta forma, sí. Esto es, soy su socio en algunos negocios. Pero ahora estamos precisamente en la tarea de ajustar nuestros asuntos. Habíamos acordado ponerlos a punto el sábado último. Y en ese día había quedado convenido que él me hiciese una propuesta definitiva, de tomarlo o dejarlo. Pero yo no quise proceder hasta que hubiese hablado con Fleetwood.

—¿Puedo preguntarle a usted por qué?

—Porque es un muchacho muy inteligente. Ha sido el brazo derecho de Allred... Y si yo le compraba su parte en los negocios a Allred, creo que Fleetwood vendría a trabajar conmigo. Lo creo así.

Y por ello quería asegurarme antes que así sería.

—¿Tan valioso es ese joven?

—Sabe multitud de detalles que nadie más sabe.

—¿Entonces, la intención de usted es comprarle completamente la parte de sus negocios a Allred?

—Yo no dije eso.

—Pero lo dio usted a entender así.

—Puedo dar a entender muchas cosas. ¿Ha hablado usted personalmente con Lola Allred?

—¿Por qué insiste usted en preguntar esa cuestión?

—Porque usted insiste en evadirla.

Mason se echó a reír.

Jerome dijo:

—Usted es muy agudo, Mason.

El abogado sacudió la cabeza y replicó:

—Los halagos no le llevarán a usted a ninguna parte, Jerome, ni conseguirá usted nada.

—¿Con qué lo conseguiré?

—Con la sinceridad.

Jerome dijo:

—Muy bien. Probaré con eso. Yo quiero que usted encuentre a Fleetwood. Quiero tener una conferencia secreta con él. Quiero saber si él vendrá a trabajar conmigo, se unirá a mí y jugará el juego en mi favor. Cuando voy a realizar un negocio, procuro siempre sacarlo lo más barato y en las mejores condiciones posibles. Pero también una vez que cierro el trato, me atengo a él. No soy como Allred, que está siempre con maniobras retorcidas. Usted hace un trato con él y luego él lo recuerda siempre de manera diferente y jamás se aviene a firmar nada. Dice siempre que ¡allá su abogado! y resulta que su abogado obstaculiza lo mismo que él.

»Roberto Fleetwood es un buen muchacho. Allred dice que Roberto se fugó con su mujer. Pero si usted me pidiera mi opinión, le diría que creo que esto le fue impuesto a Roberto. Creo que la señora Allred se apasionó demasiado por él y cuando el muchacho se dio cuenta, se vió envuelto en el lío. Y no es que yo afirme eso, pero me parece que es una explicación de lo ocurrido.

—¿Es que acaso hay otra explicación?

—Sí.

—¿Cuál?

—La otra explicación puede ser que la señora Allred no esté viva y Beltran esté tratando de justificar su desaparición. Usted es abogado y no necesito ponerle los puntos a las *íes* o las tildes sobre las *tés* con usted, Mason. Solamente me estoy limitando a darle a usted una idea.

—Y en ese caso ¿dónde puede hallarse Fleetwood?

—Vamos —dijo Jerome—. Ya comienza usted a hablar en la forma que yo quería que hablase.

—¿Sí? —preguntó Mason.

Jerome dijo:

—Le voy a hacer a usted una propuesta, Mason. Si usted me proporciona una oportunidad para que yo pueda hablar con Roberto Fleetwood antes de que Allred lo vea, le daré a usted mil dólares. Y si Fleetwood se pone de mi parte y quedo satisfecho de que así lo hará, le daré a usted dos mil dólares. Si así lo precisa, toma usted detectives a su servicio. Yo pagaré sus gastos, hasta un montante de mil dólares.

—Está muy bien —dijo Mason—. Pero no puedo aceptar ningún empleo de usted que pueda resultar adverso para los intereses de mi clienta.

—Bien sé que usted no puede. Ya conozco su prestigio, Mason. Es usted tan limpio como los dientes de un galgo y tan agudo como una trampa de acero. Y es por eso que vine a verle a usted. Por consiguiente, olvide todo lo que le he dicho a menos que *resulte que usted puede hacerlo sin que ello perjudique los intereses de su clienta*. Usted representa a la señora Allred. Continúe pues representándola, pero si ve después que puede darme a mí también una oportunidad en este asunto, ya tiene usted mi propuesta.

»Si usted es el abogado de la señora Allred, ella se pondrá en comunicación con usted más pronto o más tarde. Si Roberto Fleetwood se ha fugado con ella, usted tendrá ocasión de comunicarse con él a través de ella, o directamente con él diciéndole que yo quiero verlo. Y si Lola Allred *no está* viva, usted lo descubrirá y al descubrirlo encontrará también a Fleetwood. Mi propuesta queda en pie, gane, pierda o empate.

—¿Y qué es lo que le hace a usted pensar que la señora Allred pueda no estar viva?

Jerome miró fijamente a Mason, después cerró un ojo con un guiño lento y calculado.

Se levantó de la butaca y dijo:

—Creo que ya le he hecho mi propuesta con claridad, señor Mason.

Se volvió hacia Della Street y le dijo:

—¿Tomó usted bien nota de todo esto, joven damita?

Ella hizo un signo afirmativo.

—Muy bien. ¿Por dónde puedo salir?

Mason le indicó la puerta de salida.

Jerome dijo:

—Aquí está mi tarjeta, Mason. En ella hay un número de teléfono al cual puede usted llamarme. Tendré a alguien al pie de ese teléfono constantemente las veinticuatro horas del día y la noche. En el instante en que usted llame a ese teléfono, estará usted directamente en comunicación conmigo. Y puede usted decirle a Fleetwood que... maldita sea... dígale lo que yo quiero. Fleetwood me conoce bien y conoce a Allred. Gracias, señor Mason. Buenos días.

Y Jerome se marchó cruzando la estancia sin siquiera preocuparse de estrechar la mano a nadie ni mirar atrás por encima del hombro.

Mason se volvió hacia Della, pero antes de que dijese algo, el teléfono secreto comenzó a sonar agudamente.

Della cogió el auricular y dijo:

—Hola... sí... espere un momento, Paul...

Mason echó mano al receptor y oyó a Drake decirle:

—Acabo de recibir un informe de mis agentes que están siguiendo a esa muchacha, Perry.

—¡Magnífico! ¿Qué ha ocurrido?

—Se fue directamente a Las Olitas, se detuvo en un garaje que se llama Garaje Central y Reparación de Máquinas, establecido en la Calle Octava; permaneció allí unos cinco minutos y luego salió para continuar en su auto al Westwick. Éste es un elegante hotel de apartamentos.

—¿Fue a visitar a alguien allí? —preguntó Mason.

—No, es que vive allí, Perry.

—¡Diablos, que puede hacerlo! —exclamó Mason.

—Ni que decir tiene —comentó Drake.

—¿Y con qué nombre está inscrita en ese hotel? ¿Con el de Juana Smith?

—No. Con el de Maurine Milford. Tiene alquilado el apartamento número 802 desde fecha reciente y está esperando a una tía suya que viene del Este a reunirse con ella. Cuenta una historia perfectamente digna de crédito. Guardó el auto alquilado en el garaje del hotel y le dio de propina al encargado de éste cinco dólares y le dijo que su tía iba a venir a visitarla, que iba a pasear mucho en el auto, que era alquilado y que quería tenerlo siempre limpio de polvo, así como el parabrisas.

—¿Cuánto tiempo proyecta permanecer en el hotel?

—Le dijo al gerente que unos treinta días.

—¿Y por qué se detuvo en el Garaje Central, Paul?

—No lo sé. Probablemente cualquier pequeña avería en el auto, como por ejemplo una bujía o algo por el estilo. Mis agentes no intentaron entrar allí para averiguarlo. Se limitaron a quedarse cerca de la puerta esperando a que ella saliera. Luego, la siguieron al hotel.

—Muy bien —dijo Mason—. Exactamente. ¿Qué más hay de nuevo? ¿Alguna otra cosa?

—Nada más. Continuamos trabajando en lo de la pareja fugitiva —dijo Drake—. Y aquí tiene una cosa graciosa, Perry. Hay otra agencia de detectives trabajando también en éste, mismo asunto.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿Por cuenta de quién?

—Lo ignoro, pero hay multitud de detectives privados por toda esta zona investigando. No sé por qué, pero yo creo que a quien andan buscando no es a la mujer sino al hombre.

—¿Quiere usted decir a Fleetwood?

—Exacto.

—¿Y no tiene usted idea del por qué?

—Únicamente que habrán sido pagados por alguien interesado en obtener de él alguna información especial. Cuando esos policías hacen averiguaciones, preguntan siempre primero por Fleetwood y describen a éste antes de preguntar por la mujer y describirla.

—¿Y cuáles son las señas personales de Fleetwood? —preguntó

Mason.

—Tiene unos cinco pies con siete pulgadas de estatura y pesa unas ciento treinta y cinco libras. Ojos negros, pelo ondulado y un aspecto más bien romántico.

—No hay que extrañar entonces que la señora Allred se haya arrojado por la borda por él —comentó Mason alegremente.

—Eso es también lo que a mí me parece —repuso Drake—. Pero esa señora Allred es por si misma un magnífico bocado. Puede tener cuarenta y dos años pero según los informes que yo he recogido sobre ella, parece que no tiene más de treinta.

—¿Consiguió usted algún retrato suyo?

—Conseguí uno en el que está en traje de baño, que no es muy bueno para reconocerle bien las facciones del rostro, pero que en cambio está magnífico en cuanto al cuerpo. ¡Y creame que tiene un cuerpo...!

—¿Y ha conseguido encontrar a Patricia?

—Todavía no. Se eclipsó poco después del desayuno y desde entonces no ha vuelto a aparecer.

—Muy bien —dijo Mason—. Continúe perforando esos misterios. Yo iré a ver a esa mocita Milford. Mantenga a sus hombres vigilándola hasta que yo llegue allí. Después ya pueden marcharse.

Capítulo 7

Mason dio la vuelta con su coche a la manzana donde se encontraba el Hotel Westwick de Apartamentos, edificio de doce pisos, lleno de comodidades, con terrazas individuales y soleados pórticos en la fachada de cada apartamento. En suma, un moderno edificio de líneas sencillas y muy meticuloso en mantener la quieta y aristocrática atmósfera de Las Olitas.

Mason continuó rodando con su coche, con la frente arrugada por efecto de sus pensamientos. Dio la vuelta por la Calle Octava, encontró el Garaje Central y Reparación de Máquinas y entró en él.

Era un garaje grande con más de una docena de mecánicos trabajando con aplicada eficiencia.

Un obrero estaba puliendo un guardafangos con una rueda de esmeril portátil de la que saltaba un chorro constante de chispas. En una esquina del taller, otro hombre con una pistola de pintar estaba rociando de pintura un lado de un coche. Y se oía también el ruido intermitente de martillos golpeando sobre piezas de metal.

Mason encontró al fin al gerente y le dijo:

—Estoy tratando de encontrar un testigo.

—Multitud de personas pueden serlo. ¿Se refiere eso en algo a mí?

—Es posible.

—¿Cómo se llama?

—¿Significa algo para usted el nombre de Juana Smith?

—Tendría que mirar en los libros. No recuerdo así de buenas a primeras a esa Juana Smith.

—¿Están haciendo algún trabajo en estos momentos para una Juana Smith?

—No lo creo.

—Pues ella estuvo aquí esta mañana.

—No me doy cuenta de quien pueda ser.

—¿Y qué hay de una Maurine Milford?

—Eso es diferente.

—¿Tiene ella algún automóvil aquí?

—Es una clienta nuestra. Pero no puedo decirle nada sobre ella.

—¿Ni siquiera su dirección?

—Ni su dirección.

—¿Puedo echarle un vistazo a su automóvil? —preguntó Mason.

—¿Y que gano yo con que usted le eche un vistazo?

—Es que entonces le puedo enseñar a usted un retrato en grabado de uno de nuestros ex Presidentes de la República...

—Me gustan los grabados de esa clase. Acostumbraba a coleccionarlos.

Mason sacó de la cartera un billete. El gerente lo miró con tranquila e indiferente expresión.

Mason sacó entonces otro billete, poniendo este encima del otro y le tendió los dos al gerente.

—Bonito trabajo de grabado —comentó con humor Mason.

—¿Y este trabajo lo realizó usted? —preguntó el arabista con similar tono humorístico.

—Tengo una máquina de grabar —contestó Mason—. Soy un gran admirador del Arte y sobre todo me encanta hacer reproducciones de grabados de nuestros ex Presidentes.

—Eso es estupendo. ¿Quiere usted ver ahora el automóvil?

Mason siguió al garajista al fondo del taller, cruzaron por una puerta y entraron en otro departamento del establecimiento. Una vez allí, el gerente señaló con un gesto hacia un automóvil Lincoln nuevo.

—¿Es éste? —preguntó Mason.

—Ése es.

—¿Y qué avería tiene?

—Ninguna importante ahora. Pero antes tenía un faro delantero roto, un guardafango magullado y unos cuantos desperfectos más.

—¿Entonces es que chocó contra algo?

—No, es que su niño es una criatura demasiado precoz para la cual no hay sonajeros que valgan. Lo dejó dentro del auto mientras ella entraba en la clínica del médico para consultarle la alimentación del chico y cuando volvió, la criatura se había salido

del coche y estaba golpeando el guardafangos endemoniadamente, y luego rompió el faro. Ésa es la historia que ella cuenta.

—¿Y éste es el coche de Maurine Milford?

—Yo no dije eso.

—Creí que lo había dicho.

—Este auto —añadió el garajista— pertenece a un amigo de ella. Y era ella quien lo iba guiando cuando ocurrió el accidente. Ella quiere tenerlo arreglado en forma que su amigo no descubra que ha habido un accidente. Y es por eso que se trata de un trabajo urgente. Estará listo para rodar esta misma noche y el dueño no será capaz de reconocer siquiera que sufrió un rasguño.

—¿Y quién es el dueño?

—Yo —contestó el garajista—. Pero yo soy sordo. Usted tiene el auto delante de sus narices. Creo que el auto tiene una placa de matrícula y hay una ley del Estado, si mal no recuerdo, que ordena llevar el certificado de registro del vehículo sujeto junto al volante. Personalmente no sé ni sabré nada de todo eso. Me voy al taller otra vez pues tengo un trabajo que hacer. ¿Como dijo usted que se llamaba?

—Yo no dije como me llamaba —replicó Mason—. No soy más que un grabador.

—¡Ah, muy bien! Me encanta siempre hablar con una persona que se dedica a un arte tan bello. En cualquier otra ocasión que usted tenga grabados tan hermosos, tráigamelos nuevamente.

Mason contempló al garajista alejándose y saliendo de la estancia. Después, abrió la puerta del auto, penetró en el lugar del conductor, encontró allí el certificado de registro del vehículo sujeto a la barra del volante. El coche estaba registrado a nombre de Patricia Faxon. La dirección era Avenida West Maynard, número 209.

El abogado permaneció allí sentado por unos momentos. Luego salió del vehículo y abandonó el garaje. En su coche marchó directamente al Hotel Westwick.

Mason no se hizo anunciar en la gerencia del hotel. En lugar de ello, tomó directamente el ascensor hasta el octavo piso y buscó el apartamento número 802. Una vez en la puerta, llamó al timbre.

Una muchacha joven, vivaz, vistiendo un elegante traje sastre azul, le abrió la puerta y lo miró sonriendo con sus ojos negros.

Pero los labios de la muchacha no estaban pintados pronunciadamente sino más bien al natural, de forma que todo su rostro quedaba dominado por la expresión de sus ojos.

—¿Es usted la señorita Milford? —preguntó Mason.

—Exactamente.

—Desearía hablar con usted.

Ella rió y dijo:

—Ya tengo todos los seguros que necesito, el apartamento está amueblado, tengo muchos libros, y en realidad no necesito cosa alguna. Tampoco voy a permanecer aquí tiempo bastante para que necesite comprar un aparato de radio. No preciso, así mismo un limpiador eléctrico porque la limpieza corre a cargo de la sirvienta del hotel y...

—Yo soy Juan Smith —dijo Mason interrumpiéndola.

—¡Oh, es usted Juan Smith...!

—Sí, el mismo —dijo Mason—. El hermano mayor de Juana Smith.

—¡Oh! —exclamó ella, al mismo tiempo que de su rostro se borraba toda la precedente animación. Ahora había en aquél una máscara de cálculo cauto. Y dijo—: ¿Juana Smith? No creo conocerla.

—Pues ella alquiló un auto en una agencia de coches, para conducir uno mismo —dijo Mason—. Y la última vez que fue vista, se dirigía en ese auto a Las Olitas.

—Pase usted —dijo la muchacha invitándole a entrar.

—Mason entró en la sala del apartamento.

—Tengo entendido que está usted esperando la llegada de su tía para reunirse con usted —dijo él.

—Sí.

—¿Y por qué dio usted el nombre de Juana Smith cuando alquiló el coche?

Ella replicó:

—Por razones que no puedo explicar, no quise decirle a la agencia mi verdadero nombre ni donde me proponía vivir. Supongo que habré contravenido o violado alguna ordenanza o alguna ley al hacer eso, y si usted tiene a bien decirme a cuánto asciende la multa, le daré a usted inmediatamente el dinero y lo dejaremos todo arreglado.

—No se trata de una cuestión de dinero —dijo Mason—. Pero nos gusta siempre saber algo de los riesgos morales que implica el alquiler especialmente cuando el auto es alquilado por algún tiempo.

—Muy bien. Puede usted averiguar todos los riesgos morales que quiera. Tienen ustedes un depósito en dinero que en verdad es lo suficientemente grande para protegerse. Y si ustedes quieren, yo duplicaré ese depósito y hasta lo triplicaré.

Mason replicó:

—El dinero no puede substituir en ningún caso a una buena garantía moral.

Ella se echó a reír:

—¡Vamos! El dinero vence a la moral siempre. ¿Pero, qué es lo que viene usted buscando?

—Saber algo de su persona.

—Bien, empezando por el propio principio. ¿Qué es lo que exactamente quiere usted saber?

—En primer lugar ¿para qué quiere usted el automóvil?

—Ya se lo he dicho al gerente de su agencia. Mi tía está para llegar. Nunca ha estado hasta ahora en California y quiero llevarla a visitar muchos lugares. Y además de eso, me gusta tener un auto para mi propia comodidad.

—¿Es usted del Este?

—Yo no he dicho eso.

—¿Puede decirme donde vivía usted antes de venir aquí?

—Puedo, pero no se lo diré.

—¿Tenía usted automóvil antes de ahora?

—Naturalmente.

—¿Y tiene usted permiso de conducir?

—Desde luego.

—¿Puedo verlo?

—No.

Mason dijo:

—Conforme a las cláusulas de la póliza de seguro, la compañía se compromete a alquilar automóviles solamente a personas que tengan permiso de conducir.

—Yo lo tengo.

—Quisiera verlo.

—Me supongo eso, pero no veo razón alguna para mostrárselo a usted.

Mason preguntó:

—¿Ha tenido usted algún percance manejando un auto? ¿Ha sufrido usted algún accidente en el curso de los últimos sesenta días?

—No.

—Entonces —preguntó Mason— ¿cómo es que tiene usted el automóvil de la señorita Patricia Faxon en reparación en el Garaje Central y Reparación de Máquinas?

El rostro de la muchacha empalideció como la muerte. Y miró a Mason durante un largo rato fijamente.

—¿Y bien? —la apremió Mason.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

—Eso es lo que yo le pregunto a usted. ¿Quién es *usted*?

—Ya le he dicho que soy Maurine Milford.

—Lo siento —replicó Mason— pero yo creo que es usted Patricia Faxon y la tía que está representando el papel de venir para visitarla y permanecer con usted, no es otra que su propia madre, Lola Faxon Allred. Mi nombre es Perry Mason, y ahora si se deja usted de andar con disimulos y dando golpes a tuestas y me dice usted lo que usted y su madre quieren, entonces estaré en la posibilidad de ayudarlas.

En los ojos de la muchacha se produjo una expresión de pánico y desesperación completos y aquélla murmuró:

—¿Es usted... es usted... es usted Perry Mason?

—El mismo.

—¿Y cómo me encontró usted?

—Pues simplemente seguí sus huellas hasta aquí.

—No pudo usted hacerlo. Es imposible. Yo tomé las mayores precauciones. Yo he... Bien, cada vez que salía de casa, me aseguraba de que nadie me seguía. Hice todo lo posible para no dejar huella alguna mía y...

Mason la interrumpió:

—Usted dejó una huella. Yo la seguí. Mis detectives la siguieron. Y la policía puede también seguirla.

—No estaba convenido que usted se pusiera en comunicación conmigo —dijo ella—. Por el contrario era yo quien había de

ponerse en comunicación con usted.

Mason contestó:

—Si yo hubiera sabido que era usted Patricia Faxon cuando comencé mis investigaciones, entonces quizás hubiera hecho planes diferentes; pero desgraciadamente, usted omitió el decirme que se proponía adoptar un nombre supuesto y una supuesta identidad. Y ahora supóngase usted que me dice la razón de todo esto.

—Y supóngase que no lo hago.

Mason se encogió de hombros y replicó:

—Eso es cosa suya.

—No veo razón alguna para hacerlo, señor Mason. Le voy a decir a usted con franqueza que si... bien, si ciertas cosas ocurren, entonces me pondré en comunicación con usted, y si no, entonces no lo haré, y esto es definitivo.

Mason dijo:

—Yo recibí un cheque por correo por dos mil quinientos dólares, firmado por Lola Faxon Allred.

—Ya lo sé que lo recibió.

—Y —añadió Mason— usted fue al Banco de Las Olitas y sacó cinco mil dólares, también con un cheque firmado por Lola Faxon Allred.

—¿Y qué?

Mason dijo:

—El cheque que yo recibí está falsificado.

Los ojos de la muchacha se dilataron:

—¿Falsificado, señor Mason?

—Exactamente.

—Eso es imposible. Sé todo lo que se refiere a ese cheque. Mi madre lo firmó. La vi yo firmarlo.

—¿Un cheque contra el Banco First National, de Las Olitas?

—No. Uno contra el Banco de Agricultores, Negociantes y Obreros, en la ciudad.

—Sí, pero ése era el otro cheque.

—¿Quiere usted decir que recibió *dos* cheques, señor Mason?

—Eso es.

—¿*Dos* cheques por valor de dos mil quinientos dólares cada uno?

—Sí.

—Pero eso es imposible.

—Ya le he dicho que uno de los cheques era falso.

—Haga usted el favor... haga el favor de sentarse, señor Mason.

Mason se sentó cómodamente en una de las opulentas butacas y dijo:

—Hermoso lugar donde vive usted.

—Sí, tuve mucha suerte. ¿Y qué me dice usted de ese cheque falsificado?

—Todo lo que puedo decirle es que la firma legítima sobre la cual fue calcada la falsa, era la firma de su madre en la carta que ella le entregó a usted para el cajero del Banco First National aquí.

—¿La carta que me dio a mí? —preguntó ella incrédula.

—Eso es; la carta de Maurine Milford.

—Cómo es posible... No puedo creerlo...

—Y —continuó Mason— desde el momento en que su madre se ha fugado con el novio de usted, he pensado que quizás...

—Perdóneme usted, señor Mason. ¿Qué es lo que está, usted diciendo?

—Que su madre se fugó con el novio de usted.

—¿Está usted completamente loco o acaso me está usted tendiendo una trampa para que yo caiga en ella?

—Es que su madre no se fugó con Roberto Gregg Fleetwood?

—¿Qué quiere usted decir por se fugó con él?

—Pues que abandonó a su marido y huyó con él. ¿No están ambos fugitivos juntos y...?

—Pues claro que no —dijo ella con indignación—. ¿Qué pretende usted hacer? ¿Acaso está usted tratando de obtener de mi algún beneficio?

—Estoy —replicó Mason— tratando de representar como abogado a su madre de usted, Patricia, y también es de suponer que la representaré a usted en el caso en que se vea envuelta en algún conflicto. Si su madre no se ha fugado con Fleetwood, mejor será que me exponga usted los hechos con franqueza, y pronto.

—¿Pero y ese cheque, señor Mason? No veo en que forma nadie ha podido...

—Olvídese del cheque por ahora —dijo Mason—. Aclaremos primero lo que le ha ocurrido a Fleetwood.

—¿Que quiere usted decir con *le ha ocurrido*?

Mason la miró a los ojos fijamente:

—¿Lo atropelló usted con su automóvil, Patricia? —le preguntó.

Por unos instantes, los ojos de la muchacha se encontraron con los de él desafiantes. Luego, bajo la fija mirada de Mason, los ojos de ella parpadearon y se dirigieron al suelo.

—¿Lo hizo usted? —dijo Mason apremiante.

—Sí —contestó ella.

—¿Y es por eso que tiene usted su auto en reparación? ¿Por qué inventó usted esa identidad de Maurine Milford... tratando de ocultar la evidencia de que había golpeado alguien con el guardafango izquierdo de su coche?

—Ésa es una historia muy larga, señor Mason —dijo ella.

—Entonces, cuanto más pronto empiece usted a contármela, más pronto llegaremos a entendernos.

—¿Ha estado usted en nuestra casa? —preguntó la muchacha.

Mason movió la cabeza negativamente.

—La nuestra es virtualmente una casa doble —dijo ella—. Tiene un patio. En realidad, hay dos casas. El señor Allred utiliza el ala sur para sus oficinas. El ala norte es donde está la parte de vivienda. Y entre una y otra y conectándolas, están los garajes y las habitaciones de los criados. Es igual que si tuviese usted dos casas separadas por un solar vacío y que si utilizase este solar como patio.

—¿Es más bien como un patio público? —preguntó Mason.

—Eso es. Cuando el señor Allred compró esta propiedad, plantó un vallado macizo de arbustos a lo largo de la acera. Ese vallado ha crecido ahora muy alto, espeso y ancho. Tanto, que oculta el lugar, completamente, salvo en la abertura por donde se penetra en la senda que va a los garajes a lo largo del ala norte.

—¿Y que tiene todo eso que ver con lo que le haya ocurrido a Roberto Fleetwood?

—A eso voy. El vallado está inmediato al sendero para entrar los coches. Con el transcurso del tiempo a medida que el vallado creció y se expandió y a pesar de cuanto lo podaban, ha llegado a cubrir el propio sendero en forma que ya resulta casi imposible meter un coche por allí.

—¿Era eso lo que usted quería?

—Sí, pero... recuerde que el sábado por la noche estuvo lloviendo.

Mason asintió.

La muchacha prosiguió:

—Mi madre y yo habíamos estado en una fiesta particular, un cóctel... Y no quiero que usted crea que nosotras estábamos bebidas, porque no era así. Sin embargo, *habíamos* tomado tres o cuatro cocteles cada una.

—¿Y quien conducía el auto?

—Yo.

—¿Y fue usted quien atropelló a Fleetwood?

—No, exactamente... Bien, no fue precisamente así...

—¿Cómo ocurrió?

—Cuando emprendimos el regreso a casa, ya era más bien tarde y yo traté de ganar tiempo. Había estado lloviendo mucho y la visibilidad era escasa. El pavimento mojado parecía absorber la luz de los faros del coche. Cuando llegamos a casa, di la vuelta en la esquina y empecé a doblar para entrar en la senda hacia el garaje. Y entonces vi que el coche del señor Allred estaba estacionado en la propia curva, en forma que el oculto parachoques de aquel sobresalía en realidad un tanto hacia el camino. Probablemente debí haber parado mi coche, en verdad, retroceder y hacer después una entrada perfectamente recta al garaje. Pero lo que hice fue que me metí encima de una esquina del vallado y resultó que éste era más resistente y alto de lo que yo recordaba, pues la última vez que yo había hecho eso mismo con mi auto, las plantas habían cedido. Pero esta vez, sentí que había golpeado algo con mi coche.

—¿A Fleetwood? —preguntó Mason.

—En aquel momento pensé que sólo habría sido una rama algo gruesa.

—¿Ha muerto Fleetwood?

—No, no. No me interprete usted mal. Sufrió una herida en la cabeza y padece de amnesia. No puede recordar nada.

—¿Y aparte eso?

—Aparte eso está bien.

—¿Cuándo se dio cuenta usted de que lo había golpeado?

—Ésa es precisamente la cuestión, señor Mason. No me di cuenta en aquel momento. Ésa fue la desgracia mayor. Es decir, donde comenzaron las complicaciones.

—Continúe.

—Comprendí que había chocado con algo muy sólido y le dije a mi madre que indudablemente aquel vallado había crecido mucho y que me sospechaba que había abollado un guardafangos. Y las dos nos limitamos a reírnos. En esos momentos nos pareció una cosa graciosa. Nos sentíamos bien y alegres.

—¿Y luego qué?

—Luego conduje el coche a uno de los garajes que está reservado para mí, nos metimos en casa, nos duchamos y vestimos para la cena.

»El señor Allred nos dijo que él y Fleetwood habían estado trabajando hasta tarde y que él había invitado a Roberto a cenar, pero que éste le había dicho que quería irse en seguida a su apartamento para refrescarse antes un poco y que esto sólo le llevaría un cuarto de hora o veinte minutos.

—¿El apartamento de Fleetwood está cerca de la casa de ustedes?

—Así es. A unas dos o tres esquinas de distancia. Sabe usted, él trabaja con el señor Allred a todas las horas del día y de la noche y por ello buscó un apartamento cerca.

—¿Es Fleetwood un amigo muy entrañable de usted? —preguntó Mason.

—Decididamente no lo es.

—¿Y él quiere serlo?

—Creo que sí. Pero lo pretende un poco a lo *lobo*.

—¿Y ha conseguido él algo?

—No.

—¿Entonces usted no ha estado deshaciéndose los ojos con el llanto por él, verdad?

—¿Por lo ocurrido?

—Sí, por lo ocurrido.

—He estado terriblemente disgustada... por... bien por haberlo herido.

—¿Y lo hirió usted cuando chocó con el coche contra el vallado de plantas?

—Sí.

—¿Y cuándo descubrió lo ocurrido?

—Solamente después de cenar. Estuvimos esperando por Roberto cerca de media hora, y entonces mi madre decidió que

cenásemos sin él. En un momento durante la cena, le dijimos al señor Allred que era preciso podar el vallado y cortar una parte de él, y le contamos lo ocurrido. Nos dio toda clase de explicaciones y disculpas. Dijo que él había estacionado su coche en la curva con el propósito de dejarlo allí solamente unos momentos y sin darse cuenta de que aquél interrumpía el paso. Añadió que iba inmediatamente a sacarlo de allí.

»El tiempo estaba a esa hora lloviznoso y oscuro. El señor Allred salió para quitar el coche del camino y entonces... en el momento en que daba marcha atrás para entrar derecho por el camino, los faros le hicieron ver aquello...

—¿Fleetwood?

—Sí.

—¿Dijo usted que no estaba muerto?

—No. Estaba solamente inconsciente, sin sentido. El señor Allred creyó que en efecto estaba muerto, pero yo estudié un curso de ayuda urgente de enfermera, y le tomé el pulso y comprobé que éste latía.

—¿Y luego qué ocurrió?

—Llevamos a casa a Fleetwood y empecé a llamar por teléfono a un médico, pero el señor Allred dijo que era mejor que él llevase en su auto al herido al hospital pues esto resultaría mucho más rápido que el esperar la llegada de un médico o de una ambulancia.

»Roberto recuperó el conocimiento mientras estábamos discutiendo esto. Abrió los ojos y murmuró unas palabras ininteligibles, luego volvió a cerrarlos y después de un breve intervalo, preguntó dónde se encontraba y quien era él.

»Desde luego, en esos instantes creímos que se trataba sólo de un atontamiento producido por la conmoción del golpe. Al parecer había chocado con la cabeza contra la acera cuando yo lo golpeé con el guardafangos de mi auto.

—¿Hay alguna acera por el lado interior del vallado en el patio?
—preguntó Mason.

—Efectivamente. Hay una acera pública a lo largo de la calle por el lado exterior del vallado de plantas, y luego hay otra pequeña por el lado interior, hecha con piedras colocadas entre el césped, y además existe un borde de cemento de contención a lo largo de la pequeña acera de piedras con el césped sobresaliendo por encima

de aquel unas dieciocho pulgadas.

—Muy bien. Continúe —dijo Mason—. ¿Y qué ocurrió después?

—Pues bien, era ya obvio que la herida que Fleetwood había sufrido en la cabeza le había producido amnesia. No sabía quién era ni donde estaba, ni qué es lo que le había ocurrido.

—Y luego, ¿qué pasó?

La muchacha dijo:

—No sé todos los detalles. Sólo sé que el señor Allred celebró una sigilosa conferencia con mi madre durante largo rato en la estancia contigua. Como sabe, Roberto Fleetwood es el brazo derecho del señor Allred. Sabe mucho sobre negocios y precisamente en la actualidad tienen algunos asuntos muy importantes pendientes.

—¿Qué clase de asuntos? —preguntó Mason.

—Pues en primer lugar, el señor Jerome y el señor Allred, tienen dificultades mutuas. Creo yo que ambos están dispuestos a disolver su sociedad. Sólo es cuestión de cuál de ellos compra y paga la parte del otro y a cuánto va a ascender esa parte. Creo también que Fleetwood sabe algo de esto.

»Además, hay la demanda pendiente con Dixon Keith. Y me parece que Fleetwood es el testigo clave en esa demanda y si la gente se enterase de que Fleetwood había perdido la memoria... bien, entonces, aunque luego la recuperase, ya sabe usted lo que un abogado de la parte contraria haría. Llamaría ante el tribunal a Roberto y le preguntaría si esto y aquello no era verdad, y si dijese que no, le preguntaría si no había perdido la memoria durante algún tiempo y si estaba seguro de que la había recuperado. Y así haría que las cosas resultasen bastante complicadas para Fleetwood.

—Y después ¿qué?

—Después, el señor Allred decidió que era mejor que mi madre le dijese a Fleetwood que ella era una hermana suya casada, que Beltran Allred era su cuñado y que yo era su sobrina.

»Y eso fue todo, señor Mason. Mi madre y mi padrastro se llevaron a Fleetwood...

—Espere un momento —interrumpió Mason—. ¿Quiere usted decir que su padrastro se fue con ellos?

—Desde luego.

—¿Y a dónde fueron?

—Se proponían ir a algún suburbio distante donde nadie pudiera reconocerlos ni donde a nadie se le ocurriría pensar que estuviesen ni buscar allí a Roberto. Se proponían inscribirse en alguna hospedería o parador de los alrededores y tener allí a Fleetwood quieto, completamente tranquilo. Sabían que eso era lo que el médico le ordenaría: quietud a fin de evitar los efectos posteriores de la contusión cerebral.

—¿Y usted no sabe a dónde fueron?

—No.

—¿Y está usted segura de que Beltran Allred fue con ellos? —preguntó Mason.

—Sí.

Mason se levantó de su asiento y comenzó a pasear por la sala, con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza ligeramente echada hacia adelante.

—¿Qué ocurre, señor Mason? —preguntó al cabo de unos instantes la muchacha.

Mason replicó:

—¿Entonces la madre de usted no tenía ningún lazo afectivo de carácter romántico uniéndola a Fleetwood?

—Claro que no. Con toda seguridad, no.

—¿Así pues únicamente lo llevó a algún auto-hospedaje o a un campo de alojamiento para automovilistas donde pudiese permanecer tranquilo por algún tiempo?

—Sí.

—¿Y Beltran Allred sabía esto?

—Fue él quien lo propuso así. Y él se fue con ellos.

Mason hizo un movimiento de cabeza y dijo:

—Todo eso no tiene lógica. Espere un momento. O mejor dicho, también, sí la tiene.

—¿Qué quiere usted decir?

Mason miró su reloj y dijo:

—¿Dónde está ahora su madre?

—Lo ignoro.

—¿Y no habría manera de averiguarlo?

—Ella debía haberse puesto en comunicación conmigo.

—Bueno —preguntó Mason— ¿pero qué objeto tiene toda esta trama? —y al decirlo incluyó en la pregunta, con un ademán de la

mano, también el apartamento.

—Yo me siento desconcertada con todo esto, señor Mason, pero fue una ocurrencia de mi madre. Ella pensó que si... bien, si sobrevenían complicaciones y ocurría algo...

—Siga usted.

—Ella pensó que... bien, que en caso de que ocurriese algo grave, sería mucho mejor si yo pudiera fingir que había prestado mi coche el sábado por la noche a una amiga. Para ello inventamos esta Maurine Milford y decidimos crearle una cierta personalidad y ambiente. Acordamos hacerla residir aquí en Las Olitas, que con ese nombre llevase el coche de Patricia Faxon a reparar, que contase una historia de que había chocado con algo, y que tratase de guardar esto secreto y...

—Y luego cuando los investigadores empezaran a escarbar en el asunto se encontrarán con que las señas personales de Maurine Milford eran exactamente iguales a las de Patricia Faxon, y así descubrirían toda la trama sin dificultad alguna.

—No les iba a ser tan fácil, señor Mason. No creo que las gentes pudieran identificarme. Porque además, sólo iban a poder tener ocasión de identificarme con una descripción mía muy completa. Allí donde me he presentado con el nombre de Maurine Milford, lo hice protegida con un maquillaje especial que cambiaba la forma de mi boca y todas mis facciones. Una descripción superficial de mis señas podía coincidir, pero... bien, no creo que con ello hubieran podido probar nada. Dentro de unos límites razonables, nosotras las muchachas actuales nos parecemos demasiado unas a otras, salvo en pequeños detalles.

—Eso de límites razonables es exacto —comentó Mason.

—Bien sé que nunca debí hacer esto.

—Fue una supina tontería el haberlo hecho —dijo Mason.

—Sí pero en aquellos momentos nosotros no sabíamos... bien, no sabíamos si Roberto estaba o no gravemente herido y las consecuencias. Desde luego, si lo hubiese estado, mi madre habría llamado a un médico, pero en la forma que las cosas se presentaban, el señor Allred creyó que sería mejor para todos que se fuesen a una auto-hospedería donde pudiesen permanecer tranquilos y fingir que estaban realizando un viaje de turismo.

—¿Y dónde ha estado Allred todo ese tiempo?

—Allí, en la auto-hospedería.

—¿Está usted segura?

—Claro que estoy segura.

—¿Allred pasó esa noche con su madre y Fleetwood?

—Así lo creo.

—¿Y la noche de ayer?

La muchacha hizo un ademán de cabeza afirmativo.

—¿Y dónde está él hoy?

—De regreso en su oficina prosiguiendo sus negocios. No quiere que nadie sospeche que Fleetwood no está...

Mason dijo:

—Pat, creo que nos corresponde a usted y a mí el encontrar a su madre sin pérdida de tiempo alguna.

—¿Por qué?

—Porque fue Beltran Allred quien me dijo que su madre se había fugado con Fleetwood.

La muchacha se quedó meditando en esto por espacio de un minuto y luego se levantó, se dirigió a un guardarropa, echó mano a su abrigo y su sombrero y dijo:

—¿Quiere usted acompañarme?

—Cuando llegue el momento oportuno —replicó Mason—. No tiene objeto que nos lancemos ya de cabeza ahora mismo. Tengo un núcleo, de detectives que están batiendo todos los campos de automovilistas y todas las auto-hospederías buscando a su madre y a Fleetwood.

—¿Entonces cree usted que mi madre corre peligro?

—Le diré a usted esto: Yo no creo que fue el auto de usted el que hirió a Roberto Fleetwood. Creo que las cosas fueron arregladas de antemano en forma que fácilmente usted remontase con el coche la esquina del vallado. Me parece que la persona que en realidad hirió a Fleetwood, creyó que éste estaba muerto y abandonó el cuerpo allí para que la responsabilidad recayese sobre usted. Ahora añada usted a eso que Beltran me dijo que su madre se había fugado con Fleetwood. ¿Comprende usted la trama?

La muchacha se quedó mirando al abogado con los ojos muy abiertos, llenos de sorpresa y replicó:

—¿Quiere usted decir que es... lo que yo creo que usted efectivamente quiere decir?

Mason hizo un gesto afirmativo.

Entonces la muchacha dijo:

—Yo vi a Allred tomar un revólver del cajón de su mesa. Señor Mason, es preciso que hagamos algo.

El abogado asintió y dijo:

—Siéntese, Patricia. Ya estamos haciendo lo posible.

—¿Quiere usted decir que no cabe otra cosa sino esperar?

—Exacto. Ya tengo a mis agentes vigilando toda esta zona.

La muchacha se sentó y dijo:

—No puedo creer que Beltran Allred fuese... fuese a hacer una cosa semejante.

—Hasta ahora es sólo una suposición por mi parte —dijo Mason.

—No, no. Es toda la verdad. Una docena de detalles lo revelan ahora con claridad. Y ahora sí lo veo bien.

Mason dijo:

—Aquí tiene usted el número del teléfono de mi residencia privada. Vaya a buscar su automóvil. Y regrese a su casa. Vigile constantemente al señor Allred. Tenga la luz del pórtico siempre encendida. Y si él saca su auto del garaje, apague la luz del pórtico. Eso es todo lo que tiene usted que hacer. A partir de ese punto, ya tendré yo detectives que se encarguen de seguirlo.

Capítulo 8

Eran las siete y media de la tarde cuando el teléfono secreto de Mason en su residencia privada, el cual, como el de su oficina, no figuraba en la guía telefónica, comenzó a sonar.

El abogado, que había estado leyendo un panfleto profesional, cerró éste y cogió el auricular.

La voz de Patricia Faxon estaba saturada de pánico.

—He fracasado, señor Mason —dijo ella.

—¿En qué?

—El señor Allred se las arregló no sé cómo para jugarme una mala pasada.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que se ha ido. No está aquí. Yo estoy sola en casa. Pero no tomó su automóvil en el garaje. Está todavía allí. No me explico cómo ha podido mancharse.

—¿Tenían ustedes algunas visitas en casa? —preguntó Mason.

—Sí. Es decir, no exactamente en casa. Creo que ya le expliqué a usted que él tiene unas oficinas en el ala sur del edificio. Y estuvo y permaneció allí durante la primera parte de la tarde, habiendo recibido por lo menos a un visitante.

—¿Y sabe usted quien era ese visitante?

—No. No lo sé. Era un hombre y ambos hablaron durante un rato y luego el visitante se marchó en su auto. Las luces continuaron encendidas en la oficina y para asegurarme más, con un pretexto cualquiera fui allí a echar un vistazo y hacerle una pregunta y ya no lo encontré. Estoy en la oficina en estos momentos.

—¿Pero las luces de la oficina están encendidas?

—Sí.

—Entonces evidentemente él proyecta regresar pronto.

—Yo supongo eso pero.

Mason dijo:

—¿Quiere decir que si usted no hubiera ido personalmente a comprobarlo, usted hubiera creído que él estaba allí porque las luces continuaban encendidas?

—Eso es.

—No me gusta esto. No sé qué pensar.

—Ni yo tampoco. Es por eso que le estoy telefoneando a usted. Parece... parece como si él estuviese preparando una coartada para algún asunto feo.

Mason dijo:

—Muy bien, Patricia. Y ahora no se deje dominar por el miedo. Si usted necesita algo, llame a la Agencia de Detectives Drake. El número está en la guía telefónica. Habrá allí alguien toda la noche. Si ocurre algo, llámeles y dígales quien es usted.

—No quiero quedarme aquí esta noche, señor Mason.

—¿Por qué?

—Porque si él está en realidad planeando algo... Yo resultaría ser un testigo... ¿Sabe usted? Yo sé por qué mi madre se marchó. No quiero estar aquí a solas con él. Él es capaz de todo. Le tengo miedo.

—¿Sabe él de aquella dirección de usted en Las Olitas?

—No; nadie lo sabe. Solamente mi madre.

—Muy bien —dijo Mason—. Váyase usted para allí. Y estese tranquila allí. Y ahora que pase usted buena noche.

Mason colgó el receptor, llamó a la Agencia de Detectives Drake y cuando tuvo a Paul al habla, le dijo:

—Paul: está ocurriendo algo. No sé exactamente de lo que se trata. Pero esto no me da buena espina.

—¿Qué ocurre, Perry?

Rápidamente, puso a Paul al corriente de todo.

—Allred probablemente no está fuera de la ciudad —dijo Drake—. De lo contrario hubiese llevado su automóvil.

—Pero puede ocurrir que tenga otro coche escondido en otra parte. ¿No tiene usted noticias sobre la señora Allred?

—No.

—¿Están sus agentes vigilando los campos para automovilistas?

—Todos cuantos hay en las inmediaciones de las carreteras. Los fugitivos pueden haber cubierto ya una distancia de trescientos y

pico de kilómetros desde las diez de la mañana de hoy. Estamos intentando controlar todos los lugares donde hayan podido albergarse para pasar esta noche.

—¿Y qué sobre los campos de turistas aquí cerca?

—¿Qué quiere usted decir con cerca?

—Pues los que hay en estas inmediaciones.

—Tenga compasión, Perry. Hay demasiados campos de esa clase. Hemos escogido los que existen en un radio de unos cien kilómetros y...

—Estamos descuidando una posibilidad —interrumpió Mason.

—¿Qué quiere usted decir?

Mason replicó:

—Allred pasó la noche del sábado en la auto-hospedería de Springfield. Y también pasó la noche de ayer allí. Tengo el presentimiento de que la señora Allred no permanecería en ese lugar con Fleetwood, a menos que su marido esté con ella. Y eso significa que esa auto-hospedería tiene que hallarse a una distancia de no más de dos o tres horas en automóvil para que Allred pueda ir y venir rápidamente. Investigue en las auto-hospederías de Springfield nuevamente. E investigue las que están más cerca de aquí.

—No podemos hacer eso, Perry. Hay demasiadas alrededor de la ciudad, situadas en numerosas carreteras diferentes...

—Tiene razón. Entonces mande a sus hombres a controlar los campos de automovilistas de Springfield, así como investigar en los que están en las carreteras cerca de Springfield.

—Muy bien —replicó Paul débil e impacientemente—. Vamos a intentarlo y haremos lo que podamos, Perry.

Mason colgó el auricular y se puso a pasear por la estancia hasta que transcurrida una hora y cansado por ese ejercicio físico, se dejó caer nuevamente sobre la butaca situada junto a la lámpara de pedestal para leer. Se sentía nervioso, enfurruñado e irritable. Dos horas después, dormitaba en la butaca.

El teléfono sonó nuevamente.

Mason echó mano al receptor y dijo:

—¿Sí, qué ocurre?

Paul Drake confesó:

—Me siento avergonzado, Perry.

—Cuénteme.

—Me ganó usted la partida. Francamente, no se me había ocurrido esa posibilidad.

—¿La de los campos de automovilistas cerca de aquí? ¿Quiere usted decir que los han localizado?

—Sí.

—¿En dónde están?

—Es un lugar pequeño sólo a unos treinta y cinco kilómetros de Springfield. Está en las montañas, en la carretera que va por la cadena de montañas y baja a la planicie desértica del otro lado. Este sitio es un pequeño parador para automovilistas llamado «Campo de Descanso Abrigado para Automovilistas». Los fugitivos se inscribieron allí también como en Springfield: R. G. Fleetwood y hermana.

—¿Y qué alojamiento pidieron?

—Alojamiento doble con tres camas.

—¿El auto de la señora Allred está allí?

—Yo no sé. Perry, si está allí o no en estos momentos, pero la matrícula de las placas del coche que llevan, corresponde exactamente a la del coche de ella. No hay duda de que son las personas que buscamos.

—¿Y por qué no sabe usted, Paul, si el auto de ella está o no allí ahora?

—Porque mi agente no está allí en estos instantes. Se encuentra en Springfield. Solamente podía hacer averiguaciones en un espacio tan grande y con tantas carreteras, valiéndose del teléfono. Y así ha telefonado a cada campo de ese género, pidiéndoles que le comunicasen la lista de reservas de alojamiento hechas durante el día.

—¿Cuánto tiempo nos llevaría llegar allí?

—Unas tres horas Perry.

—Entonces ya estamos poniéndonos en camino —gritó Mason muy excitado—. Yo iré a recogerle a usted con mi automóvil. Échese una pistola al bolsillo.

—¿Llevaremos también a Della?

—No. El encuentro allí puede resultar un tanto violento.

—¿Quiere usted que mi gente que está allí cerca se ponga de guardia a vigilarlos mientras nosotros llegamos?

—No, porque a lo mejor ellos se dan cuenta y sospechan. Dígale a su agente que permanezca en su puesto en Springfield. A lo mejor precisamos súbitamente de él para cualquier cosa y hay que tenerlo a mano.

—¿Tardará usted en llegar aquí?

—Diablos: llegaré tan pronto como esté usted abajo en la calle —contestó Mason colgando el auricular y agarrando el abrigo y el sombrero de encima de una butaca.

Su auto estaba estacionado enfrente del edificio de apartamentos donde vivía, provisto de todo el servicio. Mason se dirigió inmediatamente a la puerta del edificio de oficinas donde Paul Drake, con su flaco cuerpo envuelto en un grueso abrigo, saltó protestando al interior del coche.

—Por el amor de Dios, Perry, tenga un poco de compasión. No me dé usted miedo mortal yendo allí. Procure mantener las cuatro ruedas del coche asentadas al mismo tiempo encima de la carretera en las curvas. Esa carretera desde Springfield arriba a las montañas es una trampa constante para darse un porrazo. ¿No ha ido usted nunca por ella?

—Tres o cuatro veces —replicó Mason.

—Bueno, pues es muy mala. Usted va guiando recto. Usted sigue plácidamente el camino directo y de pronto... empieza a zigzaguear por la orilla de un precipicio hasta que llega a la planicie allá en lo alto. Es una maldita y traidora carretera.

—Bien, entonces agárrese usted bien —dijo Mason—. Trataré de que llegue usted al final del viaje con su cuerpo completamente entero, sin faltarle un solo pedazo.

—¿Pero qué prisa tiene usted? —insistió aprensivo Drake.

Mason dijo:

—Me da la espina de que hay más en todo esto de lo que aparece en la superficie, Paul. No estoy muy seguro, pero me parece que lo que Allred está planeando es algo extraordinario y rápido.

—¿Quiere usted decir que va a obtener el divorcio?

—Mejor que divorciarse le convendría ser viudo. Tengo entendido que tiene una gran cantidad de dinero de su mujer invertido en propiedades mineras.

—Tengo la impresión de que Allred está bien económicamente por sí mismo —dijo Drake—. Parece disponer de grandes cantidades

de dinero.

Mason replicó:

—Le apostaría a usted a la par que fue Allred quien falsificó ese cheque de dos mil quinientos dólares que me fue enviado.

—¿Por qué?

—Ésa es una de las cosas —dijo Mason con una mueca— que me propongo preguntarle a él mismo.

—¿Entonces cree usted que él estará en ese alojamiento para automovilistas?

—Bueno, bueno... —replicó vagamente Mason.

Y en seguida se puso a prestar toda su atención a la tarea de conducir el automóvil.

Capítulo 9

—¿Sabe usted los números de los pabellones que ocupan ellos, Paul?

—Sí, son los pabellones números cuatro y cinco. Tienen dos entradas. Vaya despacio ahora. Debemos estar ya casi llegando.

Frente a los focos del auto, brilló un letrero brotando de la llovizna y la oscuridad con su mensaje: «Campo de Descanso Abrigado Para Automovilistas a Un Kilómetro de Distancia».

Al propio tiempo que Mason aflojaba el pie del acelerador, los limpiadores automáticos del parabrisas comenzaron a funcionar con más rapidez, casi alocados. Drake se desperezó en su asiento y lanzó un suspiro de alivio al verse sano y salvo. Miró al cuenta kilómetros y dijo:

—Tiene usted que aflojar la marcha, Perry. Ya hemos recorrido ocho décimas partes de un kilómetro desde que pasamos el anuncio. Quizás este sitio sea difícil de divisar... Es muy posible que todos los pabellones estén ya alquilados para esta noche y que hayan apagado todas las luces, y que los encargados de este establecimiento se hayan marchado a dormir. Ahí está, enfrente, Perry.

Mason apretó los frenos. El coche patinó sobre la mojada carretera y luego volvió a enderezarse. Mason dobló hacia el pequeño y discreto campo de turistas.

—Vaya despacio —le advirtió precavido Drake—. Apague el motor tan pronto haya divisado los números de los pabellones. Procure hacer todo con la mayor quietud posible. Ahí están, Perry. Ahí está el primer pabellón, aquél a la derecha. Gracias al Cielo está bastante aislado de los otros, así es que no tendremos público escuchando.

Mason paró el coche enfrente del alojamiento compuesto de dos

pabellones, que formaban una unidad levantada ligeramente aparte de los demás pabellones, todos ellos uniformes en su relativa austeridad.

El abogado apagó el motor y luego los faros del coche.

Drake abrió la portezuela y ambos se apearon quedándose de pie por unos instantes al lado del auto.

La lluvia era lluvia de montaña: fría y menuda como un rocío de las nubes. En algún lugar del fondo de la finca se oía el ruido de una corriente de agua despeñándose sobre rocas formando como un murmullo constante en la noche. Aparte de ese ruido los oídos no percibían nada más. El campo de turistas se hallaba envuelto en el mayor silencio.

—Todo el mundo parece haberse acostado —dijo Drake en voz baja.

Mason contestó en igual tono:

—Creo que hemos llegado muy a tiempo, Paul. Esto es una suerte. —Subió las escaleras exteriores del pabellón y golpeó con los nudillos en la puerta.

Nadie respondió. Volvió a llamar.

Paul Drake había dado rápidamente la vuelta en torno a las dos cabañas, realizando una inspección, volvió en seguida para colocarse de pie al lado de Mason. Drake dijo:

—Ha sido una maniobra de diversión la que nos han jugado, atrayéndonos aquí para desorientarnos.

—¿Por qué dice eso?

—No están aquí.

—Quiere usted decir que alguien más...

—No. Pero no creo que estas dos cabañas estén alquiladas en forma alguna. No hay ningún coche en el cobertizo que les corresponde.

Mason giró la agarradera de la puerta para probarla. La puerta estaba cerrada sin llave. La agarradera lanzó un ligero chirrido y la puerta se abrió de par en par, mostrando el interior enteramente a oscuras.

Paul Drake dijo cautelosamente:

—Vaya espacio, Perry. Hay alguien dentro. Se nota el olor fresco a humo de tabaco. Las persianas están todas echadas.

—¿Hay alguien aquí dentro? —gritó Mason.

El silencio fue la única réplica. La escasa luz alargada que del exterior penetraba en la vivienda por la puerta abierta, resultaba siniestra sobre aquel negro fondo de misterio.

—Sí, ciertamente hay alguien aquí dentro —dijo Mason al percibir que del interior del alojamiento en sombras salía aire caliente—. Aquí ha estado funcionando un calentador o algo análogo. Y. también hay humo reciente de tabaco.

—Muy bien —dijo Drake—. Retrocedamos y vayamos a las oficinas para comprobar el registro de viajeros.

—¿Hay alguien aquí dentro? —volvió a gritar Mason.

Y nuevamente también su voz fue a estrellarse contra la muralla interior de silencio negro y siniestro.

Mason metió el brazo en el interior de la vivienda buscando con la mano en la pared una llave de luz.

—No haga eso, Perry —le dijo con tono de suplicante alarma Drake—. Vayamos a las oficinas primero.

Pero Mason ya había encendido las luces. El cuarto ante el cual se encontraban estaba vacío.

—Entremos —dijo Mason.

Drake se echó para atrás, pero finalmente siguió al abogado dentro de la vivienda.

Mason cerró la puerta exterior. Era una típica cabaña para turistas de la clase media. Mason echó un rápido vistazo a la estancia y empezó a verter torrencialmente comentarios dirigidos a Paul Drake.

—Sobre las camas se han sentado algunas personas, pero nadie ha dormido en ellas. El humo de tabaco es sumamente reciente. Hay colillas de cigarrillos manchadas con pintura de labios. ¡Oh, Paul! Aquí hay algo.

—¿Qué es?

Mason le señaló dos vasos a la vez que se inclinaba sobre ellos para oler su interior.

—Han estado bebiendo licor en estos vasos —dijo Mason—. Y no hace mucho tiempo. Aún puede verse dentro de ellos que el hielo que estaba mezclado al licor, todavía no se ha derretido del todo. Hay aún un trocito de hielo en el fondo de este vaso.

—Allí hay otra habitación —dijo Drake en voz baja—. Continúo creyendo que vamos a tropezamos con algo, Perry.

Mason abrió una puerta que daba paso a una cocina de aspecto más bien vulgar, con un fogón de gas, una pequeña refrigeradora eléctrica, y una estantería conteniendo algunos platos, una minúscula sartén, una cacerola para hacer café, cuatro bandejas, cuatro tazas y sus respectivos platillos.

Luego el abogado abrió otra puerta que daba al cuarto de baño. Al fondo de éste había otra puerta más que estaba cerrada.

—Esa puerta comunica con el otro pabellón —dijo Drake—. Perry, yo quisiera que usted dejase esto hasta que nosotros hayamos...

El abogado haciendo caso omiso de las advertencias del detective, golpeó suavemente con los nudillos en la otra puerta del cuarto de baño.

Al no obtener respuesta, abrió, penetró en el otro cuarto y buscó la llave de la luz.

—Aquí no han estado —dijo Mason—. Este sitio está completamente frío.

Drake echó un vistazo a aquel cuarto y dijo:

—Bien, creo también que así es, Perry.

Mason dirigió una rápida mirada a aquel cuarto y luego volvió a cerrar la puerta. Se dirigieron de nuevo al pabellón fronterizo apagando a su paso las luces que antes habían encendido.

Mason dijo:

—Son dos personas. Han estado sentadas aquí durante un tiempo, tomaron un par de copas, fumaron, encendieron la calefacción de gas... Debieron de permanecer aquí bastante rato, Paul. Mire la cantidad de colillas de cigarrillo que dejaron.

—Supóngase usted que tuvieron un soplo de que nosotros veníamos sugirió Drake.

Mason se encogió de hombros.

—Claro es —señaló Drake— que es posible que se hayan ido a algún sitio para volver más tarde.

Mason sacudió la cabeza dubitativo y dijo:

—No hay ni siquiera la más mínima pieza de equipaje por ninguna parte. Vamos a echarle un vistazo a la refrigeradora.

Mason volvió a la cocina, abrió la puerta de la refrigeradora, tiró de la bandeja destinada a los cubitos de hielo y dijo:

—No hay ni un solo trozo de hielo, Paul.

En la bandeja del hielo, Mason calcó el dedo sobre la superficie del agua y la delgada capa congelada se quebró fácilmente por la presión del dedo.

—No comprendo esto —dijo Drake.

—Esto significa que se tomaron más de un whisky aquí, Perry... Si nos sorprenden en esto...

Mason volvió a colocar la bandeja en la refrigeradora, cerró la puerta de ésta, apagó las luces de la cocina y dijo:

—Y a mí me pasa lo mismo que a usted, Paul. Ya nos vamos.

—¿Y luego, qué? —interrogó Paul.

—Regresamos —contestó Mason—. Usted se va a la cama. Lo llevaré a usted a Las Olitas. Allí puede tomar un taxi que lo lleve a la ciudad. Y yo me voy a hablar con Patricia. Tengo la impresión de que me han hecho víctima de una mala jugada.

Capítulo 10

El vigilante nocturno en el garaje del Hotel Westwick de Apartamentos, contempló con ávida mirada, el billete de diez dólares que Mason acababa de depositarle en la mano.

—¿A quién quiere usted que mate ahora, compadre? —le preguntó el vigilante.

—¿Sabe usted algo de una muchacha llamada Maurine Milford?

El individuo hizo un gesto y preguntó:

—¿Por qué?

—Simplemente por saber.

—No mucho.

—Pero a lo mejor eso poco puede ser útil.

—¡Recáscara! —exclamó el vigilante—. Me remuerde el tomarle a usted este dinero a cambio de lo poco que podré decirle. No vale los diez dólares.

A pesar de esa confesión, dobló rápidamente el billete y se lo metió en las profundidades del bolsillo.

—Nunca puede decirse —dijo Mason—. ¿Qué es lo que usted sabe?

—El vigilante diurno, me dijo que ella le había dado un billete de cinco dólares para que le conservase el coche limpio y pulido. Pero el vigilante diurno no tiene nada que ver con esos cuidados. Soy yo quien hace ese trabajo. El vigilante diurno me propuso dividir a medias conmigo los cinco dólares, pero yo le contesté que yo mismo podía sacarle otros cinco a la muchacha. Bien ciertamente, esta mujer llamada Milford, sacó el auto a principio de la tarde. Le di unos retoques de limpieza y le dije que no había tenido tiempo de limpiarlo bien pero que ya lo haría cuando volviese a traer el coche. Y se lo dije en forma que comprendiese que era el vigilante nocturno quien hacía ese trabajo.

—¿Y luego qué?

El hombre hizo una mueca y añadió:

—Me regaló otros cinco. Y esos añadidos a los diez que usted me dio, hacen quince dólares esta noche. ¡Eso ya es algo!

—¿Y cuándo volvió a traer de vuelta el auto?

—No ha vuelto a traerlo. Seguramente se ha ido a una fiesta que durará toda la noche, según a mí me parece.

Mason le preguntó:

—¿Y qué hace usted para hallarse ocupado durante la noche aquí?

—¿Que qué hago? Caramba, amigo, tengo que limpiar todos esos coches que usted ve ahí, y además lavarles los parabrisas, y...

—¿Y cuando ya hizo todo eso, qué hace usted en las primeras horas de la madrugada como ahora?

El mozo de garaje hizo una mueca y dijo:

—Después de todo, diez dólares son diez dólares. Adivino que no hay razón alguna para que usted y yo no marchemos de acuerdo. ¿Pues sabe lo que hago? Escojo un coche que tenga mullidos y cómodos almohadones y una buena radio. Lo estaciono afuera en un lugar desde donde yo pueda ver la entrada en caso de que venga alguien, y enciendo la radio y escucho cualquier buen programa nocturno que esté en marcha. Algunos programas son verdaderamente horribles de malos, pero esto es siempre mejor que permanecer de pie sobre este frío piso de cemento, mordiéndose las uñas. Luego, cuando veo llegar a alguien, salto del coche, apago la radio y me pongo a limpiar el parabrisas o a darle brillo a un guardafangos para disimular. Algo parecido a lo que hice cuando usted llegó, amigo.

—Pues adelante. Ahora vamos a oír la radio los dos —le dijo Mason.

—¿Pero qué es lo que usted pretende? —preguntó asombrado el garajista.

Mason replicó:

—Pues ocurre que me siento muy enamorado de la muchacha llamada Milford.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó prontamente el hombre—. Le ruego que me perdone, amigo, pero lo que yo le dije sobre una fiesta que iba a durar toda la noche... Bueno... Yo no la conozco a ella en absoluto.

Estaba únicamente bromeando...

—No tiene importancia —dijo Mason—. ¿Qué estación era la que estaba escuchando usted?

—Era una que transmitía música de discos —replicó el hombre—. No era mala. Empezarán con un programa de desayuno dentro de hora y media aproximadamente.

—¿Es un maestro con los discos el locutor?

—¡Oh, así, así! Es bastante rudimentario y suena a simple aficionado. Pero lo probable es que esté haciendo prácticas para lograr trabajar en los programas diurnos. Ésta es una buena radio.

Mason subió al auto y se sentó con el hombre. La radio se calentó y empezó a oírse un disco con música de *cowboy*.

—Me gusta esta clase de música —dijo el garajista—. Siempre quise ser cowboy... y acabé limpiando parabrisas. ¡Vaya una vida estupenda!

—Maldito si no lo es —dijo Mason—. ¿Quiere un cigarrillo?

—Lo siento, amigo, pero no fumo dentro de los automóviles. Hay siempre el peligro de que el dueño del coche pueda presentarse repentinamente y...

—Lo siento —dijo Mason en tono de disculpa.

—Bájese del coche y póngase a pasear cuando quiera fumar —le aconsejó el garajista—. Y luego vuelve usted... ¡Oh, oh...!

Su mano se tendió y apagó la radio.

—Fuera —dijo hablando por el ángulo de la boca—. Rápido, fuera...

Mason abrió la portezuela del lado derecho y se apeó.

El garajista, con un trapo en la mano, se puso afanosamente a pulir un guardafangos del auto, al tiempo que los faros de otro coche que llegaba de la calle iluminaban la rampa de entrada del garaje.

El mozo dejó el trapo sobre el guardafangos, se encaminó hacia el otro auto con paso rápido, y dijo:

—Muy bien. Yo me encargo de él.

—Hola —dijo Patricia Faxon al garajista saltando rápida de su coche—. Creo que he estado fuera hasta demasiado tarde, ¿verdad?

El vigilante nocturno se limitó a hacer un gesto vago hacia ella.

Entonces Patricia agregó:

—Haga lo mejor que pueda para limpiar el coche. Está un poco

rayado. ¿Cuándo puedo tenerlo ya lavado?

—No podrá ser hasta mañana.

—Bueno. Está bien. Haga el mejor trabajo posible. Yo...

Y la muchacha quedóse repentinamente en silencio al divisar a Perry Mason.

—Hola —le dijo el abogado.

—¿Qué está usted haciendo aquí?

—Quería hablar con usted.

—¿Cuánto tiempo lleva usted esperando aquí?

Mason se limitó a sonreír y luego dijo:

—Charlemos en el apartamento de usted, Patricia.

—¿A esta hora? —preguntó ella.

Mason afirmó con un ademán de cabeza.

Ella lo miró por unos instantes con expresión dubitativa; luego echó a andar delante hacia el ascensor que subía desde el garaje a los pisos altos y apretó el botón de llamada.

A esas horas de la noche, el ascensor funcionaba sólo automáticamente y en seguida bajo. Mason mantuvo la puerta abierta para que la muchacha penetrase y luego entró él. La puerta se cerró por sí sola y Patricia apretó el botón del octavo piso.

Mason dijo:

—Yo creía que usted era una muchacha muy asustadiza y llena de miedo, que no veía la forma de llegar aquí lo más aprisa posible.

—Fue que cambié de idea.

—¿Y por qué razón cambió usted de idea?

Ella hizo como si no hubiera oído. El ascensor se detuvo en el octavo piso. Salieron al pasillo juntos y echaron a andar. La muchacha aplicó un pasador a la cerradura de la puerta de su apartamento y dijo:

—Creo que se dará usted cuenta de que está arrojando por la ventana mi buena reputación.

Mason guardó silencio.

Ella encendió las luces del apartamento y Mason cerró la puerta.

Patricia dijo:

—Voy a prepararme un whisky. Uno bien grande. ¿Qué quiere usted tomar?

—Lo que tome usted.

—Escocés con soda.

—Está bien para mí también. ¿Dónde ha estado usted, Pat?

—Fuera.

Mason le dijo:

—Podríamos adelantar mucho si usted colaborase un poco más.

Ella se rió alegremente y replicó:

—Ya he oído eso mismo en otra parte antes. Que usted lo crea o no, vengo directamente aquí desde mi casa en la ciudad.

Mason la siguió hasta la pequeña cocina. Ella cogió una botella de whisky escocés de un armario, luego echó mano a dos vasos y cogió unos pedazos de hielo en la refrigeradora.

—En las montañas ha estado lloviznando —dijo el abogado—. El tiempo es bastante feo.

—¿De veras es así?

—Y —prosiguió Mason— ya vi que su auto venía bastante sucio de fango. Indudablemente lo ha llevado usted por lugares donde estaba lloviendo.

Ella echó whisky en los vasos sin siquiera preocuparse en utilizar para ello la medida conveniente que estaba en el armario, junto con la botella.

—¿Vió usted a su madre? —preguntó Mason.

La muchacha contestó:

—¿Quiere usted coger la botella de soda en la refrigeradora, señor Mason?

—¿Ha visto usted a su madre? —volvió a repetir el abogado cogiendo un sifón de soda en la refrigeradora.

—Creo que prefiero dejar que esta copa de whisky haga su efecto antes de que yo diga algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el abogado—. ¿Tiene algo que ocultar?

Ella no contestó. En silencio echó a andar hacia la sala, bebió rápidamente un trago y dijo después:

—¿Qué es lo que va usted a hacer? ¿Aplicarme el sistema de tercer grado policíaco para que confiese, como les hacen a los delincuentes para que canten?

—No lo haré... a menos que me vea obligado a ello. Quiero saber si usted vió a su madre.

—Yo...

En la puerta del apartamento se oyeron unos suaves golpes de

nudillos. Durante unos segundos, el rostro de Patricia se inundó de pánico, aunque simuló no haber oído aquella llamada. Luego sonó el timbre y Mason dijo con naturalidad:

—¿Quiere usted abrir la puerta, Pat, o prefiere que lo haga yo?

Sin replicar palabra, la muchacha dejó su vaso en una repisa inmediata a su butaca, echó a andar y abrió la puerta.

Una voz de mujer dijo:

—Gracias al Cielo que estás aquí, Pat. Yo...

La recién llegada callóse súbitamente al advertir la presencia de Mason.

Por unos instantes, ella y Pat se miraron cara a cara. Luego la mujer de más edad, dijo:

—Lo siento. Creo que me he equivocado de apartamento. Yo...

—Entre usted, señora Allred —dijo Mason—. Difícilmente se la tomaría a usted por la madre de Pat. Parece usted más bien su hermana.

Ella sonrió y dijo:

—Es una salutación muy fina. Ya la he oído en otras ocasiones. ¿Y no será demasiado tarde para que esté usted con Pat?

—No es una salutación ni es un halago. Puede usted llamarle más bien la justa evaluación profesional de un artículo comercial que a lo mejor yo tengo que venderle a un jurado.

Patricia cerró la puerta y luego dijo haciendo la presentación:

—Mamá: Perry Mason

—¡Oh! —exclamó la señora Allred con voz aguda.

—Estábamos bebiendo una copa —añadió Patricia—. Debes de tener frío, mamá.

—Estoy helada —confesó la madre.

—Te prepararé un whisky.

La señora Allred sonrió vagamente hacia Mason, dudó por un momento y luego siguió a su hija hacia la cocina.

—¿Te fue difícil llegar hasta aquí y encontrar este sitio? —preguntó Patricia.

La madre contestó:

—El empleado de la oficina del hotel abajo estuvo dudoso cuando entré, pero le dirigí una sonrisa y me fui directamente al ascensor con la mayor tranquilidad del mundo. Y entonces él ya quedó convencido de que soy huésped del hotel.

—Hay hielo en la refrigeradora, mamá. ¿Quieres whisky con soda?

—Sí, eso es.

Mason oyó el gorgoteo del líquido, el sonido cristalino del hielo dentro del vaso y luego unos susurros sibilinos de conversación.

El abogado se sentó en su butaca, encendió un cigarrillo, aspiró el humo profundamente y luego se levantó cortésmente cuando las dos mujeres entraron de nuevo en la sala.

—¿Ya lo arreglaron todo? —preguntó Mason.

—¿Qué? —preguntó Patricia—. ¿El whisky?

—No. La historia para contar.

Patricia lo miró intensamente. Luego ambas mujeres se sentaron.

Mason dijo:

—Pueden ustedes las dos continuar dando palos de ciego si así les place. Ignoro el tiempo de que aún disponemos.

Patricia dijo:

—Ya le he dicho al señor Mason lo ocurrido con Roberto Fleetwood. Ya sabe en qué estado se encuentran las cosas.

La señora Allred dijo:

—Después de todo, señor Mason, yo nada tengo que ocultar. Encontré alojamientos en el pequeño campo para turistas en la montaña. Previamente le había telefoneado a mi marido comunicándole dónde nos encontrábamos, y él me contestó que iría a reunirse con nosotros.

—¿Y lo hizo así?

Ella titubeó.

—Prosiga usted —dijo Mason—. Oigamos la historia.

La señora Allred añadió:

—Roberto y yo tomamos un par de copas, para matar un poco el tiempo mientras esperábamos. Luego Roberto se excusó para ir al cuarto de baño. Permaneció allí bastante rato. Cuando ya transcurrió algún tiempo, fui a llamarlo para ver si se encontraba bien. Pero no contestó. La puerta estaba cerrada por dentro. Me asusté terriblemente, sobre todo al pensar que a lo mejor había tomado alguna cosa o que... bien, ya sabe usted, podía tratarse de un suicidio...

—¿Pero no lo fue?

—Es que Roberto tenía la llave del otro pabellón contiguo. Salí

corriendo por la parte exterior hacia el otro pabellón. Estaba abierto. Y la puerta del cuarto de baño por ese lado estaba también abierta. Por lo tanto, cuando dijo que iba al cuarto de baño, no se detuvo en éste ni por un momento. Por el contrario, había cerrado la puerta del baño de mi lado, se fue derecho por la otra puerta, salió afuera, cogió mi automóvil y se marchó.

—¿Y usted no oyó el ruido del motor cuando se fue? —preguntó Mason.

—Sí lo oí, pero creí que sería el auto de algún otro huésped. Ni siquiera se me ocurrió que pudiese ser mi coche. Lo había dejado estacionado junto al camino de salida de la finca.

—¿Y a dónde se marchó?

—Lo ignoro —dijo la señora.

—¿Y usted qué hizo?

—Fui andando hasta la carretera y pedí a los automóviles que pasaban que me trajesen. Pero no quiero volver a pasar por semejante odisea.

—¿Y el equipaje de usted?

La señora Allred contestó:

—Sólo tenía un pequeño maletín. Lo había sacado del coche porque tenía dentro una botella de whisky y estábamos esperando a que Beltran llegase a reunirse con nosotros.

—¿Sabía eso Fleetwood?

—Sí.

—¿Había recuperado la memoria?

—No. Pero por lo demás estaba bien. Sin embargo, no había recuperado la memoria.

—¿Y qué hay de su marido?

—No sé lo que le habrá ocurrido, señor Mason. Porque nunca llegó a presentarse.

—Y usted ya no esperó más para averiguar qué era de él ¿verdad?

—Ya hacía mucho tiempo que debía haber llegado cuando Roberto se marchó en mi automóvil. Yo... bien, no sé lo que le habrá ocurrido.

—¿Intentó usted telefonear a su casa?

—Sí, claro es.

—¿Y qué pasó?

—No me contestó nadie.

—¿No tienen criados?

—Sí, pero duermen en las habitaciones situadas encima de los garajes. Por lo tanto no pueden contestar al teléfono de noche, una vez que se acuestan.

—¿Entonces, después de llamar usted salió a la carretera y la trajo de favor un automovilista de regreso?

—Sí.

—¿Tomó usted el nombre de ese automovilista?

—Automovilistas —dijo ella exagerando la pronunciación de la «s» final—. La s s s s s corresponde al plural. Fueron tres automovilistas sucesivamente. El último de ellos era ya un viejo.

—¿Y la trajo a usted directamente aquí?

—No. Sin embargo, me llevó hasta un sitio donde yo pudiese ya tomar un taxi.

—¿Y el maletín de usted? ¿Acaso mintió usted al decir que lo había dejado en el auto que se llevó Fleetwood?

—No. Lo dejé en el depósito porque pensé que podía traerme dificultades al entrar con él en este hotel. Creí que sería más fácil el llegar aquí a la conserjería y venirme directamente al apartamento de Pat, si no traía el maletín. Si lo hubiera traído sabía que en la conserjería me detendrían para darles explicaciones.

—¿Y por qué no quería usted dar explicaciones?

—No estaba preparada para ello.

—¿Y por qué no se fue directamente a su casa?

—Porqué... pues porque tenía miedo de hacerlo.

—¿Por qué?

—No sé. Simplemente por aprensión. Más bien que eso quería estar con Pat.

—¿Le telefoneó a su marido temprano esta tarde y le dijo dónde se encontraba usted?

—Exactamente.

—¿Y él le dijo que iría a reunirse con ustedes inmediatamente?

—Dijo que lo haría tan pronto pudiese. Que llegaría aproximadamente a eso de las diez de la noche.

—¿Y qué me dice de Pat?

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Si usted le telefoneó a ella.

Por unos segundos la señora Allred guardó silencio.

Mason le dijo:

—Desde luego, la policía comprobará todas las llamadas que haya hecho.

—¿Y qué tiene que ver la policía con todo esto?

—Lo ignoro —contestó Mason y luego añadió significativamente—: Lo ignoro... por ahora...

—No comprendo en absoluto que la policía tenga que preocuparle con esto.

—¿Cuántos whiskys tomó Fleetwood?

—Un par de ellos. No empezamos a beber hasta después de cenar. Creo que serían las nueve de la noche cuando empezamos a beber whisky.

—¿Y esos whiskys estaban muy cargados?

—El parecía estar sediento —admitió ella—. Pero yo lo contuve hasta donde me fue posible.

—¿De qué tamaño era la botella?

—De medio litro, aproximadamente.

—¿Y quedó alguno sobrante?

—No.

—¿Le telefoneó usted a Pat?

—Sí.

—¿Le pidió a Pat que fuese a buscarla?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pues porque yo... Porque yo no estaba segura de si lo que estaba haciendo era o no acertado. Quería aclararlo todo.

—¿Y le dijo eso a su marido por teléfono?

—No. Yo no le telefoneé a Pat hasta las nueve de la noche, un poquito antes de que las oficinas del campo turístico se cerrasen. Y Roberto me robó el auto inmediatamente después que yo le telefoneé a Pat.

—¿Qué le dijo a Pat por teléfono?

—Dónde estaba yo; eso fue todo.

—¿Y no le pidió que fuese allá?

—No, directamente.

Mason miró a Patricia.

—Yo le llamé a usted —dijo la muchacha—. Pero no recibí

respuesta.

—¿Y por qué no llamó a la Agencia de Detectives Drake?

—Pensé que sería mejor que yo hablase primero con mi madre.

—¿Y habló usted?

—El pabellón ya estaba vacío cuando llegué allí.

—¿Entró usted en el pabellón?

—Sí.

Mason se volvió hacia la señora Allred y le dijo:

—¿Cuánto tiempo tardó usted en llegar aquí?

—Lo ignoro. Me imagino que fueron varias horas. Algunas veces estuvieron pasando por la carretera automóviles y más automóviles sin parar para recogerme. Además, algunos de los que paraban, pretendían ir por carreteras desviadas, con malas intenciones... fue una prueba muy dura por la que no quiero volver a pasar. Y también soy muy torpe para calcular el tiempo.

—Sí, ya lo veo —dijo secamente Mason—. Ya veo que lo es usted. En realidad, lo son las dos...

Mason se dirigió al teléfono y ya iba a coger el receptor para realizar una llamada, cuando en la puerta del apartamento sonaron leves golpes de nudillos.

—¡Santo Cielo! —exclamó la señora Allred—. ¿Quién será?

Los nudillos golpearon de nuevo, pero esta vez más fuerte y de manera imperiosa.

Mason dijo rápidamente:

—Ustedes las dos permanezcan calladas. Déjenme hablar a mí solamente.

—¿Pero no resultará todavía peor si no damos explicaciones?

—No digan nada —ordenó Mason—. Dejen que hable yo.

Sonó el timbre de la puerta y otra vez los golpes de nudillos. Mason se dirigió a aquélla y la abrió.

El teniente Tragg de la brigada de homicidios de la ciudad y Frank Inman de la oficina del alguacil mayor del juzgado, aparecieron en el marco de la puerta, reflejándose en la expresión de ambos mucha más sorpresa por encontrarse allí con Mason que la de éste en verlos llegar a ellos.

—Entren ustedes —les invitó Mason.

—¿Qué diablos es esto? —dijo Tragg.

Mason interceptó:

—Señora Allred, estos señores son Frank Inman, de la oficina del alguacil mayor, y el teniente Tragg de la brigada de homicidios. Caballeros, estas damas son la señora de Beltran C. Allred y su hija Patricia Faxon. La señorita Faxon ha alquilado este apartamento bajo el nombre supuesto de Maurine Milford, porque se propone dedicarse a escribir novelas. Y quería vivir aquí en el anónimo para poder escribir sin ser molestada.

—La señora Allred, ¿eh? Bueno, bueno, bueno —dijo el teniente Tragg con tono sarcástico—. ¡Y además tenemos un maestro de ceremonias también! Supongamos que usted, Mason, deja que sean las mujeres las que hablen durante un rato.

—La señora Allred tiene un resfriado —dijo Mason—, y su hija sufre un defecto de expresión hablada. Así pues, supongamos que son ustedes dos quiénes hablan primero.

Tragg dijo:

—¿Está usted seguro, Mason, de que ésta es la señora Allred?

—Su hija, por lo menos, debe estar segura de ello.

Tragg le dijo entonces a la señora Allred:

—Usted se fugó con Roberto Fleetwood, ¿no es así, señora Allred?

Ella iba a comenzar a responder a esta pregunta, pero Mason alzó una mano imponiéndole silencio y dijo:

—Poco a poco, caballeros. ¿Acaso no pueden ustedes ser un poco más diplomáticos?

Inman dijo:

—¿Y usted qué demonios tiene que hacer aquí en este asunto, de todas formas?

Tragg se anticipó a responder a esta pregunta por cuenta propia diciendo:

—Él es el portavoz. Pero el simple hecho de que él esté aquí, ya constituye la mejor señal de culpabilidad, por lo que a mí afecta.

Mason se echó a reír y replicó:

—Sí, pero la realidad es que yo estoy aquí por razón de una demanda civil.

—¿Y cómo sabe usted que *nosotros* no estamos también por eso mismo? —preguntó Inman.

—Pues por una simple razón personal —contestó Mason—. Supongamos que ustedes nos dicen que es lo que ha ocurrido.

—Sí, pero antes de eso queremos que se nos responda primero a unas preguntas.

Mason contestó:

—Nosotros somos alérgicos a toda clase de preguntas mientras no se nos diga lo que ha sucedido.

Inman dijo:

—¡Demonios! No olvide que yo puedo agarrar a estas dos mujeres y zamparlas en el calabozo si así fuese preciso.

—Claro que puede usted —le replicó Mason—. Y yo puedo reclamar la aplicación del *habeas corpus* si también fuese preciso.

Tragg interpuso:

—Bueno, con todo esto no vamos a ninguna parte. Muy bien. Si quiere usted que las cosas sean llevadas a la brava, pues así las llevaremos. ¿Cuándo vió usted por última vez a Roberto Fleetwood?

—Yo... Yo...

—Exija que le expliquen la razón de la pregunta antes de dar usted la respuesta, señora Allred. —Intervino Mason.

Tragg descargó entonces:

—Muy bien, le diré la razón para que le hagamos esta pregunta. El auto de la señora Allred ha sido encontrado en el fondo de un precipicio en la carretera de la montaña; Roberto Fleetwood estaba, dentro del coche. Y estaba muerto. Y ahora a ver si se decide a decir algo, señora Allred.

—¡Roberto Fleetwood, muerto! —exclamó ella.

—Eso es lo que yo le he dicho a usted.

—Tómelo con calma —aconsejó Mason a la mujer.

—¡Cómo! Entonces es que él bebió con exceso. Él...

—Y en primer lugar, ¿por qué llevaba él su coche?

La mujer replicó:

—Lo ignoro. Simplemente, cogió mi coche y se marchó con él...

—¿Y lo hizo sin permiso de usted?

Mason se puso de pie detrás de Tragg y le hizo una seña a la señora Allred poniéndose un dedo sobre los labios para que guardase silencio.

Pero la mujer dijo:

—Eso debe explicarlo todo. Estaba tratando de escaparse. Yo creí que él estaba sufriendo de amnesia, pero luego pensé también que a lo mejor estaba fingiéndolo así. Le dije que yo era su hermana

y pareció creerlo, lo mismo que parecía que estaba decidido a esperar a recuperar la memoria y que su mente clarease.

—Eso es una declaración endemoniadamente confusa —dijo Inman.

Tragg le hizo seña a Inman para que se callase y miró significativamente a Perry Mason, diciéndole en voz baja:

—Hemos tenido suerte en obtener algo que se parece a una declaración.

La señora Allred dijo con cierto tono de desafío:

—Señor Mason: en las presentes circunstancias, no veo razón alguna para que corramos el riesgo de ser mal interpretados. Yo opino que estos señores tienen derecho a que se les dé una franca explicación de lo que ha ocurrido. El señor Fleetwood estaba sufriendo un ataque de amnesia. Yo intenté llevarlo a ambientes que le eran familiares haciéndome pasar por su propia hermana. Le dije que mi marido era su cuñado. Pensamos que lo mejor era tenerlo en un lugar tranquilo y evitarle toda clase de preocupaciones, dándole así a su cerebro una oportunidad para clarificarse y reponerse.

»Estábamos alojándonos en un campo para automovilistas y yo estaba esperando la llegada de mi marido. Yo tenía una botella de whisky, y Roberto Fleetwood y yo tomamos unas copas. El cargaba bastante de whisky las suyas. Traté de impedirle que bebiese más, pero insistió en beber hasta que acabó con la botella.

—¿Y usted bebió también? —preguntó el teniente Tragg.

—Yo bebí hasta donde me pareció prudencial. Yo sabía que una vez que él empezase a beber, continuaría haciéndolo hasta vaciar la botella, y yo no quería que lo hiciese. Es decir, que yo no quería que se emborrachase. Y para ello, pensé que cuanto más bebiese yo, menos le quedaría en la botella para beber él...

—¿Cuántas copas tomó usted?

—Yo tomé dos. Él tomó tres.

—¿Y luego que pasó?

—Después, el cogió mi auto y salió para la ciudad.

—¿Sin permiso de usted?

—Sí.

—¿Y sin conocimiento de usted?

—Sí.

—¿Y después qué sucedió?

—Eso es todo lo que yo sé. Pero si él sufrió un accidente... bien, entonces fue como consecuencia del alcohol que había tomado. Ustedes pueden comprobar que estaba bebido, en alguna forma, ¿no es así? ¿No pueden analizar su sangre y descubrirlo por ese procedimiento?

—Claro que podemos —dijo el teniente Tragg—. Pero antes de eso quisiéramos saber algunas otras cosas.

—¿Qué?

—Bien, en primer lugar —dijo Tragg—, nosotros vinimos aquí un poco a tientas. Los agentes que investigaron el accidente, encontraron en el auto la llave de uno de esos pabellones del campo para automovilistas. Fueron allí y se encontraron con que tales pabellones estaban vacíos. Entonces, acudieron a la gerente del campo, haciéndola levantar de la cama, y ella les dijo que le había alquilado esos dos pabellones a Fleetwood y su hermana, y dijo también que usted había hecho dos llamadas desde aquella oficina antes de que se cerrase. Los policías comprobaron los números de esas dos llamadas y uno de ellos resultó ser la residencia de Allred y el otro, el de este apartamento. Nos telefonearon para que investigásemos. En la residencia de Allred no había nadie, y entonces vinimos aquí. Y en verdad no esperábamos encontrarla a usted en este lugar.

—Bien. Yo puedo explicarlo todo. Todo ocurrió tal cual yo les dije.

—¿Y es costumbre que la brigada de homicidios investigue los accidentes de automóvil? —preguntó Mason secamente.

—Cállese usted, don inteligente.

Tragg mantenía fijos los ojos en la señora Allred, atrayendo sobre sí la atención de ésta para que no pudiera darse cuenta del significado de la observación hecha por el abogado.

—¿Y usted cree que Fleetwood fue quien, por una falsa maniobra en el volante, despenó su coche saliéndose de la carretera?

—Estoy segura de que sí lo hizo.

—¿Cree usted que él estaba borracho?

—Había estado bebiendo. Pero no creía que estuviese completamente borracho. No. Pero si se salió con el auto fuera de la

carretera, entonces indudablemente lo estaba.

—Bien —dijo Tragg—. Todavía hay un par de cosas más que necesita explicar. Una de ellas es: ¿por qué el auto tenía el motor en primera velocidad, cuando se salió de la carretera?

Mason interrumpió:

—Después de todo, señora Allred, ¿por qué no espera usted a saber exactamente lo que Tragg quiere, antes de que usted...?

—No intente usted cerrar la puerta de la caballeriza... después que el caballo ya ha sido robado —le contestó con ironía Tragg a Mason.

Mason replicó:

—Yo únicamente quería...

—Y a la vez que está usted explicando eso —añadió Tragg—, también puede explicarnos cómo es que hay sangre en el departamento para equipajes de su automóvil.

—¡Sangre en el departamento para equipajes de mi automóvil! —exclamó incrédula la mujer.

—Eso es.

—Pues bien... Yo... Yo no tengo ni la más remota idea de como... ¿Está usted seguro de ello?

—Claro que estoy seguro.

—Yo...

En la puerta del apartamento sonaron unos golpes dados con los nudillos.

Frank Inman acudió a abrir.

Un oficial de policía vestido de paisano, entró y le dijo a Tragg:

—Teniente: ¿puedo hablar con usted un momento en privado? Hay nuevas informaciones que la policía acaba de comunicarnos por la radio de su auto.

Tragg salió al pasillo exterior. Inman le dijo a Mason:

—Por lo que a mi concierne, podemos desenvolvemos bien sin la presencia de usted aquí.

Mason se limitó a sonreír.

El teniente Tragg regresó y dijo:

—Lo siento, señora Allred. Cometí una equivocación.

Y al decirle esto, la observó con los ojos fijos y entornados.

—¿Quiere usted decir que no ha habido accidente de automóvil? ¿Quiere usted decir que mi automóvil no se despeñó?

—No —replicó Tragg—. Quiero decir que sí hubo un accidente. Y que su auto se despeñó saliéndose de la carretera. Y que hay un hombre muerto dentro del coche. Y que el auto, fue deliberadamente despeñado teniendo el motor en primera velocidad. En lo que me equivoqué, es en la identidad del cadáver. Cuando la Policía realizó la primera identificación, partieron de un punto falso porque encontraron una cartera conteniendo un permiso de conducir, el número del seguro de accidentes y otras cuantas cosas, pertenecientes todas a Roberto Gregg Fleetwood. Pero luego de algún tiempo, también encontraron otra cartera perteneciente a otra persona, y cuando vieron las señas, llegaron a la conclusión de que el muerto había estado llevando la cartera de Fleetwood pero no era Fleetwood en absoluto.

—Entonces ¿quién era? —preguntó la señora Allred.

Y Tragg disparó sobre la señora Allred su información como si fueran balas con una ametralladora:

—Era su marido, Beltran C. Allred —dijo—. Ahora díganos cómo fue que se metió en el auto de usted y cómo se despeñó.

—¿Pero cómo...? Yo... Yo...

—Y cómo es qué había sangre en el piso del departamento de equipajes de su auto.

Ella dudó por unos instantes. Con los ojos desorbitados, como clamando por ayuda, miró a Mason.

Inman vio aquella mirada de súplica, se adelantó y agarró a Mason de un brazo.

—En lo que a usted se refiere —le dijo al abogado—, igual que usted llegó aquí, se marcha usted ahora fuera. Deténgase por un momento, teniente.

Tragg dijo:

—Es que quisiera una respuesta a esta pregunta ahora.

Inman, agarrando del brazo a Mason lo empujó hacia el pasillo exterior.

—Usted no puede impedirme el aconsejar a mi clienta.

—¡Diablos, que si puedo! —replicó Inman—. Puedo echarle a usted de aquí y si se resiste, yo le replicaré aún con mayor contundencia.

Mason dijo por encima del hombro:

—Señora Allred: sus derechos están siendo violados. Como

abogado de usted, le aconsejo que no diga una sola palabra a estos agentes hasta que paren de utilizar esos métodos de coacción. No quiero que su silencio sea considerado como señal de culpabilidad, ni de que usted tiene miedo de que cualquier cosa que diga pueda incriminarla, sino simplemente como una protesta contra los métodos despóticos de estos oficiales de la policía.

El teniente Tragg le dijo irritado a Inman:

—Usted lo ha querido. Le ha dado usted ocasión de que pronunciase un discurso y presentar para ello una buena disculpa.

—A mí no me importa nada —replicó Inman—. O esa mujer nos explica lo ocurrido sobre la muerte de su marido o la detendremos.

Mason dijo:

—Usted puede siempre ponerse en comunicación conmigo en mi despacho, señora Allred, o por medio de la Agencia de Detectives Drake.

—Vamos —gritó Tragg—. Vamos a dar un paseo. Llevaremos las dos mujeres a la estación de policía.

Inman empujó a Mason al pasillo exterior y cerró después la puerta por dentro.

Mason echó a andar por el pasillo, tomó el ascensor para bajar al vestíbulo del hotel y le dijo al empleado que estaba de servicio dormitando:

—¿Dónde está la cabina del teléfono?

El empleado lo miró con extrañeza y le preguntó:

—¿Vive usted aquí, señor?

—No —replicó Mason—. Pero soy un inversor de capitales que quiero comprar este hotel, sólo para emplear algún dinero. ¿Hasta qué punto cree usted que tendría que aumentar los sueldos de los empleados a fin de lograr de ellos cortesía?

El empleado sonrió dubitativo y le dijo:

—La cabina del teléfono está en aquel rincón.

Mason se dirigió a ella y llamó a la oficina de Paul Drake.

—¿Dónde está Paul? —le preguntó al empleado de guardia.

—Se fue a casa y se acostó. Dijo que no se le molestase por nada a menos que fuese por un crimen.

—Muy bien. Llámeme usted. Dígame que está usted obedeciendo sus órdenes al pie de la letra.

—¿Qué quiere usted decir?

Mason contestó:

—Quiero decir que Beltran C. Allred ha sido asesinado en la montaña, en la carretera a Springfield. Luego fue encerrado el cadáver en el departamento de equipajes del auto de la señora Allred, pusieron el motor en primera velocidad y lo hicieron despeñarse sobre un precipicio. Drake tiene un agente en Springfield. Dígale que se ponga al habla por teléfono con ese agente y que empiece a actuar en el lugar del suceso inmediatamente. Preciso informes, quiero fotografías y quiero que encuentren a Fleetwood. ¿Recordará usted todo esto?

—Sí, señor Mason. ¿Quiere usted hablar con el señor Drake?

—No ahora —dijo Mason—. Yo estoy trabajando en otro ángulo de este asunto y no quiero estar amarrado a una cabina telefónica en los momentos en que precisamente hay que actuar.

Colgó el auricular, abandonó la cabina, echó a andar hacia el vestíbulo y miró al exterior.

Empezaba a amanecer. El sol todavía no asomaba en el horizonte, y la calle aparecía gris y fría bajo la luz descolorida del crepúsculo matutino.

Un coche de la policía, con el faro rojo y la sirena, estaba estacionado en el borde de la acera. La antena de radio estaba tendida a su máxima capacidad. El agente de paisano que poco antes había llevado el mensaje al teniente Tragg, hallábase sentado al volante. El motor estaba en marcha y menudas nubes de humo blanco salían, entre un leve y constante ronquido, por el extremo del tubo de escape.

Mason permaneció allí mirando a través de la puerta por espacio de cinco minutos. La luz iba haciéndose más fuerte y los objetos de la calle comenzaban a adquirir color.

Mason miró su reloj de pulsera, se desperezó, bostezó y echó a andar para echar una mirada al indicador del ascensor automático. Estaba todavía en el piso octavo. El abogado apretó el botón y el ascensor descendió hasta la planta baja. Abrió la puerta sólo lo suficiente para eliminar el contacto eléctrico y mantuvo así aquélla impidiéndole que se cerrase mientras colocaba un lápiz entre la puerta y el marco de ésta. Después fue a sentarse en el vestíbulo, cerca del ascensor.

Pasaron otros diez minutos, y Mason oyó un débil zumbido

dentro del ascensor, indicando que alguien estaba intentando hacerlo subir.

Se encaminó al ascensor, quitó el lápiz, abrió la puerta se metió dentro y dejó que la puerta automática se cerrase. Después de esto, el mecanismo del ascensor lanzó un chasquido agudo y metálico y empezó a subir.

Mason se metió en un rincón del ascensor donde no podía ser visto en los primeros instantes por quien abriese la puerta.

El ascensor subió hasta el octavo piso y allí paró.

La puerta se abrió e Inman empujó dentro del ascensor a la señora Allred y a Patricia, entrando él detrás. Tragg entró también y cerró la puerta del ascensor al mismo tiempo que decía:

—Y si el abogado de ustedes está esperando en el vestíbulo, no intenten hablarle. ¿Me han entendido?

Se volvieron para colocarse de cara a la puerta y la señora Allred lanzó una entrecortada exclamación al ver a Mason.

Al oírla, Inman volvió la cabeza y su mano hizo ademán de echar mano al revólver. Pero detuvo su movimiento a mitad de la trayectoria para alcanzar el arma.

—¿Al piso bajo? —preguntó Mason al mismo tiempo que oprimía el botón correspondiente.

El ascensor comenzó a bajar rápidamente hasta el entresuelo.

Tragg le dijo secamente a Inman:

—Ya le dije a usted que él es muy agudo.

—¿Qué le ha dicho usted a ellos? —le preguntó Mason a la señora Allred.

—Cállese —ordenó Inman.

—No les he dicho nada en absoluto —dijo la señora Allred—. Seguí las instrucciones de usted.

—Pues continúe siguiéndolas —dijo Mason—. Intentarán cuanto les sea posible para obligarla a usted a declarar. Pero simplemente dígales que su silencio es una protesta contra sus métodos despóticos y que usted quiere celebrar una entrevista con su abogado antes de declarar nada. Recuerde que usted estaba haciendo una declaración franca y completa de cuanto había ocurrido hasta el momento en que ellos se pusieron en actitud arbitraria y comenzaron a atropellar sus derechos.

—Y yo siento las mayores tentaciones de comenzar a atropellarle

a usted verdaderamente —dijo Inman.

—No pierda usted su temple —le contestó Mason—. Eso provoca la subida de la tensión sanguínea y da lugar a que usted tenga un aspecto horrible.

Tragg dijo suavemente:

—No sea usted tonto, Inman. Él está intentando obligarle a usted a provocar algo. Y eso resultará de pésimo efecto ante un jurado.

Inman se entregó al más absoluto mutismo.

El ascensor llegó a la planta baja y paró.

Mason abrió la puerta y dijo:

—Planta baja, señoras y caballeros. El Departamento de Declaraciones Fraguadas está enfrente. Hay celdas separadas, confesiones falsas diciéndole a la madre que la hija ya lo ha confesado todo, poniéndoles agentes provocadores y detectives disfrazados como compañeros de celda, y utilizando las trampas acostumbradas de la policía.

Inman empujó al exterior a las dos mujeres, se volvió súbitamente hacia Mason y le mostró los puños con gesto amenazador.

El teniente Tragg lo agarró de un brazo y tiró de él.

A través del vestíbulo, los dos policías echaron a andar llevándose a ambas mujeres al coche policíaco y partieron en éste.

Mason suspiró con aire cansado, cruzó la calle en busca de su propio auto, subió a él y encendió el motor.

Capítulo 11

Mason abrió la puerta de su despacho privado, entró, saludó con un ademán de cabeza a Della, echó el sombrero en la estantería del guardarropa, se dirigió a su mesa y se sentó.

—¿No ha dormido usted nada? —le preguntó Della.

Mason movió la cabeza negativamente y dijo:

—¿Hay alguna noticia de Drake?

—Sí. Tiene a uno de sus agentes en el lugar del accidente y ya sacó algunas fotografías. Ese agente conocía al policía de carreteras que estaba a cargo de la vigilancia en el lugar del suceso y así pudo conseguir toda la información que había.

—¿Cómo fue que encontraron el auto?

—Es que en el mismo sitio donde el coche se despistó fuera de la carretera había un guardacantón en la orilla.

—Pues con eso ¡vaya un sitio tan apropiado para escogerlo y echar un auto al despeñadero! —comentó Mason, añadiendo—: ¿El auto está muy destrozado?

—Levemente destrozado, solo. —Respondió Della Street.

—Haga que venga aquí Paul Drake.

Della Street dijo:

—Dixon Keith está esperando en el recibidor. Ya lleva esperando algún tiempo. Estaba en el pasillo de afuera cuando abrimos la oficina.

—¿Dixon Keith? —inquirió Mason.

—Sí; el que tiene el pleito por fraude contra Allred.

—Muy bien —dijo Mason—. Primero que venga Drake. Luego vaya afuera y aplaque a Dixon Keith para que tenga paciencia y espere. Dígle que tengo una conferencia telefónica y tan pronto acabe le atenderé. Sólo serán unos minutos y no quiero que él se marche.

Mason se sentó de nuevo en su butaca, se golpeó la frente con las yemas de los dedos, mientras Della hacía la llamada telefónica a Drake. En seguida la muchacha dijo:

—Ya se pone al aparato, Jefe. ¿Desayunó usted?

—Me desayuné y me afeité —dijo Mason en tono de chunga—. Tomé un baño caliente y me puse ropas limpias. ¿Acaso encontró la policía por casualidad un revólver en el cadáver de Allred?

—Lo ignoro —dijo Della—. Yo... Bueno, aquí está Paul Drake.

En efecto, el golpe de señal convenida que era como un código secreto, sonó en la puerta de la oficina.

Mason le hizo una seña a Della y ésta abrió la puerta. Drake, desvaído, trasnochado, sin afeitar, entró en la estancia y miró a Mason con frialdad.

Mason hizo una mueca y le dijo:

—Tiene usted cara de haber estado muy ocupado.

—Sí lo he estado.

—Creo que me había dicho usted que tenía siempre una máquina de afeitar eléctrica en su oficina de forma que se podía afeitar entre dos llamadas telefónicas.

—Y la tengo —respondió Drake—. La tengo. ¡Pero, qué demonios! Ni siquiera entre dos llamadas telefónicas he tenido tiempo. ¡He estado verdaderamente ocupado!

—¡Venga! ¡Cuente!

Drake dijo:

—El lugar donde el auto se salió de la carretera, está a cinco kilómetros del campo llamado «Campo de Descanso Abrigado para Automovilistas». Es el peor sitio de toda la carretera, y ésta ya es bien mala de por sí. Hay allí un guardacantón. Pero el auto se fue por encima de él. No hay que asombrarse, pues el motor estaba en primera velocidad y el freno de mano completamente suelto. La policía pudo averiguar esto por los propios restos del auto.

—¿Y el cadáver fue al principio identificado como siendo el de Fleetwood?

—Exacto.

—¿Entonces Allred tenía la cartera de Fleetwood?

—Tenía la cartera de Fleetwood, la cigarrera y la pluma fuente. ¡Vaya cantidad de cosas!

—¿Y hay alguna explicación a esto?

—Ninguna explicación.

—¿Y también había en el auto una llave del pabellón del campo de automovilistas?

—Eso es. La llave del pabellón que le correspondía a Fleetwood.

—¿Y cómo la consiguió Allred?

—Hasta ahora; no hay explicación a eso, Perry. La llave estaba caída dentro del coche.

—¿Y había sangre en la alfombra del piso del departamento de equipajes?

—Cierto.

—¿Tenía encima el cadáver de Allred algún revólver?

—No.

Mason dijo:

—Paul: es preciso encontrar a Fleetwood.

—Sí, todos queremos encontrarlo.

—Quiero que lo encontremos, pero... un poco peor de lo que cualquier otro pueda desear encontrarlo.

—Cuando usted lo encuentre ya estará muerto.

—Nosotros tenemos una clave interna de los hechos, Paul.

—¿Cuál?

—Que Fleetwood, estaba sufriendo de amnesia o que fingía estarlo. Si es un caso genuino de amnesia, ha de encontrarse a estas horas vagando perdido y atontado. Pero si es una ficción, creo que Fleetwood procurará mantenerla.

—A menos que ya esté muerto, —dijo Drake.

—Alguien —dijo Mason— hizo de forma que el auto se despeñase. ¿A qué hora ocurrió eso, Paul?

—El reloj en el tablero del auto marcaba las once y diez. Y el reloj de pulsera, de Allred estaba parado también a esa misma hora.

—Eso, claro es, pudo haber sido arreglado así. Los dos relojes pudieron ser adelantados.

—O atrasados. Quien sabe —comentó Drake.

Mason meneó la cabeza.

—¿Y qué tiene que ver con todo esto la amnesia de Fleetwood?

—preguntó Drake.

Mason omitió la respuesta y dijo:

—¿Tiene usted agentes suyos allí, Paul?

—¡Qué si tengo agentes allí! —dijo con tono desmayado Drake

—. Claro que los tengo. Están situados cerca de cuantos teléfonos es posible, telefoneando cuanta información logran obtener, y permaneciendo al mismo tiempo alerta para recibir instrucciones en cualquier momento.

Mason dijo:

—Quiero investigar las carreteras secundarias, Paul. Los sitios por donde un individuo puede andar vagando errante o perdido fuera de la carretera principal. ¿Sabe usted acaso si Fleetwood conoce esta región?

—Debiera conocerla —dijo Drake—. Fue en esa zona donde Allred y Fleetwood pusieron en marcha aquella mina por la que, ha habido lío. Aquella de la cual vendieron las acciones de control y luego volvieron a recuperarlas haciendo que los accionistas creyesen que no valían nada...

—Ya conozco ese asunto —dijo Mason—. Entonces esa mina estaba en esa zona ¿eh? Y Fleetwood era el brazo derecho de Allred en esa época ¿no?

—Sí, lo era.

—Entonces, indudablemente tiene que estar familiarizado con esta región.

Tras una pausa, Mason ordenó:

—Muy bien. Pues que vigilen todas las carreteras secundarias de esta zona.

—La teoría de la policía —dijo Drake— es que Fleetwood después de huir ha ido pidiéndoles a los automovilistas que encontró en la carretera, que lo lleven de favor de un punto a otro y que con esa ayuda, a estas horas se encuentra ya a quinientos kilómetros de distancia... caso de que no esté muerto. Algunos de los policías tienen la creencia de que el cadáver de Fleetwood se halla a no más de medio kilómetro del campo para automovilistas donde se alojaba con la señora Allred.

—No hay posibilidades de que esto haya sido un accidente, ¿verdad? —preguntó Mason.

—¿Quiere usted decir, que Allred haya sufrido un accidente?

—Sí.

—¡Diablos! No. Se trata de un crimen típico. El asesino cometió el mismo error que cometen todos los asesinos de esta índole. En lugar de dejar el motor puesto a toda velocidad como debía estar si

la cosa hubiera sido un accidente provocado por ir demasiado de prisa, el asesino lo dejó en primera velocidad. Quien quiera que haya sido el asesino, éste se puso de pie en el estribo, colocó el volante en dirección al precipicio, quitó enteramente el freno de mano y saltó después a tierra. El auto rodó por sí mismo cuesta abajo, chocó con el guardacantón, saltó por encima y se volteó en el espacio dando un bonito salto de campana y cayendo al barranco lindamente.

—¿Y el cadáver no tiene señales de algún balazo?

—No. Al parecer resultó muerto a causa de un golpe en la cabeza.

—¿Y ese golpe en la cabeza pudo ser producido al dar con ésta contra el propio coche cuando el auto chocó con el guardacantón, o al caer aquél en el precipicio?

—Probablemente ya estaba muerto antes de todo eso. El médico forense que hizo la autopsia opina que así fue.

—¿Y cuánto tiempo llevaría muerto ya al ser lanzado al precipicio?

—El forense no se atreve a aventurar una hipótesis sobre la hora en que fue muerto, pero yo deduzco que no habría por qué sorprenderse si fuese una hora, por lo menos.

—¿A qué hora descubrieron el hecho?

—A eso de las tres de esta madrugada. La policía de tráfico por carretera fue al campo para automovilistas tan pronto encontraron la llave en el auto siniestrado. Y por las llamadas telefónicas que había hecho esa noche la señora Allred, no tardaron en averiguar lo suficiente para encontrar la pista del apartamento de la hija en Las Olitas.

Mason comentó:

—¡Si la señora Allred hubiese estado planeando un crimen cuando hizo esas llamadas, difícilmente habría hecho éstas para no dejar una pista tan evidente!

—Nunca puede decirse —contestó Drake—. Mi opinión, Perry, es que la policía tiene razón. O bien Fleetwood está ya muerto, o bien está fugitivo. Yo creo que se encuentra ya a estas horas a bordo de un avión huyendo lo más lejos posible... o que está más muerto que un arenque ahumado.

—Eso de la amnesia puede resultar un gran truco —dijo Mason

—. Puso bien las bases para que se lo creyesen con anticipación. Eso hubiera sido también lo que en su caso habría hecho yo. Bueno, sigamos adelante y que vigilen estrechamente toda la zona de Springfield, cada rancho y cada casa, Paul.

—Muy bien, ya que usted lo ordena así.

—Y en caso de que encontrasen a Fleetwood —añadió Mason—, dígales que no lo comuniquen inmediatamente a nadie sino que corran al teléfono y nos avisen en seguida. ¿Todavía continúa esa otra agencia de detectives privados operando, Paul?

—Yo creo que sí. Pero evidentemente, esos muchachos no andan investigando los ángulos locales del asunto, sino que se limitan a buscar a Fleetwood en los mismos sitios que lo busca la policía oficial.

—Eso es siempre un gran error —dijo Mason con una mueca—. Muy bien, Paul. Manos a la obra.

Drake salió de la oficina y Mason hizo una seña a Della Street, diciendole:

—Veamos ahora lo que quiere Dixon Keith, Della.

Dixon Keith era un individuo siempre alerta, cuadrado de hombros y de cerca de cuarenta años de edad. Tenía ojos negros e inquietos, cabello negro que empezaba a calvear encima de las sienes y su paso era ágil como el de un atleta. Sus piernas eran cortas pero sus hombros eran anchos y su pecho vigoroso.

Apenas entró en el despacho de Mason, no perdió mucho tiempo antes de ir directamente al asunto que allí lo llevaba.

—Mason —dijo Dixon—, me supongo que ya usted me conoce de referencias.

—Mason asintió con un gesto.

—Yo tengo un pleito civil contra Beltran C. Allred y Jorge Jerome. Son ambos una pareja de picaros en gran escala que han prosperado por todos los medios criminales. He descubierto infinidad de cosas sobre ellos desde el punto y hora en que realicé un trato de negocios con ambos.

—¿Y no tiene usted ya un abogado que le represente a usted?

—Sí, te tengo.

—¿Y no cree que sería mejor para usted el haber traído consigo a su abogado al venir aquí?

Keith meneó la cabeza. Luego dijo:

—Puedo decirle a usted lo que yo deseo en breves palabras, señor Mason. Se trata nada más que de una propuesta de negocios. No es ningún asunto judicial en absoluto. Es puramente cosa de negocios.

—¿Y de qué se trata?

—Usted y yo, señor Mason, tenemos ya más de veintidós años. Sabemos pues que nadie consigue algo, al precio de nada. Y yo quiero conseguir algo. Por lo tanto estoy dispuesto a dar también algo.

—¿Qué es lo que quiere usted y qué es, igualmente, lo que está dispuesto a dar, teniendo en cuenta que mi deber primordial es para con mis clientes? —preguntó Mason.

—Eso es exacto. Usted está representando como abogado a la señora Allred, y a menos que yo me equivoque mucho, ella se encuentra en una situación en extremo apurada.

—¿No tiene usted duda de ello? —preguntó Mason arqueando las cejas.

Keith replicó:

—Escuche, Mason: no intentemos engañarnos el uno al otro, usted tiene su agencia de detectives trabajando en este caso. Y yo tengo también mi agencia de detectives trabajando en él. Usted tiene una estupenda agencia. Y yo no sé tanto como sabe usted, como tampoco usted sabe tanto como sé yo, pero igual usted que yo, ninguno estaríamos pagando tanto dinero a esos detectives, si no fuéramos a obtener algo. ¿No es así?

Mason sonrió y dijo:

—Exacto.

—El cadáver de Beltran Allred ha sido hallado en el coche de su mujer. El auto fue guiado hasta el borde del precipicio y puesto el motor en primera velocidad y sin frenos, dejando que se despeñase por sí mismo. Esa operación es muy difícil de realizar poniendo el motor a toda marcha, o sea en tercera velocidad, pero sin embargo, sí puede hacerse.

—Habla usted igual que si ya lo hubiese ensayado —dijo Mason.

—En efecto, hice unos pequeños experimentos —confesó Keith—. Los hice con objeto de descubrir lo que una persona tendría que hacer para lanzar un coche a un precipicio como sucedió con éste. Se puede poner primero el coche en primera velocidad, abrir la

portezuela, ponerse de pie en el estribo y luego saltar a tierra. Pero cuando se cambia de primera velocidad a la gran velocidad, entonces se encuentra usted con un gran problema entre manos. Si existe un escarpado bastante espacioso para que el auto pueda correr fuera de la carretera entre la maleza, antes de llegar al precipicio, el coche empieza a deslizarse por él abajo a gran velocidad progresiva antes ya de que usted haya podido saltar fuera de él. Por lo tanto, lo mejor es poner el auto en marcha de gran velocidad, abrir el conmutador, echar el freno de mano de emergencia, saltar fuera del auto, soltar nuevamente el freno de mano y dejar que el auto eche a rodar por sí mismo. A medida que el auto adquiere velocidad, puesto que el conmutador está abierto, éste enciende el motor. Y entonces sí que el auto se lanza de cabeza.

—Es una pena que usted no le haya contado eso al asesino —comentó con humor Mason.

—Verdaderamente lo es, en efecto —confesó Keith—. El haber dejado el motor del coche en primera velocidad, fue un completo error técnico. Esto significa que usted, Mason, va a tener un trabajo mucho más duro de lo que hubiera sido de la otra manera.

—Eso en el caso de creer que mi clienta es un asesino.

—Simplemente en el caso de que su clienta sea acusada de asesinato —replicó Keith—. Usted lo sabe y yo lo sé.

Mason dijo:

—Parece que usted se ha dedicado a meditar largamente sobre esto.

—Este asunto me va a afectar —confesó Keith—. Yo tengo que encontrar a Roberto Fleetwood.

—Tengo entendido que mucha gente ya lo anda buscando.

—No demos palos de ciego, señor Mason. Usted quiere encontrarlo, porque cree que si lo encuentra y le saca una declaración, esa declaración ayudará a su defendida. Y yo quiero encontrarlo y sacarle una declaración, porque si es así, puedo ganar mi pleito. Y además de eso, puedo resolver muchas otras cosas.

»Fleetwood ha sido por largo tiempo el brazo derecho de Allred. Y éste era quien trazaba los esquemas de sus operaciones y Fleetwood lo ayudaba a ponerlos en práctica. Fleetwood siente una extraordinaria admiración por Beltran Allred, y por ello haría prácticamente todo lo que Allred le ordenase.

»A través de cuanto he podido averiguar sobre Fleetwood, éste quería triunfar en el mundo. Tenía el concepto de que no se puede triunfar siendo demasiado altruista. Pensaba que si usted quiere sacarle cosas al mundo, no tiene más que salir y conseguirlas o arrancárselas. De otra forma no las logrará. Fue Allred quien le inculcó esta filosofía.

»Ahora, si Fleetwood quiere hablar —y yo creo que quizás quiera hacerlo— puede contar muchas cosas. Y las cosas que él contase son las que yo deseo oír, pero quiero oírlas de *primera mano*.

»Por lo tanto, voy a hacerle a usted una propuesta. Usted quiere echarle mano a Fleetwood antes que nadie lo haga. Si usted agarra a Fleetwood estoy seguro que va a hablar con él sobre lo que usted quiere saber. Y luego se lo entregará a la policía.

»En ese punto es donde entra en juego mi propuesta. Le pagaré a usted bien por no entregárselo a la policía sino entregármelo a mí.

Mason hizo un gesto y dijo:

—Usted tiene detectives trabajando en este asunto. Usted confiesa que ha descubierto muchas cosas. Y además, supóngase que usted se apodera de Fleetwood antes que yo. ¿Me lo entregará usted a mí? ¿Me lo entregará después que usted haya obtenido de él una declaración?

Keith movió la cabeza con ademán decidido y negativo.

—¿Y por qué no? —insistió Mason.

—Porque quiero contar con la buena voluntad de la policía hacia mí. Y puedo crearme una magnífica posición con ella si les entrego a Fleetwood. Después que yo obtenga una declaración de él, quiero estar completamente seguro de que esa declaración no será alterada en forma alguna. Y en esto creo que la policía puede prestarme una apreciable ayuda.

—Así es que usted quiere que yo *juegue a la pelota* con usted pero usted *no quiere jugar* conmigo. En suma, que yo le ayude, pero no ayudarme usted a mí.

Keith no dudó ni un segundo en replicar:

—Exactamente es eso.

Mason se limitó a sonreír.

—Pero por otra parte —dijo Keith— tengo compensaciones que ofrecerle a usted, señor Mason.

—¿Dinero?

—Dinero.

—¿Y cuánto?

—Bastante dinero. Una cantidad por ponerme en contacto con Fleetwood, y luego otra cantidad si él puede contestar a las preguntas que yo deseo que me conteste.

—¿Y cuáles son esas preguntas?

—Le dejaré a usted una lista. Le dejaré una lista conteniendo las respuestas que espero que Fleetwood dará las respuestas que me serán ventajosas.

Mason sacudió la cabeza y se echó a reír.

—¿Qué hay de erróneo en eso? —preguntó Keith.

—Todo es erróneo —contestó Mason—. Usted quiere que yo actúe como una especie de guía de Fleetwood.

—No entiendo lo que quiere decir.

—¡Al diablo que usted no lo entiende! Usted me dará cierta cantidad, probablemente modesta, por ponerle en contacto con Fleetwood. Luego me dará un poco más de dinero en el caso de que él conteste a las preguntas en la forma que usted quiere que las conteste. Usted me dejará la lista de esas respuestas que usted quiere arrancarle a Fleetwood. Yo resultaría ser pues un pobre diablo como abogado si no comprendiese ya de antemano que me era ventajoso que Fleetwood respondiese a esas preguntas exactamente en la forma que usted quiere, y sería una gran tentación el leer con él dicha lista de respuestas para procurar que él las *contestase* tal cual estaban escritas.

—Bueno ¿y qué hay de malo en eso? Se hace todos los días. Cuando un abogado toma a su cargo un pleito, ya sabe qué clase de respuestas espera que los testigos van a dar para que él gane el pleito.

Mason le contestó:

—De todas formas, esta discusión es superflua, porque cuando yo me apodere de Fleetwood, yo lo voy a llevar a la estación de policía por mí mismo. Esto es, en el caso de que la policía desee su captura.

—Usted puede ganarse mil dólares si me lo entrega a mí.

—Muy bien —dijo Mason haciendo una mueca—. Pueden formar cola a la derecha los que se interesen por él.

Los ojos de Keith se entornaron. Examinó pensativamente a Mason por unos momentos y luego dijo:

—Esto debiera haberseme ocurrido ya antes. Mason, quiero estar seguro de que si efectivamente se forma una cola al lado derecho, yo estoy a la cabeza de ella.

—Así lo creo.

—Muy bien, ya lo sabe usted entonces. Yo pagaré por ello más que cualquier otro —dijo Keith, y se marchó seguidamente.

Mason se levantó de su butaca y comenzó a pasearse, por el despacho, balanceándose rítmicamente a un lado y a otro, con los pulgares metidos en las bocamangas de su chaleco, y la cabeza inclinada meditativamente.

Della Street lo observaba en silencio, cuando el teléfono de la mesa de la muchacha comenzó a sonar. Echó mano al auricular y dijo:

—Hola... Ah, sí, Paul... Muy bien... Muy bien, espere un momento que voy a decírselo.

Della miró a Mason y le comunicó:

—Drake le comunica que hay unos detectives vigilando estas oficinas. Dice que cree que son enviados por Dixon Keith y que al parecer, el objeto de esa vigilancia es que si sale usted apresuradamente de su oficina, los detectives creerán que va usted a toda prisa a agarrar a Fleetwood, y entonces ellos le seguirán pisándole los talones.

Mason se echó a reír y dijo:

—Ya me había imaginado que ocurriría esto. Déjeme hablar con Paul.

Mason tomó el teléfono y dijo:

—Hola, Paul. Voy a salir de la oficina. Me voy a sacudir esas sombras y establecer mi cuartel general donde tales sombras no puedan alcanzarme.

»Usted permanece en su oficina y espera a que yo le llame. Yo creo que ese individuo Fleetwood es mucho más importante de lo que todos se suponen.

—Muy bien —replicó Drake—. Pero ¿qué es lo que va a hacer usted si lo localiza, Perry? ¿Cree usted que podrá hacerlo hablar?

—Intentaré hacerlo hablar —contestó Mason—. Pero primero quiero tenerlo en el saco.

—¿Y supóngase que se niega a ir con usted?

—Lo obligaré. Creo que sé cómo obligarlo a ello.

—Bueno, éste es el funeral de usted —dijo Drake—. Ya sabe usted que hay sanciones penales por el delito de secuestro.

—Sí lo sé —dijo el abogado humorísticamente—. Una vez leí un libro sobre sanciones penales.

Drake se rió, añadiendo:

—Ándese con cuidado, Perry. Esto va a ponerse muy candente.

Mason colgó el auricular y le dijo a Della:

—Quiero despistar a esos detectives, Della, y quiero hacerlo en una forma que ni siquiera pueda ocurrírseles que los despisté deliberadamente. Llame aquí a Gertie, ¿quiere? Dígale que cierre el despacho exterior. Vamos a cerrar estas oficinas.

Della Street hizo un gesto de asentimiento, se escurrió fuera del despacho después volvió con Gertie, la maciza, afable y hasta cierto punto gorda empleada de recepción.

Mason dijo:

—Quiero qué haga usted una cosa por mí.

—Lo que usted diga —replicó la muchacha.

—¿Le gustaría a usted representar por un tiempo el papel de mujer casada?

Gertie hizo una mueca y contestó:

—¿Qué es eso, señor Mason, una propuesta de matrimonio o una proposición a secas?

—Una proposición a secas.

—Todos hacen lo mismo —comentó con cómico desaliento Gertie—. Dígame lo que quiere que haga.

—Creo que podemos localizar a un hombre que se llama Fleetwood. Este sujeto o bien es víctima de un ataque de amnesia, o bien está fingiendo que lo sufre. Estoy francamente ansioso por descubrir cuál de las dos cosas es.

Gertie asintió.

—La policía anda buscando a Fleetwood y también lo hace, por lo menos, otra agencia de detectives. Este elemento tiene una importancia más candente que un hierro al rojo.

»Y ahora el juego sería el apoderamos de Fleetwood en forma que quede bajo nuestro absoluto control. Y esto no va a resultar nada fácil. Fleetwood no va a querer avenirse a ese juego. Si

efectivamente sufre de amnesia, será preciso convencerlo. Pero si sólo está fingiendo, no va a querer jugar esta partida en forma alguna. Pero también un hombre que está fingiendo padecer, amnesia resulta a la vez muy vulnerable.

—¿Por qué? —preguntó Delta.

—Porque si usted le dice algo sobre su vida pasada, no está en condiciones de poder desmentirla o contradecirla sin desenmascarse a sí mismo.

El rostro de Della se iluminó por la impresión de esta idea de Mason y dijo:

—Entonces usted quiere decir que Gertie...

Mason hizo un gesto afirmativo.

Gertie preguntó:

—¿Cuáles son las señas de ese pájaro?

—Yo creo que es un tanto «lobo» con las mujeres, Gertie. Tiene largas pestañas, pelo negro ondulado, un tipo romántico...

—¡Aceptado! —exclamó Gertie entusiasmada al oír tan sugestiva descripción, añadiendo entre risas:

—Y, o bien yo hago trizas esa coartada de tal individuo, o demuestro que efectivamente padece de amnesia. Una cosa o la otra.

Mason dijo:

—¡Apuesto a que usted lo hará! Pero ante todo, esto: hay detectives vigilando esta oficina. Y yo quiero despistarlos de una vez por todas, aunque al mismo tiempo no quiero que se den cuenta de que estoy intentando desorientarlos, ni tampoco que tenemos en marcha algo importante.

»He aquí, pues, lo que haremos: Abandonamos la oficina los tres juntos. Abajo en el vestíbulo, charlamos durante unos momentos. Luego, yo las dejo a ustedes dos como si me marchase al juzgado.

»Ustedes se van a los almacenes generales que hay enfrente, al otro lado de la calle. Yo tomaré mi auto, seguiré con él dos esquinas calle bajo y lo estacionaré enfrente de una boca de incendios. A esta hora del día, los automóviles están estacionados en forma compacta por todas partes en la ciudad. Entonces, esas sombras, si efectivamente son inteligentes, me seguirán detrás. Habrá un par de ellos, uno para permanecer en su automóvil y él otro para seguirme en caso de que yo deje mi coche. No podrán estacionarse cerca de

mí por la falta de espacio, y a la vez no se atreverán a estacionarse fuera de lugar contraviniendo las ordenanzas del tráfico. Esto entretendrá al que conduce el auto y retendrá a éste, y ambos se verán obligados a continuar rodando. El otro agente, tendrá que abandonar el auto para Seguirme a pie. No voy a intentar desorientarlo y deshacerme de él de buenas a primeras. Iré al teléfono más cercano, llamaré a Paul Drake, le daré algunas instrucciones, saldré de la cabina telefónica y echaré a andar calle abajo cual si después de mi conversación con Drake hubiese recordado alguna cosa más que tenía que hacer.

»Ustedes las dos, muchachas, abandonan los almacenes generales, caminan calle abajo y encontrarán mi coche estacionado enfrente de la boca de incendios, a mano derecha, dos esquinas más abajo. Escogeré la primera boca de incendios que encuentre libre. Della, usted tiene las llaves de mi coche. Probablemente habrá ya puesto en el coche, por algún policía de tráfico, un boleto de notificación de multa por haberlo estacionado allí. Hasta es posible que encuentren al policía en el momento de colocar el boleto, y que aquel comience a echarles una bronca. No le hagan caso alguno. Ustedes se meten en el coche y arrancan con él. Yo iré a la estación de autobuses interurbanos. Aquel hombre me seguirá, claro es, pero a esas alturas su colega con el auto, estará para él fuera de alcance. Y ahora vamos a sincronizar los relojes de ustedes con el mío. Yo tomaré el primer autobús interurbano que salga exactamente veinte minutos después, ni un segundo más, del momento en que yo me haya despedido de ustedes dos. Yo estaré sentado en el autobús atrás, en un sitio al lado derecho, inmediato a la ventanilla. El hombre que me sigue, creará que sigo directo en el coche interurbano, para recorrer una larga distancia.

»Ustedes, muchachas, van con mi auto por la Calle Séptima, se estacionan con el coche en un punto que esté lo bastante lejos, de forma que mi seguidor no pueda encontrar inmediatamente un taxi y tomarlo para continuar siguiéndome. Ustedes estén alerta vigilando los coches interurbanos encarnados que pasen. Y yo también lo estaré para verlas a ustedes. Cuando pase mi autobús frente a ustedes, les haré seña y entonces siguen con el coche a mi autobús. Yo iré hasta un punto que esté lo suficientemente aislado, y allí me apearé. El agente que me sigue, claro es que se apeará

también detrás de mí; pero ustedes ya estarán presentes con mi auto, yo subiré con ustedes y al hacerlo les diré en voz muy alta, exactamente cuántos minutos me llevó el ir de la terminal de autobuses hasta el lugar donde me apeé. Mi seguidor creerá que yo estaba realizando una prueba para comprobar la verdad de alguna declaración de un testigo y lo dejaremos allí mordiéndose las uñas en espera de un taxi, o quizás intentando parar a algún automovilista y ofreciéndole cinco dólares para que nos siga.

»El éxito del conjunto de esta operación depende de realizarlo todo con precisión cronométrica sincronizando nuestros movimientos en forma que se ajusten los de ustedes con los míos, sin fallar ni un segundo. Tendremos que salir de allí inmediatamente, antes de que el agente que me siga pueda tener oportunidad de encontrar cualquier medio de transporte; por lo tanto asegúrense de realizar todo suave y firmemente y a punto, cómo movidos por un reloj.

—¿Y después? —preguntó Della.

Mason replicó:

—Después, cuando yo haya subido con ustedes, doblaremos en la primera carretera que encontremos saliéndonos de la principal, y allí ya les diré a dónde vamos. Acabaremos recayendo en el apartamento de Gertie. Usted Gertie nos invita a pasar el día con usted y a cenar. Compraremos algo que comer en alguna tienda al pasar y esperaremos en su apartamento.

Gertie dijo:

—¡Oh! ¡Magnífico! Precisamente acababa de empezar con un régimen para adelgazar y seguía contando calorías hasta que he empezado a notar que la hebilla de mi cinturón ya casi me toca en la espina dorsal. Y únicamente estaba buscando un buen pretexto para arrojar por la borda ese régimen alimenticio y creo que ésta es la mía. A usted, señor Mason, siempre le gustaron los bistecs de solomillo y mi carnicero me dijo que me tendría guardados algunos para cuando renunciase a mi régimen. Después de todo, cuando una muchacha cambia del estado de soltera, sin compromiso y sin novio, al de una florida recién casada, es una circunstancia que reclama el celebrarlo debidamente con un banquete de bodas.

Capítulo 12

Eran las siete y media de la tarde. En la pequeña cocina del apartamento de Gertie, las dos muchachas estaban en extremo ocupadas lavando platos. Habían permanecido todo el día allí, jugando a las cartas, escuchando la radio, telefoneándole a Paul Drake y dormitando de cuando en cuando.

Perry Mason, sentado en una mullida butaca del propio mobiliario del apartamento, estaba fumando cigarrillo tras cigarrillo y contemplaba con el ceño fruncido la alfombra descolorida. Cual Paul Drake había señalado muy acertadamente, bien podía pasar una semana sin que lograsen encontrar una sola pista de Roberto Fleetwood.

La ventana abierta proporcionaba una ventilación sólo parcial, dejando penetrar el aire exterior, pero que no era suficiente para eliminar los pesados olores del tabaco y de la cocina, el aroma de los bistecs guisados y del café.

Por tercera vez en diez minutos, Mason miró impaciente a su reloj de pulsera.

Súbitamente se oyó sonar el teléfono.

De un salto, Mason se precipitó sobre el aparato, agarró el receptor y dijo:

—¡Sí, diga!

Era la voz de Paul Drake, chillando de excitación. Drake, dijo:

—¡Ya lo tenemos, Perry!

—¿Tienen a Fleetwood?

—Así es.

—¿Dónde?

—Está escondido en una pequeña granja. Es un pequeño rancho en la montaña, a una distancia de cinco millas del lugar donde se despenó el automóvil.

—¡Esperé un momento! Della: tome el cuaderno de notas y apunte éstas direcciones tal cual yo se las repita. ¡Adelante, Paul!

Drake dijo:

—Al pie de la cuesta de la carretera verá usted un letrero a mano derecha que dice: «Cincuenta kilómetros de pendiente para subir desde aquí a la montaña. Asegúrese antes de empezar la subida, que su coche tiene suficiente gasolina, aceite y agua». Y entonces, allí mismo pone usted el cuenta kilómetros en el cero.

—¿Y dice que el letrero está al empezar la cuesta? —preguntó Mason.

—Exacto. Es precisamente antes de empezar a subir, a unos cien metros o cosa así.

—Muy bien; entendido. ¿Y qué más?

—Pues usted avanza exactamente treinta y dos kilómetros y dos décimas de kilómetro desde ese letrero —prosiguió Drake—. Y esto ya lo lleva muy arriba en la montaña, sobre el primer cerro de un elevado valle. Hay un pequeño río que corre por ese valle, pero es muy estrecho y escarpado por lo cual usted creería que no hay tierra laborable en cien kilómetros a la redonda. Sin embargo, precisamente en ese punto, usted verá un ramal de carretera que dobla allí mismo. Usted sigue ese ramal y por él llega a un pequeño almacén de productos generales y casa de correos todo en una pieza, que se encuentra exactamente a un kilómetro y cuatro décimas del lugar donde usted entró en el ramal.

»Entonces, usted pasa esa estafeta de correos y toma la primera carretera que encuentra a la izquierda. Es una carretera pedregosa y enfangada que le dará la impresión de que va a reventarlo antes de cien metros. Pero no. Usted podrá seguirla. Es una horrible carretera pero sube una cuesta y lo lleva a una hermosa planicie sobre la montaña con alguna buena tierra cultivable de rancho, y unas diez o quince acres de excelente pradera montañosa. Allí hay dos pequeños ranchos. Usted va al primero de esos ranchos. Lo podrá reconocer por el nombre que tiene en el buzón para el correo. El nombre es P. E. Overbrook. Yo no creo que el dueño tenga la más remota idea de lo que está ocurriendo. No hay luz eléctrica en ese rancho. Ni tampoco tiene radio de pilas.

—¿Y conoce ese rancho a Fleetwood? ¿Lo está ocultando?

—No puedo decírselo. Lo ignoro —dijo Drake—. Todo lo que sé

es que cuando mi agente se detuvo en el rancho, vio allí a Fleetwood caminando junto a la casa. Mi agente sólo tenía las señas de Fleetwood, pero está completamente seguro de que es él.

Mason repitió los nombres, distancias y direcciones que Drake le había comunicado, para confirmarlos, y dijo:

—¿Está bien así, Paul?

—Efectivamente lo está.

—Muy bien —dijo Mason—. Ya vamos a ponernos en camino. ¿Está usted en comunicación con su agente allí?

—Hay un servicio telefónico en el almacén de productos generales, pero ignoro cuánto tiempo tardará usted en obtener una comunicación. Y recuerde que en esa zona, todo es murmuración y partidatismo. Por lo tanto habrá mucha gente escuchando lo que usted hable.

—Ya lo sé —dijo Mason—. Si se producen algunos acontecimientos en mi ausencia y usted quiere ponerse al habla conmigo, mande a alguien allí, para que me llame al almacén de productos generales. Nos tomaremos todo el tiempo preciso.

—Muy bien.

Mason colgó el auricular, se volvió hacia Della y le dijo:

—¿Anotó usted bien todo? ¿Todas esas distancias y nombres?

—Los anoté, Jefe.

—Entonces, vámonos.

Quince segundos después que el abogado había colgado el auricular, ya estaban saliendo del apartamento, mientras Gertie todavía se frotaba la loción de manos que acababa de darse, para secarla.

Como medida de precaución, Mason hizo llenar de gasolina el tanque del auto, y el motor, capaz de hacer más de cien kilómetros por hora, en carretera, respondió en seguida como un caballo de carreras, cuando el abogado salió a través del bulevard a la velocidad máxima permitida, manteniéndola sin embargo un poco menos del límite legal para evitarse una pena de prisión.

Al encontrarse en los alrededores de la ciudad, Mason apretó el acelerador y a las nueve y cincuenta minutos de la noche ya habían dejado atrás Springfield y comenzando a subir la montaña.

Veinte minutos más tarde, Della Street que había ido observando el cuenta kilómetros, dijo:

—Ya nos estamos acercando, Jefe.

El abogado aflojó la velocidad, mientras Della Street iba observando el camino para descubrir el lugar donde tenían que doblar dejando la carretera principal.

Pocos minutos después ya habían doblado y rodaban sobre el ramal de carretera mala. Pasaron el almacén y estafeta de correos, encontraron la otra desviación indicada por Drake, de carretera pedregosa y estrecha y ascendían finalmente para desembocar en la altiplanicie.

A la orilla de la carretera había una alambrada de púas. Los faros delanteros del coche iluminaron una tierra rica en verdes pastos. Cien metros más allá la luz de los faros se reflejó sobre una placa de aluminio en un buzón particular de correos. El nombre de P. E. OVERBROOK estaba grabado sobre la placa, y Mason metió el auto por una senda.

La casa del rancho estaba a oscuras y más allá de ella se alzaba la silueta del granero diseñándose en la noche contra el fondo del cielo cubierto de estrellas. Un perro comenzó a ladrar frenéticamente y el haz de luz de los faros del auto hacía saltar reflejos de los ojos del animal.

Mason apagó el motor.

No se oía ruido alguno salvo los ladridos del perro, y después de unos momentos, se percibieron sonidos resquebrajados en el chasis del coche, producidos por el frío aire de la montaña que oprimía el caliente motor.

El perro corrió hacia el auto, ladrando sin parar, dando vueltas en torno a él y olfateando las ruedas, pero sin gruñir amenazadoramente.

Mason dijo:

—Creo que el perro no es agresivo —y abrió la portezuela para apearse.

El perro se acercó corriendo y se puso a andar cauteloso detrás del abogado, olfateándole a prudente distancia los zapatos.

Mason gritó en medio de la noche:

—¡Hola! ¿Hay alguien en la casa?

Se oyeron pasos fuertes, el frotar de un fósforo y luego tras unos segundos surgió el resplandor rojizo de una lámpara de petróleo.

—¡Hola! ¿Qué ocurre? —preguntó una voz de hombre.

—Traigo un mensaje muy importante para usted —dijo Mason—. Abra la puerta, por favor.

—Muy bien. Espere un momento.

Mason y las muchachas divisaron una sombra corpulenta moviéndose dentro de la casa. Luego, tras unos instantes, el brillante resplandor de una linterna de gasolina iluminó más la escena. Oyeron pasos dentro de la casa y la puerta se abrió.

Overbrook era un gigante soñoliento, vestido con una camisa de dormir arremangada en la cintura con una faja de tela de cotí. Estaba de pie en el marco de la puerta con la linterna en la mano.

—Muy bien, Gertie —dijo Mason en tono bajo—. Represente usted ahora su papel.

Gertie se adelantó hacia el círculo iluminado por la linterna de gasolina.

—¿Es usted el señor Overbrook? —preguntó la muchacha con respiración anhelante.

—Exactamente. Yo soy, señora.

—¡Oh! —exclamó Gertie con angustia—. ¡Cuánto me satisface! Y dígame, ¿tiene usted aquí a Guillermo? ¿Está sano y salvo?

—¿Guillermo? —preguntó Overbrook como desorientado.

—Es su marido —interpuso Mason con acento de simpatía.

El ranchero movió la cabeza lentamente.

—Sí, se trata de un hombre que perdió la memoria —explicó Mason.

—¡Oh! —exclamó el ranchero—. Claro que sí. ¿Es familiar de usted?

—Sí —dijo Gertie—. Es mi marido.

—¿Y cómo se enteraron ustedes de que estaba aquí?

—Hemos estado buscándolo metro por metro en toda la región —dijo Gertie—. Y dígame, ¿se encuentra bien?

—Esta casa no es gran cosa. Es sólo un refugio para un solterón, pero ustedes, amigos, pueden de todas formas entrar en ella. Ahí fuera hace un tanto de frío.

Todos penetraron en la habitación frontera de la casa.

—¿Y dónde está Guillermo? —preguntó Gertie.

—Está aquí dentro.

Y Overbrook abrió una puerta al fondo gritando:

—¡Oiga, amigo!

—¿Qué? —replicó una voz masculina como desperezándose del sueño.

—Hay aquí alguien que quiere verlo. Venga.

—No quiero ver a nadie. Tengo sueño.

—Sí, pero le agradecerá ver a estas personas —dijo Overbrook—. Venga. Perdónenme un momento, amigos. Voy a hacerlo levantarse. Creo que está profundamente dormido. Tuvo un día muy duro, me aventuro a decir.

Los recién llegados oyeron voces en el pequeño cuarto inmediato que estaba al fondo del vestíbulo donde se encontraban.

Della Street dijo en voz baja:

—¿Y no podrá escaparse por la parte de atrás, Jefe?

—Si lo hace, eso constituiría una implícita confesión de culpabilidad —dijo Mason—. Si no me equivoco y está fingiendo, continuará representando su comedia de la amnesia.

Las voces en el dormitorio del fondo, cesaron bruscamente. Oyeron el ruido, de unos pies descalzos sobre el suelo y luego Overbrook regresó al vestíbulo y dijo:

—No sé cómo proceden ustedes con estos casos. ¿Van ustedes a comunicárselo de manera suave y poco a poco?

—¿Usted no le dijo que su mujer estaba aquí?

—No. Sólo le dije que había unos amigos que querían verlo.

—Yo creo —dijo Mason— que la mejor forma de hacerlo es intensificando la sorpresa cuanto sea posible. Sabe usted, la amnesia es generalmente el resultado de un desequilibrio mental. Es como un intento por parte de la mente de escapar de algo que ésta o bien no puede dominar, o no quiere dominar. La amnesia es como un refugio. Es el medio que utiliza el hombre para cerrar la puerta de su mente a algo que puede llevarlo a la locura.

»Entonces, puesto que ése es el caso presente, el mejor tratamiento es un rápido choque mental. Agarramos a este hombre por sorpresa. No le diga quién está aquí, ni nada sobre esto. Dígale sólo que unas personas quieren verlo. ¿Cómo llegó aquí? ¿Lo trajo alguien?

Overbrook dijo:

—Vino aquí y apareció tambaleándose ante la puerta ayer noche. El perro comenzó a ladrar y yo creí al principio que se trataba de algún zorrillo u otro animal silvestre. Pero luego, por la

forma de ladrar del perro, comprendí que se trataba de una persona. Miré al exterior a ver si había luces de automóviles, pero no las había... Y... Bien, yo vivo aquí bastante aislado, por consiguiente cargué mi vieja escopeta y encendí la linterna de gasolina.

»Este hombre se acercó a la puerta y llamó. Le pregunté quién era y me contestó que no lo sabía.

»Bien, hablamos uno y otro durante unos minutos, y luego dejé al perro vigilándolo mientras yo lo registraba para ver si traía armas. Pero no las traía. No tenía nada en los bolsillos. Ni siquiera un pañuelo. No llevaba nada encima que pudiera servir para indicar quién era o algo sobre él.

—¡Qué cosa! —exclamó vagamente Mason.

—Una cosa si traía —dijo Overbrook—. Y esa cosa era dinero. Tiene un rollo de billetes tan grande como para metérselo por la boca a un caballo y ahogarlo. Bien, claro es, yo me sentía un poco intranquilo y con sospechas, y luego él me contó su historia. Me dijo que tenía algunos vagos y pequeños recuerdos pero que no podía recordar quién era, que se sentía muy cansado para pensar y que sólo quería descanso. No quiso contestarme a ninguna pregunta ni que nadie supiese que estaba aquí. Me dijo que estaba presto a ayudarme a cocinar y auxiliarme en los menesteres caseros, y que además me pagaría y haría lo que fuese, pero que lo único que quería era descansar.

Mason hizo un gesto de simpatía y dijo:

—El pobre muchacho sufre esos ataques de cuando en cuando. Lo que ocurre es que cada vez le duran menos. Éste es el tercero que ha tenido en los últimos dieciocho meses.

—¿Es consecuencia de una herida de metralla en la cabeza, en la guerra?

—Sí, una herida de metralla.

La puerta del dormitorio se abrió. Un hombre de cerca de treinta años apareció en ella, mirando con expresión vacía, con la mandíbula caída en lasitud, y ojeando en torno con absoluto desinterés. En sus ojos no había expresión alguna de que reconociese algo o a alguien.

Era un hombre de estatura media, pesando unos sesenta y siete kilos, con finas facciones, ojos negros y el pelo espeso y ondulado.

—¡Guillermo! —exclamó Gertie corriendo hacia él.

Fleetwood retrocedió un paso.

—¡Oh, Guillermo! ¡Pobrecito mío! ¡Mi amor! —gimió Gertie, echándole los brazos al cuello y estrechándolo contra sí.

Mason lanzó un ruidoso y profundo suspiro de pena y dijo:

—Gracias al Cielo, es Guillermo efectivamente.

Overbrook hizo un gesto de satisfacción como un gigantesco Cupido que hubiese vuelto a reunir a una pareja de amantes perdidos y separados arrojándolos mutuamente uno en brazos del otro.

—Me supongo que no habrá traído equipaje ni cosa alguna semejante —dijo Mason.

—No; vino aquí tal cual usted lo ve ahora —contestó Overbrook—. Le presté una navaja de afeitar y le compré para él un cepillo de dientes.

—Vamos, Guillermo —dijo Mason acercándose a Fleetwood y dándole unas palmadas en la espalda—. Nosotros, te llevaremos a casa.

—¿A casa? —preguntó Fleetwood con tono de sospecha.

—¡Oh, Guillermo! —exclamó Gertie—. ¿No me reconoces? Dime Guillermo, ¿no me reconoces?

—No la he visto a usted en mi vida —replicó Fleetwood con cierta convicción y seguridad.

Fleetwood miró a Mason con los ojos temerosos de un animal caído en una trampa.

—Claro que no conoce a nadie —dijo Gertie—. El pobre muchacho no puede recordar. Vamos Guillermo. Nosotros estamos aquí para llevarle a casa. Nos has causado esta vez una terrible sorpresa y disgusto.

—¿Y dónde está mi casa?

—Guillermo —exclamó con tono de tierno reproche Gertie, y luego de unos instantes añadió—: No pienses en nada. El médico dice que lo que hay que hacer es llevarte a casa, tenerte en medio de un ambiente familiar y que descanses largo tiempo. Ese ambiente familiar te curará por completo.

Mason le dijo a Overbrook:

—¿Cuánto le debemos, señor?

—¡Oh! ¡Nada! Ni un centavo, —dijo el ranchero con expresión

cordial y generosa—. Ya él quiso pagarme, pero le dije que yo haría lo que pudiese en su favor sin cobrarle.

Mason sacó un billete de veinte dólares de su cartera y le dijo a Overbrook:

—Cómprase usted algo. Cómprase cualquier cosa que le recuerde esta ocasión y que represente a la vez de una manera tangible nuestra expresión de gratitud. Vamos, Guillermo. ¿Estás pronto para irnos?

—¿Ir? —preguntó Fleetwood echándose para atrás—. ¿Ir a dónde?

—Pues a casa, claro es —dijo Gertie—. Vamos, querido mío. Ya verás cuando lleguemos a casa.

Fleetwood dijo:

—Pero usted no es mi mujer. Yo no estoy casado.

Mason se echó a reír bonachonamente.

—No, no estoy casado —insistió Fleetwood.

—¿Y cómo sabes que no estás casado? —le preguntó Mason con el tono divertido de una persona que estuviese discutiendo con una criatura que ha adoptado una actitud fuera de lógica.

—Simplemente tengo la sensación de que no lo estoy —replicó Fleetwood.

—Pues no sentirás esa sensación por largo tiempo —exclamó de manera significativa y prometedora Gertie, con la voz entrecortada por la emoción.

Mason dijo con severidad profesional dirigiéndose a Gertie:

—No seré yo quien intente obligar a su memoria a recordar cosas pasadas, señora Raymond. Más bien trataré de que la recupere gradualmente. Estas cosas llevan mucho tiempo.

Fleetwood se quedó dubitativo, tratando de encontrar alguna excusa con la cual pudiese negarse a ir con aquella gente, pero no logrando dar con ninguna que lógicamente le sirviese de defensa.

Mason le estrechó la mano al ranchero y le dijo:

—Nos sentimos avergonzados por haberle molestado a usted. Pero ya sabe cómo son las víctimas de la amnesia. Y por otra parte, no nos atrevimos a esperar hasta mañana por la mañana. El enfermo podía haber huido en cualquier momento de aquí durante la noche, no sabiendo donde estaba, y echar a andar perdido en medio de la oscuridad.

—¡Oh! —exclamó Fleetwood—. Yo me acuerdo de que estoy aquí. Ustedes pueden dejar que me quede. Ya iré mañana.

Mason sonrió con indulgencia y preguntó:

—¿Cómo fue que viniste aquí, Guillermo?

—Vine caminando.

—¿Desde dónde?

—Desde la carretera principal.

—¿Y cómo llegaste a la carretera principal? ¿Te trajo alguien en su automóvil?

—Sí un automovilista me dejó subir a su coche.

—¿En dónde? —preguntó Mason.

Los ojos de Fleetwood se encontraron bruscamente con los de Mason, mirándole con profunda hostilidad.

—¿Desde dónde? —insistió en preguntar Mason tensamente—. Vamos, Guillermo, dime ¿desde dónde?

—No lo sé —replicó sumisamente Fleetwood.

—Ya lo ve usted —dijo Mason al ranchero, añadiendo luego—: Yo no debiera haberle preguntado todo eso, pero creí que quizás así habría podido estimularle la mente hacia el pasado, llevándosela a un punto donde él pudiese empezar a recordar. Bien, vámonos, Gertie. Vámonos, Guillermo.

Mason agarró por el brazo derecho a Fleetwood y Gertie por el izquierdo y empezaron a andar hacia la puerta.

Por un momento Fleetwood se echó para atrás, resistiéndose, pero luego dócilmente los acompañó.

—Yo no tengo la sensación de que usted sea mi mujer —le dijo crudamente a Gertie, mientras se detenía dubitativo en el pórtico de la casa.

Gertie se rió nerviosamente y le contestó:

—Tampoco me reconociste la otra vez pasada, y luego durante cierto tiempo creíste que estabas viviendo en pecado imaginándote soltero. —Gertie lanzó una risa histérica—. ¡Y haces eso después de que llevamos cinco años de casados...! Vamos, adorado mío.

Echaron a andar todos juntos hacia el automóvil. El perro que a estas alturas ya los había aceptado como visitantes amigos a los cuales su amo, el ranchero, había dado la aprobación, iba a un lado, moviendo amistosamente la cola. Overbrook, de pie en la puerta de su casa les alumbraba, al propio tiempo que su rostro estaba

hinchido de una sonrisa bondadosa y compasiva.

Mason abrió la puerta del coche.

Fleetwood titubeó.

Gertie le dio un vigoroso y rápido empujón que lo envió de cabeza dentro del auto.

—Vamos —le dijo Gertie—. Y no creas que te vas a escapar de mí ahora. ¡Tú, pobre queridito mío...!

Mason le dijo a Della Street:

—Mejor será que usted guíe el coche, Della. —Y él abogado subió en la parte de atrás con Gertie y Fleetwood.

Della dio vuelta con el coche, tocó tres veces consecutivas el claxon en señal de saludo y despedida al ranchero, le hizo una seña de adiós con la mano y arrancó con el auto por la rocosa carretera.

—Bueno, amigo: ¿qué es lo que ustedes quieren? —preguntó seguidamente Fleetwood.

—Lo queremos a usted.

—Bien y ¿qué derecho tienen para llevarme a la fuerza con ustedes? Yo no quiero ir con ustedes. Déjeme salir del coche.

Mason dijo:

—¡Vamos, Guillermo! ¿Quiere usted abandonar a su mujer?

—Ella no es mi mujer.

—¿Y cómo sabe usted que no lo es?

Gertie se inclinó hacia Fleetwood y lo besó con afecto, a la vez que le decía:

—Ya lo verás si lo soy adorado mío...

—Bueno, díganme ¿qué es esto? —preguntó Fleetwood.

Mason dijo:

—Desde luego, es posible que haya un error.

—Yo aseguro que hay un error.

—En el caso de que usted no sea Guillermo Raymond —dijo Mason—. Si no lo es, entonces usted es Roberto Gregg Fleetwood, y hay un puñado de cosas que la policía quiere que usted les explique. Y ahora dígame, Guillermo: ¿cree usted que es Guillermo Raymond, o cree que es Roberto Gregg Fleetwood?

—Ya les he dicho que no sé quién soy.

—Bien nosotros haremos lo que podamos para ponerlo a usted bien.

—¿Y quién es ese Fleetwood?

—¡Oh! Simplemente otro hombre que desapareció y que sufre amnesia. La policía lo anda buscando.

—Bueno, pues yo le diré a usted una cosa. No voy a quedarme con ustedes hasta que yo sepa quién soy yo. No me gusta esa pretensión de esta mujer asegurando que soy su marido.

—¿Cree usted que es Fleetwood, entonces?

—No.

—En ese caso tiene que ser Guillermo Raymond.

—Paren el coche y déjenme apear. Creo que tengo algunos derechos personales.

Mason dijo:

—Vamos a analizar las cosas de esta manera. Una de dos, o usted es Guillermo Raymond, o es Fleetwood. Ahora bien, si usted cree que nosotros estamos atropellándole, le llevaremos a la jefatura de policía inmediatamente, y allí les podrá contar su historia. Ellos tienen un psiquiatra que hará cuanto pueda en favor de usted. Ellos lo hipnotizarán a usted o le darán una buena dosis de escopolamina. Esto le hará a usted hablar inmediatamente y le obligará a decir la verdad completa. Esa droga sume la mente consciente en el olvido lo mismo que la hipnosis y hace que el subconsciente salga a la superficie substituyéndola. Y usted contestará a todas las preguntas que le hagan, igual que una persona hablando en sueños las contesta.

—Yo no quiero ir a la estación de policía —exclamó Fleetwood, invadido súbitamente de pánico.

—Bien, o va usted a la estación de policía o a casa con Gertie. Escoja entre las dos cosas.

Fleetwood le dijo a Gertie:

—Muy bien. Éste es un juego que se puede jugar a dúo. Si usted quiere jugar a los casados, no hay inconveniente por mí. A fin de cuentas, usted parece ser un plato sabroso.

Mason dijo bruscamente:

—¿Asesinó usted a Beltran Allred, Fleetwood?

—No sé de lo que está usted hablando.

—¿Cuando vio usted por última vez a Allred?

—No conozco a ningún Allred.

Mason dijo suavemente:

—Esto ocurrió *después* que usted perdió la memoria, Fleetwood.

Las víctimas de amnesia, recuerdan todo lo que ha ocurrido después de su pérdida inicial de la memoria. En otras palabras, usted se acuerda de haber empezado marchándose con una mujer que le dijo que era su hermana mayor y luego usted y ella tomaron su automóvil y se fueron... y luego usted conoció al marido de ella. ¿No recuerda usted eso?

—Yo no recuerdo nada.

—¿Desde cuándo?

—No tengo por qué contestar a sus preguntas. De todas maneras ¿quién es usted?

Mason dijo:

—Tendrá usted que contestar entonces a las preguntas de la policía.

—¿Por qué se empeña usted en llamarme Fleetwood?

—Porque usted o es Fleetwood, en cuyo caso tiene que ir a la jefatura de policía, o es Guillermo Raymond, en cuyo caso tiene que ir a su casa. Y ahora dígame: ¿quién de los dos cree usted que es?

—Creo que soy Guillermo Raymond, si esta muchacha lo afirma —contestó Fleetwood.

—Indudablemente, yo tengo que saber bien quien es mi marido y conocerlo —comentó con cómica indignación Gertie.

—Y ahora escuche —dijo Fleetwood súbitamente sospechoso—. Yo no me someteré a ninguna clase de ceremonia matrimonial con ninguna mujer, ni voy a inscribirme en ninguna parte con usted como marido y mujer. No voy a dejarme aprisionar en una trampa de matrimonio por la ley común, ni nada que se le parezca.

—¡Escuche lo que dice! —exclamó Gertie en tono de reproche—. Quiere escaparse de mí. Vamos, amorcito mío, antes de que tú y yo estuviésemos casados, tú me decías que yo era la única mujer en el mundo para ti, que...

—Por el amor de Dios —gritó exasperado Fleetwood—. ¿Quiere usted callarse?

—Y luego claro es —prosiguió Mason suavemente— si usted es Fleetwood, hay también un hombre cuyo nombre es Jorge Jerome que quiere hablar con usted y así mismo otro hombre llamado Keith, que está ansioso de ponerse en comunicación con usted. Probablemente yo obtendría unas monedas entregándolo a usted a cualquiera de ellos. Keith, en particular, tiene verdadera ansiedad

por ponerse en contacto con usted. Buen sujeto es ese Keith. ¿Lo conoce usted?

—Yo no conozco a nadie.

—Vamos, Guillermo, no seas reacio —dijo Gertie bromeando.

—¡Santo Dios! Usted me desespera —le dijo Fleetwood a la muchacha.

—Tú me estás repudiando —exclamó Gertie cómicamente compungida—. ¡Y que me haga eso mi propio marido...! Ésa no era la forma en que me hablabas hace cinco años, en aquélla noche de luna en el lago, Guillermo.

Con Della Street al volante del coche, llegaron a la carretera pavimentada, entraron por ella y empezaron a descender la montaña deslizándose suavemente el vehículo por las frecuentes curvas.

Fleetwood dijo:

—Yo puedo desprenderme de ustedes y no creo que haya nadie capaz de impedírmelo.

—Escuche —dijo Mason.

—Esto es un secuestro. Y usted sabe lo que eso significa.

—No es secuestro. Nosotros simplemente hemos encontrado a una víctima de amnesia. Y la estamos llevando a la Jefatura de Policía.

—¿Yo? ¿A la Jefatura de Policía?

—Exactamente.

—Yo no quiero ir a la Jefatura de Policía.

Mason replicó:

—Si usted quiere legalizar enteramente la situación, ése es el lugar indicado para usted.

—¿Y quien habló de legalizar la situación?

—Usted no ha querido venir conmigo por su propia voluntad —dijo Mason—. Usted le llama a esto un secuestro. Usted está mentalmente enfermo. Usted confiesa que no sabe quién es. Y quizá, a fin de cuentas, Gertie ha cometido un error y la Jefatura de Policía es el mejor sitio para usted.

—¿Y supongamos que yo recordase quién soy? Entonces usted tiene que dejarme libre.

—Entonces —confesó Mason— tendré que dejarle a usted libre. ¿Quién es usted? ¿Fleetwood?

Fleetwood titubeó durante, diez segundos y dijo:

—No, sé.

—Bien —dijo Mason—. Si es usted Guillermo Raymond, entonces tiene que ir con Gertie. Y si es usted Roberto Fleetwood, entonces irá a la Jefatura de Policía.

Fleetwood se recostó en el mullido asiento y dijo:

—Muy bien, iré con Gertie. Me parece que no será muy malo después de todo. Dame un beso amada mía.

—No ahora, —dijo repentinamente fría Gertie—. Me has rechazado en público. No sé, pero quizás pida el divorcio.

Fleetwood, pareció empezar de pronto a disfrutar de la situación y dijo:

—Pero querida, es que entonces no sabía quién eras.

—¿Y ahora lo sabes?

—No, pero estoy presto a aceptar tu palabra de que eres mi mujer. No me importa un bledo que me ames o no. El hecho es que estás casada conmigo.

—No —dijo Gertie apartándose de él—. Yo también acabo de sufrir un ataque de amnesia. Tampoco yo recuerdo quien eres tú. Me parece que eres un extraño.

Fleetwood dijo:

—Todo esto es una completa majadería. Déjeme salir de aquí.

Della continuaba guiando suavemente.

Mason se entregó a fumar en silencio.

Después de un rato, Fleetwood preguntó:

—¿Quién es ese Allred de quien me hablaba usted?

—Creí que usted reconocería el nombre.

—Me suena un tanto familiar. Dígame algo más sobre él.

—¿Qué quiere usted saber sobre él?

—¿Quién era?

—¿Qué es lo que le hace a usted pensar que está muerto?

—Yo no he dicho que esté muerto.

—Entonces ¿por qué preguntó quién era?

—Bien, no lo sé.

—¿Pero por qué no dijo usted en lugar de eso «Quién es»?

—No sé. Quizá usted me dio la impresión de que se trataba de un pariente fallecido o algo por el estilo.

—¿Y cree usted que está muerto?

—Lo ignoro, se lo digo a usted. No conozco nada en absoluto sobre él. Y ahora cállese la boca y deje de interrogarme.

Continuaron rodando durante más de una hora y entonces Fleetwood, que al parecer había tomado la decisión de actuar en algún sentido, dijo:

—No quiero ir con ustedes.

—¿A dónde quiere ir entonces?

—A mi casa.

—¿Y dónde está su casa?

—Ya le he dicho que no sé, pero le repito que no quiero ir con ustedes. Ustedes van a entregarme a ese hombre del que estaban hablando... ¿Cómo se llama?... ¿Dixon Keith? Sí, creo que es ése.

—¿Conoce usted a Keith?

—Usted dijo su nombre. ¿Y de dónde sacó usted todo eso de que un médico dice que yo preciso gozar de reposo?

—Ése es el tratamiento corriente para las víctimas de amnesia —dijo Mason.

Se produjo otro largo período de silencio, mientras Fleetwood parecía hallarse pensativo.

Entraron en la ciudad y Della Street se volvió para mirar interrogativamente a Mason.

El abogado le hizo un gesto en silencio.

Después, Mason prosiguió:

—Y ahora digamos que la parte interesante en cuestión de amnesia es que cuando usted recupere la memoria y recuerde quién, es, *si efectivamente* ha tenido genuina *amnesia*, usted en cambio, no será capaz de recordar absolutamente ni una sola cosa de cuanto le ha ocurrido durante el período que estuvo sufriendola. Recuerde eso, Fleetwood.

—Yo no me llamo Fleetwood.

—Quizá no —admitió Mason—. De todas formas recuerde una cosa: cuando usted recupere la memoria y ya sepa quién es, si efectivamente *ha tenido genuina amnesia*, no será capaz de recordar nada de lo ocurrido durante el período de amnesia; usted recuerda todo excepto quien es y toda su vida pasada. Pero una vez que el recuerdo de su vida pasada vuelve a usted, no puede en cambio recordar nada de lo ocurrido durante el intervalo de amnesia.

—¿Por qué está usted dándome todos esos buenos consejos?

—¡Oh! Simplemente porque quiero que usted realice bien su misión —dijo Mason.

Volviendo a medias el rostro, Della dijo por encima del hombro:

—¿Y qué tal lo estoy haciendo yo, jefe?

—Tenga cuidado con las señales de tráfico —dijo Mason.

Della movió afirmativamente la cabeza.

De vez en cuando Della cruzaba cuando las señales rojas de parada ya se habían encendido, pero antes de que el tráfico de derecha e izquierda y que no era muy denso a esa hora de la noche, la envolviese.

La cuarta vez que hizo esto, se oyó el aullido bajo de una sirena y un policía motociclista se acercó al coche y dijo:

—Creo conveniente que usted arrime el auto a la acera, *madame*. ¿Por qué tiene tanta prisa?

Mason se asomó por la ventanilla de su lado y le dijo al policía:

—Es que vamos a la Jefatura de Policía, señor agente. Ésa es la prisa. Si quiere usted escoltarnos hasta allí, tenemos que entregar allí a un hombre.

—No, no —gritó Fleetwood—. Ustedes no me llevan a ningún sitio... Déjenme salir de aquí.

El policía abrió el resorte de apoyo de su motocicleta, dejándola en equilibrio, apenas el automóvil paró junto a la acera. Fleetwood trató por la fuerza de pasar por delante de Gertie y salir del auto.

El policía dijo:

—Espere un momento joven amigo, veamos lo que pasa.

—No, no —volvió a gritar Fleetwood—. Usted no puede detenerme. Yo no he hecho nada.

—¿Pero qué ocurre aquí? —preguntó el agente.

—La policía busca a este hombre —dijo tranquilamente Mason—, para interrogarlo en relación con el asesinato de Beltran C. Allred.

Fleetwood abrió de un golpe la puerta.

—¡Oiga usted! —gritó el policía—. ¡Alto!

Fleetwood titubeó.

—Venga usted aquí —dijo el policía—. Yo se lo ordeno. ¡Alto! ¿Qué es lo que ocurre?

Mason dijo:

—Este hombre es Roberto Gregg Fleetwood. Este individuo es la

última persona que vio vivo a Beltran C. Allred.

—¿Quién es usted? —preguntó el policía al abogado.

—Soy Perry Mason.

Fleetwood exclamó con asombro:

—¿Usted es Perry Mason?

—Exactamente.

—¡Ah! ¡Cochino cobarde! —gritó Fleetwood—. Usted me ha engañado. Usted es el abogado de Lola Allred. Ya sé bien quién es usted.

—¿Y cómo sabía usted que yo soy abogado? —preguntó Mason—. ¿Y cómo sabe usted que el nombre de pila de la señora Allred, es Lola?

Fleetwood se contuvo por un momento, respiró hondo y bruscamente se palmoteó con la mano la frente diciendo:

—¡Ya está ya está!

—¿Ya está qué? —preguntó el agente policíaco.

—Ya está todo —exclamó Fleetwood—. Todo ha vuelto a mí. Durante un minuto mi mente giraba vertiginosamente en círculos y de pronto ya sé quién soy ahora. Yo soy Roberto Gregg Fleetwood.

—¿Y dónde ha estado usted? —preguntó Mason.

—No puedo recordarlo —dijo Fleetwood—. Lo último que puedo recordar es una noche lluviosa. Yo estaba hablando con Beltran Allred y eché a andar para ir a mi casa a vestirme para una cena, cuando recibí un golpe. Desde entonces no recuerdo nada. Mi mente está en tinieblas.

Mason hizo un gesto hacia el policía y guiñó ostensiblemente un ojo, pero su voz tenía un tono de simpatía cuando exclamó:

—¡Pobre Fleetwood! Está sujeto a ataques de amnesia. Cuando esta noche lo recogimos en la montaña no sabía quién era. No podía recordar en forma alguna su nombre.

—La memoria ha vuelto a mí —dijo Fleetwood.

—¿Y dónde ha estado usted estos dos o tres últimos días? —preguntó Mason.

—No lo sé —dijo Fleetwood—. Me siento enfermo. Tengo náuseas. Mi mente está a oscuras en cuanto a los últimos días se refiere.

Mason le dijo al agente:

—¿Quiere usted utilizar la sirena y abrimos camino hacia la

Jefatura de Policía? Creo que el teniente Tragg, de la brigada de homicidios, quiere hablar con este hombre.

El policía de tráfico dijo:

—Mason, esto va a representar una pluma en mi sombrero. Creo que le debo a usted algo por esto. Muy bien, vámonos. ¿Podrá esta muchacha seguir la sirena?

—Usted suena la sirena lo más fuerte que pueda —dijo Mason— y no mire para atrás. Ella mantendrá continuamente el radiador pegado a la rueda trasera de su motocicleta.

—Vamos, en marcha —dijo el agente.

Gertie cerró la puerta de un golpe y Fleetwood se acomodó de nuevo en el asiento, en completo silencio, entre Mason y la muchacha.

El policía encendió el faro rojo de la moto y puso a funcionar la sirena.

Della Street puso en marcha en segunda el auto y cuando ya pasaron un par de esquinas volvió a ponerlo en tercera.

En medio del clamor de la sirena y el ruido de los motores, cruzaron velozmente a través del tráfico de la ciudad, bajo la noche helada y tras unos breves minutos, el policía que iba al frente les hizo señal de que parasen a la puerta de la Jefatura de Policía.

Una vez que pararon el agente volvió al automóvil y le dijo a Fleetwood:

—Muy bien, amigo; usted viene conmigo.

Fleetwood abrió la puerta del coche y pasó estrechamente por delante de Mason.

—Derecho por aquí —le dijo el agente a Fleetwood.

Fleetwood se volvió para dirigir una feroz mirada a Mason y luego se marchó seguido por el agente.

Capítulo 13

Mason quedó esperando hasta que el agente y Fleetwood hubieron entrado en la Jefatura de Policía, y después también él entró en el edificio, buscó la cabina telefónica y llamó a la oficina de Paul Drake, diciéndole a la secretaria de servicio de aquél:

—Habla Perry Mason. Preciso ponerme en comunicación con Paul inmediatamente. ¿Dónde puedo localizarlo?

—Está en casa durmiendo un poco —dijo la secretaria.

—Muy bien. Lo llamaré allí.

Mason colgó el auricular, volvió a descolgarlo y llamó al apartamento de Drake, y momentos después oyó la voz de éste a través del hilo, envuelto todavía en sueño.

—Despiértese Paul —dijo Mason—. Estamos en el medio y medio de un conflicto.

—¡Oh, Dios! —gruñó Drake—. Ya tenía que suponérmelo. Usted se pasó el día durmiendo en el apartamento de Gertie y después...

—Durmiendo narices —interrumpió Mason—. Estuvimos jugando a las cartas, procurando permanecer despiertos sentados en sillas y dormitando a ratos. Jamás en mi vida he tenido un día de sueño más desagradable.

—Muy bien, muy bien —dijo Drake—. ¿Y qué demonios pasa ahora?

—Que ya tenemos a Fleetwood —dijo Mason—. Lo llevé a la Jefatura de Policía. Él no sabía quién era yo. De pronto le arrojé todo a la cara delante de algunos testigos. Así cayó en la trampa. Entonces él empezó a insultarme por ser el abogado de la señora Allred y en seguida se dio cuenta que se había metido él mismo en una ratonera y que estaba desenmascarando su fingida amnesia. Por ello se palmoteó la frente y empezó a clamar que había recuperado repentinamente la memoria.

—Buena faena —comentó Drake.

—Mucho depende ahora de lo que ocurra en los próximos sesenta minutos —dijo Mason—. ¿Tiene usted alguien aquí en la Jefatura de Policía que pueda utilizar para...?

—Eso es fácil —dijo Drake—. Uno de los agentes que yo utilizo está también acreditado como corresponsal especial de periódicos y tiene el privilegio de utilizar el salón de prensa. Y a menos que haya algún soplo...

—Póngalo inmediatamente en acción —dijo Mason—. Voy a necesitar alguna ayuda. Y vístase usted en seguida y vaya a su oficina, Paul. Vamos a tener que hacer algo rápidamente.

—¿De qué se trata?

—Creo que este individuo Fleetwood puede resultar demasiado agudo —dijo Mason—, y lo mismo podemos ganar que perder este caso, por lo que a mi cliente afecta, en estos próximos sesenta minutos.

—Muy bien —contestó Drake—. Pondré a mi agente en acción y se lo enviaré ahí. ¿Algo más?

—Eso es todo por ahora —dijo Mason—. Bien, espere un momento. Ese ranchero llamado Overbrook parece un individuo grandote, duro y buena persona, pero me gustaría saber algo sobre él.

—¿Pero no habló, usted con él, Perry?

—Cierto. Pero no pude hablarle en la forma que hubiera querido porque estaba allí presente Fleetwood y también porque yo tenía que fingir que Fleetwood era el marido de Gertie.

—Comprendo. Muy bien, trataré de averiguar todo lo que pueda. Ya voy a empezar a operar por teléfono desde aquí y dentro de quince minutos estaré en mi oficina.

—Magnífico —dijo Mason—. Le veré a usted allí.

Mason abandonó la cabina telefónica, se dirigió a la oficina de la brigada de homicidios y le dijo el funcionario que se encontraba de servicio en la centralilla telefónica, del edificio:

—¿Qué hay del teniente Tragg? ¿Está aquí?

—Afortunadamente está —dijo el hombre—. Tragg tuvo la suerte de hallarse en su oficina ahora, pues acaba de producirse un gran avance en el misterio del asesinato de Allred.

—Dígale que Perry Mason desea verlo.

—No quiere ver a nadie por un rato. Está interrogando a un testigo y...

—Dígale que Perry Mason está aquí y quiere hablarle dos minutos. Dígale que puede haber mucha diferencia según la forma en que interroge a Fleetwood.

—Muy bien, se lo diré —replicó el oficial abandonando la centralilla y dirigiéndose al despacho privado de Tragg.

Un minuto después volvió y dijo:

—Espere usted unos minutos, señor Mason. Tragg vendrá tan pronto como le sea posible.

Mason asintió con un gesto, encendió un cigarrillo y se sentó en una silla de roble sin tapizar.

El cigarrillo estaba ya medio consumido cuando se abrió explosivamente la puerta y apareció muy excitado el teniente Tragg.

—¡Hola, Mason! ¿Qué le trae a usted por aquí?

Mason se dirigió a Tragg, lo agarró de un brazo, lo llevó a un rincón de la estancia y le dijo:

—Usted anda diciendo siempre de mí que yo no coopero con ustedes. Pero en esta ocasión puede usted acreditarme un punto en el lado positivo.

—¡Maldito si no lo merece! —dijo Tragg satisfecho—. ¿Y cómo se las arregló usted para encontrarlo?

—Yo sabía que se daba por supuesto que estaba sufriendo de amnesia.

—Muy bien, ¿y qué más hay?

Mason dijo:

—No recuperó la memoria hasta que exactamente estuvimos a las puertas de esta Jefatura.

—Eso mismo es lo que me estaba diciendo el policía de tráfico.

Mason dijo:

—Y tan pronto como recuperó la memoria, pues claro es que olvidó todo lo que le había ocurrido durante el tiempo que sufrió de amnesia. Recuerda haber estado caminando por una pequeña acera en el patio de Allred y que en ese momento recibió un golpe, quedó sin sentido y ya no sabe nada de lo que sucedió luego, hasta el momento que llegó aquí.

—Pues yo estoy luchando con ese asunto de la memoria —dijo Tragg con una mueca maliciosa— y creo que voy a jugársela.

Mason dijo:

—Quizá yo pueda ayudarle en esta tarea. Sabe usted, nosotros sabemos no poco de lo que le ha ocurrido durante los dos o tres últimos días.

—Muy bien. ¿Y qué fue eso?

—Eso merece un premio.

—Pues lo tendrá.

—Muy bien.

—¿Cuál es?

—Que quiero ver a la señora Allred ahora mismo.

—Pero ésta no es hora de visitas.

Mason dijo:

—¡Puf! En primer lugar, soy el abogado de ella y en segundo lugar usted no la ha puesto bajo detención formal ni la ha acusado de nada. La tiene usted únicamente detenida con carácter preventivo.

Tragg dijo:

—Ya debía haberme supuesto que en esto había un anzuelo.

—¡Diablos! —le dijo Mason—: ¿Acaso olvida usted el refrán de «A caballo regalado no se le mira el diente»?

—Tiene usted razón que lo olvidé —confesó Tragg—. Pero de ahora en adelante, cada vez que usted me regale un caballo no dejaré por ello de mirarle el morro.

—Muy bien —dijo Mason—. Pues hágalo y mírele la boca si usted quiere. Todo lo que encontrará serán dientes. Pero él no le hablará ni va a decirle los años que tiene. En cambio si usted hace el juego como yo le diga, este caballo hablará.

—Pero a lo mejor, en lugar de hablar, lo que hace es reírse —dijo Tragg con suspicacia.

Mason se encogió de hombros.

—¿Y qué es lo que ocurrirá después que usted vea a la señora Allred?

—Después —dijo Mason— ella le hará a usted una declaración. Ella le contará a usted la historia, lo que ha ocurrido exactamente.

Tragg garrapateó en un papel un pase y dijo:

—Muy bien, llévele esto a la matrona de las celdas de detención de mujeres.

—Y a la vez usted puede telefonearle —señaló Mason—. Esto

facilitará las cosas. La señora Allred estará así ya vestida y...

—Muy bien, muy bien —dijo Tragg, mas luego añadió—: Pero ella tiene que hablar, sin embargo. Recuerde eso.

—Ella hablará —replicó Mason.

—¿Cuándo?

—A las ocho, mañana por la mañana.

—¿No antes?

—No antes.

—¿Y por qué ese retraso?

—Porque quiero que ella desayune antes —dijo Mason con ironía—. El hablar con el estómago vacío puede producirle úlcera.

—Muy bien, ¿y qué es lo que quiere usted respecto a Fleetwood?

—Estaré aquí de vuelta antes de que hable usted con la señora Allred y le daré a usted dinamita bastante para abrir una brecha bien ancha en la roca de la amnesia.

—¿Ésa es una promesa?

Mason dijo, haciendo un gesto:

—Esto es una promesa. Él estaba con un ranchero llamado Overbrook. Se presentó a éste y le dijo que no sabía quién era. Y yo le voy a dar a usted ocasión para que abra ese enigma de par en par. Yo le facilitaré la dinamita y usted no tendrá más que ponerle fuego.

—Muy bien, le telefonearé a la matrona. Vaya pues y vea a la señora Allred.

Mason, provisto del pase que el teniente Tragg le había dado, se dirigió a la división de mujeres detenidas. Después de esperar diez minutos fue pasado al interior para ver a la señora Allred, cuyo aspecto revelaba que acababan de despertarla de un profundo sueño y no había tenido tiempo de maquillarse.

—Hemos encontrado a Fleetwood —dijo Mason.

—¿Dónde?

—En casa de un ranchero llamado Overbrook. ¿Recuerda usted en algún aspecto este nombre?

Ella movió la cabeza negativamente.

Mason añadió:

—Ese rancho está a cinco millas del lugar donde el automóvil se despeñó. El ranchero dice que Fleetwood llegó andando a su casa, el lunes por la noche, sufriendo de amnesia. ¿Tiene usted algo que

decir?

La señora Allred hizo un gesto negativo.

Mason dijo:

—Voy a ofrecerle a usted una última oportunidad para que medite sobre su historia.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que si lo que usted dijo es la verdad.

—Sí, lo es.

Mason dijo:

—En cierta forma me sospecho que Fleetwood está preparándose para colgar la responsabilidad de algo sobre usted.

—¿En qué forma?

—Lo ignoro —dijo Mason—. Lo que sí sé es que todo eso de la amnesia es pura ficción. Lo cacé en la trampa obligándolo a desenmascararse a sí mismo en el momento en que lo entregaba en la Jefatura de Policía.

—¿Entonces él confesará todo?

Mason meneó la cabeza y dijo:

—El solo confesará todo hasta que recibió el golpe en la cabeza. A partir de ahí dirá que no sabe lo que ocurrió porque no puede recordar.

—¿Está usted seguro?

—Desde luego, estoy seguro —dijo Mason—. Él tiene que adoptar esa postura porque una víctima de verdadera amnesia no puede recordar nada de lo que ocurrió durante el período que la estuvo sufriendo.

—¿Pero Fleetwood sabe eso?

—Puede usted estar segura de que lo sabe —dijo Mason y añadió con un gesto malicioso—: Ya yo me preocupé de decírselo.

—¡Oh! Ya comprendo.

—Por consiguiente —dijo Mason— ésta es la cuestión. Durante todo el tiempo que nos fue posible mantenerla a usted quieta, Tragg no se atrevió a proseguir adelante y formular una acusación de asesinato contra usted ni decirle demasiadas cosas a los periodistas... porque tenía muy pocas pruebas. Él estaba temeroso de que a lo mejor tuviese que desdecirse después de que agarrase a Fleetwood.

»Pero ahora esa situación llegó a su fin. Yo creo que Fleetwood

va a intentar cargarlo todo sobre usted. Y mi estrategia es comenzar cargándoselo todo a la vez a Fleetwood.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

Mason haciendo un guiño dijo:

—Quiero decir que voy a ver si consigo envolverlo bien.

—¿Y para qué?

—Para salvarla a usted.

—¿Quiere usted decir que va a achacarle a él el crimen, fraguando la acusación?

Mason dijo:

—Voy a atacarlo judicialmente hasta colocarlo en una situación tal, que ya no aguante más, y entonces empezará a confesar la verdad. Comprenda usted que él se ha estado aprovechando de esa ficticia amnesia y se ha estado ocultando detrás de la muralla de la pérdida de memoria.

»Esto, sin embargo, lo coloca en una posición muy vulnerable, porque si por un lado no puede ser interrogado por la policía sobre los hechos que acontecieron después que recibió el golpe en la cabeza, tampoco por otra parte puede negar nada. Por lo tanto, yo puedo presentar contra él las más graves acusaciones y él no está en condiciones de negarlas. Tiene que aceptarlas con la cabeza agachada y contestar únicamente *que no recuerda...*

»Y voy a cargar paja sobre paja encima de este camello, hasta que sea tanta que le quiebre el lomo.

—Bien, pero supongamos que la historia que él cuente es... Bueno, supongamos que cuando ocurra eso él ya haya tenido tiempo de inventar una historia que...

—Se trata de eso exactamente —replicó Mason—. Voy a proceder de forma a empujarlo dentro de la red precisamente antes de que haya tenido tiempo de inventar otra historia bien urdida.

»Y entonces, cuando empiece a desmoronarse, él va a intentar colgarle esa historia a usted. Jugará cuanto sea y lo que sea para beneficiarse ante el tribunal. Hasta ahora, hay sólo dos personas susceptibles de haber matado a su marido y colocado el cadáver en el coche de usted. Usted es una de esas dos personas y Fleetwood es la otra.

»En un proceso de esta especie, la simpatía del público es algo muy importante. Si usted se niega a hacer una declaración cuando

la apremien verdaderamente, este hecho se expandirá por todas las páginas de los periódicos y constituirá una circunstancia sospechosa que le restará, a usted simpatías entre los lectores.

»Mañana por la mañana, Tragg va a interrogarla a usted. Y usted va a hablarle libre y francamente. Usted deberá procurar decirlo todo en forma de liberarse de toda sospecha de asesinato. Y eso no va a resultar fácil. Pero si usted está diciendo la verdad, puede lograrlo. Y si no la está diciendo, mejor será que reaccione y examine cuanto ha manifestado hasta ahora...

—Yo estoy diciendo la pura verdad, señor Mason.

—Entonces —le contestó el abogado— eso es todo lo que hay que hacer.

—¿Y tengo que hablarle al teniente Tragg?

—Sí, y cántele todo cuanto sabe, como una alondra —le aconsejó Mason—. Ponga su alma al desnudo ante él. Déjese retratar benévola por los fotógrafos de prensa. Dígaselo todo a todo el mundo que le pregunte. No tenga nada que ocultar. Pero esté igualmente segura de que está diciendo la verdad, porque si intenta mentir, la sorprenderán en su mentira, y si la sorprenden en una mentira, eso equivaldrá a una condena a prisión perpetua, o quizás a pena de muerte.

—Cuanto le he dicho a usted es la pura verdad, señor Mason —insistió Lola Allred.

—Muy bien. A las ocho de la mañana de mañana, empiece usted pues a cantarlo todo.

—¿Y cree usted que antes de esa hora habrá conseguido usted obligar a Fleetwood a que hable?

Mason dijo:

—Yo voy a ser un niño muy ocupado desde este momento y cuando empiece, voy a aplicarle tanto fuego a Roberto Fleetwood, que la capa de barniz con que se cubre va a comenzar en seguida a desconcharse.

—Es usted muy bondadoso, señor Mason —dijo ella.

—De eso no conoce usted ni siquiera la mitad —contestó con una alegre mueca Mason—. Y de paso, si bien es oportuno que usted les diga que Patricia metió el coche contra el borde del vallado y el haber encontrado a Fleetwood sin conocimiento allí, tenga cuidado de hacer resaltar el hecho de que Patricia no creyó ni

tuvo la menor sospecha de que había atropellado a alguien.

—Pero ¿y eso no pondrá las cosas aún peor? Es decir, ¿no es preferible declarar que Patricia lo supo?

—Cierto, ella debe aparecer como que lo supo. Pero no cree usted exactamente que ella no lo atropelló ¿verdad?

—¡Oh, señor Mason...! Yo... Debió de ser ella...

—Tonterías —exclamó el abogado—. El marido de usted estacionó su propio coche en tal forma, que Patricia tenía fatalmente que meter su auto contra el borde del vallado. Y no olvide que fue su marido precisamente quien descubrió el cuerpo de Fleetwood allí tendido.

Los ojos de Lola Allred se abrieron dilatadamente al comprender de súbito lo que en realidad debió ocurrir, y dijo:

—¿Quiere usted decir, que todo aquello fue amañado previamente y...?

—Claro que fue amañado —dijo Mason—. El marido de usted golpeó a Fleetwood en la cabeza y creyó que lo había matado. Por lo tanto, tenía un cadáver entre sus manos y precisaba deshacerse de él mediante una simulación adecuada a aquella herida en la cabeza. La mejor forma pues de lograrlo, era que Patricia creyese que había sido ella quien lo había golpeado con su auto y que de esa forma ella cargase con toda la culpa.

Lola Allred apretó con nerviosa amargura los nudos de sus dedos contra los labios.

—Piénselo usted bien todo eso —le dijo Mason—. Pero no lo haga resaltar. Por el contrario, deje que sea el teniente Tragg quien lo descubra por sí mismo, para que así resulte ser la legítima criatura, el hallazgo de *él*.

Y Mason se marchó dejando a Lola Allred allí sentada.

Capítulo 14

—¿Está Drake aquí? —le preguntó Mason al portero de noche del edificio, que lo estaba subiendo en el ascensor.

—Sí. Hace unos quince o veinte minutos que llegó. Ustedes, amigos, deben de estar trabajando en un asunto muy candente —comentó el portero.

Mason replicó:

—Oh, únicamente estamos dedicados a no hacer mal...

Drake mantenía una guardia constante durante las veinticuatro horas del día y la noche, en su centralilla telefónica. Por ello Mason, abriendo la puerta del antedespacho, se limitó a señalar con el dedo pulgar hacia el despacho interior de Drake al mismo tiempo que arqueaba las cejas en interrogador silencio.

La muchacha que estaba de pie de la centralilla telefónica atendiendo muy afanosa a una llamada, le hizo también un gesto afirmativo y le apuntó hacia el despacho de Drake, indicándole que entrase.

Mason abrió la puerta que separaba el estrecho salón de espera del largo pasillo y echó a andar por éste hasta el despacho privado de Drake.

El detective se hallaba hablando por teléfono, cuando entró Mason.

Le hizo una seña al abogado para que se sentase y dijo al teléfono:

—Muy bien. Comprendido. Pero ahora repítame nuevamente esa dirección. Muy bien —prosiguió Drake—. No, permanezca usted en su puesto. Tenga el oído pegado a la tierra y vea lo que le es posible averiguar. Telefonéeme todo cuanto le parezca a usted importante.

Después de esto, Drake colgó el auricular y dijo:

—Bien: tenemos una clave más. Aunque ignoro el alcance exacto

de este hallazgo.

—¿De qué se trata? —preguntó Mason.

—Estaba hablando con mi agente en la Jefatura de Policía, en el salón de la prensa.

—¿Y qué descubrió él?

—Los últimos informes revelan que Fleetwood continúa aferrado a su cuento de la amnesia.

—Eso no es ninguna clave ni ningún hallazgo —comentó el abogado—. De eso precisamente quiero hablar con usted, Paul. ¿Y qué más hay?

—Pues que Fleetwood ha estado accionando y hablando como si efectivamente acabase justamente de recuperar la memoria, y llamó por teléfono a su novia.

—¿Y el agente de usted consiguió: el número del teléfono?

—Consiguió el número del teléfono, el nombre y la dirección.

—¿Cómo se llama la muchacha?

—Bernice Archer.

—Su nombre no había aparecido todavía en este asunto. ¿Qué hay sobre ella?

—¡Oh! Fleetwood se limitó a llamarla y decirle que había estado sufriendo un ataque de pérdida de la memoria, que la policía le había dicho que lo habían encontrado oculto en el rancho de un individuo llamado Overbrook, que él acababa de recuperar la memoria, y que en forma alguna ella no hiciese caso de lo que pudiese oír sobre él, hasta que ambos tuviesen ocasión de hablar y de explicarle él todo.

—¿Y qué clase de conversación fue ésa? —preguntó Mason—. ¿Sabe usted si fue una conversación *difícil*?

—¿Qué quiere usted decir?

—Si la muchacha se mostró asustada o sufrió alguna convulsión con la impresión.

—No. Al parecer fue todo una conversación de carácter rutinario. Él la llamó, habló con ella y luego colgó el auricular.

El abogado frunció el ceño y luego dijo:

—Eso no me parece normal, Paul. Lo encuentro sospechoso.

—¿Y por qué no es normal?

Mason dijo:

—Supóngase que usted fuese la novia de un muchacho. Todas

las amistades de usted sabrían que la acompañaba. Y de pronto, el novio desaparece a la carrera y con escándalo. Al parecer, se ha fugado con una mujer casada. Y usted, como novia, no sabe nada de él ni recibe sus noticias. Y de pronto, de un cielo limpio y claro, vuelve a caer el novio y la llama por teléfono para decirle: «Escucha, adorada. No creas nada de lo que digan de mí. Tuve una falla en la memoria. Ya iré a verte tan pronto me sea posible». Bueno —exclamó el abogado— eso no tiene lógica.

—¿Entonces quiere usted decir que la novia debía haberse desvanecido y sufrido un ataque de nervios al oír que él la llamaba?

—Por lo menos debía haber armado un escándalo. Debía haber habido lágrimas, recriminaciones y luego de esto ella debía acabar haciéndole esta pregunta: «¿Me amas? Dime por lo menos que me amas. Y júrame que esa otra mujer no significa nada en tu vida». En fin, que debió hacerle una bella escena de amor de ese género.

—Sí, quizás debió ser así —comentó pensativo Drake.

—Pues claro —dijo Mason—. Yo tengo mis propias preocupaciones y estoy buscando por doquier nuevas aberturas.

—¿Qué ocurre?

Mason contentó:

—Mi clienta me cuenta una historia que probablemente es verídica. Ella jura que lo es. Y es una historia que podría mantenerse firmemente en pie si yo tuviera las bases precisas, pero es también una historia que puede caerse por sí sola fácilmente.

—¿Y bien?

—Pues bien —añadió Mason—, este Fleetwood se encuentra en una falsa posición. El tiró de ese cuento de la amnesia y yo conseguí meterlo en manos de la policía antes de que tuviese ocasión de pensar mucho en ello. Y ahora mismo, está empantanado en el asesinato de Allred. Él fue la última persona que vio vivo a Allred y no puede negar que lo asesinó, por el hecho de que no es capaz de recordar nada de cuanto ocurrió desde que sufrió el pretendido ataque de amnesia.

»Evidentemente, un individuo tan astuto como Fleetwood no se va a dejar poner en una situación difícil sin intentar procurar por todos los medios hacer algo. Y lo único que puede hacer es dar un paso al frente y declarar que todo eso de la amnesia no era más que una simulación y que él recuerda todo.

—Sí, pero en el mismo instante en que haga eso, se ha colocado en una situación infernal —dijo Drake.

—Bien lo sé —dijo Mason—. Y es precisamente con eso con lo que he estado contando como una base para ayudar a sostener la historia de la señora Allred. Pero mucho va a depender de lo que él diga, cuando empiece a decir la verdad.

Drake meneó la cabeza y dijo:

—Si él se llevó el auto de la señora Allred, entonces él fue la última persona que vio vivo al marido de ella. Y si descarga sobre la policía una buena cantidad de sus provisiones de amnesia y a través de la policía sobre los muchachos de la prensa, pero al final se raja y confiesa que sabía todo, lo que estaba ocurriendo durante todo el tiempo, entonces ya no habrá mucha diferencia en que su historia afirme una cosa u otra. Yo creo que la mejor actitud que él puede adoptar, es aferrarse a la amnesia, por mucho que esto le pueda lastimar en otros aspectos.

—Bien podría resultar así —dijo Mason—; y nosotros no deseáramos que él hiciese lo que fuese bueno para él. Lo que queremos es que haga lo que sea favorable para nuestra clienta. Le forzaremos la mano. Yo creo que comenzará a decir la verdad sobre la amnesia, y que cuando lo haga contará una historia que habrá sido cuidadosamente meditada.

—Pues tendrá que ser una estupenda historia, Perry —comentó Drake.

—Bien, quizás él sea un muchacho muy bien dotado para inventarla. Yo quisiera forzarle la mano, Paul. Quisiera obligarle a decir su historia, precisamente antes de que esté bien preparado para contarla. Quiero, poner las cosas tan candentes para él, que empiece a pedir árnica y revolcarse.

—¿Y cómo lograría usted hacer eso?

—Yo creo que para empezar debíamos dirigirnos a su novia.

—Pues podremos ir a primera hora de la mañana y...

—¿Y por qué no ahora mismo?

Drake se encogió ligeramente de hombros.

Mason dijo:

—¿Dónde es? ¿Es una casa de apartamentos?

El detective murmuró algo ininteligible.

Mason añadió:

—Ella recibió una llamada telefónica, hace unos minutos, de Fleetwood. Está pues despierta. Y está probablemente llena de curiosidad. Vámonos allá y celebremos una conversación con ella.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Drake—. A fin de cuentas, me he bebido casi cuatro litros de café y me será imposible dormir esta noche. Ya había pensado que usted iba a tener tarea bastante para mantenerme ocupado toda esta noche y quise prepararme para permanecer despierto.

—Magnífico —dijo el abogado—. Iremos en el coche de usted. ¿Tiene usted su dirección?

—Exacto.

—Vamos pues.

Abandonaron las oficinas y ya en la calle subieron al coche de Drake. Mason se recostó en el mullido asiento junto a Drake que conducía, y se puso a meditar con los ojos cerrados.

—¿Cansado? —le preguntó Drake.

—Estoy simplemente intentando pensar —le replicó Mason—. Esto no es en forma alguna un caso ordinario en el que usted no sabe lo que ocurrió o cómo ocurrió. Éste es un caso en el cual el fiscal público tendrá que acusar a una o a dos personas de asesinato. Una u otra de esas personas es preciso que sea la culpable, conforme a los hechos que actualmente están, a la vista. Si mi clientela miente, entonces ella puede ser la culpable. Y si lo es, entonces yo únicamente voy a representarla como defensor lo mejor que pueda y dejarlo todo en ese estado. Pero si el culpable es Fleetwood y está intentando arrobar sobre mi cliente la culpa, entonces voy a procurar rebasarlo y deshacer su trama.

Unos quince minutos después, Drake aflojó la marcha y paró el auto frente a un edificio de apartamentos. Luego dijo:

—Aquí es. Tendremos que continuar un par de esquinas más para encontrar dónde estacionar el coche. Todo esto está atiborrado de automóviles.

Mason dijo:

—Parece que hay allí enfrente un sitio libre. Es una boca de incendios.

—¿Estacionarse allí?

—Claro, hombre —dijo Mason—. Siempre que usted pueda meter allí el coche y a la vez dejar espacio libre para el acceso a la

boca de agua en caso que *hubiese un incendio aquí*.

—No se preocupe por eso —respondió Drake—. En caso de que haya un incendio, los bomberos siempre logran fácilmente alcanzar la boca del agua. Quien lo pasa mal es el coche que está allí estacionado. Una vez vi un coche que había sido estacionado con las puertas cerradas a llave, enfrente de una boca de fuego. Se produjo un incendio y entonces los bomberos se limitaron a romper los cristales de los dos lados del coche abriendo sendos boquetes, metieron por allí las mangueras y se pusieron a apagar el fuego. Cuando el dueño del coche regresó, se encontró con un túnel de lado a lado de éste y además un boleto de multa por haber estacionado su auto con exceso de tiempo y además otro boleto de multa por haberse estacionado enfrente de una boca de incendios.

—Eso probablemente lo curó de una vez por todas de estacionar su auto así —dijo Mason—. Espere un momento, Paul. Allí hay un hombre que parece que va a subir a su auto y marcharse. Si se va aprovecharemos el sitio que deje libre. Ya se va, Paul. Pero apresúrese, páselo a toda velocidad...

Y Mason se agachó dentro del auto, ocultándose.

Lanzados a velocidad, Drake preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre?

—Ese individuo —dijo Mason— es Jorge Jerome, el socio de Allred.

—¿Quiere usted que lo sigamos? —preguntó Drake.

—Diablos, no. Lo importante no es a donde va él. Lo importante es donde *ha estado*.

—Quiere usted decir que el...

—Cierto —dijo Mason—. Ha estado visitando a la novia de Fleetwood. ¿Cómo dijo usted que se llama?

—Bernice Archer.

—Dé usted una vuelta a la manzana —dijo Mason— y luego volvamos aquí. Quizás aún podamos utilizar el sitio que dejó libre Jerome para estacionar el coche.

—Ése es un perfecto animal ¿no? —preguntó Drake.

—Sí, sí.

—Un individuo tan corpulento como ése podría agarrar a una persona y destrozarla simplemente con las manos. No me gustaría ni siquiera la idea de encontrarme con él en un pasadizo en una

noche oscura.

—Pues aunque no le guste, es posible que tengamos ocasión de tener que hacer eso mismo antes de que él nos lo haga a nosotros —comentó el abogado—. Se está mezclando de manera muy excesiva en este caso. Mucho más de lo que a mí me conviene.

—¿Y qué es lo que él pretende?

—Dice que quiere obtener una declaración de Fleetwood lindamente ajustada para proteger sus intereses en un pleito.

Mason volvió a sentarse. Drake dio la vuelta con el coche a la manzana, encontró que el lugar de estacionamiento que había dejado libre Jerome estaba todavía libre y situó hábilmente su coche allí.

Las puertas del edificio de apartamentos estaban cerradas a esas horas de la noche, pero había un tablero eléctrico de llamada a los apartamentos y un tubo de comunicación hablada con ellos.

Drake recorrió con el dedo índice la lista de inquilinos hasta que encontró la tarjeta de Bernice Archer y luego apretó el botón de llamada correspondiente.

—Supongamos ahora que ella utiliza el tubo de comunicación para hablarnos —dijo Drake—. Y si lo hace ¿qué vamos a decirle?

—Es probable que primero ella abra la puerta de la calle con su respectivo resorte eléctrico —dijo Mason—. Pensará seguramente que se trata de Jerome que ha vuelto.

Esperaron por unos momentos y luego Drake tocó el timbre de nuevo.

Se oyó un zumbido eléctrico que significaba que el cerrojo de la puerta de la calle se había abierto. Entonces Mason, que había permanecido con la mano apoyada en el tirador, empujó y dijo:

—Muy bien, Paul; entremos.

El pequeño vestíbulo estaba débilmente alumbrado pero no obstante pudieron divisar un pasillo y un ángulo de luz brillante que indicaba el lugar del ascensor automático.

—Jerome nos dejó el ascensor preparado —dijo Mason con ironía.

Caminaron sobre la delgada alfombra del pasillo, entraron en el ascensor y Drake apretó el botón.

El ascensor comenzó a subir lentamente.

—¿Hablará usted —preguntó Drake— o quiere que lo haga yo?

—Usted comienza —dijo Mason—. Preséntese a sí mismo como detective. Pero no diga si es de la policía oficial o privado, a menos que ella se lo pregunte. Comience por hacerle preguntas sobre Fleetwood, respecto a cuando tuvo por última vez noticias de él y otras cosas de esta especie. Y yo intervendré en la conversación tan pronto como ella me dé una oportunidad. No me presente usted a mí. Así es posible que ella crea que yo soy otro detective.

El ascensor automático paró. La puerta se abrió lentamente. Drake echó una mirada a los números de los apartamentos y dijo:

—Muy bien, Perry; es aquí a la derecha.

Drake golpeó con los nudillos en la puerta del apartamento.

La mujer que les abrió la puerta tendría unos veinticinco años, era rubia, con ojos azules y un cutis que precisaba de muy poco maquillaje. La bata de seda que llevaba puesta no ocultaba mucho de su sorprendente bonita figura.

Había una cama automática en la estancia, que se levantaba ocultándose en la pared, y que había sido bajada. La colcha estaba arrugada y las almohadas revelaban que la cama acababa de haber sido utilizada. La puerta del ropero estaba abierta dejando ver algunos vestidos en los colgadores.

Drake, adoptando una voz recia, dijo:

—Yo soy Paul Drake. Quizá ya haya usted oído hablar de mí. Soy detective.

—¿Puedo ver sus credenciales, por favor? —preguntó ella suavemente.

Drake miró dubitativamente a Perry Mason, y luego sacó una carterita de identificación que mostró brevemente volviendo a empezar a guardársela en seguida en el bolsillo.

—Un momento —dijo ella—; por favor. —Y con toda tranquilidad echó mano a la cartera de Drake, leyendo con detenimiento la tarjeta que había en ella y diciendo—: ¡Oh! Ya veo. Éste es su permiso como detective privado.

—Exactamente.

—¿Y el caballero que viene con usted? —preguntó ella.

Mason hizo un gesto y dijo:

—Soy Mason.

—¿También detective?

—No.

—¿Puedo preguntar qué es usted, entonces?

—Abogado.

—¡Oh! —dijo ella, y tras un momento añadió—: ¿Es usted Perry Mason?

—Exacto.

—Entonces usted es el abogado de la señora Allred.

Mason empezaba a disfrutar de esta situación grandemente y dijo:

—Eso es.

—Por favor, caballeros. ¿Quieren ustedes sentarse?

La muchacha le señaló dos sillas y ella fue a sentarse en el borde de la cama. La parte baja de la bata se escurrió dejando ver una pierna suavemente cubierta con una media. Los pies estaban calzados con zapatos de calle.

—Es ya un poco tarde ¿verdad? —dijo la muchacha.

Mason sonrió diciendo:

—Nuestro asunto es más bien especial.

—Me lo supongo así.

—Y —añadió Mason— ya sabíamos que acababan de molestarla a usted.

—¿Y puede preguntarles cómo lo sabían?

—Roberto Fleetwood la llamó a usted.

—¡Oh! Sí.

—¿Y recibió usted su llamada?

—Sí.

—¿Y qué le dijo a usted?

—Simplemente que había recuperado la memoria. Y estoy encantada de saberlo.

—¿Sabía usted acaso que había perdido la memoria?

—No.

—¿Pero le dijo él a usted por teléfono que había estado sufriendo de amnesia?

—Así fue.

Drake dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a Roberto Fleetwood, señorita Archer?

—Hace unos seis meses.

—¿Son ustedes muy amigos?

—Me gusta.

—¿Y usted le gusta a él?

—Eso creo.

—¿Sabía usted que se había fugado con una mujer casada?

—Tenía noticia de que había desaparecido.

—¿Y no oyó usted decir que la señora Allred se había ido con él?

—No.

—¿Lee usted los periódicos?

—Sí.

—¿Y no leyó usted que la policía estaba interrogando a la señora Allred?

—Me pareció entender eso.

—¿Y no sabía usted que ella estaba ausente con Roberto Fleetwood?

—Creo que no. No.

—¿No sabía usted que había por lo menos una clara insinuación en ese sentido en la prensa?

—Sí.

—¿Pero no creyó usted que él estaba con ella?

—No.

—¿Y lo cree usted ahora?

—No sé qué decir. Tengo que esperar hasta que pueda hablar con Roberto.

—¿Y cuándo espera poder verlo?

—Tan pronto como me sea posible. Es decir, cuando me lo permitan. Tengo entendido que lo tienen detenido como testigo material.

—¿Sabía usted que Beltran Allred había sido asesinado?

—Lo oí por la radio.

—¿Y le dijo a usted mucho de eso Roberto cuando le habló por teléfono? —Simplemente que estaba detenido, y que continuaría estándolo por lo menos un día más, que había sufrido un ataque de amnesia y que la policía le dijo que había estado en casa de un hombre llamado Overbrook, pero, que ahora había recobrado la memoria y ya se sentía bien.

—¿Y la alegró a usted oír esto?

—Naturalmente.

—¿No la sorprendió a usted?

—No, exactamente. Roberto ya había sufrido ataques de amnesia antes.

—¡Oh! ¿De veras?

—Sí.

—¿Y lo sabía usted?

—Sí, me había hablado de ello.

—¿Se lo había contado antes de sufrir éste?

—Sí.

Drake echó una mirada a Mason y se encogió ligeramente de hombros.

—¿Tiene usted automóvil? —preguntó bruscamente Mason.

La muchacha se volvió hacia Mason mirándolo con la cautela de un luchador que mide a su adversario.

—Sí —dijo ella al fin.

—¿Y hace mucho que lo tiene?

—Hace unos seis meses.

Mason dirigió una mirada a Drake.

Bernice Archer dijo tranquilamente:

—Adquirí este coche poco antes de conocer a Roberto Fleetwood. Y digo eso por si están ustedes relacionando una cosa con la otra, sobre ese período simultáneo de seis meses, señor Mason.

—No en absoluto —dijo Mason—. Únicamente advertí el hecho de que usted había mencionado el intervalo de seis meses en dos ocasiones.

—Eso es.

Mason dijo bruscamente:

—Ayer noche, lunes, usted salió con su automóvil. ¿No es así?

La muchacha se quedó mirándolo durante unos veinte segundos y después dijo:

—¿Y qué tiene usted que ver con eso?

—Puedo tener que ver.

—No comprendo que importancia pueda tener.

—Todo depende de a donde haya ido usted.

—Fui a casa de una muchacha amiga mía, la recogí allí y la traje aquí. Ella pasó la noche conmigo.

—¿Y por qué hizo usted eso?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Cree que puede usted necesitar de una coartada?

—No sea tonto. Solamente quería tener alguien con quien hablar. Por eso fui a buscar a mi amiga y la traje a aquí. Hablamos hasta las primeras horas del amanecer. Después nos dormimos.

Mason dijo:

—Roberto Fleetwood está haciendo un poco el tonto.

—¿De veras?

—Sí.

—¿En qué sentido?

—Pues que yo no creo que su trama de la amnesia le esté beneficiando en nada.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir que pudo haber discurrido algo mejor que eso.

—Me temo que no lo comprendo a usted, señor Mason.

—La amnesia se ha convertido ya en un lugar demasiado común. Ocurre con excesiva frecuencia que cuando una persona quiere escapar a la responsabilidad de algo que ha realizado, pues dice simplemente que su mente está en tinieblas.

—¿Habló usted con Roberto?

—Sí.

—¿Y no cree usted que sufrió realmente amnesia?

—No.

—Entonces ¿por qué habría de fingirla?

—Porque así intenta desembarazarse de una situación complicada.

—Siento no comprenderle.

—Que no quiere decir lo que sabe sobre lo que le ocurrió a Beltran Allred.

—Él no sabe nada de eso.

—¿Y cómo sabe usted que él no lo sabe?

—Yo estoy segura de ello.

—¿Qué método de telepatía estudió usted? —preguntó Mason irónico.

La muchacha replicó:

—No tuve que estudiar telepatía para saber lo que ocurrió. Evidentemente, fue la señora Allred quien mató a su marido.

—¿Y por qué está usted tan segura?

—Yo no soy completamente tonta, señor Mason. Cuando usted

viene aquí y me dice lo que Roberto debería hacer, bien sé que es usted el abogado de la señora Allred. Por lo tanto, lo que usted quiere que Roberto haga es lo que usted cree que sería más beneficioso para la señora Allred y no para Roberto Fleetwood.

—No es necesario que sea precisamente así. Yo trato de proteger los intereses de mis clientes. Pero aparte eso sigo creyendo que Roberto debería arrojar por la borda esa trama de la amnesia. Porque además tendrá que hacerlo más pronto o más tarde.

—Y usted vino aquí con la esperanza de embutirme esa idea para que yo a mi vez se la inculcase a Roberto. ¿No es así?

—Sólo en parte.

—¡Vamos, vamos! Cuan esplendida consideración muestra usted hacia un hombre que casi le es desconocido, señor Mason. Andar rodando a las tres de la mañana, un abogado de alto precio como usted, sacándome a mí de la cama para decirme lo que Roberto debería hacer. Es conmovedor.

—Sea como usted quiera, entonces —dijo Mason.

—Y así espero que será. Y ahora déjeme decirle algo.

—¿Qué?

—Que abandone usted como clienta a la señora Allred. Deje que otro abogado se encargue de su caso.

—¿Porqué?

—Porque no tiene usted una probabilidad, ni siquiera la más mínima de triunfar.

—¿Cree usted que ella mató a su marido?

—Yo sé que ella mató a su marido.

—Hay un automovilista que puede darle a ella una perfecta coartada. Fue él quien la trajo de favor en su coche.

—¿Antes o después de morir su marido?

—Antes.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Lo sé y eso basta.

La muchacha se echó a reír y dijo:

—Porque ella se lo dijo a usted. Ésa es la única forma que puede saberlo. Y eso no es bastante, señor Mason. Me gustaría decirle a usted lo que yo sé, pero no creo que deba. No creo tampoco que la policía querría que lo hiciese, pero puedo decirle a usted esto: no represente usted como abogado a esa mujer. Y ahora, si ustedes me

lo permiten, quiero acostarme y dormir.

Mason echó una mirada a la cama y dijo:

—Ya ha estado usted acostada.

—Eso es verdad.

—¿Y se pone usted siempre medias y zapatos para contestar una llamada telefónica? —preguntó Mason.

La muchacha se quedó mirando fijamente a Mason sin contestar.

—¿Tuvo usted otro visitante?

—¿Un visitante, señor Mason?

—Sí.

—Lo lamento, señor Mason, pero yo no acostumbro a recibir visitas en mi apartamento a estas horas.

—¿Y qué me dice usted de Jorge Jerome? —preguntó Mason.

La muchacha lo miró con ojos súbitamente duros y entornados y preguntó:

—¿Está usted acaso vigilando mi apartamento?

Mason dijo:

—Antes de que yo le conteste a esa pregunta dígame usted sí ha estado hablando con Jorge Jerome.

Como respuesta ella se levantó dirigiéndose al teléfono, echó mano al auricular, marcó el número de la central y dijo:

—Por favor, póngame con la Jefatura de Policía. Se trata de un caso urgente.

Un momento después ella dijo:

—Quiero hablar con la persona que tiene a su cargo la investigación del asesinato de Beltran C. Allred.

—Pregunte por el teniente Tragg —interpuso Mason—. Ésa es la persona con quien usted quiere hablar.

—Gracias, señor Mason. —Y luego volviendo a hablar al teléfono, añadió—: La persona con quien preciso hablar creo que es el teniente Tragg.

Hubo un momento de silencio y después ella dijo:

—¡Hola! ¿Es el teniente Tragg? Yo soy Bernice Archer... eso es, la muchacha a quien le telefoneó Roberto Fleetwood hace un rato. Creo que yo puedo ser testigo en este caso. Tengo alguna información que quizá sea importante. Hay un señor Mason, sí el abogado, y un señor Drake que es detective... sí, exacto, Perry Mason... sí, es Paul Drake... ¿cómo dice? Sí, están aquí en mi

apartamento. Y el señor Mason se muestra muy insistente en que le diga lo que yo sé y... muchas gracias teniente, sólo quería estar segura. Creí que eso sería lo que usted desearía que yo hiciese.

Bernice colgó el auricular, se volvió con una sonrisa hacia Mason y le dijo:

—El teniente Tragg me dice que no diga absolutamente nada a nadie hasta que haya hablado con él; que debo ir a la Jefatura de Policía inmediatamente y que si ustedes intentan quedarse aquí o interferirme, que me enviará una escolta. Y ahora si ustedes, señores, se marchan, me vestiré.

—Vamos Paul; vámonos.

—Señor Mason haga usted por favor lo que yo le digo. Por favor abandone como clienta a esa mujer.

—¿Por qué?

—Porque ella es culpable y ni siquiera usted podrá salvarla.

Mason hizo una mueca y dijo:

—Usted se puso sarcástica sobre mi preocupación por Roberto Fleetwood. Usted insistió en dudar sobre mis motivos. Ahora el caso es a la inversa. Su preocupación para que yo abandone a mi clienta... por mi propio bien, claro es... resulta conmovedora. Quizá usted se supone que le está preparando un sabroso pastel para su amiguito.

La muchacha se dirigió a la puerta del apartamento y dijo:

—Y luego no diga usted que yo no se lo advertí a tiempo.

—No, no lo diré.

La muchacha mantuvo abierta la puerta para que saliesen y les dijo suavemente:

—Buenas noches.

Caminaron silenciosos por el pasillo. Solamente cuando ya se encontraron dentro del ascensor, Mason dijo sombrío:

—Aquí está el cerebro de la trama.

—No hay duda alguna —dijo Drake—. ¡Cielos, Perry! Con una mujer con ese cuerpo y además dotada de cerebro...

—No la juzgue usted erróneamente; esta mujer, es dinamita —confesó Mason—. Ella ya sabe bien que aquí se trata o de su novio o de la señora Allred, y ella está jugando todos sus triunfos por él.

»Jerome la visitó. Jerome está mezclado en este asunto en alguna forma que todavía no está clara. Todas estas gentes están

endiabladamente ansiosas por ponerse en contacto con Fleetwood. Indudablemente, Jerome la ha estado informando de todo lo que la policía sabe hasta ahora.

—Eso, a condición que Jerome sepa algo —dijo Drake.

—Y yo creo que sí —dijo Mason—. De todas formas, Paul, aquí hay un trabajo para usted. Váyase a la compañía telefónica y hágales ver que se trata de algo importante. Consiga acceso a su fichero y averigüe si el número de Bernice Archer que tiene usted, recibió alguna llamada el lunes desde Springfield o desde alguna otra estación situada en las inmediaciones de la carretera de la montaña.

—¿Cree usted que Fleetwood se comunicó con ella, Perry?

—Puede haberlo hecho. Intente averiguarlo en la compañía telefónica, y averigüelo también en el campo de automovilistas donde se alojaron. Averigüelo en las estaciones de gasolina situadas en la carretera de la montaña. Apostaría diez a uno que la llamada de Fleetwood desde la cárcel no fue la única que le hizo a la muchacha desde que él desapareció. Y si la llamó efectivamente antes, apostaría que ella está mezclada en este lío y metida en él hasta sus delicadamente arqueadas cejas.

Drake gruñó malhumorado:

—Ya sabía yo que usted iba a dejarme con una de esas tareas urgentes que son un verdadero quebradero de cabeza.

Mason hizo una mueca y replicó irónico:

—Y yo trato de no decepcionar nunca a la gente. Esto le servirá como preliminar para entrar en calor. Porque un poco más tarde espero tener para usted un *verdadero* trabajo.

—¿Sí?

—Sí. Quiero que usted reconstruya hora por hora las andanzas de Bernice Archie desde el sábado al medio día. Quiero saber, más bien, minuto a minuto lo que ella hizo, donde estuvo y con quien estuvo. ¿Descubrió algo respecto a ese Overbrook?

—Solamente informes de vecindad sobre su reputación. Dicen que es un buen sujeto, de pocas palabras, honrado y pobre. Hipotecó su propiedad hace cosa de un año cuando realizó una operación desafortunada. Pero es un trabajador constante y duro y está pagando poco a poco la hipoteca. A la vez que no es capaz de gastar cinco centavos en nada, excepto su perro. Compra comida

para el perro y es tacaño como un cuello apretado. Dicen que rara vez abandona el rancho y ahorra centavo a centavo, al extremo de comprarse el pan duro por ser más barato.

—¿Y no habrá posibilidad de que conociese a Fleetwood antes?

—Ni una sola posibilidad entre diez millones, Perry.

—Muy bien, Paul. Continúe operando.

—¿Sobre Overbrook?

—No. El retrato de él parece estar completo. Empiece a trabajar en esa llamada telefónica a Bernice Archie. Apuesto diez a uno a que fue hecha esa llamada.

Drake abrió la boca con un gran bostezo y dijo:

—Ya sabía yo que el sueño que tenía era sólo una pura casualidad.

Capítulo 15

Eran poco antes de las seis cuando el teléfono en el apartamento de Mason empezó a sonar estridentemente.

El abogado, que había estado dormitando en una butaca con el teléfono puesto a su lado, echó mano al receptor y dijo presuroso:

—¿Qué ha descubierto usted?

La voz de Paul Drake llegó por el hilo.

—Bien, hemos conseguido algo nuevo, Perry.

—¿De qué se trata?

—Hemos descubierto una llamada telefónica al número Donnybrook 6981, que es precisamente el número de Bernice Archer. Esta llamada, fue hecha el lunes por la noche a eso de las siete. La llamada partió desde una estación de gasolina a unas cinco millas de Springfield. Mis agentes fueron allá e interrogaron al hombre que regenta la estación, un sujeto llamado Leighton, y éste recuerda perfectamente ese incidente.

—Continué —dijo Mason entusiasmado—. ¿Qué ocurrió?

—Que llegó un automóvil y paró frente a la bomba de gasolina. Una mujer cuya descripción responde a la de la señora Allred, dijo que quería que llenasen el tanque de su coche hasta el tope. En el automóvil había también un hombre cuyas señas corresponden a las de Fleetwood. Este individuo parecía sumido en una especie de letargo. Por la forma en que Leighton lo describe, parecía un vago perezoso, sentado tranquilamente, dejando que la mujer que iba con él lo resolviese todo. El hombre de la estación, de gasolina creyó al principio que aquél sujeto estaría borracho, pero después llegó a la conclusión de que no era más que un gran perezoso.

»Luego, la mujer se dirigió a los lavabos para señoras y en el mismo instante en que ella desapareció de la vista, Fleetwood se transformó en un hombre activo. Salió rápidamente del auto, se

metió en la estación de gasolina, fue al teléfono público, depositó una moneda, pidió a la central servicio de larga distancia y llamó a este número.

»El encargado de la estación recuerda todo esto particularmente, por la sorpresa que le causó todo. Creyó que la señora Allred era la mujer del tal sujeto y que éste estaba combinando subrepticamente alguna cita con alguna muchacha amiga, o bien explicándole por qué no había acudido a una cita anterior. El encargado de la estación de gasolina no dijo nada, limitándose a su tarea de llenar el tanque, comprobar el agua y el aceite, limpiar el parabrisas y cosas análogas. Había estado lloviendo antes por la tarde y luego la lluvia se había transformado en simple llovizna al anochecer.

»El individuo del coche estuvo esperando respuesta a su llamada, al propio tiempo que vigilaba la puerta de los lavabos. Pero antes de que la llamada quedase completa, la mujer salió y el individuo soltó el auricular como si fuera un hierro candente, se volvió al coche y se sentó en él con la misma expresión de distraído en la cara.

»El teléfono comenzó a sonar mientras la mujer estaba pagando la gasolina. El hombre de la estación miró al del automóvil y éste le hizo una imperceptible seña negativa con la cabeza. Cuando ya el auto se había marchado, el hombre de la estación de gasolina tomó el auricular y contestó al teléfono. La telefonista le dijo que ya estaba pronta la llamada al número Donnybrook 6981 y que la señorita Archer estaba al habla; el hombre de la estación explicó que el que había hecho la llamada no había podido esperar por la respuesta. Esto dio lugar a un poco de discusión porque la telefonista de larga distancia argüía que el tiempo consumido en lograr aquella llamada habían sido menos de cuatro minutos tiempo reglamentario para esperar. Pero el hombre de la estación contestó que lo mismo daba que fuesen cuatro minutos que diez segundos, pues la persona que había llamado se marchó y él no tenía nada que hacerle.

—¿Y eso fue el lunes por la noche? —preguntó Mason.

—El lunes por la noche, un poco después de las siete.

—Mason dijo:

—Muy bien, gracias. No se vaya usted a la cama todavía, Paul; puede que aún tenga que trabajar.

—Claro que tendré que trabajar —dijo Drake—. Tendré trabajo esta noche también. ¡Tenga compasión, Perry! Concédame un poco de descanso.

—Usted puede descansar lo suficiente entre dos casos —dijo Mason—. Estese próximo a su oficina, Paul; creo que voy a precisar de alguna acción.

Mason colgó el auricular y luego llamó a la Jefatura de Policía y preguntó por el teniente Tragg.

La voz de Tragg sonaba cascada y fatigosa a causa de la falta de sueño, cuando contestó a la llamada de Mason y le dijo:

—No es a todo el mundo que yo le contesto a esta hora. ¿Cuándo va usted a darme esa clave que me prometió?

—Inmediatamente. Ahora mismo voy ahí. Espere por mí.

—Diablos, ya lo he estado esperando a usted.

—Muy bien. Ahora ya no tendrá usted que esperar ni quince minutos más. Voy a descerrajar la cámara de la amnesia de Fleetwood y abrirla de par en par para usted.

—No quiero que sea así —dijo Tragg—. Usted me proporciona a mí la dinamita y yo provocaré la explosión.

—Esto no se logrará en esa forma —dijo Mason—. Y le prometí que yo iba a hacerlo reventar y lo haré. Pero preciso ser yo quien lo haga. Porque si lo intenta usted, no dará resultado.

—Bueno, venga usted —contestó Tragg resignado—. Estaré en mi oficina esperándole.

Mason dijo:

—Muy bien, llegaré ahí en quince minutos.

Mason se puso el abrigo y salió rápidamente hacia la Jefatura de Policía.

La oficina de Tragg era impresionante, con las paredes decoradas con muestras de instrumentos utilizados por los delincuentes, tales como cuchillos, armas de fuego y matracas; debajo de cada una de estas armas había un cartel relatando la historia del caso respectivo en que habían sido utilizadas.

Por su parte, el mobiliario de la oficina parecía contar su propia historia dramática. Las macizas mesas de roble estaban quemadas en los bordes por los cigarrillos colocados encima, mientras alguien hablaba por teléfono, presto para entrar inmediatamente en acción al recibir aviso de cualquier homicidio o intento de él, olvidando así

después el cigarrillo que quedaba quemándose sobre la mesa. Aquí y allí había arañazos y abolladuras causados por cualquier agente al arrojar sobre la mesa un arma de fuego o un cuchillo que había capturado, o bien originado por un golpe desesperado sobre la mesa dado por algún prisionero con las esposas puestas.

—Bien —dijo el teniente Tragg—. ¿Cuál es el resultado?

Mason replicó:

—Fleetwood está ocultando pruebas.

—Usted me dijo eso por teléfono.

—Lo demostraré.

—Adelante. Hágalo.

—Haga venir aquí a Fleetwood.

—Pero él va a ser testigo por parte de la acusación.

—¿De qué?

—Bueno —dijo Tragg—, él...

—Exactamente —dijo Mason—. La memoria de este individuo está en tinieblas. No puede recordar nada. Por consiguiente no puede ser testigo.

—Puede ser testigo para algunas cuestiones preliminares.

—¿Sí? —dijo Mason sarcástico.

—Escuche, Mason. Si traigo a Fleetwood aquí y usted empieza a presionarlo interrogándolo... Bien, supóngase que después aparece ante el jurado como testigo y usted comienza a echarle encima cosas que él dijo cuando usted le interrogó aquí... Eso va a resultar endiablado...

—¿Para quién?

—Para mí.

—¿Y por qué?

—Porque yo le permití a usted interrogar a un testigo.

Mason replicó:

—Si su testigo no puede responder a preguntas cuando usted está aquí para ver que yo no presiono en forma alguna, de poco va a servir como tal testigo si usted lo lleva ante el tribunal y yo tengo oportunidad de rociarlo con preguntas, cuando nadie puede detenerme ni impedírmelo.

Tragg meditó sobre esto y luego dijo:

—Muy bien, Mason. Yo lo traeré aquí pero quiero que quede definitivamente entendida una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que yo controlaré el curso del interrogatorio. Y en cualquier momento que no me gusten sus preguntas, le diré a él que no le conteste. En cualquier momento que yo crea que usted se sale de sus casillas, mandaré marchar a Fleetwood y le enviaré a usted a que se preocupe de sus asuntos.

Mason bostezó, encendió un cigarrillo y dijo:

—¿Y ahora, qué estamos esperando?

Tragg echó mano al teléfono sobre su mesa y dijo:

—Mándeme a ese sujeto Fleetwood aquí. Quiero volver a hablar con él.

Momentos después un policía uniformado abrió la puerta y empujó a Fleetwood al interior de la estancia.

—Hola, Fleetwood —le dijo Mason.

Fleetwood lo miró y dijo:

—¡Usted otra vez!

—Síntese —le dijo Tragg—. Queremos hacerle unas preguntas.

—¿Quién quiere hacerlas?

—Ambos nosotros.

—Yo quiero dormir —contestó Fleetwood.

—Así lo queremos todos —anunció Tragg sombríamente—. Pero no parece que tengamos ocasión de hacerlo por ahora.

Mason le dijo a Fleetwood:

—Roberto, usted se llevaba bien con Beltran Allred, ¿no es así?

—Claro que sí.

—Lo que provocó el ataque de amnesia que usted sufrió ¿fue un golpe en la cabeza?

—Así fue.

—¿Y cómo ocurrió eso?

—¡Qué sé yo cómo ocurrió! Yo iba caminando por la acera en el garaje y repentinamente ¡zas! todo se apagó en mi cabeza como se apaga una luz. Después de eso, lo primero que recuerdo fue que me encontré rodando en un automóvil y usted me estaba hablando y llevándome a la Jefatura de Policía. Tengo recuerdos confusos de las cosas que ocurrieron mientras tanto, pero no sé lo que fueron. No tengo ni la más remota idea. Esa parte de mi existencia es una pura tiniebla para mí.

—Usted insiste en decir eso con tal estilo rutinario, que cuando

recita esa fórmula suena usted igual que una aguja atascada en un disco de fonógrafo.

Fleetwood miró a Tragg y le dijo:

—¿Y por qué se mezcla él en esto? ¿Tiene algún derecho a sentarse aquí y decir esas cosas?

Tragg iba a decirle algo a Mason, pero éste le dijo a bocajarro a Fleetwood:

—¿No puede usted recordar nada desde que recibió el golpe en la cabeza hasta que recuperó la memoria aquí en la estación de policía?

—No.

—¿Nada en absoluto?

—Le estoy diciendo que no. ¿Cuántas veces he de repetírselo?

—¿Durante todo ese tiempo no sabía usted quién era?

—No. Claro que no. Estaba sufriendo de amnesia. Sólo sé lo que los agentes me han dicho sobre lo que hice y lo que ocurrió.

—Es que quizá usted no habló con las gentes debidas —dijo Mason suavemente—. Pero he aquí que hay un hombre que se llama Leighton, que regenta una estación de gasolina a unas cinco millas de Springfield. Y este hombre dice que cuando la señora Allred se detuvo con su coche allí para adquirir gasolina y fue a los lavabos para señoras, usted corrió al teléfono y llamó al número Donnybrook 6981. En caso de que usted no lo recuerde, Roberto, o que esté sufriendo otro ataque de amnesia, ese número corresponde al teléfono de Bernice Archer.

—Bien, ¿y qué hay de malo en que la llamase? Es mi novia.

—Ya lo sé —dijo Mason—. Pero ¿sabía usted que era ella su novia durante el período en que estaba usted sufriendo de amnesia y no sabía en cambio quién era usted?

Fleetwood iba a decir algo pero luego se calló.

Mason prosiguió:

—¿Y cómo supo usted el número de ella si usted no podía recordar nada de su pasada existencia? ¿Cómo recordó usted el nombre de ella y cómo ocurrió que usted sabía que debía hacer esa llamada precisamente durante el minuto o los dos minutos de que disponía usted mientras la señora Allred estaba en los lavabos?

La silla de Tragg crujió cuando aquél sacó los pies que tenía colocados encima del cesto de los papeles y súbitamente se sentó

recto y tenso, preguntando:

—¿Cuál es el nombre de ese individuo Mason?

—Leighton.

—¿Y dónde está él?

—Regenta una estación de gasolina allí. Fleetwood conoce bien el sitio. Roberto le dirá a usted inmediatamente dónde es.

—Les estoy diciendo que yo no sabía quién era y...

—Pero usted recordó a su novia y recordó también el número de teléfono.

Fleetwood estaba silencioso, como hundido por las preguntas de Mason.

—Y ahora, vamos —dijo Mason— va usted a decírselo al teniente Tragg. ¿O quiere usted que vaya a buscar y traer aquí a Leighton?

—Yo no hice ninguna llamada —dijo Fleetwood a Tragg.

Mason hizo un gesto y dijo:

—Yo creí que toda esa parte de su vida estaba en tinieblas, Roberto. Recuerde que fue durante el tiempo que usted sufrió de amnesia que ocurrió eso. ¿Cómo es que usted sabe entonces que no hizo esa llamada?

—¡Usted se va al diablo! —gritó Fleetwood saltando de su silla. Y al propio tiempo echó su puño atrás en el aire para lanzar un golpe contra él abogado.

El largo brazo de Tragg se extendió rápido a lo ancho de la mesa, agarró a Fleetwood por el cuello de la camisa y lo hizo sentar violentamente de nuevo en la silla.

Mason ni siquiera se había movido cuando Fleetwood intentó golpearlo, ni mientras Tragg obligaba al prisionero a sentarse de nuevo.

Con toda calma, Mason encendió un cigarrillo con mano serena, lanzó el humo al techo y dijo:

—Ahí lo tiene usted Tragg. Éste es el asesino que usted buscaba.

—¿Qué dice usted? —gritó Fleetwood desencajado—. Usted no puede fraguar esto contra mí. Usted está tratando de proteger a su clienta, Lola Allred.

—Claro que lo estoy —dijo Mason—. Estoy tratando de protegerla descubriendo al verdadero asesino. Y aquí está, teniente. Aquí está un hombre que ha mentido consistentemente todo el

tiempo. Éste fue el último hombre que vio a Beltran Allred. A pesar del hecho de que afirma que se llevaba bien con Allred, eso no es cierto. Tuvieron una tremenda pelea exactamente momentos antes de que Fleetwood quedase sin sentido. Y no fue ningún automóvil lo que golpeó a Fleetwood. Él lo sabe tan bien como lo sé yo. Y ahora usted le ha sorprendido en una completa serie de mentiras. Primero dijo que no sabía absolutamente nada sobre quién era él, y estaba mintiendo. Y ahora dice que no recuerda nada de eso.

Fleetwood miró suplicante al teniente Tragg. Pero lo que vio en el rostro de Tragg no era en verdad nada tranquilizador.

—Muy bien —exclamó súbitamente Fleetwood—. Ahora diré la verdad, la verdad completa. Después pueden ver ustedes en qué situación me encontraba. Allred tenía un socio en algunos negocios de minas; un individuo llamado Jerome. Jerome era un ciudadano bastante peligroso. Al revisar algunos libros de contabilidad antiguos, descubrí dónde Allred se la había estado jugando a Jerome. Pero Jerome no era una clase de hombre con el que se pudiese jugar sin tener que afrontar después un montón de desagradables consecuencias.

»Cometí el error de dejar que Allred se diese cuenta de lo que yo había descubierto. Y primero intentó comprar mi silencio. Después trató de obligarme a guardar silencio con amenazas. Luego, repentinamente, se puso muy agradable y suave y empezó a decirme que todo había sido un error y que me lo explicaría todo presentándome algunas pruebas adicionales, pero que eso podía esperar hasta el día siguiente y que yo podía cenar con ellos esa noche y así nos olvidaríamos por unas horas de los negocios.

»Yo fingí estar de acuerdo completamente, porque sabía que el hombre estaba desesperado y yo no tenía armas. Repentinamente sentí miedo de lo que podía ocurrir. Y ya sólo quería salir de allí y por eso le dije que me iba a cambiar de ropas y que volvería para la cena. Yo me las había arreglado para hablar antes por teléfono con Jorge Jerome y le había dicho quién le hablaba; pero de repente Allred tuvo sospechas y volvió al despacho donde estaba el teléfono y tuve que colgar el auricular inmediatamente y fingir que estaba arreglando algunos ficheros. Él finalmente llegó a la conclusión de que yo no había telefoneado, pero mantenía su suspicacia y estaba alerta.

»Bien, cual ya digo, me dispuse a marcharme de allí diciendo que iba a mi casa a cambiarme de ropas y él era todo cordialidad dándome palmadas en la espalda y diciéndome frases afectuosas. Era una noche fea, oscura y lluviosa. Habíamos estado trabajando hasta bastarme tarde. Creo que serían aproximadamente las siete y media. La familia Allred cenaba a las ocho y cincuenta todas las noches. Abandoné el ala de la casa donde Allred tenía sus oficinas y eché a andar a través del patio caminando por el borde de aquella acera. Y créanme ustedes que al hacerlo no dejaba de mirar atrás de mí, pues estaba temblando de miedo.

»Yo había llegado al punto dónde comienza la senda para entrar los coches en el patio y a la vez al final de la acera, cuando súbitamente fue como si me hubiera caído un rayo en la cabeza y todo se apagó en mi mente. Claro es que yo pude haber sido golpeado por el automóvil que guiaba Patricia, pero mi instinto me dice que fue Allred quién me golpeó en la cabeza con una matraca y que probablemente me golpeó dos veces más para asegurarse, mientras yo estaba en el suelo.

»Y ahora ya sé lo que ocurrió. Patricia estaba llegando a casa a toda prisa. Su madre iba con ella. Ellas vieron que el automóvil de Allred se hallaba estacionado allí en forma que el parachoques delantero venía a estar prácticamente dentro de la senda para la entrada de coches, y ella hizo lo que era lógico. Giró bruscamente el volante, pero demasiado. Así el guardafangos del auto de Pat se metió por el extremo de la valla. Y eso era todo lo que Allred quería. Creyó que de esta forma había realizado el crimen perfecto. Lo único que no había advertido era el espesor, el grueso espesor de mi cráneo.

»Más tarde, él fingió hallarse muy preocupado porque Patricia me había golpeado con el auto. Patricia estaba medio enloquecida con el remordimiento. En el momento en que empecé a recuperar el conocimiento, me di cuenta que me encontraba en una situación comprometida. Para decirles a ustedes la verdad, en ese tiempo yo no sabía mucho sobre la señora Allred. Ignoraba yo hasta qué punto ella sabía o estaba en combinación con Allred, sobre lo que acababa de ocurrir. Lo único que yo sabía era que me sentía enfermo, no pudiendo apenas moverme y estando en manos de personas que querían matarme.

»Entonces se me ocurrió una brillante idea. Simulé que había recobrado el conocimiento. Tenía que hacerlo así. Allred estaba aprestándose para meterme en un auto y llevarme al hospital. Y yo sabía lo que esto significaba. Entonces abrí los ojos y seguidamente comencé a fingir la amnesia.

»Y creo que en eso engañé muy bien a Allred. Quizás él no estuviese completamente convencido pero aun siendo así, era para él una bonita manera de poder desprenderse de mí. Si yo en realidad padecía amnesia y no podía recordar quién era, ni cosa alguna de mis asociados, yo no estaría en condiciones de decirle a Jerome nada. Es más, yo ni siquiera podría recordar lo que había descubierto sobre los engaños de que Allred hacía víctima a su socio. Y así Allred tendría ocasión de poder cerrar un trato con Jerome muy ventajoso para aquél.

»Allred me hubiera matado si le fuera preciso, pero no quería hacerlo a menos que no tuviese más remedio. Entonces le dijo a su mujer que lo que había que hacer era llevarme a algún lugar donde yo pudiese permanecer tranquilo. Para eso, ella debería fingir que era mi hermana mayor y todos los demás detalles de una farsa semejante.

Fleetwood se volvió súbitamente hacia Mason y dijo:

—Deme un cigarrillo.

Mason le dio uno. Fleetwood lo encendió con mano tan temblorosa que tuvo que sujetarla con la otra para llevar el fósforo hasta el cigarrillo.

—Continúe —le ordenó Tragg.

Fleetwood dijo:

—Allred era muy vivo. Me envió lejos con su mujer en esa forma, pensando que si yo sufría genuina amnesia, él tendría tiempo de hacer algo a ese respecto. Pero para el caso de que yo estuviese fingiendo, comenzó a expandir el rumor de que me había fugado con ella.

»Pueden ustedes considerar pues la difícil situación en que él me había colocado. En esa forma, él podía darnos caza, matarnos a ambos y alegar que ésa era la verdadera ley aunque no estuviese escrita: tomarse la justicia por la mano.

»Bien: Allred se hacía pasar por mi cuñado y yo honradamente creí que si continuaba fingiendo que sufría de amnesia hasta que él

concluyese su transacción con Jerome, todo quedaría en eso. Pero yo odiaba esa duplicidad de conducta de Allred y estaba decidido a avisar a Jerome si se me presentaba la ocasión, y decirle a éste que se armase de un revólver y viniese a reunirse a nosotros, que efectuase un ajuste de cuentas cara a cara con Allred y que me llevase consigo.

»Pero nunca tuve ocasión de telefonarle sin que me sorprendiesen. Sin embargo, me pareció que yo disponía aún de cuatro o cinco días. Salimos de Springfield y recorrimos un centenar de kilómetros hacia el norte. Entonces, la señora Allred tuvo ocasión para telefonarle a su marido. Evidentemente él le dijo que regresase y fuésemos a alojarnos en el campo para automovilistas.

»Así lo hicimos. Fuimos al referido campo de descanso para esperar allí a Allred. Tomamos unas copas. Luego se presentó Allred. Nos dijo que reuniésemos nuestro equipaje pues teníamos que irnos a otro lado. Una vez que lo hubimos reunido y colocado en el coche, le ordenó súbitamente a Lola que se metiese en el departamento de equipajes del auto.

»Me di cuenta entonces de lo que estaba tramando y creo que él percibió que yo me había dado cuenta. Me puso el cañon del revolver contra las costillas y cuando su mujer intentó agarrarle el brazo le dio un golpe en el rostro. Ella comenzó a sangrar por las narices.

»Después, encañonándonos con el revólver, la obligó a meterse en el departamento de equipajes. Bajó la compuerta y la cerró con llave y me ordeno a mí que me pusiese al volante. Yo bien sabía que me apuntaba constantemente con su revólver. Me puse a conducir el auto. Pero créanme ustedes que mi intención era lanzar el coche fuera de la carretera y tratar de aprovecharme, si era posible, del accidente consecutivo. Pero Allred era muy listo y no me permitía ir a velocidad. Me dijo: «Ponga el coche en segunda y déjelo ir así».

—¿Y usted que hizo? —le preguntó Tragg.

—Bien, bien sabe usted lo que es ir rodando con un coche constantemente en segunda. Tiene usted un control absoluto del vehículo y resulta sorprendente lo que pueda hacerle a un acompañante que no espera una sorpresa. Doblamos una curva y entonces pisé fuerte el acelerador y el coche se lanzó con toda la fuerza de la marcha segunda. Por efecto del impulso, Allred fue

lanzado hacia atrás en el asiento mientras intentaba incorporarse y echarse hacia adelante, revólver en mano, en forma de poder continuar apuntándome; pero entonces eché los frenos de mano.

»A su vez el frenazo impulsó violentamente hacia adelante a Allred y su cabeza fue a chocar con el parabrisas. Le di un golpe en la cara al mismo tiempo que su cabeza chocaba con el parabrisas, le quité el revólver y le golpeé la cabeza con él.

»Se quedó sin sentido instantáneamente igual que se apaga una luz. Se desplomó en la esquina del asiento contra la puerta del lado derecho.

»Entonces empecé a sacarlo del coche. Pero tuve miedo de que si lo hacía podría recuperar el conocimiento y decirle a la policía cualquier historia que me enredaría con la ley como autor del robo del auto. Lo único que yo quería era verme lejos de todo ese conflicto. Decidí pues dejar allí a Allred y marcharme andando. Pero no quería hacer eso hasta que es tuviese cerca de una población o algún lugar habitado... y ahí es donde recuerdo a ese hombre llamado Overbrook.

—¿Qué hay sobre Overbrook? —preguntó Tragg.

—Yo no lo conocía, pero había visto en la oficina alguna correspondencia cruzada con él. Él y Allred habían estado asociados en un negocio de una mina y creo que Allred lo había desplumado. Pero de todo eso no estoy seguro. Lo que sí sabía por dicha correspondencia, era que Overbrook tenía un pequeño rancho aislado en la montaña y que la carretera para ir a él doblaba a unas pocas millas de donde habíamos parado. Se me ocurrió entonces continuar fingiendo amnesia. Yo sabía que si Allred recobraba el conocimiento y había un cuerpo a cuerpo y yo tenía que pedir auxilio, Overbrook se pondría de mi lado contra Allred.

»Pues bien, señores. Así estaban las cosas. Llegué con el auto un kilómetro después al sitio donde tenía que desviarme de la carretera. Seguí por el ramal de carretera mala hasta llegar a un cuarto de milla de la casa de Overbrook, y me salí de la carretera secundaria.

—Y mientras tanto ¿qué pasó con la señora Allred?

Fleetwood hizo una mueca y dijo:

—Créanme ustedes, pero la señora Allred ya había tenido más de lo que quisiera. Se las había arreglado para abrir por dentro el

cerrojo del departamento de equipajes valiéndose quizá de una herramienta del coche de las allí guardadas. Lo cierto es que logró liberarse de su encierro. Y así, en el momento en que yo paré nuevamente el coche, levantó la capota del departamento de equipajes, saltó a tierra y echó a correr como un corzo.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Yo la llamé diciéndole: «No hay peligro, Lola».

—¿Y ella qué hizo?

—Continuó su huida.

—Y después ¿qué? —preguntó Mason—. ¿Estaba muerto Allred?

—No, pero estaba todavía inconsciente. Respiraba, aunque, con dificultad y profundamente. Su respiración podía oírse en todo el automóvil tan pronto paraba el motor.

—¿Tenía usted el revólver de Allred?

—Sí.

—Entonces ¿por qué le tenía tanto miedo a Allred? Si usted estaba en posesión de su revólver, ¿por qué simplemente no abandonó usted el coche en la carretera, se marchó andando y...?

—¿Y a dónde me hubiera ido yo andando? —preguntó Fleetwood—. Hacía frío, lloviznaba, todo estaba mojado y allí arriba en la montaña la temperatura era para helarse. Yo quería encontrar un sitio para dormir y no deseaba andar errando por la carretera principal. Tampoco quería tirar con el cuerpo de Allred allí bajo la lluvia. Más bien, quería dejarlo dentro del coche para que, caso de que recobrase el conocimiento, pudiese irse en el auto a su casa. Lo único que yo deseaba era verme libre y lejos de él. Pero aparte eso y en tales circunstancias, me pareció una buena idea el continuar fingiendo amnesia. Yo tenía una novia, esa muchacha llamada Bernice Archer y... pensé que la amnesia resultaría una cosa práctica como pretexto siguiéndola en toda la línea.

—¿Y no había estado usted haciendo ya una comedia con Patricia Faxon? —le preguntó Mason.

—Todo depende de lo que usted quiera decir por comedia. Ella constituye un bocado muy sabroso. Puse siempre en ella mucha atención y traté de descubrir si ella me correspondería.

—¿Y le correspondió?

—No.

—¿Y la cosa no pasó de ahí?

Fleetwood dijo:

—Yo no soy un ángel de latón. Probablemente, yo hubiera arrojado por la borda a Bernice Archer y me hubiera casado con Patricia si ésta me hubiera puesto la luz verde de la aceptación. Por un momento creí en verdad que ella iba a hacerlo, pero no fue así. Patricia tiene capital propio, y su madre también tiene una fortuna que ella misma no sabe a cuanto alcanza. El hombre que se case con Patricia Faxon, ya no tiene que preocuparse por trabajar, y si sabe un poco sobre negocios de minas, puede cortar, para comérselo, él solo, un buen pedazo de pastel monetario. Sin embargo, yo no sé eso exactamente y lo único que hago, caballeros, es contarles lo que sé claramente. Bernice Archer era mi novia. Aún lo sigue siendo. Es una dulce criatura.

—¿La ha visto usted desde que está aquí? —le preguntó Mason.

—Claro que la he visto —dijo Fleetwood—. Cuando supo que yo estaba aquí, lo primero que hizo fue venir a verme. Estuvo conmigo cerca de una hora. Es una dulce criatura —volvió a repetir Fleetwood.

—¿Y le contó a ella toda esta historia? —preguntó Mason.

—No —replicó Fleetwood—. Continué pegado a la ficción de la amnesia. Pensé que ésa era la mejor solución para muchas cosas.

—¿Y ella lo creyó?

—No lo sé. En ese aspecto uno nunca puede estar muy seguro respecto a Bernice. Pero al menos aparentó creerme.

—¿Y no le dijo absolutamente nada de cuanto había ocurrido en la montaña?

—Claro que no. Le dije que yo no podía recordar nada de lo que había ocurrido desde que recibí el golpe en la cabeza en casa de Allred, hasta que recuperé la memoria en el momento en que me estaban trayendo a la Jefatura de Policía.

—Muy bien —dijo Tragg impaciente—. No se preocupe por sus asuntos amorosos. Dígame los detalles de lo que ocurrió. La señora Allred saltó del departamento de equipajes. ¿Y después estaba todavía levantada la capota de aquél?

—No. Una vez que ella saltó se cerró sola porque no la había levantado lo suficiente para que se sostuviese en alto.

—¿Y esa sangre que aparece en el departamento de equipajes?

—Debió de ser de la que vertió ella por las narices —contestó Fleetwood—. Es la única forma en que puedo explicármelo.

—¿Y después, qué hizo usted?

—Abandoné el coche dejando en él a Allred que aún estaba inconsciente pero que ya comenzaba a moverse mostrando síntomas de empezar a recobrar el conocimiento.

»Yo sabía que me encontraba a corta distancia de la casa de Overbrook. Salí del coche y agucé el oído. Oí los ladridos de un perro que me parecieron muy próximos. Di la vuelta en torno al auto, y cuando estuve en frente de él, agarré el revólver y lo arrojé al campo tan lejos como pude en la oscuridad. Verdaderamente debí lanzarlo muy lejos porque aún tardé bastante en oír el ruido de su caída contra el suelo. Luego eché a andar en dirección al sitio de donde parecían partir los ladridos del perro. Creo que caminé unos tres o cuatrocientos metros antes de llegar a la casa. Llamé a la puerta y después de unos momentos, Overbrook se levantó y me preguntó quién era yo y qué quería. Le contesté que creía que había sufrido un accidente, de automóvil o algo semejante, pues me había encontrado a mí mismo caminando por la carretera sin saber ni de dónde era yo ni cómo me encontraba allí.

»Overbrook sintió sospechas y me miró muy meticulosamente. Al fin dijo que sólo tenía una vivienda de soltero, que había un cuarto vacío que tenía un camastro y nada más. Y que el camastro tenía unas mantas pero no sábanas. Me dijo que si quería pasar allí esa noche podía quedarme. Le contesté que sería excelente, pues yo creía que recuperaría la memoria de allí a la mañana siguiente. Fui al cuarto que me indicó y esperé hasta que él volvió a acostarse. Se me había ocurrido deslizarme fuera de la casa y ponerme a la escucha para saber cuándo Allred recuperaba el conocimiento y arrancaba con su auto. Pero yo le tenía miedo al perro. Evidentemente Overbrook le había ordenado al perro que me vigilase, porque apenas intenté abrir la puerta unos milímetros, el perro estaba allí al pie de ella mostrando los colmillos y comenzó a gruñir.

»Retrocedí y me senté en el borde del camastro y debí de permanecer allí por espacio de media hora, cuando al fin oí el ruido del motor que se encendía y luego que el coche se alejaba.

—¿Y a qué hora llegó Allred al campo de automovilistas? —

preguntó Mason.

—Ahí sí que me sorprendió usted —dijo Fleetwood—. Allred me había quitado antes no sólo mi reloj sino todo cuanto yo llevaba encima excepto el dinero. Cuando fingí que estaba sufriendo de amnesia, Allred fue lo bastante vivo para desposeerme de todo cuanto pudiese servirme para probar mi identidad en caso de que yo acudiese a algún extraño. Así pues no tenía reloj. Me había quitado hasta el pañuelo porque tenía una marca. Me dejó limpio del todo como un silbato.

—¿Pero no le quitó el dinero?

—No sólo no me lo quitó sino que hasta creo que me metió los bolsillos unos doscientos dólares más de los billetes que yo llevaba. Sin duda él quería que yo llevase encima mucho dinero pero nada más.

Mason miró a Tragg.

El teniente se encogió de hombros.

—¿Y qué me dice del maletín de la señora Allred? —preguntó Mason.

—¿Que qué hay de eso?

—Sí. Cuando ella recogió su equipaje por orden de su marido ¿puso su maletín en el automóvil?

—Sí.

—Y entonces —dijo el abogado sarcástico— cuando ella saltó del departamento de equipajes y empezó a correr huyendo ¿quiere usted hacernos creer que se llevaba el maletín?

—No, no lo llevaba, señor Mason. Ella llevaba en la mano una llave de tuercas o algún instrumento de metal; eso es todo. Yo pude ver esa herramienta en sus manos. La luz posterior del coche la iluminaba.

El abogado sonrió triunfante:

—Pues cuando el coche fue encontrado el maletín de ella no estaba en él.

El rostro de Fleetwood mostró una expresión de desaliento:

—¿Cómo es posible que no estuviese...? Claro es que yo no pude verla a ella claramente.

Mason dijo con ironía:

—Es una historia fantástica. Ella se encuentra en peligro de muerte y sin embargo vuelve después a buscar su maletín.

—Espere un momento —dijo Fleetwood—. Voy a decirle lo que debió ocurrir. La señora Allred intentó regresar a la ciudad en algún automóvil de los que pasaron por la carretera y quisiera traerla. Allred recobró el conocimiento y comprobó que yo me había escapado. Entonces emprendió el regreso a la ciudad. Encontró a su mujer en el camino. Seguramente ella estaba haciendo señas a los automovilistas para que la trajesen, sin saber quiénes podían ser aquéllos. Cuando el marido detuvo el coche y trató de obligarla a subir a él, ella lo golpeó con la herramienta que llevaba en la mano. Fue entonces cuando debió de sacar el maletín del coche y arrojar éste al precipicio. Allred debió de encontrarla a ella más o menos en el sitio donde cayó el coche.

Mason lanzó una exclamación de incredulidad.

—Créame usted —dijo Fleetwood suplicante—. Allred tuvo lo que andaba buscando y si su mujer arrojó el auto al precipicio, indudablemente lo hizo en defensa propia. Apuesto a que si usted consigue que ella le diga la verdad, usted comprobará que el marido la recogió en la carretera, que trató de sujetarla y entonces ella lo golpeó en la cabeza con una herramienta. Ella...

El teléfono encima de la mesa de Tragg comenzó a sonar.

El teniente dudó un momento y luego agarró el receptor y dijo:

—Sí... ¿quién? ¡Oh! Sí, hola señor alguacil... exactamente. He conseguido nuevas luces en el asunto... muy bien, prosiga usted...

Tragg continuó con el auricular pegado al oído durante veinte segundos más escuchando atentamente. Frunció el ceño mirando a Fleetwood mientras escuchaba y luego dijo al teléfono:

—Desearía que usted les echase una mirada y yo iré con usted. Puede ser importante... Puedo ir dentro de diez minutos... Creo que eso significa algo. Creo que este asunto está empezando a ajustarse en sus partes para formar un cuadro perfecto... Muy bien, iré en seguida. Voy a hacer unas pocas preguntas y me pondré en contacto con usted. Esté usted preparado para marchar, por favor... Bien, adiós.

Tragg colgó el auricular y miró pensativo a Fleetwood durante unos segundos.

—¿En dónde detuvo usted el automóvil? —le preguntó.

—Ya se lo dije; aproximadamente a un cuarto de kilómetro de la casa de Overbrook.

—Ya sé, pero ¿cómo era aquel sitio?

—Bien —dijo Fleetwood—, no era un sitio muy bueno. Aunque parecía bueno en comparación con todo lo que con los faros del coche yo podía ver a los lados del camino. Era un lugar más bien elevado fuera de la carretera. Pero cuando llegué allí, descubrí que el terreno era demasiado blando.

Tragg dijo:

—Escuche Fleetwood; usted ya nos la ha jugado demasiado tiempo. Ésta es la segunda o tercera vez que se desdice y cambia su historia. Pero ahora si intenta engañarme una vez más voy a apretarle las clavijas de la ley.

—Yo ya estoy limpio de culpa —dijo Fleetwood—. Eso es la verdad.

—Espero que lo sea. Y ahora veamos: ¿dijo usted que la señora Allred saltó del coche y echó a correr?

—Así fue.

—¿Y después ella regresó?

—¿Regresar? —dijo Fleetwood riendo—. Usted no hubiera podido arrastrarla para que volviese al coche ni siquiera con un tractor.

—¿Está usted seguro?

—Claro que lo estoy. Ella tenía miedo de su marido y le sobraba razón para ello.

—¿Sabía ella que su marido estaba inconsciente cuando echó a correr para huir?

—Yo la llamé —dijo Fleetwood— pero ella continuó corriendo.

—¿Y qué dijo usted?

—No lo recuerdo. Sólo sé que le dije que volviese. Y luego le grité: «Yo tengo su revólver y él está caído inconsciente dentro del coche».

—¿Y qué hizo ella?

—Creo que continuó corriendo. Pero a esas alturas ella ya estaba demasiado lejos para que yo pudiese verla. Recuerde usted que ella estaba corriendo en dirección contraria por la parte posterior del coche y por lo tanto completamente a espaldas de los faros.

—¿Y dónde estaba usted?

—Yo acababa precisamente de dar la vuelta alrededor del coche y me encontraba parado junto a los faros.

—¿Entonces ella podía verle a usted con la iluminación de los faros?

Fleetwood pensó unos instantes y luego dijo:

—Sí, seguro, desde luego que podía verme. Yo estaba de pie exactamente frente a los faros. Y desde donde ella estaba parada podía verme con claridad.

—¿Entonces usted no sabe si ella continuó corriendo después que usted la llamó?

—Si he de decir verdad, no lo sé. La noche estaba oscura. Caía llovizna y apenas si uno podía ver la propia mano puesta delante de los ojos. Me costó mucho trabajo y di muchos trompicones antes de llegar a casa de Overbrook. No podía ver nada. Lo único que me era posible hacer era caminar hacia el sonido de los ladridos del perro.

Tragg hizo un movimiento de cabeza y dijo:

—Tengo la impresión de que usted está saliendo adelante, Fleetwood. Pero tiene usted que permanecer aquí todavía en custodia dos o tres horas más.

—Estoy conforme —dijo Fleetwood—. Yo estoy limpio de culpa y créame teniente que era una carga que me he quitado de la cabeza.

—¿Está usted seguro de que arrojó aquel revólver?

—Puede estar seguro de que lo tiré. Puede usted comprobar mi declaración si quiere, teniente. Puede encontrar el sitio donde dejé el coche y seguramente también encontrará el revólver. Lo arrojé frente al automóvil, a la izquierda, a una distancia de unos cien o ciento cincuenta pies. Ese terreno era blando y deben de haber quedado allí las huellas de mis pies.

—Las huellas ya fueron descubiertas —dijo Tragg con sequedad—. Yo voy ahora allí a verlas. Eso tiende a confirmar su declaración cien por cien. Y ahora dígame; ¿está usted seguro de que apagó el motor del coche cuando paró allí?

—Así fue.

—¿Y apagó los faros?

—No, los dejé encendidos.

—¿Entonces la posición del coche podía ser vista desde lejos con claridad?

—Sí.

—Y cuando usted dio la vuelta en torno al coche, ¿pasó frente a

él?

—Exactamente.

—¿Dónde estaba usted cuando arrojó lejos el revólver?

—De pie enfrente del coche.

—¿Entonces, los faros lo iluminaban a usted?

—Sí.

—¿Entonces cualquiera que estuviese parado a alguna distancia detrás del coche pudo ver perfectamente lo que usted hizo?

—Sí.

Tragg dirigió una mirada especulativa a Mason y le dijo:

—¿Su defendida le contó a usted algo de esto?

Mason dudó un momento y movió la cabeza negativamente.

—Pues debiera haberlo hecho —dijo Tragg.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Mason.

Tragg dijo:

—Ahora ya empiezo a poder unir las piezas sueltas de este asunto. Su defendida, Mason, corrió por la carretera. Después se paró. Oyó lo que Fleetwood le decía de que su marido estaba dentro del coche inconsciente. Ella esperó. Estuvo observando a Fleetwood cuando éste se puso frente al coche iluminado por los faros. Lo vio arrojar lejos el revólver. Y luego, lo vio marcharse hacia la casa de Overbrook. Y esperó. Tenía una herramienta en la mano y sabía que su marido quería matarla. Permaneció, allí esperando bajo la llovizna y en la oscuridad. Cuando vio que Fleetwood no regresaba, se acercó de puntillas al coche para comprobar si lo que Fleetwood había dicho era verdad. Y vio que así era. Su marido estaba aún empezando a recobrar el sentido.

»La señora Allred abrió la puerta del coche del lado izquierdo, subió a él y empezó a golpear a su marido en la cabeza con la herramienta. Después puso en marcha el coche, lo llevó a la carretera principal hasta el lugar donde había un precipicio; sacó su maletín, arrojó lejos la herramienta, volvió a subirse al coche y condujo este hasta el borde del precipicio dejándolo caer por éste con su marido en el interior. Después detuvo a un automovilista que pasaba y éste la trajo a la ciudad. Y ahora si ella quiere cooperar con nosotros, puede resignarse a aceptar la acusación de homicidio.

Mason dijo:

—Ella no hizo nada de eso.

Tragg sonrió con el aire de quien está en el secreto y dijo:

—Pues las huellas afirman que sí. Y las huellas no mienten.

Mason preguntó:

—Fleetwood: ¿si la historia que usted cuenta es cierta, cómo es que usted no...?

Bruscamente Tragg se puso en pie y dijo:

—Creo que ya es bastante, Mason.

—¿Cómo es eso? —preguntó el abogado.

Tragg sonreía y dijo:

—Usted me ha hecho un buen favor. Usted consiguió que este testigo cesase de andarse por las ramas. Ha contado una historia que encaja absolutamente con los hechos. Y ahora no quiero que usted la estropee. Ya tendrá usted oportunidad de interrogar a este testigo ante el jurado. Ahora podemos prescindir ya de más preguntas. Váyase usted a casa y duerma un poco.

Mason dijo:

—Hay un par de preguntas que yo quisiera hacerle, Tragg. Un par de puntos que quisiera esclarecer.

Tragg sonrió moviendo negativamente la cabeza.

Mason exclamó:

—De manera que yo desentrañé todo esto para usted. Yo...

Tragg se volvió hacia Fleetwood y le dijo:

—Diga lo que quiera Mason, usted, Fleetwood, no hable una sola palabra más mientras él esté en este despacho. ¿Comprendió usted?

Fleetwood asintió.

Mason reconociendo su derrota, arrojó el cigarrillo que estaba fumando y le dijo a Tragg:

—Muy bien, eso es muy bonito mientras dure.

Tragg hizo una mueca y replicó:

—Ésta es una ocasión en la que no sólo el cliente de Perry Mason tiene la cabeza metida en el lazo, sino que además fue el gran Perry Mason quien le puso aquél.

—Está bien —dijo Mason hosco—. Lo que yo quería era la verdad. Yo sabía que Fleetwood estaba mintiendo con eso de la amnesia.

—¿Y quién no lo sabía? —dijo Tragg—. Yo sólo estaba esperando a que reventasen en el momento oportuno. Pero cuando usted se presentó aquí, pensé que quizá usted lo ablandaría para mí.

Nunca creí que usted llegase hasta ese extremo a ser juguete entre mis manos.

—Ni yo tampoco —dijo Mason con crudeza, y abandonó la estancia.

Capítulo 16

El reloj de pared en la sala de visitantes de la cárcel del condado marcaba las nueve y diez minutos de la mañana. Mason estaba sentado a un lado de la fuerte verja de hierro que dividía la estancia separando a los visitantes de los detenidos. La señora Allred se hallaba sentada del otro lado. Al extremo de la división, una matrona aguardaba a que el abogado terminase su visita a su defendida.

—¿Qué le dijo usted al teniente Tragg? —le preguntó Mason a la señora Allred.

—Nada. No se ha acercado a preguntarme nada.

—Eso es malo —dijo Mason preocupado.

—¿Por qué es malo?

Mason le relató en esquema la historia contada por Fleetwood, mientras Lola escuchaba con extrema atención. Cuando el abogado terminó, hubo unos momentos de silencio.

Luego, Lola dijo con presteza:

—Todo eso es una mentira absoluta, señor Mason.

El abogado meneó la cabeza y replicó:

—Pues hay algo que confirma la declaración de Fleetwood. Yo todavía no sé lo que es. Si Tragg no la ha apremiado a usted a declarar, eso significa que la historia contada por Fleetwood tiene una buena confirmación en todos sus puntos. Por de pronto existen huellas. Y sólo cabe una explicación. El que usted no me ha dicho la verdad.

»Fleetwood se anduvo por las ramas diciendo esto y lo otro, pero cuando finalmente se decidió a contar la historia, lo hizo de una manera contundente. Y esa historia la coloca a usted en una posición según la cual usted es autora de un asesinato. Y lo bonito del caso es que hay provocación y hay también causa. La cosa está

tan bien cortada y ajustada, que el jurado tendrá que simpatizar con usted, pero no dejará por ello de declararla técnicamente culpable, probablemente de homicidio.

Lola dijo:

—Debió de ser Fleetwood quien lo mató, señor Mason.

El abogado movió la cabeza dubitativo y dijo:

—No estoy muy seguro de que sea así.

—Pero tuvo que ser él. Tuvo que ser Fleetwood o yo.

—Así parece, en efecto.

—Y a mí me consta que no fui yo quien lo mató.

Mason dijo:

—Bien quisiera encontrar la forma de hacer que el jurado compartiese la convicción de usted.

—Entonces ¿cree usted que yo estoy... comprometida y en una mala posición?

—La historia contada por Fleetwood —dijo Mason— suena de manera muy convincente.

—¿Incluso para usted?

Mason replicó:

—Siempre tengo por norma en mi carrera el creer siempre lo que dicen mis clientes.

—Y si yo no fuese su cliente, ¿la historia de Fleetwood le convencería a usted?

—Puede que sí —confesó Mason—. Quisiera saber lo que tiene usted que decir respecto a si estuvo usted metida en el departamento de equipaje del coche.

—Nunca estuve allí metida.

—¿Y sabe usted si estuvo otra persona?

—No lo sé.

—Pues hay manchas de sangre en el piso del departamento, la policía lo descubrió así.

—Eso tengo entendido.

—¿Y usted no puede explicar eso? ¿No sangró usted por las narices?

—No.

Mason dijo pensativamente:

—Sabe usted; si siquiera se le hubiese ocurrido a usted el contar una historia como la que relató Fleetwood, aunque adornaba con

algunas variaciones, eso hubiera producido algún resultado en todos los aspectos explicándolo todo, inclusive lo de la sangre en la alfombra del departamento de equipaje.

—Pero yo le dije a usted toda la verdad, señor Mason.

—Hay ocasiones —replicó el abogado— en que una artística mentira puede aplastar a la mejor verdad. Lo interesante es que la historia contada por Fleetwood es muy bellamente lógica y la coloca a usted bajo una luz muy simpática ante el público. Pero al mismo tiempo le cuelga a usted al cuello técnicamente la muerte de su marido. Yo quisiera que usted encontrase alguna forma de poder explicar el origen de la sangre en el departamento de equipaje.

—Bien, yo no puedo explicarlo.

—Pues ésa es la parte mejor de la historia de Fleetwood —dijo Mason—. Eso, explica en la propia defensa de él todo. Y le da a la policía un caso excelente contra usted.

—¿Contra mí?

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Yo no maté a mi marido, señor Mason.

—Bien —dijo el abogado—. Tiene usted que hablar. Las cosas han llegado a un punto ahora en que no hay más que la historia contada por usted frente a la historia contada por Fleetwood. La de usted no puede explicar satisfactoriamente algunas cosas, en tanto que la de Fleetwood sí las explica. Hay algunas pruebas que yo no conozco. Tragg está allá ahora investigándolas. Si esas pruebas corroboran la declaración de Fleetwood en la forma que yo me sospecho, entonces el crimen queda enteramente enrollado al pescuezo de usted, limitado todo a una acusación de homicidio, o quizás lograr una absolución bajo la atenuante de defensa propia, pero la responsabilidad por el golpe mortal no dejará de ser de usted.

—¿Y qué pruebas hay que pudieran corroborar ese golpe fatal?

—Pues por una parte hay huellas.

—Bien. Lo que yo he dicho es la verdad.

—Espero que lo sea —comentó Mason al propio tiempo que le hacía señas a la matrona, indicándole que la entrevista había terminado.

Capítulo 18

Era poco antes del mediodía cuando Drake dio en la puerta de cristales del despacho de Mason los golpes de nudillos de su código convencional.

Della Street abrió la puerta.

Drake entró, seguido por un hombre delgado, de unos cincuenta y tantos años.

—¿Recuerda usted a Berto Humphreys? —preguntó Drake—. Él trabajó para usted en el caso por asesinato de Melrose, Perry.

Mason asintió y dijo:

—Hola, Humphreys.

Humphreys hizo el ademán de cabeza rápido y hábil del hombre que tiene importantes informaciones que comunicar y quiere hacerlo en seguida.

—Siéntese —le dijo Drake— y cuénteles la historia. —Drake se volvió luego hacia Mason y dijo como en un paréntesis—: Tan pronto como recibí la llamada de usted esta mañana diciéndome que enviase un agente al rancho de Overbrook para que investigase las huellas en el terreno blando allí, le telefoneé a Humphreys. Éste se hallaba trabajando en nuestro caso en Springfield. Saltó en su automóvil y llegó antes que la policía allí; por lo menos con una hora de anticipación. Se las arregló para conseguir hacer un plano de todo, antes de que la policía oficial llegase. Los policías quedaron muy tristes y contrariados al encontrarle allí, pero no podían hacer nada en esa cuestión.

—Continúe usted ahora —le dijo Mason a Humphreys—. ¿Cómo fue eso? ¿Que encontró usted?

Humphreys sacó del bolsillo un papel, lo desdobló y dijo:

—Hice un mapa. Pero antes de que le muestre el mapa, señor Mason, mejor será que le diga en términos generales lo que ocurrió.

Llegué al rancho de Overbrook y le dije que había ido a investigar las huellas del automóvil. El creyó que yo pertenecía al servicio del alguacil mayor y entonces me contó todo inmediatamente.

—¿Y qué le dijo?

—Bien, parece ser que cuanto más pensaba Overbrook en la presencia allí de Fleetwood, más intranquilo se ponía. Estaba seguro por la forma en que su perro ladró de que había habido ruidos antes de que Fleetwood llegase caminando a llamar a su puerta. Y Overbrook llegó a la conclusión de que aquellos ruidos habían sido producidos por un automóvil y por gentes que hablaban cuando Fleetwood se apeó de él. Entonces Overbrook, que es una mezcla de cazador y de seguidor de huellas de caza, decidió seguir las de Fleetwood.

—¿Y logró encontrarlas?

—Sí. No inmediatas a la casa, pero sí muy razonablemente cerca de ella. Sabe usted; había estado lloviendo mucho el sábado y el terreno estaba blando, y luego continuó lloviznando siempre más o menos; así, la tierra estaba muy blanda. Esto le facilitó grandemente a Overbrook la tarea de seguir las huellas.

—¿Y qué hizo él?

—Siguió las huellas de Fleetwood desde la casa en sentido inverso, sin dificultad alguna y llegó a un sitio donde había estado estacionado un automóvil. Overbrook observó las huellas del auto y vio ciertas cosas que lo hicieron meditar mucho. Entonces, ni siquiera esperó. Continuó investigando.

—¿Está usted seguro de eso?

—Diablos, sí. Usted puede ver las huellas claras como el día. Se fue derecho al lugar donde el auto había estado parado, luego volvió hacia el sitio donde la parte delantera del coche había estado, giró y continuó andando, siguiendo las huellas, hasta que llegó a un camino rural de suelo ya duro. Entonces se volvió a su casa, cogió un tractor y le enganchó un carro, cargó este de tablas de un gallinero que había desmontado hacía tiempo, fue con el tractor al punto donde terminaban las huellas en el camino rural de tierra dura y con las tablas empezó a cubrir como con un pasadizo todas las huellas hacia atrás hasta donde había estado estacionado el auto y quedado las huellas de sus ruedas. Con gran habilidad en esa tarea, logró conservar intactas las huellas de los pasos y de las

ruedas del auto en el suelo y usted puede ver allí con claridad meridiana toda la historia de esas huellas. Overbrook es una persona buena y cuidadosa y creo que realizó la labor de preservar las huellas mejor que lo hubiera hecho la propia policía. En la forma que las cosas están ahora, y a pesar de la presencia allí de la policía pisoteándolo todo, todavía pueden verse las huellas... o por lo menos podían verse aun cuando yo me vine. Estaban preparando las cosas para tomar modelos plásticos de ellas.

—¿Y después, qué?

—Después que Overbrook colocó las tablas, se fue al teléfono que hay en el almacén y estafeta de correos y le telefoneó al alguacil mayor diciéndole lo que había descubierto, y el alguacil le telefoneó a Tragg. Le dijeron a Overbrook que regresase a su campo y que vigilase las huellas hasta que llegase la policía.

»Bien, yo llegué en esos momentos y empecé a investigar. Overbrook creyó que yo habla sido enviado por el alguacil mayor, me dio una voz indicándome el camino que tenía que seguir. Lo obedecí, llegué junto a él y me mostró lo que había hecho con las tablas y me contó lo que había encontrado. Hice un diseño de todo y acababa de realizarlo cuando aparecieron el alguacil mayor y el teniente Tragg. Se indignaron un tanto por mi presencia anticipada, pero como gracias a las tablas colocadas por Overbrook yo no había estropeado nada de las huellas, nada pudieron hacer para reprenderme. Claro es que me obligaron a marcharme y seguramente me habrían quitado el plano que yo había hecho si hubieran sabido que lo tenía. Pero Overbrook no dijo nada de esto hasta que yo ya me había alejado y a esas alturas ya los policías tenían bastantes preocupaciones propias, pues estaban haciendo planos y tomando fotografías.

—Veamos ahora ese mapa —dijo Mason.

Humphreys extendió el papel sobre la mesa.

—Aquí lo tiene usted todo. Aquí está el lugar donde el automóvil abandonó la carretera rural.

—¿Y no hay duda alguna de que sea el mismo auto? —preguntó Mason.

—En apariencia no. Dónde el coche estuvo estacionado, el terreno era muy blando, pero en el sitio donde el auto salió del camino, pueden ver se las huellas de las cuatro ruedas con claridad

meridiana. El auto de la señora Allred tenía cubiertas nuevas en las ruedas y había tres marcas diferentes de cubiertas. Cómo el coche estaba dando la vuelta, hay un punto donde las huellas de cada una de las ruedas está perfectamente impresa en el suelo, lo mismo que si las hubiera impregnado de tinta calcándolas luego sobre papel. Puede usted ver cada detalle con absoluta claridad.

»Yo había diseñado previamente las líneas características de cada una de las cubiertas del coche de la señora Allred cuando la policía lo encontró en el precipicio. Por lo tanto no hay duda de que estas huellas son las del coche de la señora Allred, a menos que sea otro coche equipado con sus mismas cubiertas o unas absolutamente idénticas.

Mason asintió y dijo:

—Sólo quería poner bien en claro ese punto.

—Bien —dijo Humphreys señalando al diagrama—. Aquí estamos. El caminó sigue bordeando la tierra arable. En este lado hay una valla de un sembrado de alfalfa. Donde el auto abandonó el camino, la tierra es blanda. Vea usted las huellas tan claras como sobre la nieve fresca. Y ahora vea este diseño. Aquí está donde el auto se salió del camino. Subió hasta aquí y se paró. Y por las huellas puede ver a Fleetwood apeándose; aquí están sus pisadas junto al sitio que correspondía al lado de la puerta izquierda. Vea usted como luego caminó dando la vuelta hacia el frente del coche cruzando ante la luz de los faros. Sus pisadas indican que se volvió ligeramente cuando llegó aquí enfrente mismo de los faros, parándose durante unos segundos. Aquí fue donde él estaba cuando llamó a la señora Allred, después que ella saltó fuera del departamento de equipaje del coche.

—¿Y vio usted las pisadas de *ella*?

—Aquí están en el diagrama. Ella saltó del departamento de equipaje, pues éste es el sitio donde la parte posterior del coche tenía que encontrarse. Al saltar a tierra se ve por sus pisadas que echó a correr y puede apreciarse que corría tanto como podía en dirección a la carretera principal. Pero ese camino a la carretera principal tiene la superficie pedregosa y allí ya no se le pueden seguir las huellas. Sin embargo, no pudo ir muy lejos. Debíó de quedarse por allí esperando. Según la historia contada por Fleetwood, debió de ser entonces cuando éste la llamó y le dijo que

su marido estaba sin sentido y que no había peligro.

Mason hizo un movimiento de cabeza y el agente prosiguió:

—Y ahora usted puede ver sus huellas bien claras. Ella siguió por el camino un rato pero no debió ir muy lejos. Seguramente meditó y luego se volvió atrás. Aquí están sus huellas señalando que regresó. Sus pisadas se dirigen rectas como un hilo hacia donde el auto se hallaba estacionado y en dirección a la puerta del lado izquierdo... el sitio del conductor.

—¿Y luego que ocurrió? —preguntó Mason.

—Conforme a las huellas, ella subió al coche y marchó con él.

—¿Y cómo sabe usted que lo hizo?

—Imagínese usted mismo —contestó Humphreys—. Yo estudié cuidadosamente las huellas de las pisadas y del coche. Este diagrama revela lo que ocurrió. Ella salió del coche, corrió por el camino y después regreso a aquél. Fleetwood salió del auto y se dirigió a la casa de Overbrook. Ésas son las únicas huellas que existen. El coche estaba parado sobre terreno blando. Nadie podía subir o apearse de él sin dejar las huellas de sus pisadas. Si Fleetwood hubiese regresado al auto hubiera dejado huellas de sus pasos.

—¿Y las huellas de los pasos de Overbrook? —preguntó Mason.

—Fueron hechas solamente esta mañana. Puede usted seguirlas claramente en una línea completamente firme y recta. El salió de su casa cual ya le mostré. Empezó a cruzar sobre las huellas del coche pero luego lo pensó mejor cuando se dio cuenta de la importancia que tenían. Y volvió a buscar el tractor y colocó las tablas.

—¿No cree usted que alguien pudiese ir al coche o abandonarlo teniendo cuidado de ir de puntillas sobre la tierra blanda y...?

—Imposible —replicó el agente—. La tierra es tan blanda que hasta pueden verse las huellas de las patas del perro de Overbrook. Aquí en el diagrama puse una serie de puntitos para señalar donde están las pisadas del perro. Lo que quiero afirmar es que la tierra está allí tan blanda, que hasta las patas del perro dejan marcada su huella muy clara y honda.

—¿Y no hay duda de que éstas son las huellas de los pasos del propio Fleetwood?

—Ninguna duda. Pueden verse saliendo del coche y caminando alrededor de él. Y aquí está donde él estuvo de pie y se volvió a

mirar a la señora Allred. Y aquí donde volvió a echar a andar hacia la casa de Overbrook.

Mason estudió pensativa y cuidadosamente el diagrama y luego dijo:

—¿Está usted seguro de que recogió y marcó aquí todo?

—Absolutamente todo.

Mason añadió:

—Si estas pruebas son verdad, resultan en extremo importantes.

—Son verdad. Todo está allí grabado sobre el suelo. Nadie pudo subir o bajar del coche sin dejar huellas.

—¿Y no habría forma que alguien pudiese acercarse al coche sin dejar huellas?

Humphreys movió la cabeza de expresión contundente.

—¿Ni siquiera buscando alguna forma de hacerlo sobre terreno duro?

—No hay ningún terreno duro allí.

—O por medio... Espere un momento —dijo Mason—. ¿Y no sería posible valiéndose de una cuerda? ¿No hay allí sobre el mismo lugar ramas colgantes de árboles?

—No hay un solo árbol en cien pies a la redonda. Más allá hay algunos arbustos de roble. Pero están tan lejos que no pudieron ser utilizados en ningún sentido. No, señor Mason; puede usted creer en lo que le digo. Examiné la situación y el lugar con todo detenimiento. Nadie hubiera podido subir al coche o apearse sin dejar sus huellas en el suelo. Y las que figuran en este mapa, son todas las que existían en el terreno. Cuando el coche salió del camino y se estacionó en la tierra más blanda, había por lo menos dos personas en él. Una de ellas era la mujer que evidentemente estaba en el departamento de equipaje, y la otra era un hombre que estaba en el asiento del conductor o que se apeó por su lado. Ese hombre caminó en torno al coche, estuvo parado enfrente de los faros y movió sus pies en forma que indicaban, primero que había estado mirando hacia la parte posterior el coche, y segundo que había lanzado el revólver a lo lejos. Después continuó caminando recto hacia la casa de Overbrook. La mujer regresó, se metió en el coche y se llevó éste. Ésa es la única forma en que el auto pudo haber sido sacado de allí. La mujer volvió, se subió en el asiento del conductor y marchó con el coche. Las huellas revelan esa historia.

Cualquier otra persona, que estuviese dentro del coche mientras permaneció allí estacionado, se quedó dentro de él.

»Usted puede ver por las huellas donde el coche dio marcha atrás. La tierra estaba allí un tanto blanda y el coche patinó un poco al dar marcha atrás. Y luego fue conducido al camino pedregoso.

Mason volvió a estudiar el mapa, mientras sus dedos tamborileaban sobre el borde de su escritorio.

Luego de un rato, Drake dijo:

—Bien, creo que todo es así, Perry.

Mason asintió con un gesto.

—Desde luego —dijo Mason después de un momento— y no creo que se puedan comprobar esas huellas tomándolas como medio de identificación. Es decir, había una *mujer* en el departamento de equipaje. Esa mujer saltó a tierra, caminó por la carretera rural, después regresó, se metió en el auto y se marchó con él. Pero esas huellas no identifican a la señora Allred personalmente sino que revelan sólo a una *mujer*.

—Sí, pero la historia contada por Fleetwood identifica a esa mujer como siendo la señora Allred —dijo Drake.

—Pero Fleetwood ha mentido incontables veces hasta ahora —repuso el abogado.

—Mas, en esta cuestión tiene pruebas —señaló Humphreys.

Mason dijo:

—No me fío de ésa Bernice Archer, Paul. Bien puede haber sido ella la mujer encerrada en el departamento de equipajes.

—No hay posibilidad alguna de ello —dijo Drake—. Recuerde que Bernice Archer estuvo en la ciudad el lunes por la noche. Recibió aquella llamada hecha por Fleetwood desde la estación de gasolina cerca de Springfield. Tuvo una amiga pasando la noche con ella en su casa. Estuvieron hablando sentadas hasta la una o las dos de la mañana y luego se acostaron. Y había una sola cama en el apartamento. Yo he comprobado la historia contada por Bernice en todos sus extremos. Estuvo en su apartamento toda la noche. Recuerde que la señora Allred paró en la estación de gasolina a eso de las siete de la tarde y que el regente de esa estación la recuerda, recuerda el coche y recuerda a Fleetwood. Luego, el auto se despeñó a eso de las once de la noche. Quizás pudiese haber sido a eso de las diez y media, probablemente media hora antes de que se

parasen el reloj del tablero del coche y el de pulsera de Allred.

—¿La policía no cree que el coche fuese lanzado al despeñadero cuando ambos relojes pararon?

—No. La policía cree que fue la señora Allred quien puso ambos relojes adelantados para poder así procurarse una coartada.

Mason se levantó de su asiento y se puso a pasear por la estancia.

—Usted tiene que presentar esta prueba sometiéndola a consideración del jurado cuando llegue la hora —dijo Drake señalando el mapa diseñado por Humphreys.

—Ya lo sé.

Drake añadió:

—Esta prueba es el factor de control en el conjunto del caso. Cualquiera que sea la historia que cuente su defendida, Perry, tiene que coincidir con la prueba de estas huellas.

—Su historia no coincide con eso, Paul.

—Pues tiene que coincidir a la hora en que ella comparezca ante el jurado.

Mason dijo:

—Si ella está diciendo la verdad, Fleetwood debió de valerse de alguna otra mujer, la metió en el departamento de equipajes, la hizo apearse y correr, después regresar y marcharse con el coche. Y si mí defendida miente, entonces es que está tratando de encubrir y proteger a alguien. Pero la incógnita es *¿a quién?*

—A Patricia —dijo Drake.

—Bien pudiera ser. Pero ¿cómo podía hallarse Patricia en el departamento de equipajes del coche de su madre? ¿Sabemos acaso dónde estaba ella el lunes por la noche, Paul?

—Con seguridad, no.

—Pues averígüelo.

—Trataré de ello.

—Esas huellas, señor Mason... —dijo Humphreys—. Si usted puede encontrar la manera de imaginarse la forma en que esa mujer pudo salir del coche después que regresó, usted es más inteligente que yo. Ella tenía que ser un ángel y poseer alas. La historia está escrita en el suelo con esas huellas. Ella volvió al coche y se lo llevó.

—¿Y Fleetwood estuvo en el auto sólo esa vez que usted dice?

—Exacto. Usted puede ver sus huellas abandonando el auto. Y ya no regresó a él.

—A menos que Overbrook esté mintiendo sobre la hora en que colocó las tablas —dijo Mason— y...

—No hay posibilidad de eso —replicó Humphreys—. Hablé con el vecino de Overbrook. Y éste lo vio colocando las tablas allí esta misma mañana. Overbrook le dijo que estaba resguardando con las tablas unas huellas en las cuales el alguacil mayor podría estar interesado. El vecino estuvo parado observándolo colocar las tablas y se marchó después a la oficina de correos. Unos minutos después también llegó al correo Overbrook para telefonarle al alguacil mayor.

—Bueno, no hay más remedio que aceptar la historia de Fleetwood —dijo Drake—. Cuando al fin dijo la verdad, realizó un excelente trabajo.

Capítulo 18

D. T. Danvers, conocido entre sus íntimos por el apodo de el «Detallista» a causa de su apasionada devoción por los más pequeños detalles en los juicios en que participaba, había sido designado por el fiscal general del distrito para actuar como acusador público en las audiencias preliminares en el proceso de Lola Faxon Allred.

Danvers era un hombre grueso, de ancho cuello, siempre agresivamente decidido a salirse con la suya en una sala de tribunal, pero poseía un carácter cordial hacia sus oponentes. Así, en este día, al hacer entrada en la sala de la justicia, se detuvo unos instantes para estrechar la mano de Mason antes de que se abriese la audiencia.

—Bien —dijo el acusador—. Me imagino que esto va a ser lo de costumbre. Usted va a sentarse aquí haciendo objeciones, tratando de hacernos revelar cuanto le sea posible de nuestra posición a fin de que usted pueda actuar contra ella como franco tirador, y luego cuando le llega a usted la vez, usted se dobla como una tienda de campaña a la que se le ha roto el alambre de sostén y grita: «Señor Presidente: creo que la acusación pública ya ha presentado pruebas suficientes para garantizarle al tribunal la presentación del acusado y bajo esas circunstancias yo no veo utilidad alguna en presentar ningún argumento de defensa por el momento».

Mason se rió de la parodia de su persona hecha por el acusador y dijo:

—¿Qué es lo que ocurre, Danvers? ¿Acaso viene usted de hacer alguna campaña política y en el viaje se le cayó la tienda encima?

El juez Colton subió al estrado y dijo:

—La acusación pública va a proceder contra Lola Allred. Señores: ¿cuál es el estado de este caso?

—La acusada se encuentra presente en esta sala, acompañada de su defensor —dijo Danvers—. Y la acusación pública está presta para proceder.

—La defensa también está presta —anunció Mason.

—Llame a su primer testigo —ordenó el juez Colton.

El primer testigo de la acusación era el médico que había realizado la autopsia del cadáver de Beltran Allred. El médico describió las heridas que presentaba el cadáver, en términos técnicos, explicó las causas de la muerte y expresó la opinión personal de que la muerte había sobrevenido entre las nueve y las once de la noche del lunes.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo el acusador a Mason.

—Las heridas que usted acaba de describir —dijo Mason— y que causaron la muerte del occiso, ¿pudieron ser todas ellas producidas por una caída desde una altura de un centenar de pies mientras la víctima se hallaba dentro del coche?

—Sí, todas, con la excepción posible de un golpe que presentaba en el cráneo, ocasionado probablemente con un instrumento circular cuál el tambor de un revólver o una lleve de tuercas o un pequeño pedazo de tubo grueso.

—¿Esa herida no pudo ser producida al golpear la cabeza en la caída contra algún objeto, cual el borde del tablero del coche o el lado del volante?

—No creo que pudiese ser así.

—¿Pero sabe usted que no *pudo* ser?

—No, no puedo estar seguro. Naturalmente hay una cierta dosis de conjetura en todo esto. El lugar final donde se detuvo el coche en la caída y donde fue descubierto el cadáver, creo que estaba a cierta distancia del sitio donde golpeó primero el coche al caer. Sin embargo, cuando al caer el auto recibió el primer golpe, se produjo un impacto de considerable fuerza.

—Eso es todo —dijo Mason.

Un técnico de los laboratorios de la policía, testimonió después haber analizado una alfombra similar a las usadas en los departamentos de equipaje de los autos. Había en ella manchas que declaró eran de sangre humana.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Danvers a Mason.

—¿Qué tipo de sangre es éste? —preguntó Mason—. ¿A qué

grupo pertenece?

—Al tipo O.

—¿Y sabe usted cuál es el tipo de sangre de la acusada?

—Es también del tipo O.

—¿Y sabe usted cuál era el tipo de sangre del occiso, Beltran Allred?

—No, señor. Lo ignoro. No la analicé.

—Entonces usted simplemente descubrió que el tipo de sangre que estaba en esa alfombra que usted suponía era la del compartimiento de equipajes del coche de la acusada, era del mismo tipo de la de ella. Después de comprobar eso, usted ya no investigó ni tuvo interés en nada más. ¿No es así?

—Bien, yo...

—Contesté usted si es así o no.

—No.

—Bueno, entonces ¿qué hizo usted después?

—Pues yo... realicé una cuidadosa investigación para comprobar si era sangre y luego si era sangre humana.

—¿Y después la clasificó usted?

—Sí.

—¿Y encontró que era del tipo O?

—Sí, señor.

—Y a propósito ¿no sabe usted que entre un cuarenta y un cincuenta por ciento de toda la raza humana tiene sangre del tipo O?

—Bien... sí...

—¿Y usted estaba ya seguro, incluso antes de haber hecho el análisis, que su resultado demostraría que esa sangre pertenecía al cuerpo de la acusada?

—No, exactamente.

—¿Entonces por qué clasificó usted la sangre de la acusada y la de la alfombra de que habló?

—Bien, yo sólo quise probar que esa sangre podía proceder de la acusada. Expuesto eso yo ya no podía demostrar nada más.

—¿Y usted no analizó ni clasificó la sangre del occiso?

—Espere un momento. Sí, también lo hice. Tengo algunas notas sobre eso. Si usted me perdona unos momentos...

El testigo extrajo del bolsillo una libreta de anotaciones y dijo:

—El análisis de la sangre estaba relacionado con otras cuestiones y... sí, aquí está. El occiso tenía también la sangre del tipo O. Esto no tiene significación especial porque como usted señaló, entre el cuarenta y el cincuenta por ciento de la población blanca del mundo tiene ese tipo de sangre. El objeto de mis análisis no era demostrar que la sangre procedía de la acusada sino que podía proceder de ella.

—Y también podía proceder de cualquier otra persona comprendida en el cincuenta por cien de la población blanca del mundo —replicó con un deje irónico Mason.

—Sí, efectivamente.

—Eso es todo —dijo el abogado.

Después un policía de tráfico por carretera describió haber inspeccionado el coche de la tragedia con el cadáver de Allred dentro, y dijo que el coche estaba en segunda cuando cayó por el precipicio y que al parecer había sido deliberadamente lanzado allí y fuera de la carretera.

Mason no interrogó a este testigo.

—Roberto Fleetwood: comparezca a declarar —dijo Danvers.

Fleetwood juró, pasó al estrado de los testigos e hizo su declaración dando un detallado relato de los acontecimientos que llevaron a que Allred fuese encontrado con él y con la señora Allred en el campo para automovilistas, a eso de las diez de la noche del lunes.

—¿Y luego qué ocurrió? —preguntó Danvers.

—El parecía bastante cordial. Continuaba fingiendo ser mi cuñado. Me estrechó la mano y me preguntó cómo me sentía y si había empezado a recobrar la memoria. Le contesté que no y luego Allred dijo que teníamos que abandonar aquella hospedería porque tenía mejores alojamientos para nosotros un poco más allá, en la misma carretera.

»Yo no tenía equipaje, excepto mi máquina de afeitar y algunos artículos de aseo personal que Beltran Allred me había dado. La señora Allred tenía un pequeño maletín. Así, estuvimos prestos en seguida para marcharnos.

»Entonces, él había levantado la capota del departamento de equipajes en la parte posterior del coche para poner allí el maletín de la señora Allred, cuando repentinamente sacó del bolsillo un

revólver y le ordenó a ella que se metiese allí dentro agazapada. Ella se negó. Él la golpeó fuerte en la cara y entonces ella comprendió que él estaba decidido a todo. Se encogió y se metió en el departamento referido y entonces vi que ella sangraba por las narices.

En un estilo convincente, Fleetwood prosiguió su relato, contando cómo después había sometido y desarmado a Allred, y el viaje al rancho de Overbrook. Su declaración se ajustaba casi íntegramente, palabra por palabra, con la historia que le había contado a Tragg y Mason previamente.

—¿Conocía usted a Overbrook?

—No, personalmente. Pero sabía bastante de él por los libros de contabilidad de Allred. Había sostenido alguna correspondencia con nosotros sobre un negocio de una mina. Y yo sabía que él no me entregaría ni me dejaría en manos de Allred.

—Y entonces ¿qué hizo usted?

—Pues bien —contestó—, yo había estado simulando sufrir de amnesia. Y pensé que sería provechoso continuar haciéndolo. Conduje el coche hasta la finca de Overbrook y a eso de un cuarto de kilómetro antes de llegar a la casa, salí con el coche del camino para estacionarlo en lo que parecía un excelente lugar abierto para ello. Pero resultó ser un terreno blando sobre el que vertían aguas del campo de las alturas, a ambos lados, y esto unido a las recientes lluvias había ablandado mucho la tierra, a pesar de lo cual el auto entró bien allí.

—¿Entró en segunda velocidad?

—Sí, creo que en segunda.

—¿Luego, qué ocurrió?

—Paré el coche, una vez fuera del camino.

—¿Y después?

—Evidentemente la señora Allred, utilizando una llave de tuercas, había conseguido correr el cierre de la capota del departamento de equipajes donde estaba encerrada...

—¿Sabe usted si ella utilizó una llave de tuercas?

—No. Todo lo que sé es que cuando ella fue encerrada allí, la cubierta se cerró, pero cuando yo paré el coche ella había abierto la cercadura.

—¿Y qué sucedió?

—Pues que apenas paré el coche, ella alzó la capota de su encierro y saltó a tierra y echó a correr.

—¿En qué dirección?

—Hacia la dirección por donde acabábamos de venir.

—¿Le dijo usted algo?

—La llamé y le dije: No necesita usted correr. Él está inconsciente. Completamente inconsciente.

—¿Le contestó algo ella?

—No. Sólo continuó corriendo.

—¿Pero la voz de usted fue lo suficientemente alta para que ella pudiese oírle?

—Seguro, ella me oyó.

—Y luego ¿qué?

—No me preocupé más por ella. Me acordé que yo tenía todavía el revólver de Allred. Y arrojé lejos ese revólver; tan lejos como pude.

—¿En qué dirección?

—Creo que hacia el norte... Bien, hacia la parte noreste del coche.

—Luego ¿qué ocurrió?

—No había luz alguna en la casa de Overbrook pero oí los ladridos de un perro y me guí por ellos. Caminé directamente a la casa de Overbrook.

—¿Volvió usted a la carretera?

—No. Me limité a seguir en línea recta hacia donde ladraba el perro.

—¿Qué pasó después?

—Overbrook se levantó de la cama y le pregunté si podía darme alojamiento, diciéndole que yo no sabía quién era ni nada sobre mí mismo.

—¿Y él accedió?

—Sí, me dio un camastro.

—¿Se acostó usted?

—Sí.

—¿Y abandonó usted el lecho en algún momento durante esa noche?

—No. No hubiera podido. El perro me estaba vigilando.

—¿Quiere usted decir, el perro de Overbrook?

—Sí.

—¿En dónde estaba el perro?

—En el vestíbulo de la casa.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Porque me senté en la cama y se me ocurrió echar un vistazo para ver lo que ocurría. Había oído el ruido del motor del coche y me pregunté si Allred había recobrado el conocimiento. Intenté abrir la puerta y mirar, pero el perro estaba allí y me gruñó.

—¿Y no había ninguna ventana allí?

—Ésa es la cuestión. Mi cuarto estaba en el otro lado, el posterior, de la casa, por consiguiente yo no podía ver en dirección a donde había dejado el coche. Quise pues salir del cuarto y mirar por la ventana de la otra habitación.

—¿Ésa es una casa más bien simple?

—Sí.

—¿Consiste de dos habitaciones?

—Cuatro habitaciones. Había un cuarto donde dormía Overbrook, otro donde dormí yo, una pequeña cocina y un vestíbulo.

—¿Overbrook estaba solo allí?

—Sí. Estaba viviendo solo.

—¿Qué ocurrió después de eso?

El testigo hizo un gesto y prosiguió:

—Caí en mi propia trampa de la amnesia fingida. El señor Perry Mason fue allí con un auto y me identificó llevando consigo a una muchacha que aseguraba que yo era su marido que se había perdido. Yo nada podía hacer contra eso, sin revelar a Overbrook que le había estado mintiendo con lo de la amnesia y no me encontraba en situación de hacerlo. Más bien creí que sería mejor, para mí el fingir que no recordaba nada de cuanto había ocurrido desde que había recibido el golpe en la cabeza; por consiguiente me dejé llevar con ellos.

—¿Y qué pasó luego?

—El señor Mason me llevó a la Jefatura de Policía.

—Puede usted interrogar al testigo —dijo Danvers a Mason.

Mason le dijo a Danvers:

—Supongo que tendrá usted un mapa preparado en el que se ve el lugar donde fue estacionado el automóvil y los demás detalles.

Usted, eventualmente, podrá presentarlo. En ese caso, ¿por qué no presentarlo ya ahora mismo como prueba y darme así ocasión de interrogar a este testigo en lo relacionado con ese mapa?

—Muy bien —dijo Danvers alargándole un mapa a Mason, que era similar al diagrama que Humphreys había diseñado para Paul Drake.

—Identificaremos este mapa inmediatamente si usted quiere, con el testimonio del supervisor que hizo el...

—No creo que sea necesario —replicó Mason—. Puede usted hacer comparecer al supervisor más tarde; pero ahora tenemos a Fleetwood en el estrado y mejor será que acabemos primero con él.

—Muy bien. Y aquí están también algunas fotografías de las huellas.

—Yo llamo la atención de usted sobre este mapa —dijo Mason a Fleetwood— y le pregunto si éste puede ser un mapa exacto o diagrama, relativo a las inmediaciones de la casa de Overbrook.

—Sí, señor. Así es.

—¿Y dónde abandonó usted el coche?

—En este lugar —dijo Fleetwood señalándolo en el mapa.

—¿Y hacia dónde estaba el departamento de equipajes del coche?

—Exactamente hacia aquí. Exacto aquí donde ve usted las huellas de pasos de mujer... los puntos marcados aquí con las palabras «*Huellas de pies de mujer, corriendo*». Usted ve que empiezan ahí. Y ahí es donde estaba situado también el departamento de equipajes. Los pasos se dirigen camino abajo.

—¿Y ahora —preguntó Mason— ve usted aquí una serie de puntos marcados con las palabras «*Huellas de pies de mujer regresando*»?

—Eso es.

—¿Y qué son éstos?

—Bueno, claro es, yo no sé lo que son. Yo creo que es aquí dónde...

—No se preocupe de lo que usted cree —interrumpió el acusador Danvers—. Usted limite sus respuestas a lo que sabe y yo haré que el señor Mason limite sus preguntas a los hechos. Señor presidente, yo me opongo a esa pregunta del defensor en razón de que reclama una respuesta conclusiva del testigo...

—Su objeción habría sido aceptada —dijo el Juez Presidente—, pero la pregunta ya ha sido hecha y contestada.

—No ha sido contestada en forma completa, señor Presidente.

—Muy bien. Aceptada su protesta y apoyada por la Presidencia. La respuesta, del testigo será eliminada del acta. Prosiga, señor Mason.

—¿Y por qué no denunció usted todo a la policía?

—No tuve ocasión de hacerlo.

—Pero usted tuvo ocasión de conseguir un teléfono y llamar al número Donnybrook 6981, ¿no es así?

—Sí...

—¿Es el número de alguien por quien tiene usted interés?

—Sí.

—¿Y usted acudía a esa persona en demanda de ayuda?

—Bien, yo quería librarme de la situación embarazosa en que me encontraba.

—¿Y habló usted o no habló con esa persona del número Donnybrook 6981?

—No, no hablé. Ése era el número de la señorita Bernice Archer, una amiga mía.

—¿Una amiga íntima?

—Sí.

—¿Y usted quería prevenirla de lo que estaba ocurriendo?

—Sí. No pensaba pedirle su ayuda, ni avisar a la policía, pero también no quería que ella creyese que yo me había fugado con una mujer casada.

—¿Usted hizo una llamada desde una estación de gasolina mientras la señora Allred se hallaba en los lavabos de la estación?

—Sí, señor.

—¿Y luego usted no esperó la respuesta a esa llamada?

—No, señor. Se dilató un poco. Y entonces la señora Allred regreso y yo no quería que ella me viese al teléfono.

—¿Y ésa fue la primera ocasión que tuvo usted de utilizar un teléfono?

—Bien, fue en realidad la primera ocasión, sí.

—¿Usted permaneció en el campo de automovilistas todo el domingo?

—Sí.

—¿Y el lunes por la mañana?

—Sí.

—¿Y no había teléfono allí?

—No.

—¿Intentó usted encontrar un teléfono?

—Sí.

—¿Estaba la señora Allred presente, todo el tiempo?

—No, todo el tiempo, no. Pero estaba muy cerca. No creo que ella se alejase de mí nunca, más de... bien, más de un cuarto de hora cada vez.

—¿Podía usted levantarse y salir afuera cuando quisiese?

—Bien, me parece que sí podía.

—¿Y no quiso usted hacerlo?

—Bueno lo que yo quería era ver cómo la situación iba a ajustarse y resolverse por sí misma.

—¿Sin embargo, usted se daba perfecta cuenta de que Allred podía presentarse de un momento a otro?

—Para decirle a usted verdad, señor Mason, yo no quería hacer nada que equivaliese a una discusión, porque no quería verme obligado a tener que explicar mis acciones.

—¿Por qué no?

—Porque pensé que si podía engañar a todo el mundo, y si Allred pensaba que yo creía que Patricia me había golpeado con su coche dejándome inconsciente, podía al fin transformar esa situación en ventaja mía.

—¿En qué sentido?

—Podía inducir a Allred a un sentido de falsa seguridad y tener así ocasión de comunicarme con Jerome y explicarle lo que ocurría.

—¿Había usted hecho algún intento de comunicarse con Jerome?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Mientras nos hallábamos en el campo de automovilistas de Springfield.

—¿Y qué hizo usted?

—Llamé al señor Jerome por teléfono.

—¿Oh, lo hizo usted?

—Sí, señor.

—¿Y qué le dijo usted?

—No hablé con él. Le dejé un mensaje. Él estaba fuera.

—¿Y qué le decía usted en ese mensaje?

—Me opongo a esa pregunta por no ser de la competencia de la defensa, por ser impertinente y constituir un simple rumor —interrumpió el acusador Danvers—. Ésa no es forma correcta de interrogar a un testigo.

—Su objeción es apoyada por la Presidencia —dijo el Juez Colton.

—¿Y ahora —prosiguió Mason dirigiéndose a Fleetwood— dígame usted si su actitud hacia la acusada en este caso, la señora Allred, está influenciada en alguna forma por las relaciones de negocios de usted?

—Bien, sólo en un sentido.

—¿Usted sabe que como socio superviviente el señor Jerome tendrá a su cargo el disolver y liquidar el negocio que tenía en sociedad con el occiso?

—Sí, así lo creo.

—¿Y espera usted seguir empleado por el señor Jerome?

—Me opongo a esa pregunta, señor Presidente, por incompetente, inoportuna e impertinente —interrumpió de nuevo Danvers.

—Le pido a usted perdón —replicó Mason—. Esta pregunta tiene por objeto aclarar los motivos del testigo, su predisposición, su interés personal en el testimonio que está prestando. Tengo derecho a hacer eso en el interrogatorio.

—Tiene usted razón —dijo el Juez Colton—. La protesta es desechada.

—Bien —dijo Fleetwood titubeante—. Creo que pensé en eso.

—¿Y la razón real, la razón efectiva de que usted no se irguió y atacó a la señora Allred allí en la auto-hospedería, fue que usted pensó que en una ocasión futura usted cambiaría las tornas contra Beltran Allred y lo mataría, y que Jorge Jerome, con su dinero, sus amistades y relaciones lo respaldaría a usted? ¿Es esto cierto?

—No.

—¿Ni siquiera de una manera abstracta?

—No.

—¿Entonces por qué usted esperaba simplemente hasta un

momento propicio, para sonreírle a la señora Allred y decirle: «Lo siento, señora Allred, pero todo esto es una pura comedia por mi parte. Y ahora me voy a marchar»?

—Bien... por causa de ciertas complicaciones. Yo quería permanecer hasta que Jerome tuviese una ocasión de sorprender con las manos en la masa a Allred. El mensaje que le dejé por teléfono a Jerome le indicaba cómo hacerlo. Yo quería tener a Allred distraído y ocupado en mi problema hasta que Jerome tuviese bien reunidas e hilvanadas las pruebas y la evidencia.

—¿Entonces usted estaba trabajando bajo cuerda con Jerome?

—En cierta forma sí. Yo esperaba cooperar con él y que él cooperase conmigo.

—Eso es todo —dijo finalmente Mason.

—No hay más preguntas a este testigo. Que comparezca P. E. Overbrook.

Overbrook, vestido con zahones y una zamarra, se dirigió al estrado de los testigos. Aquel gigante de aire bonachón parecía un tanto turbado ante la multitud reunida en la sala y el extraño ambiente de ésta.

Hizo el juramento de rigor, dio su nombre y dirección al escribano y, nervioso, se volvió hacia Danvers.

—¿Es usted P. E. Overbrook, que tiene una propiedad llamada el Rancho de Overbrook? ¿Usted ya ha visto este diagrama y puede identificarlo como la reproducción del lugar donde se encuentra la casa?

—Sí, señor.

Mason le dijo a Danvers:

—Cual yo interpreto las reglas, señor Acusador, las preguntas sobre cuestiones importantes sólo son permitidas en interrogatorio directo y cuando tienen un carácter preliminar. Pero si usted quiere que yo no proteste sus preguntas, le sugiero que deje usted declarar al testigo por sí mismo de ahora en adelante.

—Mi pregunta era de carácter preliminar. Estaba intentando ahorrar tiempo.

—Usted podría ahorrar más tiempo si declarase usted mismo completamente por este testigo —dijo ácidamente Mason—. El tiempo es muy importante, pero hay cosas todavía más importantes que el tiempo.

Danvers hizo una mueca y replicó:

—Yo estoy tratando de ganar tiempo y usted está tratando de ganar la cabeza de su defendida para ella.

—Bueno, ya basta —interrumpió el Juez Colton—. Por favor, prosiga con su misión, señor Danvers.

—¿Ha visto usted al testigo Fleetwood, que acaba de prestar testimonio?

—Sí, señor.

—¿Cuándo lo vió usted por primera vez?

—Pues... cuando vino a mi casa el lunes por la noche.

—¿Aproximadamente, a qué hora del lunes?

—Pues... no puedo decirlo. Fue después que yo me había acostado y me desperté porque el perro estaba ladrando. No se me ocurrió mirar el reloj.

—Muy bien. ¿Qué fue lo que lo despertó?

—Primero oí al perro ladrando, y después me pareció haber oído el motor de un automóvil.

—¿Entonces, ya estaba usted despierto cuando Fleetwood llegó a su casa?

—Sí, señor.

—¿Y qué ocurrió?

—Bien, el perro ladraba muy fuerte y comprendí que había alguien allí mismo al pie de la casa. Luego oí que alguien le hablaba al perro y después escuché el ruido de golpes dados con los nudillos en la puerta.

—¿Y el perro no muerde?

—No, el perro no muerde. Ladra, corre hacia la persona y la olfatea. No sé lo que ocurriría si alguien hiciese algo que el perro creyese que no debía hacer. Pero mientras una persona vaya directamente a la casa y llame a la puerta, el perro se limita a ladrar y eso es todo.

—¿Entonces usted acudió a la puerta y dejó entrar a Fleetwood?

—Sí señor.

—¿Y después, qué ocurrió?

—Pues bien, este hombre me dijo qué se había encontrado errando por el campo, que creía que había sufrido un accidente de automóvil y que no sabía quién era ni podía recordar nada sobre sí mismo. Entonces, naturalmente le di alojamiento.

—¿En dónde lo alojó usted?

—Bien, señor, yo no sabía nada sobre él y pareciéndome haber oído el motor de un coche parar allí cerca, esto me produjo sospechas.

—¿Y no le dijo usted nada a este hombre respecto a que había oído el motor de un coche?

—No. No estaba muy seguro de haberlo oído. Pensé que quizá lo había oído... y por la forma en que el perro procedió creí que el auto había parado.

—¿Le dijo a usted ese hombre algo sobre haber llegado allí en un automóvil?

—No. Me dijo únicamente que no podía recordar nada, y que se había encontrado, sin saber cómo, caminando por la carretera.

—¿Y comprendió usted que era una mentira?

—Bien, para decir verdad, pensé que ese sujeto estaba mintiendo o que estaba perseguido.

—¿Y entonces qué hizo usted?

—Bueno, como hacía frío y estaba una noche de llovizna y no quería dejarlo fuera, lo dejé entrar pero no sin tomar mis precauciones. Yo tenía un cuarto libre, con un camastro y unas mantas. Le dije que la mía era una casa de soltero y que él tendría que dormir sin sábanas y sólo con unas mantas.

—¿Y qué dijo él?

—Parecía muerto de cansancio. Entonces lo llevé a aquel cuarto.

—¿Y después, qué?

—Después —dijo Overbrook haciendo una mueca— llamé a Príncipe, que es el perro, y lo puse en el vestíbulo, y le dije a Príncipe que lo vigilase y no lo dejase salir de allí. Y luego me volví a cama y me eché a dormir. Yo sabía que aquel sujeto nunca conseguiría salir del cuarto sin que Príncipe le echase sus garras.

—¿Está usted absolutamente seguro de que él no volvió a salir del cuarto desde que entró?

Overbrook hizo otra mueca y dijo:

—Cuando yo le digo a Príncipe que detenga a una persona en un sitio y la vigile, puede usted apostar que Príncipe lo hará.

—¿Y es un perro muy grande, Príncipe?

—Pesa unas ochenta y cinco libras. Es un pedazo de perro.

—¿Qué sucedió después?

—Bien, luego, al día siguiente, llegó este hombre Mason acompañado de otras personas y una mujer que dijo que era la esposa de aquel sujeto. Y todo me pareció muy embrollado y entonces efectuaron una especie de gran reunión de familia con muchas zalamerías y resabios y aquella mujer parecía estar loca por llevarse a su marido de allí, para lo cual no había inconveniente por mi parte.

—En otras palabras, usted lo aceptó todo tal cual se lo presentaron.

—Yo todavía pensé que aquél sujeto tenía miedo —dijo Overbrook—. Pero yo no tenía por qué mezclarme en aquello.

—¿Entonces, ellos se marcharon?

—Así fue.

—¿Qué ocurrió luego?

—Bueno —dijo Overbrook—, no ocurrió nada hasta la mañana siguiente.

—¿Y entonces?

—Bien, a eso del amanecer de la mañana siguiente empecé a meditar mucho. Recordé haber observado las huellas de Fleetwood y se me ocurrió ver si podía seguirlas.

—¿Eso fue el miércoles por la mañana?

—Sí, fue el miércoles.

¿Entonces, qué hizo usted?

—Pues empecé a seguir las huellas de Fleetwood teniendo cuidado de no pisarlas para lo cual yo caminaba al lado de ellas.

—En este diagrama —interrumpió Danvers— hay una línea de puntos con una designación que dice: «*Huellas de Fleetwood a la casa*».

—Eso es exacto. Ésas son sus huellas.

—Y hay otra línea de puntos en dirección opuesta, señaladas con las palabras: «*Huellas de Overbrook siguiendo las de Fleetwood*».

—Así es.

—¿Y estás son las huellas de usted?

—Sí, señor.

—Y estas huellas tuyas siguen paralelas con las dejadas por Fleetwood.

—Sí, señor. Yo seguí las tuyas en sentido inverso, hasta donde había parado el automóvil. Y empecé a hacer un círculo y entonces

de pronto vi unas huellas de pies de mujer donde ésta había saltado de un automóvil y había corrido hacia la carretera principal; y luego miré y vi las huellas de una mujer en sentido inverso, viniendo de la carretera principal y metiéndose en el automóvil, al parecer para marcharse en él. Entonces pensé que era mejor que llamase a la policía. Parecía cual si una mujer hubiese estado encerrada en el departamento de equipajes del coche.

—Y entonces ¿qué hizo usted?

—Pues entonces caminé hacia el terreno duro mirando en redor. Pueden verse mis huellas yendo hacia el terreno alto y duro. Allí tengo un camino que va a un sembrado de maíz.

—¿Es un camino para el servicio del rancho?

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo usted?

—Pues fui por ese camino y volví a casa pensando en todo aquello; entonces cogí mi tractor y el carro y cargué en éste montón de tablas. Para que la gente que pudiese venir no estropease las huellas, cubrí éstas con las tablas. Después que realicé esta tarea, me fui a la estafeta de correos y llamé por teléfono al alguacil mayor y le dije que había tenido en casa a un individuo que decía sufrir de amnesia pero que yo pensaba que andaría huido por lo cual yo había seguido sus huellas hasta donde él había dejado su automóvil, encontrado después las de una mujer en el sitio que correspondía a la parte posterior del coche, revelando que la mujer había saltado de éste y corrido hacia la carretera principal, y al parecer volvió después, tomó el coche y se marchó con él.

—¿Y por ese tiempo ya había usted tenido noticia de la muerte de Allred?

—No, señor.

—Puede usted interrogar al testigo —le dijo Danvers a Mason.

Mason le sonrió tranquilizadamente a Overbrook y después le dijo:

—¿Entonces, Fleetwood llegó a su casa el lunes por la noche y estuve allí hasta el martes?

—Así es; hasta que usted fue y se lo llevó.

—¿Y durante todo ese tiempo estuvo él dentro de la casa?

—No todo el tiempo.

—¿No permaneció usted en casa?

—¿Yo? No. Estuve fuera haciendo pequeños trabajos.

—¿Entonces, dejó usted a Fleetwood sólo en la casa?

—Sí, por algún tiempo.

—¿Pudo Fleetwood haber salido de la casa e ido a donde hubiera querido?

—Seguro.

—¿No le ordenó entonces usted al perro que lo vigilase?

—No. El perro estaba conmigo.

—¿El perro y usted se quieren mucho?

—Yo lo quiero a él y él me quiere a mí.

—¿Él lo acompaña a usted a donde usted vaya?

—A todas partes —dijo Overbrook—, excepto cuando tengo algún trabajo especial para él, cual el vigilar a alguien o algo. Aparte esto, mi perro permanece conmigo todo el tiempo.

—¿El perro le es leal y dedicado a usted?

—Sí.

—¿Y podía usted haberlo dejado para que vigilase a Fleetwood y el perro lo hubiera retenido allí?

—Seguro, pero no hubiera podido hacerlo sin que Fleetwood se diese cuenta de ello.

—¿Y usted no quería que se diese cuenta?

—Eso no me parecía muy hospitalario.

—¿Y no tenía usted miedo de que Fleetwood le robase algo y...?

Overbrook hizo una mueca lenta y bonachona y dijo:

—Señor Mason; lo que yo tengo en mi cabaña no es lo que un hombre como Fleetwood robaría. Tengo un poco de tocino, alguna harina, un poco de sal y levadura para hacer pan. Tengo unas cuantas mantas y unos camastros pero... señor Mason, no hay nada allí que merezca la pena de ser robado. Vivo con extrema simplicidad.

Mason dijo:

—¿Y no se le ocurrió a usted seguir las huellas de Fleetwood hasta el miércoles por la mañana, para saber por dónde había llegado?

—Bueno, yo me limité a pensar en lo ocurrido todo el tiempo. Las cosas me daban vueltas en la cabeza y no podía ponerlas en orden. El que ustedes, amigos, se habían presentado en mi casa y se habían llevado con ustedes a ese hombre y todo ese lío, eran cosas

que yo no podía desalojar de mi cabeza. Así empecé a mirar por allí y tan pronto como vi las huellas de una mujer... ya comprendí que ella las había dejado cuando iba corriendo.

—¿Y las vió usted sin siquiera llegar hasta donde estaban las huellas?

—Sí, señor. Las gentes que vivimos en el campo, como yo, somos muy perspicaces para distinguir huellas e interpretarlas; y en el mismo instante en que divisé éstas sin siquiera de acercarme a ellas, ya comprendí que la mujer había salido del automóvil y corrido a toda prisa por el camino abajo; después vi donde ella había dado vuelta y regresado y las huellas revelaban que entonces ya caminaba despacio. Entonces fue cuando me decidí a comunicarle todo al alguacil mayor.

—¿Y qué hizo usted luego?

—Lo que ya le he dicho.

—¿Y hubiera sido posible para cualquier persona haber llegado hasta aquel automóvil sin dejar huellas?

—No en el terreno que rodeaba el automóvil. No, señor. Aquello estaba muy mojado y reblandecido por la reciente lluvia.

—¿Y encontró usted el revólver?

—Sí, señor, lo encontré.

—¿Cuándo?

—Bien, eso fue cuando el alguacil mayor acudió allí y examinaron las huellas y el alguacil me pidió que le dijese todo lo que sabía sobre ellas, entonces observé las huellas dejadas por Fleetwood cuando éste salió del coche y se situó delante de los faros. Yo podía decir conforme a esas huellas que apenas se situó frente a los faros giro e hizo alguna cosa y por la forma en que la huella del pie derecho estaba impresa, me supuse que había arrojado algo lejos y así se lo dije al alguacil. Entonces el alguacil y yo nos fuimos al terreno seco, empezamos a buscar y encontramos el revólver. Yo fui en realidad el que lo encontró.

—¿Y qué paso? ¿Lo recogió usted?

—No, yo —dijo Overbrook haciendo un guiño—. Yo he leído bastantes novelas de detectives y por eso sé lo de las huellas dactilares. Entonces llamé al alguacil y le dije que allí estaba el revólver pero tampoco él lo cogió inmediatamente. Agarramos un palo y lo introdujimos en la tierra debajo del revólver, y después el

alguacil con un pedazo de cordel lo ató por junto al gatillo y así lo levantó sin tocarlo. En esa forma no borramos las huellas dactilares que había en él. Después he oído decir que encontraron...

—No se preocupe usted de lo que haya oído —interrumpió Danvers—. Dígale al señor Mason únicamente los hechos.

—Sí, señor.

—Eso es todo —dijo Mason.

—Señor Presidente: proceso está visto —dijo el acusador Danvers.

—¿Entonces, ha presentado usted ya todas sus pruebas? —preguntó Mason algo sorprendido.

—Ciertamente —replicó Danvers. /

Mason dijo:

—Pido que el tribunal deje sin efecto el proceso y ponga en libertad a la acusada. No hay prueba suficiente para demostrar que ella esté en forma alguna complicada en lo que ha ocurrido.

—Por el contrario —dijo Danvers— todas las pruebas la acusan. Siempre tenemos que volver a esto en cada proceso, señor Presidente, pero yo creo que debo señalar, aunque sólo sea para, constancia en el acta, las pruebas que poseemos. Tenemos el testimonio de testigos demostrando que Allred se hallaba inconsciente en un automóvil y que la señora Allred estaba en el departamento de equipajes de ese automóvil. Estas huellas no mienten. La persona que estaba en el departamento de equipajes salió de él y echó a correr hacia la carretera principal. Poco después regresó y volvió al automóvil, subió a él y se lo llevó. El cuerpo inconsciente de su marido estaba en esos momentos en el coche, pues no hubiera podido recobrar el sentido y abandonado el coche sin dejar huellas. En este diagrama de huellas puede verse donde él coche dio marcha atrás, dio luego vuelta hacia el camino y rodó en dirección a la carretera principal.

»Tengo otras muchas pruebas que puedo presentar, pero el objeto del abogado de la defensa en esta ocasión es el obligarme a exhibir mis pruebas sin mostrarme ninguna de las suyas, y así luego, cuando el caso vaya a juicio en el Tribunal Superior, él estaría en condiciones mucho más ventajosas. El único objeto de ésta audiencia preliminar es demostrar que se cometió el crimen y demostrar también que hay circunstancias suficientemente

razonables para creer que la acusada cometió ese crimen. Y afirmo y declaro que he cumplido sobradamente los requerimientos de la ley.

—Yo lo creo así —dijo el Juez Colton—. La demanda de la defensa queda denegada. ¿Tiene la defensa alguna prueba que quiera presentar?

Mason dijo:

—He observado que Jorge Jerome está en la sala y sin embargo no ha sido llamado como testigo.

—Yo no lo necesitaba —dijo el acusador.

—Yo lo llamaré como testigo mío —dijo Mason.

—¡Oh! ¡Señor Presidente! —protestó Danvers—. Esto es un viejo truco y no pasa de ser un truco. El abogado de la defensa sabe que su defendida va a ser condenada y por ello no le preocupa lo que ocurra en esta sala. Por consiguiente llama a la gente a declarar como si fuera en una expedición de pesca y...

El Juez Colton dijo sonriendo:

—Conozco las reglas básicas del procedimiento en la sala de un tribunal, pero no creo que usted pueda afirmar, señor Acusador, que el señor Mason no tiene derecho a llamar a testimoniar a cualquier persona que desee presentar como testigo.

—No, señor Presidente, pero quiero señalar que Jorge Jerome será un testigo de la acusación y en el caso de que sea el defensor el señor Mason quien lo llame primero al estrado, quiero que el defensor se limite a interrogar a este testigo conforme a las reglas escritas de las pruebas que existen. No quiero que él comience por preguntar al testigo.

El Juez Colton replicó:

—Cuando eso ocurra, si ocurre, usted puede alzar su protesta. Mientras tanto, comparezca en el estrado como testigo de la defensa.

Jerome hizo el juramento de rigor, miró con cierto malhumor a Mason mientras acomodaba su voluminosa humanidad en la silla de los testigos.

—El nombre de usted es Jorge Jerome. ¿Usted es socio o fue socio de Beltran C. Allred?

—Sí, señor.

—Claro es, ¿usted estuvo muy relacionado con Allred en vida de

éste?

—Sí.

—¿Cuándo fue la última vez que usted lo vio vivo?

—Protesto esa pregunta por no ser de la competencia de la defensa, ser inoportuna e impertinente —exclamó Danvers.

—La protesta queda desechada —dijo el Juez.

Entonces, viéndose obligado a contestar la pregunta formulada por la defensa, Jerome dijo:

—Bien, la última vez que lo vi fue... Veamos... fue el lunes por la tarde a eso de las seis y media, creo yo.

—¿Dónde?

—¿Quiere usted decir donde lo vi la última vez?

—Sí.

—Bien, fue allá en su casa. Es decir, en la parte de casa que destinaba a oficinas... el sitio que utilizaba para el trabajo.

—¿Y eso fue el lunes, la tarde de la noche del crimen? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Y de qué hablaron ustedes?

—Protesto esa pregunta, con la venia del Tribunal, por incompetencia de la defensa, por ser inoportuna e impertinente —volvió a decir el Acusador público.

—Aceptada la protesta —dijo el Juez.

—¿Había alguien con ustedes allí en esa ocasión?

—No, señor.

—Y cuando usted abandonó su casa, ¿llevó con usted al señor Allred?

—Sí, señor lo llevé.

—¿En el coche de usted?

—Sí señor.

—¿Y lo llevó usted al Campo de Descanso y Abrigo para Automovilistas? ¿Lo llevó usted allí?

—Protesto esa pregunta como inductora e insinuante de intención —reclamó otra vez Danvers.

—Aceptada la protesta —dijo el Juez.

—¿A dónde lo llevó usted?

—A un establecimiento de alquiler de autos en la Calle Siete.

—Después de eso ¿qué hizo usted?

—Paré mi coche y lo dejé apearse.

—¿Le dijo el señor Allred para qué quería ir a ese sitio?

—Me dijo que quería alquilar un coche.

—¿Y dijo a donde quería ir con ese coche?

—No, señor.

Paul Drake, deslizándose entre los espectadores, abrió la puerta de la valla de caoba que separaba a las autoridades judiciales del público, y de puntillas se acercó a Mason, susurrándole:

—Perry, acabo de descubrir que la Fiscalía ya sabe cómo Allred llegó al campo para automovilistas. Alquiló un coche y un chofer para que lo llevase allí. Llegó allí entre las nueve y media y las diez y media de la noche, pues el chofer no está muy seguro de la hora. Desde luego esto no le ayudará a usted nada, porque si por una parte confirma la historia contada por la señora Allred, también confirma lo dicho por Fleetwood.

—Gracias —le dijo Mason con un murmullo.

El abobado se volvió hacia Jerome y le dijo:

—Señor Jerome: usted sabía a donde iba el señor Allred ¿no es así?

—No, señor.

—¿Pero se lo supuso usted?

—Protesto contra esa pregunta como argumentativa y como un intento de repreguntar a su propio testigo —interrumpió Danvers.

—Desde luego —prosiguió Mason señalando hacia el Tribunal— éste es un testigo hostil para la defensa y...

—El Tribunal así lo entiende —interrumpió a su vez el Juez Colton—. Si usted quiere asegurarle al Tribunal de que éste es un testigo de usted y que lo ha llamado a declarar para probar algún punto específico que usted quiere presentarle al Tribunal, la situación será entonces diferente. Tal cual está la situación ahora, esto que usted hace no es más que una excursión de pesca que usted realiza valiéndose de un testigo de la acusación, y el Tribunal lo somete a usted a las reglas estrictas del reglamento de procedimiento sobre interrogatorio directo. Creo, señor Mason, que usted no está preparado para hacer ante el Tribunal y el Acusador Público ninguna declaración sobre lo que usted espera probar con este testigo.

—No, señor Presidente.

—Yo ya pensé que no.

—Pero —alegó Mason volviéndose hacia el testigo— usted siguió al señor Allred ¿no?

—Protesto esa pregunta por insinuante.

—Aceptada la protesta —dijo el Juez.

—¿Estuvo usted en algún momento el lunes por la noche en las vecindades del referido campo de automovilistas?

—Protesto esa pregunta por no de ser de competencia, por ser impertinente y carecer de base. No hay razón previa para cimentarla.

—Aceptada la protesta.

—¿Cuándo vió usted vivo por última vez a Beltran Allred?

—Protesto esa pregunta por haber sido ya formulada.

—Aceptada la protesta.

—¿Cuándo fue la última vez que habló usted con Roberto Fleetwood, antes de la muerte de Allred?

—No puedo recordarlo.

—¿Habló usted con Fleetwood en alguna ocasión el lunes?

—No puedo recordarlo.

—¿Recibió usted el lunes algún mensaje que le había sido enviado a usted por Fleetwood?

—Protesto esa pregunta por dar por real un hecho que no está probado, y por constituir un intento de la defensa de repreguntar al testigo.

El Juez Colton dijo:

—Señor Mason: antes de que yo me pronuncie sobre esa protesta de la acusación quiero reiterarle a usted que la posición del Tribunal es de oposición a toda excursión de pesca por parte de la defensa. Pero si usted tiene razones para creer...

—Las tengo, señor Presidente. El testigo Fleetwood ha declarado que envió un mensaje para este testigo.

—Muy bien. Entonces la protesta es desechada. Conteste el testigo a esa pregunta.

Jerome dijo:

—Recibí un mensaje que me dijeron había sido dejado para mí por Fleetwood. Decía que no hiciese ningún acuerdo con Allred hasta que yo hubiese hablado con Fleetwood.

—Y cuando habló usted con Fleetwood ¿que es lo que éste le

dijo?

—Protesto esa pregunta por tener carácter sólo de rumor, por ser impertinente y no tener base.

—Aceptada la protesta —dijo el Juez Colton—. Quiero advertir al abogado de la defensa, que mi posición ante todas esas preguntas será siempre la misma. Si la defensa puede exponer ante el Tribunal que está presta a demostrar algún hecho específico por medio de este testigo, habrá mayor consideración para la defensa en relación al interrogatorio de este testigo.

»Sin embargo —añadió el Juez Colton— parece ser que hemos llegado a la hora del mediodía, y el Tribunal suspende esta audiencia aplazándola hasta las dos de la tarde. La acusada, en este medio tiempo, permanecerá bajo la custodia del alguacil. Eso es todo, señor Jerome. Usted deja ahora el estrado de los testigos y volverá a comparecer en él esta tarde a las dos para ser nuevamente interrogado. Se suspende la audiencia.

La señora Allred se inclinó a un lado y le tocó en el brazo a Mason, diciéndole con expresión tensa:

—Quiero hablar con usted.

Mason le dijo al alguacil:

—Mi defendida quiere conferenciar conmigo. ¿Puedo hablar con ella unos minutos?

—Muy bien —replicó el alguacil—. Pero que no sea mucho tiempo.

Mason asintió con un gesto, tomó del brazo a la señora Allred y la condujo a una esquina de la sala, donde le preguntó:

—¿De qué se trata?

—Eso es la verdad, señor Mason —dijo ella.

—¿Qué?

—Lo que dijo Fleetwood.

—¿Quiere usted decir que estaba en el departamento de equipaje del automóvil?

—Sí.

Mason con gesto ceñudo dijo:

—Pues vaya unas horas de decírmelo...

—No pude hacer de otra manera. Yo tengo que proteger a Pat.

—¿Qué pasa con Pat? ¿Qué es lo que ella tiene que ver con todo esto?

—Nada, señor Mason. Nada en absoluto. No me interprete usted mal. Por favor no me interprete usted mal en eso. Sería ya lo último que me faltaba por pasar...

—Yo estaba únicamente aceptando en su entera significación lo que usted me dijo.

—No, no. Cuando dije que tenía que proteger a Pat, quise decir que yo creía que sería malo para ella si yo admitiese que había arrojado el coche por el precipicio... Yo... bueno, eso era lo que yo tenía constantemente en mi cabeza... procurando evitar el poner a Pat en una situación embarazosa.

Mason dijo:

—Bueno, supongamos que usted va ahora a decirme la verdad toda. ¿Qué fue en realidad lo que ocurrió?

—Fue casi en la forma que ha dicho Roberto Fleetwood. El guió el coche hasta el rancho y lo dejó fuera del camino. Yo me liberé del departamento de equipajes y corrí camino abajo. Él me llamó y me dijo que mi marido estaba inconsciente. Entonces paré de correr y vi a Fleetwood de pie delante de los faros del coche. Lo vi arrojar el revólver tan lejos como pudo en la oscuridad. Y luego lo vi dar vuelta y alejarse del coche.

»Creo que fue el hecho de que arrojase el revólver lo que me convenció de que decía la verdad. Sabía que jamás lo hubiera hecho si mi marido no hubiera estado incapaz de poder hacerle mal. Y en la forma en que arrojó el revólver me hizo creer que... sabe usted... que era un gesto con alguna finalidad. Entonces me volví y en las puntas de los pies me acerqué al coche y miré al interior para comprobar la situación. Beltran estaba caído en un rincón del coche, completamente inmóvil.

—Fleetwood dijo que estaba respirando pesadamente —comentó Mason.

—Fleetwood miente en eso. Mi marido ya estaba muerto.

—¿Está usted segura?

—Debo estarlo. Permanecí allí de pie por unos momentos junto a la puerta del coche. Luego puse el pie en el estribo, me alcé y dije: «Beltran». No me contestó. Me incliné para cogerle la muñeca. Y sentí la impresión peculiar viscosa que lo dice todo por sí misma. Pero quise confirmarlo y le tomé el pulso. Estaba muerto.

—¿Y entonces por qué no volvió usted y avisó a la policía?

Ella dijo:

—No me di cuenta de la situación en que me colocaba a mí misma hasta que ya había entrado en el coche. Entonces comprendí que el terreno estaba tan blando que revelaba hasta la más simple huella.

»Roberto Fleetwood tiene razón en una cosa. Después que me encontré encerrada en el departamento de equipaje, permanecí quieta durante un rato, muy encogida en aquel pequeño espacio. Pero luego recordé que siempre guardábamos allí una linterna eléctrica para utilizarla en caso de tener que cambiar alguna rueda. Encontré la linterna y la encendí. Al examinar el cierre del departamento, comprendí que podría abrirlo si encontraba algún instrumento, o herramienta para ayudarme. Y pensé en la llave de tuercas. La encontré e hice un intento. Resultaba en extremo difícil maniobrar con la herramienta mientras el coche estaba rodando, en especial en aquella carretera tan mala. Fue muy arduo.

»Sin embargo, al cabo de un tiempo logré correr el cierre y ya pude abrir. Fue exactamente cuando levanté la cubierta, que llegamos al rancho y paramos. Levanté la capota del departamento de equipaje lo suficiente para salir de éste y salté a tierra. Sentí salpicar el fango bajo mis pies y eché a correr.

»Creo que no me habría alejado treinta o cuarenta pasos cuando oí a Fleetwood llamarme y decirme que todo estaba bien y no tenía que temer, y que Beltran estaba inconsciente.

»Continué corriendo pero volví la cabeza para mirar y vi a Fleetwood arrojar el revólver. Luego se alejó del coche. Y como ya le dije, regresé al coche y encontré a mi marido muerto.

»No fue hasta entonces que me di cuenta que por la naturaleza del terreno en que estaba el coche, quedarían impresas las huellas de mis pasos. Revelaban exactamente lo que yo había hecho, y yo sabía que si dejaba huellas revelando que había vuelto al coche, que me había marchado y regresado a él, daría la impresión de que yo había vuelto para matar a mi marido con las llave de tuercas.

»Entonces se me ocurrió llevar el coche a algún sitio donde el terreno fuese firme y donde pudiese abandonar el coche sin dejar huellas. Y después de esto se me ocurrió también la idea de lanzar el coche por un precipicio para que pareciese que había sido un accidente a consecuencia de que mi marido había perdido el control

del volante.

»Bien, así lo hice y entonces fue cuando también se me ocurrió lo de que Fleetwood me había robado el auto. Creí que con esto le cargaría la responsabilidad a él y luego si se descubría algo, él mismo, para salvar su piel, tendría que confesar que había matado a Beltran en defensa propia. Yo... bueno me parece que no hice una gran cosa en materia de discurrir, pero esa noche ya había sufrido demasiado, señor Mason».

Mason dijo:

—¿Es todo eso verdad?

—Es exactamente la verdad.

—Míreme a los ojos.

Lola fijó sus ojos en los del abogado, sin pestañear.

—Si yo hubiera sabido esto mucho antes —dijo Mason— yo hubiera podido cargarle la muerte a Fleetwood. Pero a estas alturas, usted ha mentido y Fleetwood ha mentido. Y el Juez y el jurado tendrán ya que echar a cara o cruz para decidir cuál de ustedes dos está diciendo la verdad. El hecho de que Fleetwood arrojó el arma, me da la impresión de que su marido ya estaba muerto cuando Fleetwood se alejó del coche. Pero a causa de que usted mintió al principio, le ha dado a Fleetwood todos los triunfos para jugar contra nosotros.

—Lo siento, señor Mason.

—Escúcheme: ¿es eso la verdad?

—Sí.

Mason dijo:

—Si usted está cambiando su historia únicamente porque cree que la declaración de Fleetwood le ha dado a usted una oportunidad de salvarse, entonces es usted tonta.

—No, yo no estoy cambiando mi historia, simplemente. Yo soy... Yo tengo que pensar en Pat...

Y Lola comenzó a llorar.

Mason dijo:

—Bueno, pues yo no voy a dejarla a usted ahora que cambie su declaración. No voy a dejarla que cuente historia alguna por ahora. No hable usted con nadie... con nadie absolutamente. ¿Me comprende usted?

—Sí.

—Y no olvide nunca que una buena mentira puede a veces contener toda la gracia del arte, pero sólo la verdad puede tener el sonido de la sinceridad.

Mason alzó la mano haciéndole seña de llamada al alguacil.

Capítulo 19

A la hora del almuerzo, Mason, Della Street y Paul Drake, se sentaron a una mesa de un restaurant de la pequeña capital del condado, dónde el juez Colton presidía el proceso de las investigaciones preliminares.

—Bien —dijo Mason—, a estas tardías horas, mi clienta me cuenta una nueva historia, Paul.

—¿La misma que cuenta Fleetwood?

—Aproximadamente la misma. Dice que su marido ya estaba muerto cuando ella entró en el auto después que Fleetwood se había alejado. Si ella dice la verdad en esto, no sé cómo voy a ser capaz de lograr que el jurado la crea.

Drake dijo:

—Yo creo que Allred estaba ya muerto cuando Fleetwood arrojó el revólver. De lo contrario, Fleetwood nunca hubiera hecho eso. Ese acto lo realiza un hombre sólo tratando de deshacerse de un arma con la que ha matado. Él había golpeado a Allred en la cabeza lo suficientemente fuerte para matarlo, y lo sabía. El arma con que lo mató era el tambor del revólver, y cuando arrojó éste, el hecho de hacerlo constituía un esfuerzo natural, lógico y típico de un criminal para desprenderse del arma del crimen.

—Bien lo sé —comentó Mason—. Pero lo que no sé es si él jurado lo aceptaría así. Con toda probabilidad lo otro resultaría mejor. Si en efecto es verdad.

—¿Qué es lo otro? —preguntó Drake.

—Hacerle comprender al jurado el carácter de Beltran Allred. Dejemos al jurado que piense que Allred estaba todavía vivo cuando su mujer subió al coche; que ella empezó a conducirlo de regreso a su casa; que Allred recobró el conocimiento y empezó a forcejear con ella tratando de dominarla; y que ella lo golpeó y lo mató en

defensa propia.

—Usted podría realizar una excelente defensa de esa manera —dijo Drake.

—Es un caso que atraerá fácilmente las simpatías de los jurados, particularmente en vista de la declaración de Fleetwood. Pero lo que me desagrade es que no puedo estar seguro de que sea cierto. La señora Allred puede estar intentando encaramarse en el carro de la historia de Fleetwood y dejarse llevar en él.

—Bien ¿y a usted que le importa? Fleetwood a su vez tendrá que llevarla a ella en el carro de su historia gratuitamente, quiera o no, ahora...

—Pero temo amarrarla a ella a alguna cosa, a menos que sea verdad. Créame, Paul, cuando usted se encuentra envuelto en un lío, la verdad es la única cosa lo bastante sólida y substancial para sostenerse sobre ella.

—Desde luego, su clienta todavía no ha comparecido a declarar en el estrado. —Señaló Drake—. Y así a la única persona a quien le ha contado su historia es a usted.

Mason dijo:

—Me gustaría volver a iniciar el proceso. Me gustaría repreguntar de nuevo a Fleetwood más, y más detalles sobre su razón de haber arrojado el revólver y qué es lo que con eso trataba de lograr. Y sin embargo, hay algo en el conjunto de la historia... —Mason apartó a un lado los platos del almuerzo, sacó del bolsillo el diagrama diseñado por Humphreys y lo extendió sobre la mesa, poniéndose a estudiar cuidadosamente las huellas.

—Es matemático —dijo Drake—. Esta parte de la historia de Fleetwood, tiene que ser verdad. Está confirmada por las huellas.

Mason estudió el diagrama que Humphreys le había dado y súbitamente comenzó a reír entre dientes.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Drake.

—Maldito si lo sé yo mismo, Paul —dijo el abogado—. Pero tengo una idea germinando en mi mente. Existe una fuerte posibilidad de que la señora Allred esté todavía mintiéndome.

—¿Quiere usted decir que le miente ahora?

—Exactamente ahora. Y que su presente y nueva historia, sea falsa.

—Pero ¿por qué razón habría de hacer ella esto?

—Porque Fleetwood ha contado una mentira tan estupenda, que Lola cree que no vale la pena de intentar luchar contra esa mentira, y porque confirmando la historia de Fleetwood ella tiene más posibilidades de atraerse las simpatías del jurado que diciendo la verdad; una verdad que nadie le creería.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó Della Street.

—Eso —replicó Mason— es algo que yo me propongo descubrir después de este almuerzo.

Capítulo 20

A las dos de la tarde se reanudó la audiencia. El Juez Colton dijo:

—Señor Jerome: usted se hallaba en el estrado declarando como testigo cuando la audiencia fue suspendida. Por favor, quiere usted comparecer nuevamente en el estrado. Señores: el defensor está presente, el testigo Jerome se halla en el estrado. ¿Quiere usted, por favor, señor Mason, continuar el interrogatorio?

Mason le dijo al Juez Colton:

—Señor Presidente: se ha producido un inesperado hecho en el proceso. Bajo tales circunstancias, creo que se me debiera permitir a llamar a declarar al testigo Overbrook para hacerle nuevas preguntas.

—Protesto esa solicitud, señor Presidente —interrumpió el acusador público—. El defensor ha tenido cuantas ocasiones quiso para interrogar a Overbrook, e indudablemente se aprovechó bien de esas ocasiones. Le preguntó a Overbrook preguntas rebuscadas y...

El Juez Colton asintió y dijo:

—Yo también lo creo así.

Mason dijo con tono apasionado:

—Señor Presidente, ahora puedo manifestar que no se trata de una excursión de pesca. Si se me permite interrogar nuevamente a Overbrook creo que puedo alcanzar un resultado que dejará libre de culpa a mi defendida y desmentir terminantemente la historia contada por Fleetwood.

—¿Cree usted que puede lograr eso? —preguntó el Juez Colton.

—Sí, lo creo, señor Presidente.

—Eso hace que la situación sea materialmente diferente —dijo el Juez.

—Desde luego, señor Presidente, yo ya he dado por concluso el procedimiento desde el punto de vista de la acusación —dijo Danvers—. La acusación ya tiene su expediente completo. Está ya cerrado.

—Y si el Tribunal —dijo secamente el Juez Colton— estimase que no consideraba la prueba suficiente para procesar a la acusada, usted estaría instantáneamente en pie proclamando que usted tenía pruebas adicionales y pidiendo que el proceso preliminar volviese a abrirse.

Danvers no replicó nada a esta admonición del Juez.

—Pase usted al estrado, Overbrook —ordenó el Juez Colton. Nuevamente Overbrook pasó al estrado de los testigos.

Mason dijo:

—Usted se clasificó a sí mismo, hasta cierto punto, como un técnico en materia de huellas, señor Overbrook.

—Bueno —dijo el campesino— nosotros los que vivimos en el campo tenemos experiencia en cosas de huellas.

—¿Entonces, ha practicado usted mucho el arte de seguir huellas?

—Sí.

—¿Entonces, es usted realmente un perito en huellas?

—Sí, señor.

—Entonces veamos —dijo Mason—. Ya que usted resulta ser un perito en huellas, ¿quiere usted hacer el favor de decirle al Tribunal por qué sabe usted que las huellas dejadas por esta mujer, fueron huellas hechas por una mujer saltando de un automóvil y corriendo hacia la carretera principal y luego volviendo al automóvil?

—Oh, eso se puede ver con toda claridad. Mire en ese diagrama. Ahí tiene usted las huellas.

—Sí, eso es verdad. Aquí se ven las huellas que se alejan del auto y después vuelven a él.

—Sí, señor.

—¿Y cómo sabe usted lo que pasó allí?

—Oh, porque puede verse corno escrito en la tierra. Nadie hubiera podido salir del auto sin dejar huellas, ni nadie hubiera podido ir a él sin dejar huellas. La forma en que se hallan esas huellas revela que la mujer saltó del departamento de equipajes del coche y corrió camino abajo y luego regresó y subió al auto, y la

única forma en que pudo irse después de allí tuvo que ser en el automóvil, a menos que ella tuviera alas. De otra manera hubiese dejado nuevas huellas al salir del coche.

—Pero es que hay huellas apeándose y *abandonando* el automóvil dijo Mason.

—¿Cómo?

—Que hay huellas apeándose y abandonando el coche.

—No, no las hay. Yo busqué por todo aquel lugar y este diagrama está correcto, corresponde a la verdad.

—Pero estas huellas que aparecen aquí son huellas abandonando el coche —dijo Mason señalando en el diagrama.

—Ah, sí pero esas son las huellas abandonando el coche la mujer la primera vez, antes de que regresase a él.

—¿Y cómo sabe usted que esas huellas son de antes de que *ella* regresase? —preguntó Mason—. ¿Cómo sabe usted que esas huellas no fueron hechas primero; que no son las que dejó viniendo de la carretera principal y yendo hacia el coche? ¿Cómo sabe usted que esta mujer no vino caminando desde la carretera principal hasta este sitio y luego saltó aquí y corrió de vuelta hacia la carretera?

—Bueno, claro... eso no puede asegurarse —dijo Overbrook haciendo un guiño—. Excepto, claro es, desde luego, que cuando ella dejó esas huellas puede verse que subió al automóvil. Y ahora cuando subió al automóvil ya me dirá usted cómo se las arregló para meterse en el departamento de equipajes detrás del coche sin apearese.

El público se soltó a reír con este razonamiento del campesino.

El juez Colton golpeó sobre su mesa con el martillo de madera para imponer orden y silencio a los espectadores.

—Pero —dijo Mason— ¿supongámonos que cuando esas huellas fueron hechas el auto no *estaba allí*?

—¿Cómo? —preguntó Overbrook estirándose sorprendido.

Mason sonrió y dijo:

—Esas huellas, señor Overbrook, pudieron haber sido hechas cuando el coche no estaba allí. Hubiera sido cosa muy fácil para cualquier mujer, haber caminado desde la carretera principal hasta el lugar dónde había estado el auto, marcando huellas de sus pasos hasta el lugar exacto donde correspondía que había estado la puerta del lado izquierdo del coche y luego, valiéndose de un palo largo o

algo similar a una pértiga para saltar, haber dado un salto hasta este punto donde correspondía que estuviese el departamento de equipajes, y desde ahí salir corriendo hacia la carretera.

—Caramba, ahora sí que ha planteado usted una cuestión, señor Mason... —dijo Overbrook rascándose sorprendido la cabeza—. Porque efectivamente no hay nada que demuestre cuando fueron hechas las huellas.

—Y por el mismo razonamiento —dijo Mason— no hay tampoco nada que demuestre cuándo fueron hechas las huellas de usted.

—¿Que quiere usted decir con eso?

—Las huellas de usted desde la casa hasta el lugar donde correspondía estar la portezuela izquierda del coche pudieron haber sido hechas el lunes por la noche —dijo Mason—. Y después pudo usted haber ido por el camino a la casa, el miércoles por la mañana y colocado las tablas y caminado por encima de esas tablas hasta que usted se encontrase en una posición que fuese exactamente igual al nivel del lugar donde terminaban las huellas que usted había hecho el lunes por la noche, y luego caminando de regreso hacia la casa sus huellas aparecerían en una línea ininterrumpida indicando que usted no se había detenido. Las huellas de usted del miércoles, pudieron haber sido calcadas sobre las huellas dejadas por usted el lunes. Usted no puede probar cuándo usted hizo sus propias huellas.

—Bueno, desde luego —dijo Overbrook— yo no puse un reloj despertador en cada una de mis huellas.

Algunos espectadores rieron.

—No —dijo Mason—. Pero hay una cosa sumamente interesante que aparece en estas fotografías de las huellas que tengo en la mano, pero que no aparece en el diagrama.

—¿Y qué es eso?

—Yo observé —dijo Mason— que estas pequeñas huellas aquí, indican evidentemente las marcas dejadas por las patas de su perro. ¿Pero ahora quiere usted por favor explicarle al Tribunal cómo fue que el perro le acompañó a usted cuando estas huellas de usted fueron hechas al ir desde el auto al camino, pero *no le acompañó* a usted cuando las huellas fueron hechas al ir usted desde su casa hasta el lugar donde el coche había estado estacionado?

Overbrook cambió de postura en su silla de testigo, como si se

sintiera incómodo.

—¿Puede usted explicarnos esto? —Insistió Mason.

—Bueno... estoy solamente pensando una respuesta.

—La respuesta —dijo Mason— es que cuando usted dejó grabadas esas huellas desde la casa hasta donde el coche estaba estacionado, usted no llevaba al perro con usted; y la única vez que usted no llevaba su perro con usted fue cuando lo dejó vigilando y guardando al testigo Fleetwood, y eso fue el lunes por la noche. Por lo tanto, señor Overbrook, usted hizo esas huellas el lunes por la noche después que usted dejó a Fleetwood acostado en su cuarto. Usted dejó al perro para que lo guardase y llevando una linterna, fue a investigar las huellas de Fleetwood y ver lo que le había ocurrido al automóvil cuyo motor había oído usted en el camino. Usted se acercó al auto y encontró a un hombre dentro, que se hallaba inconsciente. Ese hombre era Beltran Allred, un hombre a quien usted odiaba porque lo había estafado a usted en un negocio de una mina. Usted vio una oportunidad para resarcirse de lo que le había hecho y entonces usted se metió simplemente en el coche, lo condujo lejos de allí y lo lanzó por un precipicio dónde usted sabía que Allred se mataría. Luego, un día o dos más tarde, usted empezó a preocuparse por la cuestión de las huellas y decidió que sería mejor que usted hiciese algo sobre eso. Entonces fue cuando fue allí y colocó las tablas y acabó de marcar las huellas de usted en una línea recta, ininterrumpida, desde su casa al terreno duro. Pero cuando sacó las tablas, usted quedó sorprendido al ver otras huellas adicionales. Unas huellas que habían sido hechas por una mujer, dando la sensación de que ella había saltado desde el departamento de equipajes, se había alejado, y luego vuelto al coche. Bien ahora ¿no fue así como ocurrió?

—Señor Presidente: protesto esa pregunta —gritó Danvers—. Esa pregunta no tiene competencia, es impertinente y carece de base. Ése no es un interrogatorio reglamentario...

—Mire usted a la cara del testigo, joven —dijo tensamente el Juez Colton— y usted comprobará que la pregunta sí es competente, pertinente y tiene base. La protesta queda desechada. Y ahora si quiere usted atenerse a los hechos, señor acusador público auxiliar, el Tribunal le sugiere que preste más atención a las preguntas del señor Mason y a las respuestas del testigo. Prosiga,

señor Overbrook, responda a la pregunta del defensor.

Overbrook se removió agitado, cual si la silla donde se hallaba sentado se hubiera puesto de pronto candente.

—Responda a la pregunta —le apremió el Juez Colton.

—Bien, señor Presidente —dijo titubeante Overbrook—. Le diré a usted la verdad. En ciertos aspectos ésa es la verdad. En otros aspectos eso fue lo que ocurrió. Pero no es verdad en otros.

—¿En cuáles? —preguntó Mason.

—Cuando yo llegué al coche —dijo Overbrook— iluminé con mi linterna el interior y vi a aquel hombre y comprobé que estaba muerto. Y cuando reconocí que era Allred, me di cuenta que me hallaba envuelto en un lío, porque la gente sabía que yo lo odiaba con los cinco sentidos. Esto pues, iba a crearme una situación muy comprometida al aparecer su cadáver en mi finca, y aquel sujeto que estaba en mi casa claro que afirmaría que no sabía nada de lo ocurrido. Bien, me sentía en una desastrosa situación. Entonces se me ocurrió conducir el auto a la carretera principal y lanzarlo a un precipicio. Así lo hice y luego regresé a casa. Serían las tres de la mañana cuando regresé. Desde luego, el perro no hizo ruido alguno cuando me introduje en mi casa y me acosté nuevamente.

»Luego, el martes por la noche, empecé a preocuparme por las huellas. Sabía que más pronto o más tarde la policía vendría allí y empezaría a buscar huellas a causa de que este individuo llamado Fleetwood, había sido hallado en mi casa, y especialmente desde que aquella gente se lo llevó...

»Entonces... bien, tiene usted razón en lo que ocurrió después. Fui allí el miércoles y puse las tablas y acabé de marcar mis huellas para que pareciese que yo había ido derecho desde mi casa, y luego le comuniqué al alguacil mayor que las había hecho el miércoles; y nadie se dio cuenta de las huellas del perro. Ni se dio cuenta el alguacil, ni yo mismo, ni nadie.

Mason se volvió haciendo un guiño y una mueca burlona al acusador público Danvers, y le dijo:

—Y ahora, señor Danvers, puede usted interrogar al testigo. ¿Qué desea usted hacer?

—Deseo que el proceso preliminar prosiga abierto —dijo Danvers.

—¿Hasta cuándo? —preguntó el Juez Colton.

—Pongamos... pongamos hasta las cuatro de esta tarde señor Presidente.

—Muy bien —dijo el Juez Colton—. Y el Tribunal ordena que este testigo quede detenido con carácter provisional. ¡Silencio en el público! ¡Los espectadores, hagan el favor de callarse y no continuar con sus murmullos! Ésta no es ocasión ni lugar para aplaudir. Ésta es una sala de Justicia. El Tribunal ordenará que desalojen la sala... ¿Quieren los espectadores parar de aplaudir?

Capítulo 21

Perry Mason, con las largas piernas levantadas y los pies colocados apoyándolos en la esquina de la mesa, se mecía en la silla de su escritorio. Hizo un guiño a Paul Drake y le dijo:

—¿Sabe usted, Paul? La posible significación de esas huellas, nunca se me había ocurrido hasta que empecé a estudiarlas después del almuerzo. Ésa es la parte mala de las pruebas circunstanciales contrarias. Que el abogado de la otra parte puede envolver al testigo y hacerlo caer en la trampa.

»Ya le dije a usted que Bernice Archer era una mujer de cuidado. Tragg la dejó hablar con Fleetwood en la cárcel, y tan pronto como ella supo lo ocurrido, le dijo a Fleetwood que insistiese que la señora Allred había estado encerrada en el departamento de equipajes del coche. Hizo que Fleetwood le dijese dónde había estado estacionado el coche en el rancho de Overbrook, y ella saltó en su propio auto aquella misma noche, se fue allá y al amanecer del miércoles ya había marcado allí las huellas femeninas para apoyar el relato de Fleetwood. Y no era difícil de hacer. Todo lo que necesitaba era un palo en forma de pértiga, caminar despacio desde la carretera principal hasta donde había estado estacionado el coche, y luego, apoyándose en el palo, saltar hasta el sitio donde correspondía que hubiese estado el departamento de equipajes; y seguidamente, correr de nuevo hacia la carretera. Pero cuando ella hizo eso, no advirtió las huellas dejadas por Overbrook acercándose al coche y deteniéndose allí. Si las hubiese visto, le hubiera cargado inmediatamente el crimen a Overbrook.

—Bueno, ¿pero *quién* demonios mató efectivamente a Allred? —preguntó Drake.

Mason hizo un gesto y replicó:

—Vamos, Paul. No comience usted a inmiscuirse en los deberes

de la policía. Es la policía la que debe decidir eso. Lo único que nosotros tenemos que hacer es sacar libre y absuelta a la señora Allred.

—Bueno, entonces planteando la pregunta de otra manera, ¿quién cree usted que lo mató?

Mason dijo:

—Cuando Overbrook salió de su casa para investigar, la noche del lunes, debía llevar consigo algún arma. Evidentemente no tenía un arma de fuego. Es un individuo alto, fuerte, un forzado gigante y por lo tanto llevaba algo así como una porra o matraca o quizás una llave de tuercas. Yo creo que Allred había recobrado el sentido cuando Overbrook llegó junto a él. Pero probablemente estaba gimiendo y Overbrook subió al coche, dio marcha atrás, lo condujo al camino y se dirigió a la carretera principal para llevar al herido a un médico. Pero en el trayecto descubrió quién era el herido, seguramente hubo palabras fuertes entre ellos, quizás acusaciones, y acaso Allred hizo ademán de agredir a Overbrook. Y éste le dio un golpe en la cabeza.

—¿De qué deduce usted todo esto?

—Por la sangre que apareció en el departamento de equipajes —dijo Mason—. Ninguna de las declaraciones hechas hasta ahora ha explicado esas manchas de sangre. Bernice Archer fue lo suficiente viva para comprender que la primera persona que fuese capaz de explicar esas manchas, sería también la que tuviese la clave completa del crimen. Por lo tanto inventó deliberadamente una historia para que Fleetwood la contase y luego se fue al rancho y marcó las huellas que se ajustaban a la historia por ella inventada.

»Ella estaba; tan ansiosa de encontrar una víctima para entregarla a la policía, que pintó hasta de dorado la blanca azucena. Pero en el momento en que Fleetwood contó, una historia que explicaba las manchas de sangre y había huellas que apoyaban esa historia, aquél se convirtió en el niño mimado de la policía.

»Si ella no hubiese intervenido, las huellas también le hubieran dado a Fleetwood una salida. Pero ella no pudo comprenderlo así. Ninguno de ambos se dio cuenta de lo perfectas que eran las condiciones en aquel lugar para dejar huellas.

»Cuando Bernice fue allí, lo hizo sólo con la esperanza de poder marcar algunas huellas significativas que confirmasen la historia

contada por Fleetwood. Pero cuando descubrió lo propicio que estaba el terreno, vio más que colmados sus deseos.

»Y ahora yo aseguro que si aquella sangre no provino de la nariz de la señora Allred, entonces provino de una herida en la cabeza de Allred. Yo creo que Overbrook se sintió repentinamente lleno de pánico cuando se dio cuenta de lo qué había hecho y trató de ocultar el cadáver metiéndolo en el departamento de equipajes. Luego pensó que esto no le resolvería nada, sino que lo comprometería más y entonces fue cuando concibió la idea de sacar el cadáver de allí nuevamente, ponerlo junto al volante y despeñar el coche por el precipicio.

—¿Y por qué no pudo ser Fleetwood quien escondió el cadáver en el departamento de equipajes?

—Pues por la sencilla razón —dijo Mason— de que Allred pesaba ciento setenta y cinco libras. Y Fleetwood es más bien un individuo flaco y no muy fuerte. En cambio Overbrook es un campesino robusto, capaz de cargar con un cuerpo tan pesado sin muchas dificultades. Pero por lo que a mí afecta, allá que la policía se preocupe de resolver eso. Han puesto un huevo y ahora que ellos mismos incuben el pollo, si quieren.

Drake rió entre dientes.

—¿Y qué me dice del cheque falso? —preguntó Della Street.

—Eso —dijo Mason— es una muestra interesante de que Allred se pasó de listo en su trama. Puede verse lo que Allred planeaba hacer. Se proponía sorprender a Fleetwood lejos, con su mujer, y luego matar a los dos y despeñar después el coche con ambos cadáveres por un precipicio en la montaña. Tenía un esquema magnífico, perfecto. Todo lo que tenía que hacer, era mantener a su mujer ausente en compañía de Fleetwood, hasta que las lenguas públicas se desatasen, bastándole luego con dejar que los cadáveres de ambos pretendidos amantes culpables, apareciesen en el fondo de un barranco.

»La señora Allred deseaba que yo protegiese a Pat. Pero su marido no quería que yo me mezclase en sus asuntos. Quería tener las manos completamente libres. Le dijo pues a su esposa que destruyese la carta que me había escrito; aquélla lo hizo así pero sin embargo me envió el cheque.

»Entonces Allred tuvo una idea brillante. Intentar apartarme de

aceptar los deseos de su mujer, mandándome dos cheques, uno de ellos falso. Él estaba seguro de que cuando yo recibiese dos cheques por igual cantidad, me abstendría de hacer nada hasta que pudiese hablar con la señora Allred y aclarar ese extraño hecho.

»Y Allred pensaba que él no necesitaba ya de plazo sino un día más. El lunes por la noche, todo habría sido liquidado. Y si él podía enturbiar las cosas para que yo no cobrase el cheque legítimo ese mismo lunes, ya no lo cobraría más, porque la muerte de una persona cancela automáticamente todo cheque expedido por ella que esté sin hacer efectivo.

»La señora Allred había escrito apresuradamente la carta al banco de Las Olitas. Esa carta estaba aún encima de la mesa junto a la máquina de escribir y a la libreta de cheques. Allred metió una hoja de papel carbón debajo, calcó la firma, quizás con un limpia uñas, sobre un cheque en blanco de la libreta y luego cuando ya la señora Allred se había marchado con Fleetwood, cubrió el resto del cheque. Recuerden ustedes que él no fue con ellos a Springfield, sino que marchó allá más tarde.

»Le hizo creer a su mujer que había sido Patricia la que había atropellado a Fleetwood. Y a partir de ahí ya pueden ustedes seguir la línea de razonamientos de Allred. Quería matar a Fleetwood e hizo dos intentos para eliminarlo. La primera vez creyó que lo había matado cuando lo golpeó en la cabeza con una matraca y lo dejó tendido en el patio.

»Allred se había ocultado por la parte de afuera del vallado esperando a que Fleetwood saliese de su casa para ir a cambiarse de ropa, y le dio un fuerte golpe en la cabeza derribándolo. Allred creyó que lo había matado. Arrastró el cuerpo un poco, colocó su propio coche estacionado en la senda en tal posición, que Patricia al llegar con el suyo tenía que meterse necesariamente contra el vallado. Aunque no hubiera sido así, Allred podía después sólo en el garaje abollar el guardafangos del coche de Patricia para que ésta creyese que ella misma había atropellado a Fleetwood, al doblar para entrar en el patio.

»Pero luego Fleetwood recobró el conocimiento. Esto significaba para Allred que tenía que planear otro sistema de liquidarlo. Y cuando Fleetwood fingió que sufría de amnesia, Allred vio otra gran oportunidad. Arregló las cosas para que Fleetwood y la señora

Allred se fuesen juntos, y que ésta le dijese a aquel que era su hermana casada, mientras Allred venía a mí y me decía que Fleetwood debía estar intentando huir.

»Allred tenía un revólver y obligó a Fleetwood a parar el coche y dejarlo subir. A partir de ahí, la historia de Fleetwood puede ser cierta. Lo único que hay en ella de mentira es lo de la señora Allred encerrada en el departamento de equipajes. Y esa parte la inventaron Fleetwood y Bernice Archer para que sirviese de explicación a las manchas de sangre en la alfombra del departamento de equipajes.

—¿Y la señora Allred cambió la historia que le contó a usted porque creyó que ésa era la mejor manera de lograr verse libre? —preguntó Della.

—Seguro. Fleetwood y su novia, Bernice Archer, inventaron una historia tan convincente, que la señora Allred comprendió súbitamente que tenía más posibilidades de ser absuelta adoptando aquélla que diciendo la verdad. La forma artística en que Bernice trazó todos los puntos de la historia, le proporcionaba a Lola Allred un alegato casi perfecto de defensa propia. Y claro es, a la vez, libraba del conflicto completamente a Fleetwood.

»Las pruebas circunstanciales, nunca mienten, pero son siempre muy difíciles de interpretar justa y correctamente.

—Bueno es todo, lo que bien acaba —dijo Della Street—. Indudablemente este caso se extendió a una serie de complicaciones, partiendo de un simple cheque falso. Me imagino que fue precisamente ese cheque lo que despertó las sospechas de usted, Jefe.

Mason sonrió y dijo:

—Lo que verdaderamente me hizo sospechar, fueron las historias que cada cual contaba sobre el amante perezoso. Aquel cuadro que todos pintaban representando a Fleetwood fugándose con Lola Allred y sentándose tranquilamente sin hacer nada, dejándola a ella que se entendiese con todo, desde guiar el coche hasta inscribirse en las hospederías, dando Fleetwood la sensación de ser demasiado perezoso para moverse siquiera, fue lo que me pareció más sospechoso. Por ello, cuando me pintaron ese cuadro, empecé a pensar que Allred debía tener algo oculto en su manga, y que ese algo era un puñado de cartas marcadas para jugar sucio.

—Pues ésa es una excelente designación para clasificar este caso en nuestro fichero de archivo —dijo Della Street sonriendo—. Lo designaremos por «El Caso del Amante Perezoso».